



# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO**

PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

INSCRITO EN EL CUERPO: LA HISTORIA DEL SIDA DESDE LA  
PERSPECTIVA DE LOS  
ACTIVISTAS GAYS EN BUENOS AIRES Y LA CIUDAD DE MÉXICO

TESIS PARA PARA OPTAR POR EL GRADO DE: DOCTOR EN ESTUDIOS  
LATINOAMERICANOS

PRESENTA:

LEONARDO FELIPE OLIVOS SANTOYO

TUTORA PRINCIPAL: DRA. MARTH PATRICIA CASTEÑEDA SALGADO/ CEIICH-UNAM

COMITÉ TUTORAL

DRA. MAYA VICTORIA AGUILUZ IBARGÜEN/ CEIICH-UNAM

DRA. TERESA ORDORIKA SACRISTÁN/ CEIICH-UNAM

DR. RODRIGO LAGUARDA RUIZ/ INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSE MARÍA LUIS MORA

DR. HÉCTOR MIGUEL SALINAS HERNÁNDEZ/ UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE  
MÉXICO

CIUDAD UNIVERSITARIA SEPTIEMBRE 2015



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **INTRODUCCIÓN**

### **CAPITULO 1 EL SIDA COMO ALEPH SOCIAL. APUNTES SOBRE EL SIDA Y SOBRE SU SUJETO.**

I Los sujetos. Una primera aproximación

II La espacialidad: México y Argentina distancias y proximidades

III La perspectiva latinoamericana y las ciencias sociales

IV Los límites de la medicina y las pistas de las ciencias sociales

*V El SIDA como Aleph y el activismo como su memoria*

*VI Estudiar con el cuerpo procesos corporales*

*VII Las emociones y el poder*

### **CAPÍTULO 2 LOS ACTIVISTAS**

I Lo Público y el Poder

II La política y el SIDA

III Agentes y activistas

IV Denominadores comunes: el sustrato de los sujetos de la investigación

### **CAPITULO 3 LA CONSTRUCCIÓN DE UN SUJETO: EL MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN HOMOSEXUAL**

3.1.- El Espacio de la memoria y el memorial argentino

3.2.- El movimiento homosexual, gay y LGBT argentino. Una breve síntesis.

3.2.1. Un encuentro con la memoria.

3.2.2.- El movimiento

I orígenes

II El Terror

III Volver a la democracia.

### 3.3.- La experiencia mexicana

I Los orígenes de un nuevo sujeto

II La primavera de un movimiento.

## **CAPITULO 4 LOS RELATOS SOBRE EL SIDA: EL PUNTO DE VISTA DE LOS ACTIVISTAS**

I Preámbulo

II.- Entre la incredulidad y la incertidumbre. El SIDA como rumor

## **CAPÍTULO 5 EL IMPACTO DEL SIDA Y LOS VISOS DE UN NUEVO SUJETO**

I Argentina

II México

## **CAPÍTULO 6 DE LA CATARSIS ACTIVISTA A LA CRONICIDAD SOCIAL**

I Desde el epicentro de la epidemia. Multiplicación, complejidad y complicaciones: el abigarramiento el activismo.

II La domesticación de la espontaneidad y la profesionalización de la indignación.

III Argentina

## **CAPÍTULO 7 EL ACTIVISMO MEXICANO Y SU PASO TRANSFORMACIÓN POLÍTICO-AFECTIVA. LA CONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL MÉXICO**

### **CONCLUSIONES**

### **BIBLIOGRAFÍA**

## AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIAS

Como en botica van las siguientes palabras para reconocer y agradecer a toda la gente así como a las instituciones quienes, a través de distintas vías, me auxiliaron en el armado y conclusión de esta tesis. Sin pretender restarme responsabilidad, asumo que este trabajo es la vez individual y colectivo, detrás de su hechura existen distintas voces, saberes y voluntades que me permitieron avanzar a ritmos variopintos. Las empresas de este carácter no son solo de factura intelectual sino también tiene un soporte emotivo igualmente fundamental. Por todo ello mil gracias.

En primer lugar esta tesis va para Andrés Gutiérrez por el aguante y el amor, por jalarme hacia el sur y convertirse en puerto de entrada a su y mi Buenos Aires querido.

Por supuesto va también para mi madre, con el amor y la felicidad que me provoca regalarle un rato de orgulloso mamá gallina.

Para mi familia pilar fundamental de mi ser como ser. A Laura, Jesús, Nicolás, Olivia, Alejandro, Alejandra, Cecilia, Aurora, Elena, Gabriel, César, Ximena, Hadlyyn, Leslie, Rodrigo, Pablo, Andrea, Erandi, Totó y al pequeño Lucio.

A mi manada, mi otro vínculo sustantivo. Para Alicia Márquez, Angélica Morales, Lucía Álvarez y Teresa Ordorika.

Con cariño y agradecimiento a Patricia Castañeda por su sabiduría feminista y por esa fineza y pertinencia con la cual desmenuza y procura caminos para avanzar.

Para Maya Aguiluz por su apasionada vocación intelectual, por su escucha respetuosa y por su convocatoria a pensar los cuerpos de formas no ortodoxas.

Para Teresa Ordorika, cuaderna de la vida y maestra. Por su acompañamiento amoroso, por sus lecciones sobre la medicina y la locura. Por eso y por la vida compartida.

A Rodrigo Laguarda por su lectura gentil y cuidadosa, por sus comentarios y sugerencias atinadas y por supuesto, por su amistad.

Igualmente a Héctor Salinas especialista en estudios de las disidencias sexuales quien de forma directa e indirecta constituyó una fuente nutricia de este texto.

Agradezco y reconozco al apoyo vital de las autoridades del CEIICH, mi otra casa. A Norma Blazquez, Margarita Favela, Elke Koppen. A Ángeles Huacuz y Bety, las más lindas de la torre.

A mis camaradas del Programa de Investigación Feminista, y en particular a la banda que gozosamente hemos sido construyendo ese espacio de investigación sobre la UNAM segura para todas y todos.

A mis compañeras y amigas del seminario de titulación de Estudios Latinoamericanos. A Amaranta, Claudia, Costanza, Carla, Norma y Yaneth.

Quiero reconocer también a las autoridades y a quienes trabajan en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos, en especial a Guadalupe Valencia, a Carlos Hernández, mi nueva prima Nelly Olivos, José Gandarilla y Javier Amezcua.

A Diana Maffía, maestra y amiga quien me abrió la posibilidad de hacer una maravillosa estancia en Buenos Aires.

A mi amigo José Luis Schanzenbach por su generosidad, sus aportes para conocer el activismo en Argentina.

A la gente del grupo de estudios sobre sexualidades del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad Autónoma de Buenos Aires.

Por su puesto esta tesis va como reconocimiento a Diego Tedeschi, Gustavo Pecoraro, Marcelo Ferreryra, César Cigliutti, Adrián Melo, Alejandro Freyre, Alejandro Pompei, Horacio Salomón, Carlos Alberto Mendes, Luis Bilgié, Martín Oliva, Carlos García de León, Alejandro Brito, Juan Carlos Hernández Meijueiro, Juan Jacobo Hernández, Mauricio Ramos y Julio Madrid. A Harika, Luca Betzabe y a Gaby Galera.

Finalmente, agradezco el apoyo de Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, los recursos económicos de los que dispuse fueron indispensables para realizar este trabajo.

## INTRODUCCIÓN

En aquellos ayer cuando se esbozaron las primeras pinceladas de lo que ahora es la exposición de la tesis, la intención que alimentó lo que primero sería una inquietud y posteriormente se elaboró como problema de investigación, refirió a las evocaciones locales de una historia global centrada en el SIDA. Es decir ¿cuáles serían las declinaciones narrativas que particularizaron en la región latinoamericana una amenaza que se cernía mundialmente, cuyo epicentro, además, se ubicó en las naciones más desarrolladas?

Dicha inquietud fue potenciada por esa especie de versión unísona que ha contado una historia como si fuera eso, una sola. Dichos esfuerzos históricos que parecen colmar un campo semántico se han destacado por su notable voluntad de rescatar y dignificar a sujetos *abyectos*, no obstante han mantenido incólume una visión etnocéntrica. Así, desde esa peculiar condición de marginalidad en el centro, esa historia, repetida una y otra vez mediante formatos distintos, silenció aquellos *otros* murmullos que intentaban producirse en otras latitudes y en otros idiomas.

Por otra parte, la escasa visibilidad de recuentos sobre aquellas acciones para hacer del SIDA un tema de discusión pública dentro de los estudios latinoamericanos no sólo obedeció, según supuse, a la hegemonía de un discurso gestado en el norte del hemisferio. Igualmente existe una falta de ponderación, en especial dentro de las ciencias sociales latinoamericanas, sobre un tema como este. Otros fenómenos se reconocen más lacerantes y son los que han parecido concentrar el interés y constituir el grueso de los estudios con vocación latinoamericanista: la pobreza, las dictaduras, los procesos de democratización, la desigualdad, la dependencia, entre otros. De igual forma, otros sujetos se han asumido como aquellos con la capacidad de dinamizar las relaciones sociales y transformar los escenarios en las naciones latinoamericanas, son por tanto, aquellos que imantan el mayor número de investigaciones y de estudios: las clases populares, el campesinado, los grupos indígenas, entre otros.

Esta sensación de escasez y de que las peculiaridades locales de los fenómenos desatados por la epidemia permanecían desdibujadas, marcaron los incentivos originarios para iniciar una investigación centrada en el SIDA.

Sin embargo, existía otra línea que, sumergida en ese momento, prontamente reflató para recordarme que mi formación académica y la perspectiva teórica que acogía mi investigación no estudiaba temas, ni tenía objetos de investigación sino emanaba de una epistemología de los sujetos, más específicamente, de sujetos sexuados. Los vínculos entre una epidemia cuya ruta de propagación corre justamente a través de la sexualidad podrían sugerir una evidente subjetivación de la investigación de tesis, es decir, la existencia de una transparente y obvia relación con un sujeto concreto. Pero las evidencias pueden ser engañosas, lo que prontamente se hizo claro es la inexistencia de un sujeto dado, ello, por el contrario, se produjo en la construcción del conocimiento, en la gestación del proceso de investigación.

En el caso de esta tesis, las discusiones sobre el sujeto apuntaron hacia uno de los debates clásicos en las ciencias sociales que han centrado en los sujetos la acción de dos fuerzas históricas, por un lado la sujeción y del otro, la agencia. Así, existe una vertiente para la cual los sujetos son comprendidos en tanto productos del poder, incluso como la premisa básica y la finalidad última de toda voluntad de poder. Una lectura en la cual el poder se vuelve el referente otológico de todo sujeto y por tanto de cualquier subjetividad. De lado inverso, los sujetos han sido vistos como vectores de la transformación social, los agentes de los cambios que se verifican a distintos niveles y en todo ámbito de la vida, por ende, desde esta perspectiva, se valoran como la encarnación de los flujos que ponen en marcha la historia.

En este trabajo, el debate pretende asumir en la experiencia del sujeto la síntesis de procesos que desde diversas perspectivas se han leído como dicotomías. Una línea cuya genealogía arranca con Louis Althusser, continúa con Michel Foucault y llega a los estudios feministas a través de la pluma de Judith Butler. A modo de breviarío, bajo esta elección teórica se reconoce en el poder la fuerza constitutiva de los sujetos. El poder, al mismo tiempo que inviste de atribuciones, gobierna el campo de acción de estos sujetos que aparecen claramente sujetados, pero, quienes, igualmente, son los sujetos que



experimentarán un vuelco, una *torsión*, un movimiento por el cual las mismas marcas de su sujeción se volverán hendiduras por las cuales el poder es fisurado y, en ocasiones, subvertido (Butler Judith, 1997,2005).

Las aproximaciones sucesivas para definir al sujeto de mi estudio se toparon con esas aristas teóricas que inmediatamente proporcionaron claves para situar el problema de investigación en el ámbito de la política. Ello significó el regreso a un primer amor, es decir, a la formación primera en mi historia académica: la ciencia política. Al mismo tiempo, a través de una relación circular, adentrarme en la discusión política del sujeto posibilitó aprender concretamente al sujeto de mi investigación así como definir a los sujetos empíricos. En ese sentido, el sujeto no podía ser otro que el sujeto político del SIDA. Dicho en lenguaje llano, serían los activistas, aquellos capaces de recodificar lo que en muchos sentidos podría haber sido sólo un asunto de salud y, por ende materia de expertos, en un tema de controversia, de disputa, en un escenario en el que el sentido de la historicidad se puso en juego, de la misma forma que los significados y los recursos.

La condición de activista de las personas que, portando o no el Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VIH), parecería privilegiar la fase de agencia inscrita en las aproximaciones al sujeto, sin embargo, esa agencia sólo cobra sentido como resultado de ese otro momento en donde lo que imperará es su opuesto. En la historia de quienes protagonizan los acontecimientos de los que se dará cuenta en la tesis, se plasma de manera nítida así como dramática esos dos momentos que constituyen al sujeto y a la política. Evocar el proceso por el cual el SIDA se volvió estandarte de la lucha por los derechos, la vida y la dignificación de quienes padecieron sus estragos, es adentrarse también al mundo de la ignominia, de la abyección, de la discriminación y la violencia recibida.

Hoy en día, la sensación prevalente podrá ser que las consecuencias más nocivas de la enfermedad así como de sus efectos sociales constituyen hechos superados. Nos encontramos en un momento en que el avance de la ciencia y la medicina han transformado aquella mortal enfermedad en un padecimiento crónico. Incurable sí, pero con terapéuticas disponibles que auguran una vida plena. De igual manera, las sociedades en el mundo occidental y entre estas en

los países latinoamericanos, la discriminación, al menos formalmente, ha sido considerada como delito y de forma paulatina se ha garantizado el acceso de las personas a los tratamientos así como a una serie de derechos que hace una década eran impensables, particularmente en materia de reconocimiento a la diversidad de formas de amar y erotizar los cuerpos.

Lo que quiero señalar es que este recuento de hitos está marcado por un presente en el cual aquello acontecido un par de décadas atrás se observa y se vive como algo superado, una etapa en donde, incluyendo las muertes, constituyen ese pasado del cual el movimiento social que acuerpo, en clave de derechos y libertades a las personas que vivieron con el VIH, emergió victorioso. Como se dice popularmente, es una exposición hecha a *toro pasado*, sobre testimonios y vivencias no solo de los sobrevivientes de una época del terror sino, en algunos casos, de personajes que forma parte de los bloques históricos que gobiernan algunas naciones como en Argentina o bien quienes han alcanzado una importante capacidad de interlocución frente a los instituciones del estado, como podría acontecer en el caso mexicano.

En ese sentido, una pregunta se hará pertinente, una pregunta que se volverá el centro de la investigación. ¿Cómo se produjo el tránsito entre la sujeción a la subjetivación en quienes hicieron del SIDA el eje de su acción social y política? ¿Cómo se configuró este sujeto social específico?

En la tradición epistemológica feminista, situar al sujeto constituye una operación analítica fundamental, la misma que se sustenta en la crítica a los falsos universalismos y en la afirmación sobre carácter parcial de todo conocimiento. El feminismo junto con otras corrientes del pensamiento develó que detrás de aquellos enunciados en donde el hombre, el mexicano, el proletario, el migrante o el indígena se utilizan como denominaciones cuya pretensión será representar absolutamente a un determinado universo son, además de imposibles, actos expropiatorios que siempre traicionan las diferencias que subyacen y se excluyen de los postulados universalistas. De entrada, la más persistente de todas las formulaciones que asume la universalidad está dada por aquella que ha monopolizado en el hombre a todo el campo de lo humano. Sin embargo, el feminismo desde muy temprano denunció esta expoliación y construyó una categoría para nombrarla:

*androcentrismo*. Pero fue más allá, en su propio quehacer político y heurístico la mujer como centro del discurso se tornó en una situación cada vez más problemática, diversas fugas pusieron entredicho tal generalización, las mujeres negras, las obreras, las lesbianas, entre otras, colocaron en la reflexión la existencia de mujeres quienes vivían en condiciones y posiciones diversas. En términos de conocimiento, la idea de una verdad absoluta se fue difuminando en la medida que la comprensión de una totalidad en sus múltiples determinantes se fue haciendo cada vez menos posible. En ese sentido, la factibilidad de dejar asentada la verdad sobre algún sujeto requirió asumir que toda verdad producida resultaba parcial y susceptible de ser en contestada en todo momento (Donna Haraway, 1991).

La promesa de objetividad, posible solo desde una perspectiva parcial que reconozca el límite de sus horizontes y la cualidad situada del conocimiento, se traduce en la presente investigación de la siguiente manera. Recapitulemos, es un proyecto que busca comprender los tránsitos que producen al sujeto activista en ese campo que hizo del SIDA uno signado por disputas de índole política. Sin embargo, el activismo puede ser un universo en sí mismo, de tal suerte, en congruencia con la perspectiva elegida, se hizo necesario situar al sujeto, lo cual implicó hacer recortes que evitasen toda tentativa de monopolizar la representación y en consecuencia asumir la generalización de los conocimientos producidos.

Los sujetos aquí investigados son aquellos que llegan al movimiento en torno al VIH-SIDA a través de su condición homosexual. Se contempla tanto a quienes como antecedente contaban con una participación dentro de las acciones gestadas por el movimiento de liberación homosexual en las décadas de los años sesenta y ochenta del siglo XX pero igualmente a quienes si haber sido parte de ese momento, su identidad homosexual constituyó el vehículo para adscribirse a nuevas movilizaciones provocadas por el surgimiento del VIH. La identificación de la orientación sexual como una condición para discernir dentro del mundo del activismo además de establecer filtros, representó una forma de dar cuenta de aquellos quienes habían protagonizados las primeras acciones para visibilizar, en clave de derecho y libertades, la existencia de una enfermedad cargada de metáforas, todas ellas o en su mayoría devastadoras.

Estos colectivos han permanecido como el segmento más sensible de la población en América Latina al SIDA, por ser aquel en el que se concentra el mayor número de casos en la región, al mismo tiempo quienes han desarrollado una importante capacidad de reacción frente al mismo. A lo largo del tiempo estos colectivos desempeñan una función de alerta, de recordatorio permanente para el resto de la sociedad de la peligrosidad de la enfermedad y de las tentativas autoritarias que se ciernen a su alrededor. Han funcionado como contrapeso a los ensayos por hacer de la sexualidad una práctica reproductiva celebrada exclusivamente entre un hombre y una mujer. Al mismo tiempo reivindicarán la experiencia erótica como actos lúdicos y libres, factibles de encontrar a diversos cuerpos con inscripciones sexuales distintas. Serán además los portadores de un mensaje que pareció encontrar un punto medio entre los anhelos pulsantes de la revolución sexual frente a los imponderables de la salud sexual. Frente a la abstinencia y la fidelidad como respuesta única, hicieron del condón el significado y el significante de una posición que intentó desfondar esa condena a la promiscuidad y a la desviación que se alzaba desde los púlpitos religiosos y laicos. De igual forma, introdujeron al debate y a las prácticas las nociones de sexo seguro y responsable interpelando a quienes históricamente habían permanecido en la irresponsabilidad respecto a la salud y a la reproducción: los hombres tanto homosexuales como heterosexuales.

Por lo que respecta a las virtudes heurísticas de la categoría activista, la principal de ellas fue la plasticidad que permitió reconocer diferentes formas de adscribirse dentro de un campo política que incluía a la *militancia* y al mismo incorporaba modalidades de participación que la trascendían. Es decir, reconoció como sujetos a quienes guardan una adscripción explícita con grupos y organizaciones, incluyendo a quienes han desempeñado funciones directivas o bien ejercen algún tipo de liderazgo. Pero además, bajo el paraguas del activismo se incluyeron a quienes de manera individual, sin estar acuerpados en alguna de las asociaciones, contribuyeron de formas diversas a la constitución de una cultura sensible y solidaria con las personas que padecían la enfermedad así como a la defensa del derecho a la libre sexualidad, en el marco de estados laicos. Intelectuales, artistas y científicos, así como formadores de opinión pública, algunos con proximidades orgánicas con las agrupaciones otros

distantes de ellas pero, igualmente todos, con una marca común: la reivindicación de la *gueisidad* asumida en primera persona.

De tal forma los sujetos de la investigación son hombres que se reconocen como gays, vistos bajo una aproximación en donde lo gay se reconoce como un régimen discursivo de la sexualidad que tiene como base ese primer momento de descolocación, de desidentificación frente a la heterodesignación que marcó con la huella de la anormalidad, la enfermedad y la depravación lo que desde a partir de las revueltas de finales de la década de los años sesenta se enunció como orientación o preferencia sexual. Lo gay se caracteriza por ser un momento de enunciación propia que recurrirá a aquellos elementos positivos que formaron parte de una cultura sumergida: lo alegre, el desparpajo, la fiesta, lo lúdico (Meccia Ernesto, 2011).

Pero en tanto régimen, además de la dimensión fundacional de carácter político, lo gay se ha nutrido de otros vectores, entre otros, el mercado. La capacidad de consumo que se fue vislumbrando, fundamentalmente en las sociedades desarrolladas, de aquellos varones, jóvenes, urbanos, con ingresos que no se destinaban a la manutención de una familia. Estos supusieron un segmento que había que atender e incentivar su capacidad de consumo. Así, en algunos países antes que los derechos fuesen un piso que cobijara a las diferencias sexo-genéricas, el mercado representó una fuerza que, en la lógica de la razón capitalista, promovió un lugar de inscripción distinto de la abyección. En donde a la fiesta gay se respondió con la proliferación de discotecas y clubes nocturnos, el culto a la estilización mercantil del cuerpo, al tiempo que ciertos rituales perfilaron lo que ahora de manera potente se observa como una industria del ocio cuyo puntal fue esta colectividad (Salinas Hernández Héctor Miguel, 2010).

Lo gay atañe igualmente a un momento en el cual los derechos comienza a vislumbrarse, iniciado con uno que ha sido fundamental: la no discriminación. Mismo que ha sido signado por diferentes estados, entre otros, el mexicano y el argentino. Naciones pertenecientes a la misma región cultural: el mundo de habla hispana

Así como lo gay, las acciones contra el SIDA han tenido como espacio central las grandes urbes. En la región la epidemia inició fundamentalmente como un fenómeno urbano y actualmente la concentración de la misma se ubica en las ciudades más pobladas. Una de las consecuencias, que al parecer podría parecer obvia, es el surgimiento de las respuestas más importantes, tanto por su número como por su trascendencia política y cultural, en los epicentros mismos del acontecimiento. Sin embargo, a pesar de que la magnitud juega un papel importante en la producción de las acciones, las razones de ubicar como el espacio de la subjetivación la ciudad de México y Buenos Aires, están relacionadas con el centralismo que han jugado estos dos polos, en el marco de dos naciones en donde las guerras internas que las sacudieron durante el siglo XIX devinieron en organizaciones estatales con un marco federal, contradicho permanentemente por diversas dinámicas poblacionales, económicas, políticas y culturales de los tiempos venideros. En ese sentido, estas condiciones han devenido como recursos propicios para que estos espacios se transformen en lugares de importantes movilizaciones sociales, cuyos ecos resonarán en el resto de sus respectivos países.

De tal suerte, los activistas a los cuales nos referiremos, cuyos ojos serán la guía que permita hilar las tramas de estas historias del SIDA serán aquellos cuya localización estará en las ciudades capitales de Argentina y México, con ello adelanto uno de los principios epistemológicos que prontamente se volvió evidente en la investigación: la precaución de no contribuir a ese centralismo que aun sin pretenderlo se refuerza cuando se asume que aquello que ocurre en las áreas metropolitanas de Buenos Aires y la Ciudad de México son lo mismo que acontece para el resto de las naciones. Con ello me parece pertinente anticipar la necesidad de recontar los acontecimientos desde lo regional, lo estatal, es decir, dar cuenta de las distintas dinámicas que acontecen y se superponen en una misma nación, en un mismo tiempo. La advertencia de esas *otras* historias fue puesta en la mesa por los algunos de los activistas quienes me recordaron que lo acontecido en la provincia del Chaco en Argentina o en la franja fronteriza con Estados Unidos, en el caso mexicano, son otro tipo de fenómenos y de producciones de sujetos que guardan brechas y diferencias significativas con lo ocurrido en las capitales.

Aun antes que comenzara la fase de campo de la investigación resultó claro que en la historia del SIDA el cuerpo se filtraba a borbotones. La enfermedad en general y ésta en particular han sido algunos de los fenómenos a través de los cuales el cuerpo aparece como dominio que atañe a las ciencias sociales, en particular a la sociología<sup>1</sup>. Así, las narraciones en torno al SIDA se encuentran inscritas en los cuerpos, esta aseveración no refiere únicamente a la acción viral que deja vulnerable al sistema inmunológico y por ello, el cuerpo se convierte en el escenario de la acción de todo tipo de enfermedades oportunistas que lo devastan. Además, la remembranza del paso de la epidemia abre otra vía por la cual el cuerpo aparece categórico: las emociones.

En tanto experiencia límite, evocar el anecdotario en torno a la plaga, trae consigo la reconstrucción de hechos, personajes, situaciones, adversidades que vienen inexorablemente adosados por una gama de emociones siempre a flor de piel. Del dolor a la alegría, del miedo a la perplejidad, de la tristeza al enojo, la desesperanza, la culpa, la vergüenza entre otras. Todas ellas emanan no sólo en los testimonios recogidos para esta tesis de la voz de los activistas argentinos y mexicanos sino de la literatura así como de otros formatos en donde la historia, incluso en las reconstrucciones de corte más científica son incapaces de filtrar y menos negar. De tal suerte, las emociones no sólo se volvieron un ingrediente constitutivo de los relatos sino de la reformulación de un problema de investigación relacionado con la gestación de un sujeto político. Así, la reformulación del problema de investigación no solo indagó cómo se produce dicho tránsito, el desgarramiento entre la sujeción y la agencia sino ¿Cuáles son las emociones que acompañan al proceso de construcción política en la acción frente al SIDA?

La investigación por tanto busca ampliar el obturador por el cual a los procesos políticos se les reconoce su revestimiento emotivo. Indagar en torno a las emociones que hicieron posible la movilización social propiciada por la nueva epidemia permitió relevar aquellas que aparecen de forma recurrente en los relatos recuperados en la investigación de campo. Estas se rescatan no como

---

<sup>1</sup> A lo largo de la tesis tomo a la sociología como disciplina central de la cual extraigo algunos de los debates centrales en torno al cuerpo y las emociones. Si bien, la tesis es un trabajo que se encuentra en las fronteras de varios quehaceres sociales y humanísticos, la sociología es aquella que se me presenta más cercana a mi formación e intereses actuales.

parte de las *notas de color* que enmarcan lo verdaderamente importante sino como claves para desentrañar ese proceso por el cual determinadas emociones posibilitan comprender el funcionamiento de los *mecanismos psíquicos del poder*, analizados por Judith Butler en un texto del mismo nombre (1997). Esos recursos que estructuran la afectividad y que hacen que el dominio aparezca normalizado, parte de un paisaje que de tan cotidiano nunca se pone en cuestión. Los mismos que tornan el miedo en sensación permanente y con él procuran la derrota como único horizonte posible de imaginar, incluso, en algunos casos, que el sometimiento se convierta en *deseable*, en objeto *amado*.

Pero de la misma forma que podemos encontrar sujeciones hiladas a través de los nudos del afecto y por ende reconocer en ellos un elemento del entramado de los sistemas de dominio y subordinación, los recursos emocionales se despliegan también para forjar libertades y dismantelar el poder, aun aquel que se presenta feroz e inquebrantable como *el Reich de los mil años*. El repertorio puede ser variopinto pero el hartazgo y el enojo son factibles de encontrarse en el basamento de reflexiones que nombran como injusto cierto orden. Las ideas de emancipación, aquellas que describen y explican cómo y porqué algo puede considerarse como atentado contra los derechos o bien como violaciones a la dignidad y a la igualdad se socializan, se aprehenden e incorporan a las mentalidades de colectivos amplios o pequeños a través de las emociones. *Chile la alegría ya viene* resultó un efectivo eslogan durante el plebiscito que posibilitó la salida del poder en aquel país del dictador Augusto Pinochet justo por movilizar las expectativas de un futuro que podía ser mejor, catalizando esas sensaciones que circulaban en el ambiente, poniéndoles nombre y dotándoles de dirección.

El ejemplo es igualmente útil para dejar asentada una visión de las emociones ajena a las perspectivas dicotómicas, por la cual éstas constituyen el anverso de la razón, lo opuesto al mundo de las ideas. Las emociones tienen historia, es decir, se producen y son interpretadas dentro de marcos espaciales y temporales concretos. No son actos pre reflexivos guiados por impulsos viscerales sino incluyendo ese tipo de respuestas que corporalmente las localizamos en el hígado, requieren de marcos psicosociales, entre ellos, los



cognitivos para que aparezcan y produzcan ese hilvanado que articula los vínculos humanos (Lebreton David, 1999).

En síntesis, la tesis que anima este trabajo persigue relevar el papel de las emociones en el acontecimiento político y en la conformación del sujeto que hizo de la epidemia del SIDA un suceso cargado de conflictos, movilizaciones y debates que encontraron a diversos actores e instituciones de las sociedades en México y Argentina. Busca poner en el centro aquellos recursos afectivos y emocionales que se ponen en juego para desmontar las injusticias, el oprobio, la abyección y la muerte para alcanzar un piso de derechos y dignidad para las personas enfermas o seropositivas.

Desde el principio de la investigación se vislumbró cómo las emociones participarían de la hechura de la tesis, pero ello no sólo refirió a aquellas que podían recogerse a través de los testimonios y las historias de vida de quienes me brindaran su tiempo y su decir sino también las propias. La historia del SIDA es una que recorre igualmente mi propia historia; la mía y la de quienes junto conmigo nos topamos con una amenaza letal en el preciso momento del inicio de nuestra sexualidad activa. Conozco de cerca el terror de la eterna espera por el resultado en el que la palabra *negativo* se convierte en la mejor noticia jamás esperada. Sé de primera mano la vergüenza que produce el acto *confesional* de la historia médica, en la cual la vida sexual se expone y deja vulnerable ante el poder de gestos que aprueban o desaprueban, frente a las palabras que se profesan y diagnostican la enfermedad y la salud, la norma y anomalía. Igualmente resuena en mi como una evocación conocida la ansiedad del sexo seguro, la aspereza de pronunciar la palabra *condón* y la sensación de promiscuidad, de suciedad que despertaba cada vez que era necesaria su adquisición.

En suma, la elaboración de esta investigación, (así como en general de todas las investigaciones) es producto de un encuentro en el que, a manera de baile, se entrecruzan subjetividades. Aquellas que desde su lugar en el mundo, a partir de su experiencia vivida, de sus insumos analíticos, ideológicos, éticos así como aquellos provistos por la afectividad recrean a través de la palabra su perspectiva de la historia. Pero también de quien es responsable de la hechura, cuya parcialidad, es evidente desde el momento de la elección del tema hasta el

instante de colocar el punto final, no antes y no después. Estas dos subjetividades, en el caso del presente trabajo, forman parte de una danza de miradas, de proxemia corporal, de concurrencia de intimidades que son personales y al mismo tiempo son políticas. Este es el marco que fue desarrollándose y que ahora se presenta para su lectura.

Cabe mencionar un par de aspectos que es necesario aclarar. El primero de ellos se refiere a la selección de quienes participaron, compartiendo sus experiencias y saberes en esta investigación. Todos son hombres, 10 de ellos argentinos y 6 mexicanos. Sus edades oscilan entre los 20 y los 60 años. La mayoría han sido activistas del movimiento homosexual y desde ahí han tejido vínculos con la acciones para enfrentar las secuelas sociales y de salud relacionadas con el VIH-SIDA. Hay casos, los menos, que su presencia en la espacio público nació con la epidemia. Salvo uno de ellos, el resto asume como parte central de su identidad, su condición homosexual, misma que no sólo se vive como una preferencia u orientación sino también parte fundamental de aquello que marca su hacer en el mundo. Varios de ellos llevan inscrito en el cuerpo las secuelas del virus, conocen de primera mano las consecuencias físicas y sociales de la infección. Así, para algunos de ellos, involucrarse en las acciones para frenar la enfermedad constituyó un mecanismo de sobrevivencia. Pero más que sobrevivientes son personas que han acumulado saberes y conocimientos, convirtiéndose en expertos de su propio cuerpo, agentes activos de su tratamiento médico, especialistas de los avances científicos y en profesionales de la política que no solo se circunscribe al VIH-SIDA, sino además, abordará asuntos como los derechos humanos, la sexualidad, la creación de redes locales, nacionales e internacionales, el cabildeo, entre otros en los que se volvieron referentes necesarios y reconocidos.

Si bien vivir con el virus de la inmunodeficiencia humana es la forma más implicada de la experiencia, existen otras que también son directas, vividas no en carne propia pero sí cercanas como la intimidad misma. Algunas de estas historias están protagonizadas por quienes fueron la pareja, el familiar, el amigo, el colega, el compañero de aquel otro que lo tocó el infortunio de la infección. Algunas de esas vertientes de la experiencia cruzan a algunos de quienes forman parte de esta investigación.

Todos ellos son residentes de las ciudades capitales, Buenos Aires y la ciudad de México, estos son los espacios en los que habitan y en los cuales transcurre fundamentalmente su actividad. Aunque algunos tendrán un radio de actividades que los lleve a viajar continuamente por el resto de sus respectivos países así como también por otros.

La elección de los participantes ocurrió a través del método conocido como *bola de nieve*, por el cual quienes formaron parte de la *muestra* fueron nominados por sus pares, bajo el único criterio de tener algún trabajo vinculado con las acciones frente al SIDA. Sin embargo, habrá que mencionar la actuación de personas clave quienes me abrieron puertas y me permitieron ingresar a un mundo del cual hasta entonces solo contaba con pequeñas pinceladas. En Argentina, Diana Maffia, José Luis Schanzenbach, Diego Tedeschi y Gustavo Pecoraro, en México, Carlos García de León. Gracias a los años de vida dentro del activismo, a su reconocimiento político o su autoridad intelectual, dispusieron de su convocatoria para que yo pudiese contactar con otras visiones, quienes a su vez alimentaron la investigación con sus anécdotas, sus emociones y su decir. Además de ofrecerme sus redes, la mayoría fueron partícipes de este trabajo, aun en situaciones complicadas, lo cual siempre agradeceré.

En segundo lugar, es importante clarificar la elección espacial. Argentina y México, que en términos más precisos serían Buenos Aires y el Distrito Federal. La elección obedece a varias razones, algunas de las cuales se fueron clarificando en el camino. Una de ellas, quizá la más inmediata obedeció a la afectividad, a mi vínculo personal con ambos lugares y a la necesidad de darle a la investigación un carácter latinoamericano que, en un primer momento, lo entendí como una propuesta cuyos observables tuvieran asiento en dos o más países de la región. Así de elemental resultaron los comienzos, pero en el transcurso, la investigación me fue proporcionando otras razones que dotaron de mayores soportes la elección. El recorte espacial, en muchos sentidos, arbitrario, me permitió observar cómo en dos contextos diferentes, aunque en muchos sentidos paralelos, la emergencia de un sujeto aconteció dentro del marco de regímenes autoritarios que, diferencias significativas, imprimieron verdaderas dosis de terror, afirmando un momento de sujeción en estos sujetos que se antojaba eterno e inmutable. En esa línea lo que hace trascendente la

elección de estos contextos espaciales y sociohistóricos es el hecho de que justo de aquí emanaron las experiencias pioneras en América Latina de los movimientos por la diversidad sexual. En Argentina y México acontecieron los primeros movimientos que reivindicaron la legitimidad un deseo sancionado como espurio.

En ese sentido, si se asume que los movimientos sociales, aun en condiciones adversas, (dentro de un marco de persecución en el que se incluyen episodios de violencia) forman parte de tradiciones inscritas en recónditos espacios de la memoria. Dentro de esa perspectiva se puede entender cómo a pesar de las rupturas, la historia del movimiento se recupera y constituye un recurso pedagógico que es utilizado en nuevos contextos por un sujeto que es a su vez antiguo y nuevo. En términos concretos, en Argentina y México la aparición del SIDA posibilitó la rearticulación de un sujeto en momentos límites, en donde su propia sobrevivencia se puso en juego. No obstante, en ambos casos, desde la adversidad se construyó una capacidad de acción y de interlocución nunca antes conseguida. Un capital político sin el cual serían inexplicables las leyes de matrimonio igualitario, aquellas que reconocen la elección de género, y esas otras que han garantizado el suministro universal de medicamentos para contener los efectos del VIH. Es decir, la edificación de un marco normativo y cultural que, en América Latina, constituyeron experiencias pioneras. Ello coloca la elección de los casos en otro lugar del análisis.

Por otro lado, en sintonía con el eje de las emociones, elegí realizar historias de vida como el insumo que me permitiera conocer, de primera mano, los diferentes episodios que conforman las historias locales de las acciones frente al SIDA. La intención fundamental fue recuperar los relatos desde una vivencia sentida, sacrificando incluso el dato preciso, la descripción pormenorizada de la coyuntura, la lectura analítica y desapegada de los sucesos. Cuando quienes accedieron a brindarme su testimonio me advirtieron que quizá no serían los indicados para participar en una investigación aduciendo falta de objetividad, mi réplica era justamente que eso buscaba. No era exactamente la ausencia de objetividad aquello que pretendía encontrar sino, ante todo, una implicación en el relato lo más subjetiva y lo más emotiva posible.

Aunado a ello, la intención de la investigación fue dar cuenta de la construcción encarnada del sujeto político, por tanto, era fundamental desentrañar en su vida para poder comprender aquellos elementos biográficos que me permitieran develar líneas comunes que se encuentran es la posibilidad de la ruptura, en esas pequeñas revoluciones que median el paso entre la abyección al orgullo por decirlo de manera sintética y simple. En esa línea de búsqueda, la razón por las historias de vidas como técnica de investigación, se afianzó. Un matiz adicionado por mi parte a dichas historias fue su musicalización. La propuesta consistió en solicitar a quienes participarían en las entrevistas pensar en diez o más canciones a través de las cuales reconstruyeran su historia. Contar los distintos episodios de su vida a partir de lo que pudiera evocar determinadas piezas musicales. La infancia, la adolescencia, la vida en familia, el barrio, las escuelas, la llegada a la militancia, los enamoramientos, la construcción de organizaciones, la fiesta, las adversidades, las luchas personales y también las políticas, fueran traídas al presente a través de la evocación de alguna canción que, al mismo tiempo que organizaba la anécdota, producía una remembranza cargada de emotividad. Experiencia no privativa del autor del relato sino también de quien escuchaba, es decir de mí.

En ese sentido musicalizar el recuerdo posibilitó urdir en cada encuentro un vínculo íntimo, en el cual muchas de las elecciones musicales hicieron eco en mi propia historia y por tanto creaban una empatía, lograda con la magia de los acordes y la calidad que estos producían en la hechura de los relatos. No sólo era la emoción transmitida a través de la palabra sino la gestualidad, las miradas, las sonrisas, las carcajadas y las lágrimas así como la vehemencia con la que se respondía a ciertas interrogantes.

Recordar a través de canciones entrañables generó una densidad emotiva que se imprimió en el rostro, hizo expresión en las gestualidades que van de la nostalgia por los tiempos idos a las risas suscitadas por el recuerdo. El lenguaje cobró vivacidad y excedió la racionalidad discursiva tan propia de los varones, en particular de quienes han tomado parte de acciones políticas. Así los sentimientos lograron fluir al compás de los ritmos elegidos y discurrieron en el propio relato, ellos se transmitieron en las declinaciones, en los énfasis, en las pausas, en los lapsus, pero sobre todo en la misma profundidad e incluso en la

intimidad que se logró generar. La música permitió historizar la vivencia y encontrar esos entramados comunes que marcan la identidad de una generación o un colectivo como el gay, arquetipos que a veces trascienden las naciones y algunas otras que sólo cobran sentido dentro de una sociedad. Además, la música creó complicidades cuando se identificó la similaridad del gusto y el paralelismo en las experiencias, a pesar de las épocas diversas y los espacios diferentes.

Por supuesto, a la hora de la escritura se hizo claro el límite de la palabra escrita, sobre todo aquella dispuesta para presentar una tesis. Gran parte de lo expresado, de lo acontecido en los momentos de la entrevista resultó casi imposible de reproducirse en toda su vivacidad, solamente quizá se haya logrado apuntar la presencia de las emociones en los acontecimientos sociales y es su remembranza.

Las historias de vida fungieron también como otra clave para reconocer cómo el activismo contra el SIDA fungía como un *Aleph*, un lugar para mirar al mundo. Así, a través de historizar el tránsito de la epidemia por México y Argentina, y dar cuenta de las acciones que el movimiento de liberación homosexual inauguró para paliar los efectos devastadores de la misma, es posible desentrañar el todo de un momento, el espíritu de la época en sus múltiples determinantes. Es un mirador para contemplar al mundo en su abigarramiento, en sus dimensiones políticas, económicas, culturales así como también en aquellas que develan la salud, la enfermedad, los avances de la ciencias, el estado de las distintas iglesias y las intimidades que transcurren en los cuartos oscuros, los moteles, los parques y los vehículos.

Para exponer los resultados de la investigación procedí a organizar la presentación de la tesis en siete capítulos, los dos primeros de carácter más teórico y los cinco otros elaborados con un sentido más descriptivo y empírico. En el primer capítulo se busca dar cuenta de las discusiones teóricas sobre el sujeto, así mismo, se hace un esfuerzo por situar temporalmente la emergencia de los fenómenos del estudio y la perspectiva latinoamericana en la que se encuentra inserta, la relevancia del cuerpo y las emociones como territorios del quehacer en las ciencias sociales.

En el segundo capítulo problematizo el concepto de activismo y los vínculos con los debates que desde el post estructuralismo así como también desde el feminismo de los años sesenta se desarrollaron para dotar a lo político de un carácter relacional, desarraigándolo del modelo topográfico que lo ubicó inexorablemente al espacio estatal. Una vez dejado asentado a lo político como el encontronazo entre dos fuerzas societales, explico cómo en torno al SIDA se verifica un proceso de subjetivación que resulta el signo más claro de la acción política. Por último se trazan algunas claves para reconstruir esos tránsitos de lo abyecto al orgullo entre los sujetos de la investigación.

El tercer capítulo intenta sintetizar la historia del movimiento de liberación homosexual en Argentina y México antes de la llegada del VIH. Se recrean los orígenes, el desarrollo y los principales contraflujos que provocarán, antes del advenimiento de la epidemia, un declive de cual se presumía nunca tendrían fin.

El cuarto capítulo dará cuenta de aquellos inicios de la epidemia que en América Latina arrancó como un rumor que presagió la alborada de un nuevo tiempo, en el cual las siglas de la nueva enfermedad se transformarán en uno de sus símbolos. Es una reconstrucción hecha a través del registro dejado en la memoria de los futuros activistas de las notas informativas y la rumorología que preñaron de sus signos y sus metáforas más perdurables a este acontecimiento global. En el quinto capítulo se recrea el camino seguido por la enfermedad en el momento que dejó ser murmullos y notas de alarma para dar paso a convertirse en esa epidemia que representó el mayor desafío de salud a fines del siglo. Así mismo se dan cuenta de las primeras acciones que van prefigurar el nacimiento de un nuevo sujeto, las mismas que iniciaron como actos de sobrevivencia, espontáneos e inmediatos para convertirse posteriormente en referentes institucionales que desde el espacio de la sociedad civil se encargaron de la atención y de resistir la andanada conservadora. En este capítulo introduzco apartados para diferenciar lo acontecido por un lado en Argentina y por el otro en México, resalto las particularidades que los procesos sociales, culturales y políticos adquirieron en cada uno de estos territorios, pero también relevo aquello que pudo acontecer en cualquiera de las dos naciones, incluso en el resto del mundo, pero que los relatos de quienes participaron en la

investigación le dotaron de centralidad y lo refirieron como signo característico de lo acontecido en torno al SIDA en su respectivo país.

En el capítulo seis se describe el pasaje que medió las acciones suscitadas por la urgencia en el momento en el que la muerte y la discriminación constituían las certezas que acompañaban al diagnóstico de la enfermedad hasta el periodo en el que la epidemia se convierte en una condición estable y se abrió la posibilidad transformarse en un padecimiento crónico en Argentina. La narrativa de este apartado da cuenta de este tránsito como el contexto que permitió al mismo tiempo las variaciones y ajustes en el activismo. Las motivaciones y condiciones afectivas que sostuvieron las acciones contestatarias y aquellas otras que guiarán los caminos de la institucionalización del movimiento, así mismo intenta hacer una síntesis del impacto cultural que las acciones contra el SIDA han producido en la sociedad argentina, en particular en aquella que mora la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Finalmente, el capítulo siete se recrea las experiencias de los activistas mexicanos en el momento en que se volvieron un referente con reconocimiento, capacidad de interlocución y acceso a financiamientos. De igual forma, aborda la violencia homofóbica como una marca en la historia del activismo mexicano que si bien puede tener una extensión casi universal, es en la reconstrucción de lo sucedido en este país en el que emerge de manera dramática y extrema, poniendo los crímenes de odio como un hito en la experiencia del activismo contra el SIDA.

Sirvan las palabras anteriores para abrir las puertas y recordar una historia próxima acontecida en el terreno de la sexualidad, en la cual se forjan momentos de sujeción, dominio, control y otros en que la libertad, el goce y la vida misma se alzan como una posibilidad emanada de la acción de personas que en algún momento harán un quiebre frente al destino fraguado por el poder.



## **CAPITULO 1 EL SIDA COMO ALEPH SOCIAL. APUNTES SOBRE EL SIDA Y SOBRE SU SUJETO.**

En este primer capítulo el propósito fundamental será situar teóricamente las discusiones en las que se gesta la presente investigación, así como fijar posición frente a los debates existentes que reflexionan sobre las condiciones en las que se crea el conocimiento. Así, se pretende ahondar en algunas de las aristas y reconstruir algunos problemas nodales relacionados con los insumos de la tesis: el sujeto, la política, el conocimiento situado, el cuerpo y las emociones.

### **I Los sujetos. Una primera aproximación**

Como se precisó en la introducción la presente no es una tesis que trate sobre *objetos* o temáticas. La perspectiva fundamental de donde brega el presente ejercicio remonta de una forma particular de construir conocimientos, en donde los sujetos sociales representan el punto de partida. Una perspectiva que toma distancia del paradigma<sup>2</sup> dominante en las ciencias, incluyendo las sociales, dentro del cual, el acto de conocimiento se vuelve un vínculo preñado de poder y jerarquía, inclinado a favor de quienes producen los saberes. Mientras, del otro lado, se asume la inteligibilidad de la realidad, su transparencia, y disponibilidad. Se la concibe como objetos que, cuando no son materia inerte, resultan entidades pasivas, susceptibles de transformarse en datos e información.

Pensar en y a partir de los sujetos significa reflexionar desde realidades encarnadas. En una mediación intelectual cuya consecuencia es la observación de un mundo poblado por expresiones vivas, actuantes, concedoras de su experiencia y, dentro de ciertos límites, agentes de su situación, así como fuerzas que provocan transformaciones. Este es un insumo teórico por la cual, las personas de carne y hueso se convierten en colectivos articulados a través de sustratos que, igualmente, se han construido para mirar y pensar la realidad social desde distintos enclaves y su intersección: la clase, la edad, la etnia, la nacionalidad y el que aquí ponderamos, el género. Los sujetos que constituyen

---

<sup>2</sup> Sin entrar en las profundidades que el término paradigma remite, aquí utilizo el concepto en el sentido kuhniano de modelo explicativo que se alza como aquel que da cuenta con mayor precisión sobre cierto fenómeno, relación u objeto analizado dentro de cierto campo de conocimiento específico. Desde esta perspectiva, la validez explicativa se ancla en la capacidad de generar consensos dentro de determinada comunidad epistémica. En ese sentido existe una práctica científica, un paradigma de lo que es buena ciencia que se ostenta transdisciplinaria, misma que tiene su núcleo rector en las ciencias experimentales y de ahí ha permeado en un sentido colonial al resto de las ciencias, incluyendo a las sociales.

el punto de partida aquí son varones, localizados en *situaciones y condiciones* específicas (Lagarde Marcela, 1997).

En este caso, los investigados son sujetos políticos, agentes de formas particulares en los que se expresa un carácter de la política que cuestiona y fisura los límites de la llamada política formal (Offe Claus, 1997). Esa misma que inserta debates hasta hace poco tiempo considerados ajenos a la discusión pública y, por tanto, exentos de ser materia de leyes y políticas de estado. Son militantes que han hecho del SIDA, el eje de su compromiso e iniciativas sociales. Una forma de activismo cuyas expresiones diversas han cambiado a lo largo de treinta años del paso de la epidemia. Mismas que han ido de la contención espontánea e improvisada, a la formación de grupos de autoapoyo; de actos de resistencia frente a la violación de derechos humanos a su promoción garantizada en el marco de leyes y normas de los cuales han sido creadores. De enfrentar una realidad cuya ecuación igualaba a la muerte y sus dividendos se expresaban como discriminación y estigma a una en la cual los avances de las ciencias y la medicina posibilitan el tránsito de la emergencia a una participación inserta en procesos de institucionalización y de arribo de recursos, antes inimaginables. Un tránsito en la experiencia signada por el aprendizaje, la profesionalización, la construcción de poderes vitales y una capacidad de incidir en la toma de decisiones políticas pero igualmente, un campo en donde la experiencia ha sido atravesada por la muerte, las disputas, el desdibujamiento del compromiso, las renunciaciones y los golpes externos así como de los aliados en el camino.

En síntesis, estos sujetos adquieren en la presente investigación una adscripción particular, un modo para observarlos desde su condición de sujetos de la política. En el marco de una visión de la política que trasciende cualquier referencia topográfica para apuntar más bien a un vínculo social, concebido por Carl Schmitt como relación amigo-enemigo<sup>3</sup>. Perspectiva retomada y reelaborada más tarde por la tradición posestructuralista, por la cual, la política

---

<sup>3</sup> Carl Schmitt acuña una frase que será fundamental para pensar a lo político en términos de relación y no de un propiedad o actividad que acontece en un espacio determinado, es decir el Estado, visto tradicionalmente como ese *topos* el quehacer político. No obstante, Schmitt señalará que la esencia de la política se expresa en relaciones amigo-enemigo que pueden ocurrir en diversos espacios sociales, dentro del Estado pero más allá del mismo. (Schmitt Carl, 1991).

más que la producción de consensos o conformación del bien común, invoca una realidad cuya factura apunta a la disputa, a las controversias, a las luchas entre proyectos y aspiraciones entre quienes parten de posiciones diferenciadas, constituidas por el entramado desigual e inequitativo de recursos. (Mouffe Chantal 2004, Laclau Ernesto 2000, Rancière Jacques 2000, Ardití Benjamín 2000)

En esta investigación el sexo y el género no son datos, constituyen una mirada que ayuda a recortar la realidad y construir los contenidos del sujeto investigado. Se trata, por tanto, de un estudio en donde la condición de género a la vez que es un punto de arranque, también es un eje de problematización y de búsqueda de significados. En ese sentido, es importante precisar que el campo político del activismo excede a los varones. Un proceso de cambio acontece tanto en México como en Argentina: la presencia cada vez más importante de las mujeres así como de las personas *trans* en este espacio, trastocando la configuración inicial de los grupos y, en esa dirección, el rostro del activismo.

Sin embargo, me interesa acotar la experiencia de los hombres debido a los motivos que en adelante sintetizaré. En primer lugar, se trata de continuar una línea de investigación sobre la condición genérica de los varones, sobre la que he trabajado tiempo atrás. En segundo, porque considero que la experiencia masculina, tal como el feminismo lo apuntó para las mujeres, es múltiple, diversa, contradictoria. Es decir, así como desde los albores del sufragismo anglosajón comenzaron las sospechas sobre los enunciados que hablaron en nombre de la mujer<sup>4</sup> y posteriormente generaron pautas para elaboraciones en donde se planteó que dicha figura sólo adquiere existencia en un correlato de relaciones sociales específicas. El hombre es una construcción ideológica que niega la diversidad constitutiva de las masculinidades en el mundo. Resaltar esta premisa cobra relevancia por el lugar de los varones en las relaciones de poder

---

<sup>4</sup> En el siglo XIX después de la Convención de Seneca Falls, momento inaugural del sufragismo en Estados Unidos, las mujeres negras se involucran en la lucha por universalizar el voto, al hacerlo comienzan también a problematizar la pretensión universalista del movimiento que en el fondo se configura como una expresión cuyo núcleo central está compuesto de mujeres blancas de clase media. Sojourner Truth una negra sufragista evidenciará esa situación (Beltrán Elena, et al, 2008).

intergenéricas. Sin negar los privilegios que el sistema patriarcal<sup>5</sup> ofrece, es fundamental señalar que, ontologizar a todos en tanto sujetos de poder, con poder y para el poder (Kimmel Michael, 1997), justo invisibiliza las relaciones no sólo diversas sino jerárquicas que los varones mantiene entre sí.

El entamado jerárquico intergenérico representa un nódulo madre que condiciona el espacio político del SIDA y sobre todo marca la subjetividad no sólo de los que han padecido la presencia del virus en su cuerpo sino de aquellos que, portándolo o no, emprendieron la lucha por el derecho a la vida, la salud, la dignidad y la integridad de las personas infectadas. Los ecos metafóricos inscritos en la denominación de *plaga rosa*, una de las denominaciones originarias más socorridas de la epidemia, continúa evocada desde el imaginario de la *heterosexualidad* y la *sanidad*, asumidas a su vez como la condición normal y mayoritaria. Si bien, no de manera exacta como en los primeros tiempos, muchas de estas reminiscencias continúan marcando de una polaridad negativa el campo del activismo y del SIDA en general por esa asociación con los significados de lo *rosa*.

Los varones vinculados con el SIDA han sido investidos no sólo como seres físicamente enfermos y, por momentos, peligrosamente contagiosos, su enfermedad, además, se asume, precede y responde directamente de otra más antigua y aberrante: la homosexualidad (Halperin David, 2007). En ese sentido, en algunos de los segmentos conservadores de las sociedades latinoamericanas y del mundo persiste una visión que culpabiliza a las víctimas a partir de un discurso en donde las claves son la promiscuidad, la anormalidad, la desviación. Desde ahí, el SIDA se ha reformulado desde una matriz heterosexista que ha venido situado el problema en la zona de la patología, de esa que discurre del terreno médico para surcar los mares de la ética y la moralidad. Así, la epidemia y la enfermedad se comprenden dentro de un doble movimiento por el cual, su causa se origina en la depravación sexual. Al mismo tiempo, el SIDA se alza

---

<sup>5</sup> Para Kate Millet una de las teóricas del patriarcado, este constituye en sistema por el cual el macho domina a la hembra y el macho de mayor edad domina a los jóvenes. Lo relevante de esta propuesta es construye una propuesta en donde se puntualiza esos mecanismos de exclusión, desigualdad, opresión de un sexo por el otro que, lejos de aquellas consideraciones que observaron en esto una transposición del orden natural al social o bien una situación fortuita, privativa de las mujeres vistas de manera individual, se comenzó a pensar en términos de estructuras de poder (Millet Kate, 1995).

como la evidencia irrefutable de los atentados humanos en contra del orden natural. En la misma tesitura del calentamiento global y la extinción de las especies, el nacimiento y propagación del virus orbitan en esa esfera de afrentas a la leyes de la naturaleza. Leyes que han sancionado desde siempre el vínculo hombre/mujer.

El SIDA se tiñó de rosa tanto en los imaginarios que así lo designaron desde el poder heterosexual pero también existió una constatación epidemiológica que reforzó esa percepción social. En México como en Argentina, sus primeras víctimas fueron los homosexuales así como aquellos varones con prácticas homoeróticas. Además, tal como sucedió en el resto de los países occidentales, en América Latina aquellos que pusieron el cuerpo en los momentos de emergencia y ante la carencia de cualquier recurso estatal fueron los colectivos gays.

Si bien, origen no es destino y en esa dirección, el propio comportamiento de la epidemia ha contribuido a movilizar a otros grupos y sectores de la sociedad, existe una importa gay en la historia del SIDA. Este sello guarda un alto significado para desentrañar las evocaciones locales y globales del activismo en el marco de un sistema sexo genérico, en donde los pactos patriarcales no sólo se han signado vía la cosificación de las mujeres, su exclusión del pacto social y el despliegue de la violencia cada vez que el orden es puesto en cuestión.<sup>6</sup> El activismo en contra de la propagación de la epidemia, de la desatención de las personas enfermas y de su violación de derechos, recibió los dividendos de este pacto que ha precisado de *otros*, débiles, faltos de hombría, pusilánimes, mariquitas para construir el espacio impoluto de la hombría.

La homofobia, institucionalizada y vuelta sentido común en las sociedades ha preñado no sólo la percepción sino las acciones que desde los estados y las sociedades latinoamericanas se realizaron frente a la pandemia y también con

---

<sup>6</sup> Carol Pateman politóloga inglesa inscribe una tesis que dará una vuelco a las teorías iusnaturalistas sosteniendo que previo al pacto social, de hecho, como requisito del mismo se celebra un pacto sexual que al mismo tiempo de fungir como dispositivo de igualdad entre los hombres (cada hombre tiene garantizado a una mujer, así como un remanente de mujeres públicas), excluía a las mujeres del ámbito público. Celia Amorós, la filósofa española recogerá esta propuesta y articulándola con el pensamiento de Jean Paul Sarte reconocerá en los pactos patriarcales la base de la violencia contra las mujeres.

respecto a quienes montaron las primeras respuestas organizadas. Es, en gran medida, la dimensión que explica el ocultamiento de datos, los informes que minimizaron la gravedad de la situación, los tropiezos en las campañas de prevención y, por supuesto, los crímenes de odio que, al menos en México, han costado la vida a dos destacados militantes en circunstancias en donde los niveles de violencia sólo se comparan en gravedad con la impunidad que sobre ellos ha prevalecido.

Esto que será la materia de la investigación en los siguientes capítulos, es recuperado aquí para dejar asentada la tesis en torno al correlato de poder que estructura la relación entre los distintos varones y que, en el caso específico de los sujetos analizados, enmarca su experiencia y subjetividad.

Al mismo tiempo estos ejemplos sirven para dar la pauta a otro de los entretelones teóricos de la discusión del sujeto en su inexorable vínculo con el poder. Formulado en términos de premisa se puede afirmar que no hay sujeto sin poder. El poder resulta esa fuerza constitutiva de la sujeción y de la subjetividad, la misma que constriñe, sujeta, gobierna y condiciona pero al mismo tiempo habilita, otorga ubicuidad, identidad y capacidad de acción (Butler Judith, 1997,2005; Foucault Michel,1988). Es en esta dotación de recursos para facultar al sujeto a perpetuar su sujeción, en donde estriba, también, la posibilidad de las resistencias y de un trastocamiento del vínculo, son movimientos que invierten el signo del poder que, sin llegar a descolocarse absolutamente de él, reformulan su lugar y su relación, los significados, los valores y las normas que articulan estos vínculos.

El caso del SIDA los códigos que signaron su lugar en el entramado del poder e hicieron de éste una suerte de castigo enviado del cielo para los homosexuales, se convirtió a la vuelta del tiempo en un espacio de lucha y reivindicación, cuya influencia se dejó sentir tanto a nivel de las experiencias individuales como de las colectividades y los grupos organizados. De tal suerte es la historia de una enfermedad que en su origen condenó a muerte, a una particularmente escabrosa, pero más aún, amenazó con exterminar a esos hombres enfermos de su sexualidad desviada, y, como consecuencia, pareció sumir en la crisis y en una factible desaparición a todas aquellas expresiones constituidas de los movimientos por la diversidad.

Remontarse a ese momento, respirar los vientos que soplaban y las sensaciones que atravesaban los cuerpos, bien puede instalarnos en un clima semejante al de una novela macabra en el que el destino se empeñó en jugar duro con los colectivos homosexuales de nuestros países. Justo después que en Argentina, tanto el movimiento como la vida homosexual, habían reemergido después de una larga noche de la dictadura y en México estas mismas subsistían tímidamente ante un contexto en donde el machismo parecía inexpugnable e inquebrantable, el SIDA emergió contrarrestando los pequeños avances, cancelando los incipientes espacios de libertad y de encuentro.

Sin embargo, esas mismas condiciones que intensificaron el estigma, la violencia y la discriminación, sirvieron como insumos para producirse una vuelta de tuerca que tanto los grupo como las personas dieron a esa historia y a su propia condición como sujetos del SIDA. Muchas y muchos sobrevivieron los diagnósticos mortales y alcanzaron a beneficiarse de los descubrimientos e invenciones de las ciencias y la medicina. Otros más lograron traspasar la condena de vivir sin sexo y sin amor; el closet o el placar lejos de pertrecharse y devenir en bóvedas de seguridad terminaron abriéndose y el escenario público se habitó de rostros con nombre y apellido.

De la incredulidad al miedo pasando por la dignidad así como otros registros que han marcado la ruta en la construcción de esa subjetividad, se atisban los claroscuros que encarnan las relaciones de poder. Pensar desde el paradigma de los sujetos recupera esos matices hechos sujeción pero en donde el dominio nunca ha sido absoluto. El activismo en torno al SIDA ejemplifica y al mismo tiempo puede leerse desde estas claves que enriquecen el relato, le dotan de densidad afectiva, lo vuelven drama y al mismo tiempo narraciones virtuosas, llenas de optimismo, en las cuales, además, se desnuda en su vulnerabilidad esas estructuras de dominio que, a pesar de todo, también se mueven.

## **II La espacialidad: México y Argentina, distancias y proximidades.**

Existe una broma sobre el origen de nuestros pueblos, una broma que, con todas sus inexactitudes y su profundo androcentrismo sentencia el origen disímbo de nuestras sociedades. Así, mientras los mexicanos descendemos de los aztecas,

los argentinos provienen de los barcos. Esta expresión resguarda los mitos originarios de nuestras naciones, en gran medida asentados en el sentido común. Pero ofrece una pista en clave de diferencia sobre el desarrollo de los mosaicos que articulan los procesos, estructuras y relaciones sociales en México y Argentina. Parecería, si nos atenemos a ese mito originario que, lo prevalente entre nuestros países se encuentran en las grandes brechas que nos distinguen y nos diferencian, más allá de la distancia física. Desde los fenotipos raciales, cruzando por la conformación de identidades, los rasgos del carácter, así como otros elementos anclados en las estructuras económicas, sociales, culturales y políticas. Toda empresa intelectual en torno al análisis de las realidades sociales debería colocarse en una tesitura en donde las enormes diferencias serían aquello a destacar. En esa dirección, como un importante derivado, podría sugerirse el carácter ficcional de lo *latinoamericano*, pensado como marco de común para la comprensión de ambas realidades.

Subrayar las diferencias, convertirá toda discusión sobre América Latina y en consecuencia, las perspectivas asumidas como latinoamericanistas, en un ejercicio con un importante sentido de arbitrariedad. Dentro de una lógica de sospecha toda evocación generalizante y, por tanto, de pretensiones universales, América Latina se alza como un referente vacío, carente de contenidos propios en torno a los cuales pueda hallarse identificación posible. Cualquier pretensión de dotar de contenidos sería interpretada como una argucia intelectual y, por tanto, actos de poder a través de los cuales los saberes violentarían lo real.

Durante la primera mitad del siglo XX, en México, la mexicanidad se volvió tema que prodigó ríos de tinta de algunas de las plumas más destacadas de quehacer literario e intelectual<sup>7</sup>. *Los hijos de la chingada*, el eterno complejo de inferioridad, entre otras perlas se volvieron arquetipos y estereotipos del ser mexicano, masculino, pese a su pretendida neutralidad. A la vuelta del tiempo esas aseveraciones tan enraizadas como el mariachi o el tequila fueron objeto de un serio descrédito. Además del carácter artificioso y construido de aquello

---

<sup>7</sup> Se trata de una literatura que tuvo un particular gran auge durante la primera mitad del siglo XX, con obras como las de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura de México* (1934), de Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad* (1950) de Santiago Ramírez, *El mexicano: psicología de sus motivaciones* (1977).



presentado como identidades esenciales, se develaron como una realidad forjada desde el poder y sedimentada luego como sentido común.<sup>8</sup>

En esta lógica, si lo mexicano o lo argentino constituyen una imposibilidad, lo latinoamericano con mayor razón. Sin embargo, la perspectiva elegida no parte de la evocación de una realidad latinoamericana como una realidad transparente y mucho menos un todo homogéneo. Es una espacialidad que sitúa los procesos y los sujetos a investigar en contextos con paralelismos en su historia, su cultura, su economía y lo que es más, con intercambios en el orden de las ideas, los bienes, las personas y las experiencias.

En ese sentido, si bien, las historias del recorrido epidémico y de las respuestas sociales han tenido evocaciones locales que guardan no solo particularidades nacionales sino regionales y municipales, existen rasgos comunes que contextualizan y determinan en gran medida los derroteros del activismo. Tres de ellos me parecen fundamentales y son comunes a la historia argentina y mexicana: a) la crisis de la deuda y la llamada década perdida b) los procesos de desmantelamiento del pacto social y las terapias de shock de los años noventa y c) los procesos de democratización.

Esos fenómenos en los que se enmarca el desarrollo del activismo sobre el VIH-SIDA tienen como trasfondo el lugar que ocupa la región así como nuestros países en el *sistema mundo*<sup>9</sup>. Quizá ahí radica el sustrato más profundo

---

<sup>8</sup> De acuerdo con Roger Bartra, los estudios de lo "mexicano" son expresiones de la cultura política dominante. Esta cultura política hegemónica define las formas de subjetividad socialmente aceptadas que suelen ser consideradas como la manifestación más elaborada de la cultura nacional (Bartra Roger, 1996:16). En ese sentido, el machismo ha sido uno de los rasgos considerado esencial que define la identidad del mexicano.

<sup>9</sup> Más que un concepto el sistema mundo es una perspectiva que tiene en Imanuel Wallerstein (2005) uno de las figuras de síntesis. Es una escuela para pensar los procesos históricos, económicos, políticos, geográficos que surgen en el capitalismo, momento en el cual la humanidad verdaderamente se volvió una y reconoció que toda ella convivía en un solo mundo (Gorostiaga Xabier, 1995). Es una teoría de la interconexión del mundo caracterizada por una articulación de los vínculos planetarios en términos de dominación/dependencia y desarrollo desigual (Kaplan Marcos, 1994). Si bien, existe cada vez más una lectura por la que se reconoce la pluralidad de centros y periferias en el mundo, históricamente la región latinoamericana ha sido colocada como tributaria de los países centrales, es un espacio que como otros, ha desempeñado la función de dotar de materias primas y mano de obra barata al mercado mundial. Ubicar conceptualmente la posición de América Latina en estos vínculos con el resto del mundo ha sido el punto de arranque de un fructífero trabajo intelectual que ha precedido en muchos sentidos anunciado las consecuencias planteadas por Wallerstein. Un trabajo que recoge ese despliegue de esfuerzos diversos se encuentra en Gandarilla José, *América Latina en la Conformación de la economía-mundo capitalista* (2005).

y más presente compartido por las distintas naciones que conforman la América Latina. Una herida nacida de la etapa colonia y vuelta tendencia neocolonial que entreteje los vínculos con las naciones del norte desarrollado pero, a su vez, cifra las relaciones internas de las élites dominantes con las clases, las etnias, los sexos y géneros subalternos.

La *sobreposición*<sup>10</sup> de estas lógicas sociales cobra una determinada especificidad en cada una de las naciones y de las regiones del continente. Pero sin duda es un eje que vertebra la historia y el desarrollo de los estados y las sociedades latinoamericanas.

Desde José Martí hasta los músicos de Calle 13, pasando por las feministas autónomas y los teóricos de la dependencia, esta condición histórica ha sido abordada de cara al peso que significa la geopolítica imperial en todos aquellos países al sur del Río Bravo. Una suerte de tragedia que nos coloca más cerca de Estados Unidos que de dios, como se dicen, afirmaba el dictador mexicano Porfirio Díaz. Haber sido consagrados como zona de influencia y de seguridad nacional para la gran potencia del norte selló la suerte latinoamericana durante todo el siglo XX y en buena medida, durante el presente. Los golpes de estado, las intervenciones militares, las guerras sucias, la presión constante hacia los gobiernos nacionales en favor de los intereses de las corporaciones

---

<sup>10</sup> Este concepto es un aporte al debate en torno a los procesos de modernización latinoamericanas del sociólogo boliviano Luis Tapia (2002). Con este reconoce cómo a manera de collage en las sociedades latinoamericanas se sobreponen lógicas sociales que no se mezclan ni producen fenómenos híbridos sino que coexisten chocando en sus formas, en sus matices, en sus dimensiones. Con ello toma distancia de las posturas que asumen que las sociedades latinoamericanas, particularmente aquellas con fuerte presencia indígena, ejemplifica procesos anómalos de modernización, construcciones inacabadas, cuyo referente terminal estaría dado por las sociedades desarrolladas. Al mismo tiempo, es una imagen que se diferencia de aquellas evocaciones al mestizaje, a la hibridación no sólo por ese subtexto reconciliador que abrazará la mixtura como resultado de encuentros y fusiones sino porque desde su perspectiva nunca suceden, existen tensionadas, superponiéndose una con otras. Una de las imágenes que podría ejemplificar este tipo de dinámicas acontece durante las fiestas patronales de algunos de los pueblos comidos por la ciudad, como sucede en México. Lugares en donde las tendencias urbanas se asumen puntales del siglo XXI, ahí en medio de torres, centros comerciales y autopistas se cierra el tránsito para celebrar procesiones al santo, la virgen o la santa. Ahí la hipermodernidad y la tradición, lejos de comunicarse, colisionan, se sobreponen. Esta quizá sea una imagen que hiperbolice la tesis de Luis Tapia, misma que podría encontrarse, con otros matices, quizá menos estridentes, en diversos ejemplos que acontecen en tanto en la sociedad argentina como en la mexicana.

norteamericanas y, una gama más de acciones, cubren el mapa de la política injerencista de los vecinos del norte.<sup>11</sup>

Del otro lado de la moneda, la debilidad de los estados, aunada a los pactos subordinados de las élites locales hacia los intereses de los grandes capitales han provocado, entre otras cosas, un modelo de economía exportadora de materias primas cuya vulnerabilidad se pone siempre al descubierto en los periodos *contracíclicos* de la economía. Durante la penúltima década del siglo XX, uno de estos fenómenos asociado a cuantiosas deudas externas y al pago religioso de los intereses de las mismas sumieron a la mayor parte de las naciones latinoamericanas en una crisis de tales dimensiones que los años ochenta fueron bautizados como la década perdida. Argentina, Brasil y México encabezaron la lista del endeudamiento que terminó por legitimar una serie de políticas de ajuste que erosionaron la dimensión social del estado, bajo la vieja y reciclada ideología de que las riquezas y el equilibrio vendrían si las fuerzas del mercado se dejasen a su libre arbitrio.

De tal suerte, el nacimiento y expansión de la infección por VIH y el desarrollo de la enfermedad ocurrió en un momento en donde los servicios hospitalarios de carácter público resultaron ser unos de los primeros blancos de los ajustes prodigados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Sumada a la falta de una respuesta eficaz por parte de la medicina en todo el mundo, en la región, la situación de quienes sufrieron de este mal, se enfrentaron con un sistema *chatarizado*, saturado de demandas y precarizado tanto en sus recursos humanos como en cuanto a la infraestructura básica: camas y camillas, medicamentos, insumos para curar, etcétera.

Las acciones del activismo no sólo tuvieron que remontar los efectos de las muertes, la agonía de los cuerpos y la homofobia institucionalizada, aunado a ello, el desmantelamiento del estado creó un espacio que muchas organizaciones de la sociedad civil intentaron ocupar. Con el paso del tiempo, estas mismas, desde su propia lógica, demandarán la reformulación del pacto

---

<sup>11</sup> En ese sentido quizá la pluma que mejor documentó la amenaza imperial será Gregorio Selser, periodista e historiador argentino. En muchas de sus obras desentrañó la presencia de las fuerzas extranjeras auspiciado diversos episodios que cimbraron a las naciones y a la región entera, entre otras, destaca por su esfuerzo de gran aliento, los tres tomos de las *Cronologías de las Intervenciones Extranjeras en América Latina*.

social por el que se exigirá a los estados su función de promotores y garantes de la atención médica y la procuración de los derechos humanos para las personas que viven con VIH. Este es uno de los hitos compartidos entre México y Argentina, así como por otras naciones de la región.

Si bien he procurado algunos argumentos para comprender ese sustrato común en la región, ahora es preciso reflexionar en torno a la espacialidad elegida en la presente investigación.

¿Por qué México y Argentina? ¿Qué de revelador tienen las historias sucedidas en estos países? ¿Qué interés revelan dos procesos sociales con paralelismos pero también hondas diferencias?

Antes de esbozar cualquier respuesta, es necesario precisar la intención no comparativa del estudio. El lente no está puesto en destacar las similitudes y las divergencias existentes entre las experiencias de los activistas de los dos países. Particularmente busca alejarse de cualquier evocación etnocentrista colocada en la nación de origen, por lo cual, la otra realidad se vuelve, en el mejor de los casos, una referencia exótica, cuando no una experiencia atrasada, desvalorada o por el contrario, lo propio se minimice frente a la exaltación de lo diferente.

La metodología de investigación, así como de exposición, parte de la idea de ubicar al VIH-SIDA y el activismo suscitado, como una plataforma de observación, un punto de referencia para desentrañar la complejidad social que explica el transcurrir de la epidemia. Es en ese sentido, representa un retrato de cuerpo entero de los procesos que cruzan desde la geopolítica, pasan por la economía y se anidan en la cultura misma de los pueblos. Es el observatorio de la historia argentina y mexicana de los últimos treinta años a través del cual se develan aspectos del sistema médico, los vaivenes económicos, los reductos del conservadurismo hasta los procesos políticos recientes que han colocado el destino de las naciones con vistas a horizontes divergentes. Como decía Roberto Jáuregui<sup>12</sup>, el SIDA es un gran revelador. Esta pista, como más adelante se

---

<sup>12</sup> Roberto Jáuregui fue un activista argentino, el primer en dar la cara y reconocer públicamente su condición de enfermo de SIDA. Fue uno de los fundadores de Huésped, una asociación civil de acción contra el SIDA en su país.

expondrá, será la vía de elegida para dar cuenta de cada uno de los procesos vividos desde su propia lógica social e histórica.

Entre las paradojas comunes del desarrollo político, cultural, económico y administrativo de estos dos países ha sido la constitución de dos estados federales consagrados después de fuertes conflictos que signaron la historia del siglo XIX. No obstante, a pesar del pacto federal existente, el resultado histórico ha sido la edificación de proyectos de nación en donde la concentración de recursos de toda índole se han centralizado en las ciudades capitales, dibujándose modelos de desarrollo desproporcionados. En términos de la producción de conocimiento, una consecuencia ha sido la proliferación de estudios en los cuales el país se piensa desde los centros. Una vocación expropiatoria de lo nacional y lo regional por aquello acontecido en las megalópolis monopolizadoras de todo tipo de bienes y males sociales.

En el marco de estas dos naciones, el VIH así como el SIDA nacieron y tuvieron un crecimiento importante en sus ciudades capitales. La epidemia en sus ayeres, además de algunas otras características, adquirió un trasfondo netamente urbano. Asimismo, la mayor parte de los insumos hospitalarios y la investigación realizada se confinó a estos espacios. Igualmente, los recursos políticos que dieron lugar a la agenda del SIDA y las movilizaciones tendieron a concentrarse en las calles y plaza *porteñas* y *chilangas*<sup>13</sup>.

Así, en la medida que la historia del activismo ha tenido tanto en Buenos Aires como en la Ciudad de México un espacio fundamental, la investigación se concentrará aquí.

La masividad de las ciudades, la concentración de recursos culturales, económicos y sociales, aunado al hecho de ser estos los espacios en donde los poderes tienen su asiento, han hecho de Buenos Aires como de la Ciudad de México territorios en los cuales las diversidades sexuales parecen expresarse sin los obstáculos que encuentran en otras regiones, en donde las iniciativas y

---

<sup>13</sup> De 1983 a 2013 en el Distrito Federal se ha concentró el 15.4% de los casos notificados de VIH en México, siendo la entidad federativa con el mayor porcentaje acumulado. Mientras en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires fuentes gubernamentales indican que de 2002 a 2013 se han acumulado el 16.8% de los casos que tienen lugar en Argentina, mientras la zona conurbada del Gran Buenos Aires alcanza el 28.8%.

movilizaciones sociales han logrado sortear el tiempo, las conflictivas relaciones con los sectores conservadores, las pugnas internas así como esa cada vez menos presente preocupación por las infecciones con el VIH. Las dos ciudades poseen una intensa vida social y cultural, cuyas pulsiones hacen grafitis, espacios artísticos y protestas sociales. Ambas albergan un caleidoscopio de situaciones y fenómenos, de sujetos que pueblan sus calles y toman las plazas. Entre estos sujetos, se encuentran aquellos portadores del listón rojo.

Buenos Aires y la Ciudad de México son megalópolis, que guardan un estatuto de autonomía relativa, conquistada durante los años noventa de siglo pasado. En ambos, los gobiernos locales se encuentran en manos de las oposiciones a los gobiernos nacionales<sup>14</sup>, son lugares atractivos para el turismo por los servicios que ofertan y en ese sentido son el enclave o mejor dicho el mayor enclave de sus países para establecer las conexiones con el mundo. Las ciudades capitales han devenido en las plataformas de entrada y salida de mercancías, servicios y personas. Son puertos a través de los cuales arriban y parten virus y bacterias, infecciones y contagios que surcan los mares y los cielos, así como también las ideas para hacerles frente en términos médicos y sociales. Aunado a ello, como lo recuerda Rodrigo Laguarda, son los dos polos urbanos de habla hispana más grandes del continente, esa lengua compartida constituye un piso cultural común que vincula a esas dos sociedades de manera estrecha.

### **III La perspectiva latinoamericana y las ciencias sociales**

Para describir, analizar y comprender el surgimiento y la expansión del VIH-SIDA y los sujetos que lo han politizado relevaré los aportes realizados en México y Argentina, así como otros realizados en los países de la región latinoamericana. En consecuencia, este acercamiento tiene como punto de partida un doble recorte, aquel proveniente de la perspectiva disciplinaria y otro de la espacialidad desde donde se construyen las reflexiones y los análisis.

---

<sup>14</sup> Desde 1997 cuando la ciudad de México contó con un gobierno local, ésta ha sido gobernada por el Partido de la Revolución Democrática, opuesto tanto al Partido Revolucionario Institucional como al Partido Acción Nacional que han gobernado al país desde ese momento. En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el jefe de gobierno actual es Mauricio Macri de la organización Propuesta Republicana quien desde 2007 ocupa el cargo. Macri es uno de las figuras más visibles que se oponen al proyecto encabezado por Cristina Fernández.

Dicha elección obedece a dos razonamientos interrelacionados. El primero, situar los conocimientos dentro del campo de los estudios latinoamericanos, en una perspectiva en la cual, lo latinoamericano, además de referir a una espacialidad concreta, representa un ejercicio de posicionamiento de los saberes generados en nuestros países, tanto en las academias locales como aquellos provenientes de otros espacios en donde se produce reflexión, tal como las organizaciones sociales y civiles.<sup>15</sup> En segundo lugar, es una recuperación de las discusiones que, sin tener una definición disciplinaria estricta, emergen de campos distintos a la tradición médico-biológica, discurso sobre la cual se ha asentado la primacía de la definición y comprensión de este fenómeno dentro del dispositivo salud-enfermedad.

En síntesis, se presenta un estado de la cuestión en donde se propone desplazarse de una doble colonización: por un lado, aquella proveniente de la hegemonía disciplinaria, cuya premisa fundamental será hacer del VIH-SIDA un problema de salud pública y, por el otro, la preeminencia de relatos tanto de las implicaciones como de las consecuencias sociales, culturales, políticas y económicas realizada en los países del norte. Un relato en donde los ejes que dan coherencia y sentido a la historia de la *pandemia*<sup>16</sup> se han cifrado en Estados Unidos y en Europa.

---

<sup>15</sup> En este sentido, Horacio Cerruti apela a que la reflexión filosófica latinoamericana inicie evocando y convocando a aquello que culturalmente nos es más cercano, citar en primera instancia a algún autor mexicano, en segundo término a un latinoamericano, asiático y africano y, en última instancia a europeos y norteamericanos. (Cerruti Horacio, 1999). Por su parte, Francesca Gargallo, recupera la reflexión de la filósofa Urania Ungo en el sentido que citar es un hecho político, es un acto que autoriza el conocimiento de otras y otros. Un acto particularmente relevante para tradiciones como el feminismo latinoamericano cuya autoría epistémica se encuentra cercada por su doble marginación: ser un pensamiento de y para mujeres en una de esas regiones del mundo signada por la dominación occidental (Gargallo Francesca, 2006). Tanto Cerruti como Gargallo coinciden en reconocer que la producción de saberes y conocimientos en la región está profundamente vinculada a la acción social, a las actividades de los movimientos y los colectivos en donde se elaboran herramientas para comprender y transformar la realidad. En ese sentido, los criterios ilustrados que taxativamente niegan cualquier validez a los conocimientos del *sentido común*, tendrán dentro de la perspectiva latinoamericanista otro estatuto, al menos de una mayor relevancia heurística.

<sup>16</sup> A la luz de la situación que mantuvo en vilo a México y a varios países más durante la primavera de 2009, durante la llamada crisis de la gripe A (H1N1), la Organización Mundial de la Salud (OMS) reelaboró la definición de *Pandemia* para dar cuenta de aquellos casos de contagios o infecciones globales provocados por la presencia de virus nunca antes conocido y por tanto la existencia de una población nunca antes expuesta a él. La clave de este abordaje se relaciona con su diseminación más allá de una población circunscrita dentro de cierto territorio sino su aparición simultánea en distintos países y regiones. Para observar una respuesta más efectiva por parte de los estados, la OMS clasificó la pandemia en seis fases, las tres primeras para desarrollar la capacidad y la planificación de la respuesta, mientras

Si bien este doble movimiento tiene como propósito hilvanar las tramas sociales para comprender la emergencia de los sujetos de la investigación. Estos mismos serían impensables sin la intervención de los discursos a los cuales se pretende contravenir. Tanto el SIDA como el VIH son categorías médicas, es la medicina la que otorga denominación a la condición existencial de las transformaciones que laceran el cuerpo y degradan la vida de las personas, así como también a la vivencia inasible de albergar un virus y carecer de cualquier efecto que anuncie su presencia, es decir la condición seropositiva. Al mismo tiempo, ha sido en el campo de la medicina, a partir de las investigaciones científicas aplicadas, un ámbito fundamental sobre el que se desarrollan mejoras significativas en la calidad de vida de las personas infectadas. Por tanto, la medicina ha devenido un recurso primordial de la movilización social, al mismo tiempo, tal como se expondrá con mayor detenimiento, se ha erigido en terreno de disputa y apropiación política. En ese sentido, lo que aquí se presenta no pretende oponerse radicalmente a ese discurso y mucho menos negar su pertinencia e influencia al resto de las aproximaciones disciplinarias. Sin embargo lo que aquí se procura es su descentramiento, dejar de otorgarle la voz principal de los conocimientos y saberes y ubicarla como referencia a las palabras escritas desde las ciencias sociales y las humanidades.

En esa misma tesitura, pero puesta en relación con la producción de saberes y conocimientos sociales, el énfasis a lo escrito desde Latinoamérica, por especialistas de la región no excluye el uso de bibliografías originarias de otras lenguas y procedentes de otros países fuera de la región. No está de más señalar que algunas de estas reflexiones, en especial las realizadas por los vecinos del norte, han procurado andamiajes teóricos, epistemológicos y metodológicos vitales para el desarrollo de saberes realizados desde México hasta Argentina. De igual forma que la visión médico-biológica, lo que aquí se desarrolla es un intento de situar en el lugar del contrapunto, de necesario referente con el objeto de recuperar las particularidades de los abordajes locales.

#### **IV. Los límites de la medicina y las pistas de las ciencias sociales.**

---

que las fases 4 a 6 son fundamentalmente tendientes a desarrollar medidas de mitigación. En ese sentido, el SIDA corresponde a una de esas pandemias de finales del siglo XX. Para profundizar en esta información ver la página de la OMS <http://www.who.int/csr/disease/influenza/pandemic/es/index.html>.



Hace treinta años el mundo reconoció una nueva crisis que se avecinaba, las descripciones y los pronósticos realizados a través del lenguaje médico resultaban inquietantes. Dicha crisis se sumaba a muchas otras que, a fines del siglo XX sacudían a la humanidad. Sin embargo, ésta se forjó en un terreno, el de la salud, sobre el cual, el poder de la medicina había creado la ilusión de conjurar, con precisión y velocidad, las amenazas sobre la vida y la salud de los seres humanos. A finales del siglo XX, la confianza sobre la capacidad de la investigación médica parecía inquebrantable, las plagas que azotaban al mundo eran cosa del pasado; el cáncer se convirtió en el mayor desafío y a su alrededor se concentraron los principales esfuerzos para erradicarlo y engrosar, con él, la lista de fantasmas de los tiempos idos.

A principio de los años ochenta del siglo pasado, en Los Ángeles, Estados Unidos, jóvenes varones llegaron a los servicios de salud manifestando una serie de síntomas que desconcertaron al personal médico. Tumorações linfáticas, episodios febriles intensos, pérdida importante de peso, entre los más acusados. Todos estos síntomas asociados a agentes patógenos que la medicina había registrado con anterioridad, ubicando tanto su etiología<sup>17</sup> como su tratamiento, desafiaban toda comprensión y toda eficacia de las respuestas. La virulencia que comprometía la vida de estos jóvenes, según su historial médico, hasta hace poco completamente sanos, desestabilizó los esquemas de diagnóstico y los protocolos de atención.

Lo que en los registros médicos inició como una microepidemia en Los Ángeles, comenzó a relacionarse con observaciones aisladas hechas en Nueva York de jóvenes que presentaban complicaciones similares. La vía del reconocimiento provino de fuentes indirectas: una inusual demanda de antibióticos para enfrentar neumonías que no cedían con los tratamientos tradicionales comenzó a prender las alarmas de una situación que traspasaba

---

<sup>17</sup> Entre estos padecimientos registrados resaltaba una neumonía provocada por un protozoario (*Pneumocystis carinii*) que vive como parásito en diversos animales y entre los seres humanos no había registro de complicaciones serias. Entre las primeras observaciones realizadas también se reportaron candidosis extendidas en las mucosidades, así como otras infecciones que, entre adultos, tampoco solían generar mayor alarma como las provocadas por el *Toxoplasma gondii*. Por último otro de los síntomas que igualmente llamó poderosamente la atención fue la aparición en varios de estos jóvenes de un cáncer de piel que solía presentarse en personas de edad avanzada en los países mediterráneos, una marca que se asociaría a la nueva enfermedad: el SIDA. (Grmek Mirko: 2004)

casos hasta entonces asumidos como individuales y sin conexión. Los focos rojos se extendían, comprometiendo a un número creciente de varones residentes de la costa este y la oeste, no obstante los indicios muy prontamente apuntaron la presencia de este mal *sin nombre* a otras ciudades y regiones de los Estados Unidos.

El 5 de junio de 1981, la agencia epidemiológica norteamericana, *Center for Disease Control* (CDC) anunció al mundo esta nueva condición. En aquel primer informe, aunada a la descripción de los padecimientos, se sugería el origen de esta depresión del sistema inmunológico a la exposición común a cierto agente externo, entonces desconocido, que provocaba la proliferación de enfermedades oportunista como la neumonía (Grmek Mirko: 2004, 28).

Aun sin nombre, la nueva emergencia fue presentada al mundo. Una enfermedad que como tal, acuñada, descrita, vuelta puerto de salida para protocolos de investigación y de la búsqueda de su cura compitió desde el principio al quehacer médico y a las disciplinas biológicas vinculadas con él. Desde la voz médica se hizo presencia y desde ahí se volvió inteligible al resto de la humanidad aquello que a tientas se iba comprendiendo y develando, se hiló a través de su lenguaje y así, se volvió parte del horizonte cultural de las sociedades contemporáneas.

A partir de ese momento fundacional y a lo largo de su breve historia, algunos de los hitos fundamentales se han edificado en el terreno médico. De tal suerte, la medicina ejerce sobre el SIDA la última palabra, la más importante, la que se asume verdadera y la que, indudablemente, mayor impacto produce. Esta preeminencia lejos de ser una realidad arbitraria, resultado del poder normativo que los discursos médicos han adquirido en las sociedades occidentales, tiene también su contraparte en la experiencia vivida de quienes lo padecen. Aquellas personas que en sus cuerpos sufren los síntomas del SIDA o transitan por la incertidumbre o la conmoción de contar con la presencia imperceptible del virus, asumen que lo suyo es un problema de salud, acuden a los especialistas, se someten a pruebas diagnósticas, continúan tratamientos, se inscriben a nuevos protocolos, etcétera. En síntesis, esperan y exigen de la medicina respuestas, tal como el resto de la humanidad.

Sin embargo, como puede observarse en la mayor parte de la literatura, aun en la que se recoge el punto de vista médico, el SIDA, como casi todas las enfermedades, nunca constituyó un problema susceptible de ser definido estrictamente en términos de salud y de enfermedad. Desde sus orígenes, su manifestación clínica desafió a la teoría médica, y en la medida en que se extendía y se conocía más de ella, las fisuras que la hubieran podido autocontener dentro de un campo de comprensión se ahondaron, convirtiéndose en un problema de diversas aristas y de distintas intervenciones.

Uno de los primeros signos de identificación que ha devenido indeleble en el andamiaje simbólico está relacionado con el hecho de que, en sus orígenes, las primeras víctimas fueron varones homosexuales. Este dato aunado al subsecuente reconocimiento del papel central de la sexualidad en la propagación del virus de la inmunodeficiencia, desbordó la discusión y la llevó a territorios donde la ética y sobre todo la moral, pretendieron erigirse en discurso de verdad sobre el SIDA.

De esta forma, fuerzas discursivas disímbolas han intervenido en la configuración de los significados de este fenómeno finisecular, marcando no solamente los derroteros de la discusión sino también la experiencia de diversos colectivos sobre los que logran imprimir su sello. Es así que el SIDA constituye un territorio definido por la polémica, en donde además de observarse dimensiones de la moral y la ética en disputa, se pueden encontrar hilos discursivos cuya mirada privilegiada está puesta en términos de derechos humanos. De igual manera, la política sexual, concepto fundamental del feminismo radical, se erigió en centro de discusiones a la hora de releer la evidencia epidemiológica bajo la premisa de que la sexualidad humana no era factible de ser reducida o asemejada al apareamiento; el coito lejos de ser instinto y procreativo es una actividad enteramente cultural e histórica, cifrada bajo la égida de las relaciones de poder. La puesta en cuestión de la monolítica heterosexual<sup>18</sup> y el reconocimiento de la *feminización* del contagio representan perspectivas y desafíos explicativos sobre los cuales la virología y la

---

<sup>18</sup> Una de las explicaciones que se hacen en torno a la falta de una intervención más decidida y abierta por parte de las autoridades sanitarias en México, refirieron a la creencia de que ésta no tendría repercusiones importantes en nuestro país, debido a la ausencia de una migración haitiana y el índice poco significativo de homosexuales (García Murcia Miguel:2009).

epidemiología, por sí mismas, ofrecían visiones poco sensibles a dar cuenta de los mecanismos y relaciones sociales que diseminan el virus. En esa dirección, el género se ha vuelto parte de los momentos discursivos que hoy dan cuenta de los significados del VIH-SIDA.

Lejos de la pretensión de Susan Sontag (2008) de desmetaforizar la enfermedad, el SIDA reinstala con una fuerza que antoja inviable una serie de metáforas que trascienden lo que hipotéticamente se podría asumir como un lenguaje neutro, científico y médico.

*Ese germen diabólico, maligno, en todos los sentidos del término, desarregla, en primer término las defensas inmunológicas del organismo, desorganiza su policía interna, y después de rebote perturba las relaciones sexuales y finalmente envenena las relaciones sociales de manera inédita, más sutil y más insidiosa que la lepra medieval, la sífilis renacentista o la tuberculosis del comienzos de la era de las máquinas. (Grmek Mirko: 2004:22).*

*Este enunciado, ejemplifica el uso de las metáforas guerreras y policiacas con las cuales las ciencias médicas divulgaron conocimientos y ayudaron a edificar un imaginario en donde el SIDA y sus víctimas prontamente se volvieron una otredad estigmatizada<sup>19</sup>. En sí mismo, devela la incapacidad del discurso médico de autocontenerse en su búsqueda de socializar sus conocimientos y muestra esta mixtura constitutiva, a veces contraproducente en términos de derechos humanos, de recursos con los cuales se dan a conocer los hallazgos de la medicina.*

*En síntesis, existe una paradoja en torno a la medicina y su relación con el SIDA. Al mismo tiempo que puede ser apreciada como la disciplina que hegemoniza el campo y argumentar en consecuencia con innumerables indicios, se puede sostener que el SIDA nunca ha sido exclusivamente un problema de salud y ha sido el propio quehacer médico quien abre las puertas para*

---

<sup>19</sup> De acuerdo con la síntesis realizada por Ángela Alfarache (2009) para relevar la especificidad de la lesbofobia en el continuo social patriarcal y heterosexista, el estigma es un conjunto de saberes y creencias compartidas por una sociedad cuya valencia será siempre negativa. El estigma es parte del entramado ideológico que, en el orden de lo sexual, edifica y clarifica las distinciones por las cuales se establecen las fronteras prístinas entre heterosexualidad y homosexualidad, siendo ésta última investida de significados denigrantes, patológicos, criminales, inmorales, entre los más socorridos.

*explicaciones de distinto cuño, incluyendo las que vaticinan el fin del mundo y las plagas de apocalipsis<sup>20</sup>.*

*Esta paradoja tiene en la concepción que ha hecho del SIDA un problema de salud pública un momento emblemático. Decir que ésta es una enfermedad y no el castigo de los dioses, subrayar el carácter sanitario y no moral ha constituido una de sus expresiones luminosas porque entre otros efectos ha acotado la intervención de las iglesias y otros grupos que insisten en el carácter pernicioso de las sexualidades no heterosexuales. Asimismo, el adjetivo público denota una perspectiva en donde los sujetos más allá de individuos son colectividades locales, regionales, nacionales y supranacionales. En donde las enfermedades no son producto exclusivo de agentes patógenos sino de la interacción de las personas (huésped en el argot) con dichos agentes (químicos, físicos y biológicos) en determinados ambientes, tanto naturales como sociales. (Secretaría de Salud: 2011).*

*En consecuencia, se requiere que los estados instrumenten acciones de identificación, atención, prevención, erradicación y educación de enfermedades, muchas de ellas de origen infeccioso y contagioso, y para ello, la perspectiva de salud requiere ampliarse para contemplar una necesaria colaboración multi e interdisciplinaria, en donde las disciplinas sociales y del comportamiento se asumen imprescindibles (Instituto Nacional de Salud Pública: 2011).*

*De tal suerte el SIDA, uno de los temas sobre los que la denominación salud pública pareció como traje hecho a la medida, ha dejado abierta líneas de producción de conocimientos sobre las que las ciencias sociales y las humanidades vierten enfoques y lenguajes, incluso contrapuestos a las*

---

<sup>20</sup> Susan Sontang revela cómo, al asumirse el virus (VIH) en tanto extraño enemigo, fuerza invasora cuya misión es destruir las defensas naturales del organismo, los batallones aliados indispensables para mantener la salud, la misma operación se hizo extensiva hacia los portadores y enfermos. En los orígenes de la epidemia fueron vistos y tratados como verdaderas amenazas planetarias, seres antisociales, acusados de una enfermedad previa, la homosexualidad, que ahora transmitía una nueva plaga de consecuencias mortíferas. Esta metaforización del SIDA embonó a la perfección con el espíritu agorero que observa en cualquier signo calamitoso, el inicio del fin del mundo. Algunas denominaciones religiosas, incluyendo la católica tuvieron expresiones que reforzaron esta visión apocalíptica del SIDA, Girolamo Prigone, nuncio apostólico en México de 1978 a 1987 sentenció al SIDA *como castigo de Dios, ya que Dios se manifestaba en el mundo a través de recordatorios trágicos.*

*verdades médicas. Algunas de trazos serán objeto de recuperación en los siguientes apartados.*

### ***V El SIDA como Aleph y el activismo como su memoria.***

El consenso orquestado en torno a la observación del SIDA como problema de salud pública, uno de los mayores y más urgentes de resolver, conlleva ciertos límites. Tal como lo indica Pedro Cahn (2007), activista y médico argentino, no es únicamente un tema de salud. Visto exclusivamente desde esta perspectiva se corre el riesgo de presumir que, la infección guarda una suerte de recorrido azaroso, un comportamiento en donde la mala fortuna, la fatalidad contingente son los hilos que mueven su historia. El SIDA, por el contrario, puede leerse como una síntesis de procesos, relaciones, instituciones, tecnologías, placeres, fobias, desigualdades y poderes de nuestro tiempo. El SIDA se produce y se propaga en ese encuentro sincrónico y desafortunado de dimensiones que competen lo económico, lo político, lo social, lo cultural y lo biológico. En consecuencia, el SIDA se torna posibilidad de ver al mundo y comprenderlo en sus múltiples articulaciones. Es un punto de observación pero no cualquier tipo, es un instrumento como aquel descrito en el cuento de Jorge Luis Borges, el *Aleph*<sup>21</sup>, *ese lugar donde están, sin confundirse todos los lugares del orbe, visto desde todos los ángulos.*

Mirar el mundo a través del SIDA es reconocer en primer lugar ese abigarrado tejido a través de los cuales se filtra y difumina para convertirse en la pandemia que es hoy en día. Significa pensar que, lejos de cualquier margen aleatorio, existen relaciones sociales que se expresan en el terreno de la sexualidad, en el acceso y consumo de drogas intravenosas y en la necesidad de intercambiar sangre, comercial o altruistamente, cuya concreción histórica a fines del siglo XX constituyeron los puertos de pasaje para su propagación. Cada uno de esos comportamientos, leídos desde la epidemiología como fuentes de transmisión, son a su vez prácticas sociales altamente significativas, cada una

---

<sup>21</sup> Marcela Lagarde en *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (2001), retoma la imagen del aleph y le otorga estatuto epistemológico. En su caso, cada mujer es vista como ese aleph a partir del cual observar las normas y prácticas de género pero también para comprender a las instituciones, a la sociedad y a la cultura. De manera incidental, en el transcurso de este proceso de investigación el SIDA se me fue develado como un aleph que, más allá de su propia condición de enfermedad, otorga pautas para el entendimiento de las sociedades globales y locales de nuestros días.

de ellas condensa posibilidades de ser y hacer para momentos y contextos específicos.

Por ejemplo, el territorio de la sexualidad, espacio que desde la década de los años sesenta del siglo pasado adquirió una dimensión política, puede ser reconceptualizada con nitidez en sus vectores culturales, éticos y morales a través de la mirada que ofrece el SIDA. Por una parte, constata la plasticidad de las prácticas sexuales, particularmente aquellas reclusas en el terreno de lo espurio y lo abyecto, la existencia de homoerotismos que trascienden sus vínculos con una identidad claramente establecida, cuya intensidad ha sido mayor a lo imaginado en todo el mundo, incluyendo a México y Argentina. De igual manera, el SIDA viene a dotar de nuevos contenidos a las tesis del feminismo radical en el sentido de pensar a lo sexual como fenómeno político<sup>22</sup>, por lo cual el coito como una de sus expresiones fundamentales produce y reproduce dominio y desigualdad. La feminización de la pandemia apunta en esa dirección, tal como lo revelan diversos estudios al respecto<sup>23</sup>.

Estos aspectos son dos de los muchos problemas que, en el marco de la sexualidad, pueden ser analizados e investigados a partir del SIDA. Más allá de

---

<sup>22</sup> Esta tesis es elaborada teóricamente por Kate Millet en su libro *Política Sexual* (1995). A partir de releer los elocuentes escritos *pornotópicos* de Henry Miller, Norman Mailer y Jean Genet, entre otros recursos, Millet sostiene que la sexualidad es el *locus* de la opresión femenina. Ahí reside el núcleo del sistema patriarcal por el cual el varón domina a todas las mujeres así como a los hombres jóvenes. Esta será una de los contenidos trascendentes que acompañarán las discusiones en torno a la sexualidad en los años subsecuentes.

<sup>23</sup> Entre algunos trabajos que apuntan a reconocer las condiciones sociales que producen la feminización de las mujeres se encuentran los siguientes: Allen Leigh Betania y Pilar Torres Pereda, "Género, poder y VIH en la vida de las mujeres mexicanas: prevención, atención y acciones prioritarias" en Córdoba Villalobos José Ángel, Samuel Ponce de León y José Luis Valdespino (Eds) *25 años de Sida en México. Logros, desaciertos y retos*, México, Instituto Nacional de Salud Pública, 2008. Bloch Claudio, "El sida una nueva enfermedad de la pobreza", en Cahn Pedro, Bloch Claudio y Weller Silvana (Eds.) *El SIDA en Argentina. Epidemiología, subjetividad y ética social*, Buenos Aires, Arkhetipo 1999. Garibi González Cecilia "La compleja relación violencia de género-sida. Un acercamiento a la violencia institucional como factor de vulnerabilidad de las mujeres ante el VIH", en *Sexualidad, Salud y Sociedad, Revista Latinoamericana*, 2009, 3. Leyva Rene y Marta Caballero, *Las que quedan. Contextos de vulnerabilidad a ITS y VIH/SIDA en mujeres compañeras migrantes*, México, Instituto Nacional de Salud Pública, 2009. Liguori Ana Luisa, "Más que un número" en Urrutia Elena (Comp.) *Mujer y sida*, PIEM-Colmex, 1994. Campero Lourdes y Herrera Cristina "La vulnerabilidad e invisibilidad de las mujeres ante el VIH/SIDA: constantes y cambios en el tema", en *Salud Pública de México*, vol. 44, núm. 6, noviembre-diciembre, 2002, Instituto Nacional de Salud Pública, Cuernavaca, México. Chapa Romero Ana Celia, *Tres dimensiones de análisis de la experiencia de mujeres con VIH/SIDA: vulnerabilidad, afrontamiento y ruptura*. Tesis para obtener el grado de doctorado en Psicología, México, UNAM, 2014.

la sexualidad, existen otros territorios, otras experiencias cuyas formas son reconocidas y recuperadas con nuevos significados cuando se sigue el recorrido del virus de la inmunodeficiencia. Uno de estos procesos, quizá uno de los cuales definen de manera emblemática el *espíritu de nuestro tiempo* se refiere a la globalización. La sensación de proximidad, de achicamiento, de interconexiones cada vez más complejas e inmediatas es recuperada y releída con otras claves a partir de la historia de la propagación. El SIDA, en ese sentido, es la constatación más elocuente de cómo, además de las mercancías y el capital, la globalización es ante todo un proceso en donde los cuerpos y los fluidos corporales se mixturán a la velocidad de los aviones y bajo el efecto poroso de las fronteras nacionales. El SIDA es signo y consecuencia de las migraciones masivas de mujeres y hombres que viajan, generalmente del sur al norte del mundo, en busca de mejores horizontes de vida y, en ocasiones, retornan a sus lugares de origen. El SIDA es también expresión de esa suerte de ciudadanía global que por razones diversas es capaz de, en unas cuantas horas, encontrarse del otro lado del mundo trayendo y llevando conocimientos, cultura, virus y bacterias.

Sin embargo, de todas las observaciones y todas las develaciones, existe un punto focal en donde se condensa con todo dramatismo la red de causalidades que explica el desarrollo epidemiológico y se expresa en una trasmutación en los sujetos afectados por la enfermedad. El nuevo rostro de la epidemia ha cambiado radicalmente de aquel que encarnó en sus orígenes los estragos del VIH. De aquellos jóvenes, norteamericanos, homosexuales que fallecían por neumonía. El rostro de siglo XXI tiene otro perfil, el cambio más radical quizá está dado por el sexo. En términos globales, las mujeres hoy en día representan las principales víctimas de la pandemia, pero estas mujeres además son pobres, viven en África y otras regiones del sur de mundo, además son jóvenes. Esa es hoy en día la metonimia del SIDA.

La pandemia, como más arriba se deslizó es un revelador de aquello interdicto, es un espejo de las naciones y sus ciudades y uno de los mejores termómetros para medir el desarrollo humano y social de los pueblos. Pone al descubierto las carencias, las injusticias pero igualmente descorre el velo de las capacidades de las mujeres y los hombres para hacer frente a las calamidades



y transformar la condena en posibilidades de ser y hacer. Si el SIDA funciona como ese Aleph para comprender las realidades sociales en su configuración y devenir particular, el activismo fungirá como esa memoria viva que arroja sobre los mecanismos para prevenir la infección. Además, se alza como el dispositivo social para recordar de la existencia y continua transmisión del VIH y más importante aún, de la existencia de personas que viven con él. Mujeres y hombres quienes precisan de todos los recursos de la modernidad, incluyendo la solidaridad y la sororidad para acompañarlos en este proceso integral de disfrute y despliegue de sus capacidades humanas.

### ***VI Estudiar con el cuerpo procesos corporales***

*El SIDA es uno de esos fenómenos que, como otros enmarcados en aquello que Peter Conrad denominará proceso de medicalización,<sup>24</sup> coloca en el centro de la reflexión al cuerpo. Un tema cuyo abordaje ha sido complicado particularmente para la tradición sociológica.*

*De acuerdo con Bryan Turner (1996) el cuerpo guarda una relación ambivalente con las principales corrientes que conforman la sociología. Por una parte, señala, prácticamente todas las perspectivas clásicas sostienen implícito una idea de cuerpo en términos tanto analíticos como prescriptivos y, sin embargo, la sociología como disciplina se reconoce ajena a los territorios en donde lo biológico, se presume, mantiene alguna huella.*

*Turner analiza el trabajo de Weber y de Marx, entre otros, en busca de los indicios que estos puntales del pensamiento sociológico dejaron a lo largo de sus obras, los mismos que conducirán a formulaciones específicas del cuerpo. En ambos casos, el capitalismo se alza como el marco productor de corporalidades que, con distintos derroteros, tendrán su realización en el proceso de trabajo. El cuerpo weberiano se observa austero, disciplinado, consagrado al trabajo y por consiguiente a la generación de riquezas. Dentro de la tradición marxista, el*

---

<sup>24</sup> En síntesis el proceso de medicalización refiere a la tendencia en las sociedades contemporáneas de definir y tratar asuntos que antaño se abordaban a través de lenguajes emanados de otros paradigmas de aprehensión y significación del mundo. Lo que anteriormente era asumido, probablemente, como una inmoralidad, un pecado o bien un tema de índole criminal ha sido tendencialmente reconocido como cuestión médica, definido, enfrentado y en el mejor de los casos resuelto desde este quehacer. El SIDA es un fenómeno emergente que se enmarcó en dicha tendencia, por lo que es definido fundamentalmente como un problema de salud. Conrad Peter (2007).

*cuerpo también adquiere su expresión dentro del proceso productivo, es el cuerpo proletario el cual, a través del desgaste físico, provee de riqueza a las naciones, vía su propia explotación.*

*No es ocioso develar otro implícito en la constitución del cuerpo en los clásicos de la sociología, en particular de estos sujetos del trabajo cuya verdad se esconde bajo esa práctica moderna que Sheila Benhabib (1990) describió como universalismo sustitutorio. Es decir, la expropiación de la condición humana por parte del hombre. Una vez desmontada esta operación, la noción de cuerpo al que refieren tanto Weber como Marx aparece nítidamente como una corporalidad masculina. Un cuerpo que sin explicitarse contiene las claves de la masculinidad moderna, en especial por su vínculo con el trabajo. La modernidad consagró en el varón la capacidad de transformar la naturaleza y convertirla en bienes. Aquí radica la pista más elocuente del contenido genérico de la relectura, en clave corporal, de autores tan distantes y, al menos, en este punto próximos.*

*De tal suerte se puede afirmar que, así como en estos dos autores, la mayor parte de los discursos sociológicos contienen pautas cifradas, las cuales bajo una perspectiva en donde se busque la dimensión corporal, ésta es susceptible de emerger de las entrañas teóricas.*

*No obstante, como se afirmó anteriormente, la sociología en su camino por reconocerse como una disciplina sostuvo con las ciencias experimentales, fundamentalmente con la biología, un vínculo de doble rasero. Por una parte, las primeras marcaron el canon epistemológico y metodológico de lo que se esperó fuera el discurso y la práctica científica. La sociología, sobre todo en un primer momento y bajo la urgencia de equipararse y obtener el reconocimiento en tanto ciencia, asumió a pie juntillas los dictados de aquellas otras que habían probado su valía en el descubrimiento y la creación de insumos benéficos para la humanidad. La sociología, en particular, pero en buena medida el resto de las disciplinas sociales no sólo fueron influenciadas en cuestiones de método y en general sobre aquello relacionado con la concepción vigente de lo que era hacer ciencia, algunas corrientes, incluso, quedaron colonizadas en su propia conceptualización por el discurso biológico.*

*Como reacción a esta predominancia de la ciencia experimental, la sociología en un acto afirmativo renunció a tener vínculos con todo aquello relacionado al campo biológico. El cuerpo, en esa lógica, contenía una materialidad de tal naturaleza que, desde las disciplinas sociales, se asumió privativa del quehacer médico, y por supuesto de la biología. Así, silente, en los intersticios del subtexto, la corporalidad permaneció sumergida hasta los años ochenta, momento en el cual, por distintos caminos, comenzó a ser centro de atención y reflexión por parte de las disciplinas sociales.*

*Mención especial merecen los estudios feministas. Para la teoría feminista, fundamentalmente para su corriente radical, en el cuerpo de las mujeres, en su sexualidad reside el punto neurálgico del dominio que los hombres ejercen sobre ellas. Kate Millet al afirmar que el coito es un acto que lejos de asimilarse al apareamiento de los animales, releyó al calor de la contracultura, los signos y significados del encuentro sexual, en donde en el cuerpo cosificado de las mujeres se cifraban las victorias libertarias (Celia Amorós diría libertinas) de los sujetos de la revolución sexual. Sobre todo a partir de los años sesenta del siglo XX, una serie de problemáticas ante invisibles de la reflexión y los debates políticos se insertaron en las aulas y los espacios de debate público: la maternidad, la anticoncepción, el acoso sexual, la violación, el aborto. En todas y cada una de estas dimensiones, el cuerpo de las mujeres se transformó en territorio de disputas por su propiedad y su control.*

*En torno a esa noción del eterno femenino sobre el cual la modernidad edificó una carga identitaria se definió y constriñó a las mujeres ser un ser para otros, sexualidad para otros, cuerpo para otros (Basaglia Franca, 1983). Confrontar estas ideas enraizadas en la médula de individuos y colectividades pasó por una operación intelectual en el cual la naturaleza en tanto fundamento último y primero de esta identidad cautiva fue sometida a una crítica y a un proceso inacabado de desmantelamiento. El feminismo en tanto teoría transdisciplinaria se convirtió en uno de los puntales para regresar el cuerpo a las discusiones de las ciencias sociales y las humanidades. Justo en ese movimiento por descolocar la discusión del fundamento natural, sobredeterminante patriarcal de la corporalidad femenina, situó su proyecto crítico y emancipador en la órbita de lo social, lo cultural, lo histórico, espacios*

*donde situó sus nociones sobre el cuerpo de las mujeres y también el de los hombres.*

*A pesar de este otro recorrido en la heurística del cuerpo, en la literatura anglosajona específicamente, los fenómenos corporales adquieren relevancia como tema central durante los años ochenta del siglo XX. Como anteriormente se anunció, la enfermedad constituye una de esas expresiones que abrió la puerta a las reflexiones e investigaciones y permanece como una de las aduanas sobre las cuales se accede al cuerpo desde las ciencias sociales y las humanidades.*

*Tanto en términos vivenciales como también en su correlato de investigación teórica y empírica, el cuerpo se ha presentado silente, probablemente la dicotomía cuerpo/ mente-alma encarnó y enajenó de la conciencia esos signos emanados desde la corporalidad. El hecho es que la vida cotidiana moderna transcurre mayormente sin sobresaltos que recuerden a los hombres su sustrato corpóreo, con las mujeres la historia será distinta. Para los varones, la enfermedad resulta uno de esos eventos que le devuelven a través del dolor, la molestia, la falta de funcionamiento de un órgano o todo un sistema su corporalidad entera. El cuerpo deja ese silencio supuesto para volverse una presencia que ocupa sentidos, preocupaciones y acciones.*

*De esa misma forma, la enfermedad como fenómeno visibiliza al cuerpo como algo inquietante y a partir de ahí como campo fructífero de signos y símbolos, (Frease Miriam y Monica Greco 2005) susceptibles de ser analizados no sólo desde perspectivas biomédicas sino también desde las ciencias sociales. La enfermedad se volverá uno de los temas socorridos en las bibliografías sobre el cuerpo y entre los abordajes diversos, el VIH-SIDA tendrá un lugar destacado no sólo por la condensación de signos y símbolos analizables en términos sociológicos y antropológicos sino también por sus fuertes implicaciones políticas.*

*Cabe mencionar que dentro de las discusiones del cuerpo en América Latina, una de las características que subrayan su producción será, según Zandra Pedraza (2009), su disposición a convertirse en temas políticos. A partir de diversas expresiones por las cuales el cuerpo se coloca en la reflexión, existe*

*un sedimento presente en gran parte de los estudios hechos en la región en las cuales el cuerpo se observa como el destino final de las normas de sujeción, disciplinamiento, marginación, estigma, explotación. En síntesis de formas diversas a través de las cuales una amplia gama de poderes se expresan. De tal suerte, será en el cuerpo en el que se fijen esas normas de los macro y los micro poderes pero, de la misma forma, serán en los cuerpos y a partir de ellos que se gesten las resistencias, las transgresiones, las insubordinaciones así como todos los intentos de transformar esas condiciones de sujeción.*

*En la historia del VIH-SIDA y en particular en la historia de los activistas se sintetizan esos dos momentos de la sujeción en los cuales el cuerpo aparece como un escenario fundamental. Parecerá redundante subrayar que es en los cuerpos en donde tiene lugar la infección y ha sido desde los cuerpos donde proceden las señales que anuncian la pérdida de la salud y el bienestar de las personas. Pero además el cuerpo sidoso se construirá desde el poder heterosexista como el resultado buscado de una conducta aberrante, antinatural, es el pago doloroso y lacerante de optar por una vida torcida y promiscua. A diferencia de la lógica de las enfermedades que exculpa a la gente de su condición, que sitúa la discusión y las respuestas sociales en un terreno ajeno al acto voluntario y racional de quien la padece, el SIDA, por el contrario, se alza como la evidencia de la culpa.*

*Al mismo tiempo, el cuerpo del SIDA se alza como una amenaza para el resto de la sociedad, de ahí el surgimiento de las tendencias persecutorias, segregacionistas y otros disparates<sup>25</sup> provocados por el temor y a veces pánico que, con el tiempo, se ha probado infundado hacia los enfermos y portadores de VIH.*

*Pero si bien las narrativas del poder cifradas en el cuerpo adquieren una carga ominosa, también se encuentran aquellas en la que a través de la corporalidad se edifican acciones que trascienden la mera resistencia y apuntan*

---

<sup>25</sup> Martha Nussambaum en su libro. El ocultamiento humano. Repugnancia, vergüenza y ley (2006) trae a la memoria alguna de las reacciones suscitadas entre los sectores más conservadores de los Estados Unidos. El escrito y comentarista televisivo William F. Buckley Jr. planteó la posibilidad de marcar a los portadores del virus de la inmunodeficiencia humana, homosexuales, como una política pública. Un tatuaje en las nalgas que haría las veces de aviso precautorio para posibles parejas sexuales y por supuesto sello vergonzante para su poseedor.

*hacia el tejido de inéditas formas de solidaridad en donde poner el cuerpo no sólo representa una metáfora sino el vehículo de las reacciones políticas que marcarán los hitos del activismo.*

*El cuerpo cobra a lo largo de los relatos significados diversos pero todos ellos permiten releer pistas ancladas tanto en la subjetividad de quienes han promovido acciones a favor de los derechos humanos, la educación sexual y los debates públicos referidos al VIH-SIDA, pero también en las acciones que despliegan.*

*En el campo de las acciones, poner el cuerpo se convierte en una metáfora no sólo útil sino incluso necesaria para redimensionar esos actos corporales cuya papel en la historia ha sido relevante para la generación de movimientos así como de una masa crítica opuesta a la noción de castigo divino, al ostracismo y la exclusión de las personas que viven con el virus de la inmunodeficiencia humana.*

*Con la intención de otorgar relevancia al cuerpo se procurará una observación y un recuento permanente de sus implicaciones, no obstante, no será el cuerpo el problema central de la presente investigación sino las corporalidades de los activistas. Es decir, los procesos corporales recreados a través las reflexiones presentes en sus protagonistas, en donde el cuerpo subjetivado será visto como el vehículo de su militancia y su construcción política pero también en tanto escenario de la historia un sujeto que se despliega ese doble movimiento que la teoría ha discutido: la sujeción y la subjetividad.*

*En particular, esta corporalidad trae aparejada una discusión en torno a una de serie de flujos sobre las cuales se construyen estructuras sociales, se edifican instituciones y articulan las relaciones de todo tipo, cuyos impronta en la solidificación de los poderes cobran cada vez más importancia en los análisis de las ciencias sociales y las humanidades. Estos flujos por no tener un mejor sustantivo refieren a lo que conocemos como las emociones*

## **VII Las emociones y el poder**

*Como se ha asentado el párrafo anterior, así como en la introducción, las discusiones que vinculan la producción del cuerpo con el poder tienen además otra arista cuyo tratamiento ha resultado complicado y hasta hace poco tiempo carente de abordajes por parte de las disciplinas de mi adscripción. Se trata de las emociones, asumidas casi naturalmente como materia de la psicología, el arte, la literatura pero de difícil acogida dentro del mundo de las ciencias sociales. Así de forma marginal a veces casi fantasmalmente han merodeado y anidado desde tiempos lejanos en los escritos clásicos de la teoría social*

*Sin pretender hacer una genealogía de las marcas y huellas de esta discusión, asumo en el pensamiento ilustrado un punto de inflexión cuyas reverberaciones cobran relevancia hoy en día para comprender y destacar la envergadura de las emociones en los análisis sobre los contenidos, valga la redundancia, emocionales de la política.*

*Tanto en su vertiente misógina como en aquella en donde las corrientes de la igualdad reconocen los orígenes del feminismo<sup>26</sup> el discurso de las luces se asumió como aquel con la capacidad de desarticular todos los prejuicios, tanto sociales como del conocimiento, a partir de someter al dictamen de la razón todo aquello que persiguiera adquirir el estatuto de verdadero. Más allá de los pormenores del programa, lo destacable será poner atención en el análisis ilustrado de la factura del prejuicio.*

*De acuerdo con Poullain de la Barre, precursor de la ilustración y del feminismo, los prejuicios, es decir esas ideas y valores asentados como ciertos antes de someterse a las operaciones del bon sens provienen de la costumbre y del interés. Es decir, son producto de la tradición cuyo primer referente forjador se encuentra en la familia donde se plantan las semillas que germinarán a lo largo de la vida como verdades incontestadas. La fuerza de la costumbre procura ese horizonte de certezas a partir del cual las personas configuran las ideas, los*

---

<sup>26</sup> Amelia Valcárcel y Celia Amorós, entre otras feministas de la igualdad, asumen que la ilustración tiene una doble faz con respecto a los derechos y las libertades de las mujeres. Por una parte, la tendencia hegemónica, naturalizadora de la inferioridad de las mujeres y lo femenino cuya expresión más acabada se encuentra en el pensamiento de Juan Jacobo Rousseau y, por otra parte, una tradición que cuenta entre sus plumas con autores como Francois Poullain de la Barre, Mary Wollstonecraft, Olimpia de Gouge, promotores de la inclusión de las mujeres en el ideario ilustrado de igualdad y universalidad.

valores y las normas sobre la vida, el mundo, la sociedad. Por tanto posibilitan un tipo de proceder en consonancia.

*Para Rosa Cobo y Celia Amorós (1993), en esta perspectiva de Poullain se encuentran además algunas de las primeras inquietudes propiamente sociológicas, particularmente de una tradición que tendrá como gran referente a Antonio Gramsci varios siglos después. Esta tradición justo dará cuenta del sustento de los grandes poderes cuyas raíces se encuentran asentadas, no sólo en las estructuras políticas, económicas sino, además, estos poderes tiene como precondition para ser, sedimentarse en el sentido común y convertirse en la filosofía del pueblo. Lo destacable de Poullain de la Barre no sólo será el reconocimiento de un territorio medular para la construcción política, eso mismo que denominará como la costumbre sino también la claridad de que esa costumbre está vinculada con los intereses. Es decir, los principios sobre los cuales se asienta la filosofía del sentido común no se contiene de cualquier idea, norma o valor, el interés desliza justamente una relectura en donde el poder o los poderes de carácter diverso son aquellos con la posibilidad de transmutar sus intereses particulares en ese horizonte de verdades que una sociedad entera percibe y ostenta como los signos fundamentales de su costumbre.*

*Poullain de la Barre así como otras personalidades del movimiento ilustrado reconocerá que la potencia de la costumbre y por consiguiente la solidificación de los prejuicios tienen en las emociones y los sentimientos recursos de primer orden. Cuando los prejuicios se asientan en lo afectos, el remedio de las luces, la razón tiene un trabajo arduo y complejo.*

*En esa dirección Mary Wollestonecraft, escritora fundacional del feminismo analizará en su obra, La Vindicación de los Derechos de la Mujer cómo un orden a todas luces injusto, oprobioso y contrario a los principios ilustrados que asentaron la igualdad de todos los humanos, prescribió con éxito para las mujeres una condición de inferioridad cuya expresión se concreta en el modelo de proper lady o ángel de la domesticidad. Su texto no sólo será una proclama a favor de la universalización de los valores de la modernidad sino un análisis de esos procesos de socialización, se diría ahora, a partir de las cuales las mujeres asientan y se identifican con una forma de feminidad cuyos costos son más altos que los beneficios. Entre otras de las trampas del modelo que*



*Wollestoncraft observa, se encuentra esa fórmula en la cual las mujeres ha sido naturalizadas para ser todo sentimiento y emotividad, una sobre identificación con esos aspectos del carácter humano en donde anida la imperfección, de acuerdo con el programa ilustrado.*

*De estos sentimientos, uno será nodal para comprender esta adopción a ser, el ser imperfecto y satelital del nuevo orden burgués, gestado ante los ojos de Wollestoncraft, esa emoción no será otra que el amor. Las mujeres son provistas desde la más tierna infancia de una serie de enseñanzas en donde el amor, ese acto emanado del corazón y de la voluntad, tal cual lo sancionó el nuevo régimen burgués, lo será todo para ella, su ocupación y preocupación motora. Dicho amor encontrará vías lícitas de expresión en el esposo y en los hijos. Con ello, Mary Wollestoncraft abrirá una vía de reflexión crítica que será objeto de una ardua y profunda revisión por parte del feminismo radical para el cual el amor, entendido en clave de entrega, incondicionalidad, devoción por el otro, será pensado como el opio de las mujeres<sup>27</sup>.*

*Es interesante destacar el abordaje que el feminismo ha hecho de las emociones como componente fundamental de las relaciones y las estructuras que someten a las mujeres y las mantienen en una situación de inferioridad con respecto a los hombres. El interés sobresale porque se trata de una teoría que ha tematizado la eficacia de los mecanismos ideológicos y emotivos como soportes de ese eterno femenino, de esa condición que se asume derivada de los mandatos de la naturaleza. En efecto, esta relación que se forja en la cotidianidad y se desarrolla cuerpo a cuerpo, todos los días y en todos los espacios sociales, extrae su fuerza y capacidad reproducirse a partir de los mecanismos del consenso y de la adhesión subordinada al poder. Sin negar el recurso de la fuerza y la violencia, las relaciones entre mujeres y hombres sintetizan con mucha elocuencia esas formas imperceptibles que tejen un complejo entramado a lo cual el marxismo denominó ideología. Este recurso de poder clasista, cuyo objeto será sancionar positivamente el mantenimiento de las*

---

<sup>27</sup> En el auge de su exposición pública, Kate Millet en una entrevista a la revista *Time*, en donde además reconocerá su orientación lésbica, planteará este tema, ambos serán objeto de una fuerte reacción no sólo de parte de los sectores conservadores en contra del feminismo radical sino de los mismos sectores progresistas que protagonizaban la contracultura quienes sólo verán en su planteamiento el producto de una mujer resentida con los hombres.

*asimetrías, visto desde este marco en términos de valores e ideas falsas. Sin embargo, para el feminismo esas relaciones de poder que se reproducen, creando la ilusión de un continuo eterno, se asientan por el fuerte contenido emocional con el que se suministra la ideología.*

*Expresado de forma burda, se podría decir que el grueso de las relaciones de poder que se establecen entre las mujeres y los hombres están preñadas de afectos. Así, además de todas las mediaciones ideológicas, de los valores que asientan y sancionan la inferioridad y permiten la sujeción femenina, las mujeres mantienen vínculos de cariño, amor, compasión, miedo, ternura, respeto, admiración con los hombres. Estos componentes no pueden pensarse como un extra que viene a complejizar un cuadro sino justo como elementos estructurantes de las relaciones. De tal suerte no será una excepción sino justo la regla el hecho que muchas mujeres también amen a ese mismo sujeto que las subordina, las margina, incluso las violenta, que vivan cautivadas en sus cautiverios, tal como lo frasearía Marcela Lagarde.*

*En esa dirección cabe mencionar el aporte de Gayle Rubin (2000), quien explica la subordinación de las mujeres en la trama de las estructuras de parentesco. La tesis elaborada por Levi-Strauss por la cuales se comprende cómo las mujeres se convierten en objetos de intercambio, el máspreciado y significativo obsequio que los varones dan y reciben para sellar pactos cuya factura consanguínea se toma como garantía de inquebrantabilidad. Al mismo tiempo, Rubin observa un proceso concomitante acontecido en la estructura psicológica y afectiva de las mujeres y también en la de los hombres, a través de la cual, esta humanización genérica organiza el deseo, las fantasías así como la identidad de género y las posiciones ocupadas en el mundo por ambos sexos.*

*Este nivel de operación del sistema sexo-género será, desde la visión de Rubin, indispensable para comprender cómo la condición de regalo precisa forjar un sujeto carente de deseo, mejor aún, uno cuyo deseo se centra en su conversión, de pies a cabeza, en ser el objeto del deseo de los únicos sujetos deseantes: los varones. Las claves teóricas para desentrañar esta producción psíquica y emocional del sistema sexo-género son provistas por el psicoanálisis, en especial las reelaboraciones de Jacques Lacán a las presupuestos fundamentales de la teoría de Freud.*

*Judith Butler (1997) continúa y profundiza esta búsqueda para encontrar enclaves analíticos a las emociones, los sentimientos y la psique humana en su estrecho vínculo con el poder y la constitución de los sujetos. Butler rescata la paradoja formulada por Foucault en torno al sujeto como sujeción y potencia, así como su concepción sobre la inexistencia del sujeto fuera de los marcos del poder. Es decir, la idea de que el sujeto, en su doble dimensión, se funda como una consecuencia del poder.*

*Butler reconoce en la producción de toda sujeción un vínculo apasionado que posibilita el apego de quien detenta una posición subordinada sobre aquel o aquellos en cuyas manos descansa la suerte y en muchos sentidos la existencia misma de los seres sujetados. Si bien, alerta de las posibles lecturas en clave conservadora cuya inferencia será responsabilizar a los sujetos de su propia subordinación, Butler afirma que quien detenta el poder explota el deseo de supervivencia, el deseo de ser aun dentro de esas condiciones de constrictivas de sujeción.*

*Al igual que Rubin, la autora de El género en disputa (2013), se procura de los insumos del psicoanálisis lacaniano para dar cuenta del sometimiento como un acto que acontece en la vida psíquica. Plantea, por tanto, una forma de trascender la dicotomía entre la dimensión psíquica y política y subraya cómo los mecanismos productores del sujeto adquieren una vía que apunta hacia internalización o incorporación de las normas sociales. En concreto, refiere al deseo constitutivo del sujeto en su doble faz, es decir, en tanto existencia y como subordinación, mismo que puede traducirse como el deseo por el sometimiento.*

*Esta línea teórica busca comprender, como parte de un mismo proceso, aspectos de la vida humana escindidos por efecto de una tradición profundamente arraigada en la cultura moderna. Esta tendencia ha pautado una forma de construcción de conocimiento en el que se establece un entramado de relaciones binarias asumidas como realidades mutuamente excluyentes: el cuerpo y la mente, la sociedad y la naturaleza, las emociones y la razón, el individuo y la sociedad, etecétera.*

*De tal suerte, devolver a las emociones un estatuto sociológico y antropológico pasa por historizar y situar su producción y sus significados dentro*

*de marcos culturales específicos. Este movimiento precisa justamente de romper con esa visión que mira y configura la experiencia moderna de hombres y mujeres, particularmente de los primeros, en donde las emociones se encuentran escindidas de la razón y el pensamiento. Tal como lo asienta David Lebreton (1999), todo acto cognitivo está implicado de sentimientos y emociones y viceversa, las emociones, en tanto fenómenos situados, emergen y se desarrollan dentro de marcos de pensamiento. Este mismo autor sostiene que las emociones y los sentimientos conforman la arcilla que argamasa las relaciones sociales, forman parte de un sistema de sentidos y valores compartidos por una comunidad, son los hilos cuya urdimbre proveen de filiación y marcos de acción a los individuos.*

*De tal suerte, a partir de los insumos teóricos sintetizados más arriba se puede comenzar a identificar aquella constelación de emociones que se encuentran configurando a los sujetos de nuestra investigación. En principio retomo un conjunto que emanan de la construcción de lo abyecto, cuyas expresiones emotivas circulan entre la repugnancia y la indignación (Carlos Figari, 2009).*

*Tal como se ha expresado a lo largo de este capítulo introductorio, el sello originario que marcó los imaginarios sociales con respecto al VIH-SIDA estuvieron henchidos de emociones profundamente negativas que se imprimieron en la subjetividad de quienes padecían los síntomas pero igualmente esas mismas tiñeron la propia construcción del activismo. La repugnancia y el miedo impregnaron las tramas a través de las cuales las sociedades y los estados edificaron los significantes sobre una enfermedad de la cual no se sabía hasta ese momento. La falta de conocimiento, la ignorancia se sumó a ese coctel de emociones cuyo denominador fue la falta de compasión y reconocimiento de la dignidad y humanidad de quienes se habían infectado. En efecto, como lo señalan tanto Figari (2009) como Martha Nussbaum (2006), la repugnancia expresa un tipo de emoción cuya consecuencia práctica será marcar los límites de lo humano y lo inhumano, lo permitido y lo prohibido, la norma y la disfunción, lo moral y lo pecaminoso. Al establecer esas fronteras, lo pútrido, aquello que produce asco se transforma con facilidad en objeto de marginación, exclusión y zanja el camino para el ejercicio de formas diversas de*

violencia. La historia del SIDA está envuelta en este tipo de emociones y por tanto, los sujetos de la misma tienen como energías emotivas de su sujeción estos matices cuya comprensión adquiere relevancia si se reconoce el momento histórico preciso donde se producen.

Podría pensarse al activismo como un suerte de expresión colectiva que se alza frente a la repugnancia y el miedo, cuyo objeto de existir se encuentra en sacar de la abyección a quienes padecen una enfermedad o bien a dado positivo a la presencia del virus de la inmunodeficiencia en su cuerpo. Un sujeto de las batallas contra las emociones a través de los cuales el poder: el poder sexista y patriarcal, pero también el médico y el religioso, entre otros, forjaron una condición en donde además del deterioro físico y la muerte existió una condena de muerte social que en mucho precipitó los otros desenlaces. En ese sentido desde este espacio se gesta una contestación a las consecuencias que ese tipo de emociones producen: la falta de atención médica, el abandono, el maltrato a las personas, las expulsiones de la escuela y el trabajo y por último el asesinato de activistas.

El poder, tal como se ha venido sosteniendo, sujeta y al mismo tiempo habilita. Dentro de esa perspectiva, las emociones articuladas con ideas, valores, creencias cumplen la función de proveer la argamasa de la subordinación. De la misma forma, las emociones proporcionan también algunos recursos vitales con los que se genera la potencia en los sujetos. Es decir, aquella capacidad para enfrentar. Si bien, las emociones han tenido una mayor relevancia a la hora de iluminar la forma como se crean y recrean las jerarquías, las desigualdades así como la subordinación, en esta tesis se propone introducir las emociones en una suerte de equilibrio para reconocer cómo guardan un papel relevante a la hora de producir resistencias, transgresiones y transformaciones.

Si bien, la historia de los activistas puede estar hilvanada por amplia gama de emociones que surcan desde el deprecio, el asco hasta la más absoluta indiferencia por aquello que le sucede a los otros, existen otros matices de corte vital que explican también la organización y la acción colectiva en torno al VIH-SIDA. Hoy en día al grito de indignate en Europa y los Estados Unidos oleadas de gente, principalmente joven, demandan una redefinición del pacto social en términos de equidad y justicia social. La indignación representa ese sustrato

*emocional a través del cual los colectivos construyen el sentido de injusticia y por tanto actúan en consecuencia. La indignación pensada también como síntesis de procesos intelectuales, culturales, ideológicos, otorga un estatuto distinto a la experiencia del dolor, el malestar, la sensación de indefensión y otras por las cuales el poder sujeta. Mediados por la indignación estas situaciones se reconstituyen como algo que no tendría por qué ser así, se produce un quiebre con la inevitabilidad del destino y se edifica la ilegitimidad del orden, la carencia de razones que soporten una existencia sumida en la imposibilidad de desarrollar con plenitud las capacidades humanas, de llevar una vida verdaderamente humana (Nussbaum Martha, 2002). En el caso particular del ámbito del SIDA se traducirá en un trabajo para otorgar a las personas infectadas garantías para su dignidad humana en términos de ciudadanía y de acceso a los recursos de salud. Igualmente, desde el epicentro de la crisis, se realiza un importante despliegue que culminarán en discursos que reivindicarán la posibilidad de sexualidades distintas a las que el imaginario heterosexual asentó. La indignación como un elemento articulador ronda la puesta en marcha de estas acciones.*

*Aunado a indignarse, existen tonalidades emotivas cuya relevancia serán puestas en consideración para analizar la producción del sujeto así como las acciones que realiza. En los siguientes capítulos, la experiencia de los protagonistas tendrá como objetivo trazar un recuento encarnado en el cual se distingan la fuerza de las emociones en la gestación de procesos sociales. Particularmente los registros que como la indignación, la conmoción, la compasión y la solidaridad, entre otros, actúan como motores de las resistencias y los cambios que han signado el devenir del sida como un problema público que los estados y la sociedad necesitan atender.*

### **VIII El retorno del cuerpo y las emociones, epistemología y metodología del trabajo**

*En los dos aparados anteriores se ha puesto énfasis en las tendencias que cruzan diversas disciplinas sociales y humanísticas y que han puesto en discusión la reconsideración del cuerpo y las emociones en tanto claves para comprender, dentro de marcos más integrales y a la vez de mayor complejidad, a los sujetos y objetos de sus estudios. Es decir, se destacan como dimensiones*

*constitutivas de lo social y por lo mismo recursos heurísticos para su inteligibilidad.*

*Ligado a su nuevo estatuto como elementos necesarios para elaborar conocimiento, existe un movimiento adicional en el cual estas dos dimensiones fuertemente interconectadas, cuerpo y emociones, se reposicionan. Es un movimiento análogo por el cual no sólo no aparecen investidos de datos, de recursos necesarios para la comprensión de los sujetos investigados, sino justamente como elementos estructurantes del proceso del conocimiento. Es decir, develan una verdad de Perogrullo cuya contundencia se deslegitimó por obra y gracia de las corrientes que hegemonizaron los quehaceres científico. Esta verdad no es otra que subrayar la autoría de los sujetos sobre la producción de los conocimientos científicos y humanísticos. Remarcar esto significa pensar a los sujetos encarnados en cuerpos sexuados, racializados, con nacionalidad, generación, localidad, lengua, creencias, valores, así como también emociones y sentimientos.*

*A contracorriente de la doxa prevalente en la mayor parte de las disciplinas sociales, y por supuesto naturales, reconocer las emociones y el cuerpo, en general, ha supuesto una fisura con aquel paradigma, para el cual, estas dimensiones representaron el anatema del conocimiento científico. No está demás recordar cómo el criterio de validación de los saberes supuso, en tanto escala fundacional, la objetividad y ésta se comprendió, fundamentalmente, sinónimo de neutralidad valorativa. En términos de práctica científica estos supuestos han prescrito un desmarcaje, en lo posible total, con todo cuya procedencia remita al mundo de la subjetividad. La subjetividad es vista como una suerte de contaminante y por ende el ejercicio de producir verdades científicas tendrá que generar mecanismos previos que, a manera de diques, impidan las fugas infecciosas.*

*De tal suerte, una de las formas más usuales de descalificar un tipo de conocimiento es acusarlo de estar promovido y permeado de subjetividad. Esta dicotomía objetivo/subjetivo ha sido tributaria de algunas de las oposiciones mejor establecidas y fundantes de la modernidad, tales como las que escinde la razón de la emoción y el cuerpo de la mente. No obstante su capacidad de hacer sentido y en gran medida de organizar diversos ámbitos de lo social, incluyendo*

*el científico, una serie de críticas epistemológicas se han gestado durante las últimas décadas teniendo como centro polémico la noción de objetividad así como la validez del pensamiento binario.*

*Las teorías críticas desde muy tempranamente plantaron la sospecha en torno a la neutralidad de valores como el elemento definitorio de la objetividad, el marxismo rechazó la posibilidad de crear conocimientos fuera de marcos en donde los creadores no estuvieran influenciados de los mismos. Desde esta corriente se apuntó la idea de la falsa apelación a la objetividad comprendida en términos neutralidad. Así, desde esta perspectiva, todo discurso científico que se asumiera objetivo no era otra cosa que la voz del poder enunciando su verdad. A partir de estas las críticas comienza a develarse el etnocentrismo, el clasismo, el racismo y el sexismo de algunas de esas verdades próvidas por las ciencias. Estas críticas provenientes de diversas corrientes descorrieron esos velos que impedían escuchar las reverberaciones de la impronta sexuada, de clase, de raza y nación contenida es las verdades universales del pensamiento científico y por supuesto de sus creadores.*

*Conforme el siglo XX fue concluyendo, se hizo cada vez más insostenible la pretensión de mantener entre paréntesis esas determinaciones estructurales del sujeto y por tanto de sus creaciones. En esa dirección, el feminismo de nueva cuenta, viene a realizar un cuestionamiento profundo a esa versión que se asentó como la concepción dominante del quehacer científico. En primer lugar al situar la diferencia genérica como el sistema simbólico más antiguo y poderoso de todos los existentes y por tanto su capacidad vinculante en tanto organizador de la sociedad, de las creencias, normas, relaciones e institución, el feminismo abrirá las rendijas para colocar el lente crítico sobre la ciencia, en tanto práctica generizada (Harding Sandra, 1996). Es decir, en tanto espacio institucionalizado comenzó a pensarse pautado en sus lógicas de organización, de distribución de espacios y tiempo así como por lo que hace a los criterios implícitos y explícitos de admisión como una institución fuertemente masculinizada. De ahí la pregunta fundamental que eclosiona la reflexión epistemológica feminista, ¿por qué tan pocas mujeres científicas?*

*Vinculada a esta preeminencia de los hombres y lo masculino dentro de la actividad científica, fundamentalmente de las ciencias de la materia y la vida,*



*las reflexiones epistemológicas feministas apuntaron también sobre las consecuencias en la forma de generar conocimientos así como la factura misma de estos. Lejos de las pretensiones de neutralidad, los conocimientos, se sostuvo, guardaban un inevitable sesgo masculino. Esta factura tiene además su traducción política en la producción de conocimientos al servicio del mantenimiento de la supremacía masculina y la comprobación, mediante la evidencia proporcionada por distintas fuentes, del carácter inferior de las mujeres.*

*La crítica epistemológica no sólo ha cuestionado la forma predominante de hacer y validar los conocimientos científicos, sino también ha procurado las bases para vincular, las creencias y las experiencias en la generación de los saberes científicos. Estas propuestas, particularmente aquellas que se articulan en lo que se denomina las teorías del punto de vista feminista, una puerta abierta para reconocer en la corporalidad y las emociones componentes legítimos del quehacer científico.*

*En términos sintéticos, el punto de vista feminista retoma la interpretación de la dialéctica hegeliana del amo-esclavo realizada por algunos de los principales exponentes del marxismo, desde el propio Marx hasta Georg Luckacs. La idea fundamental estriba en reconocer el privilegio epistémico de quienes detentan una condición subordinada, en el caso del marxismo, los hombres proletarios, en el feminismo, las mujeres para comprender y explicar, de forma más completa y menos perversa, la realidad social (Harding Sandra, 1996).*

*Las reflexiones de las teóricas del punto de vista feminista serán de utilidad para situar la presente investigación y develar algunas de las implicaciones metodológicas de la misma.*

*En primer lugar, la noción de conocimiento situado permite legitimar una práctica científica en donde mi experiencia, mis convicciones, mis valores así como mi propia formación intelectual pueden ser expuestos como insumos fundamentales para observar y comprender al mundo desde una ubicación específica. Con ello se logra trascender la perspectiva que insiste en considerar buena parte de los elementos enlistados en lo extracientífico y concebirlos como*

*sesgos que producen mala ciencia. Dentro de esta nueva forma de hacer conocimientos, mi condición de varón que estudia a otros varones no es un dato menor. Asumo por tanto una formación feminista que me posibilita tejer un tipo de conocimiento referido a hombres en condiciones y situaciones lejanas a la que establecen la supremacía masculina. Son de hecho varones que se encuentran subalternizados respecto a la forma hegemónica de ser hombre en el patriarcado tanto por su orientación sexual como por sus vínculos con el VIH y el SIDA. Mi mirada es empática y ligada intelectual, ética y políticamente con varones en situaciones de excentricidad respecto a aquello que se erige como lo masculino. Esto lo comparto por experiencia vivida y por una convicción en torno a la necesidad de dibujar un desmarcaje cada vez más profundo, elocuente y aleccionador frente a los poderíos que subordinan, excluyen, empobrecen, explotan y dominan a las mujeres y también a otros varones.*

*El conocimiento es situado porque miro la realidad social desde cierta perspectiva a partir de la cual se privilegia la acción de los sujetos, estos sujetos, tal cual se analizó en apartados anteriores, son constituyentes de las relaciones de poder, nacen como resultado de ciertas expresiones del poder. Los sujetos sobre los cuales versa esta investigación son resultado de la contingencia, un virus y una enfermedad impensable en su momento pero sobre todo en tanto sujeción se explican por obra y acción del poder patriarcal quien en su compulsión heteronormativa estigmatiza, margina y violenta a quienes salen de sus linderos. Sin embargo, pese a ser este el marco de producción de los sujetos del VIH-SIDA, la apuesta analítica subrayará la capacidad de gestar resistencia y sobre todo transformaciones. Esto es, las posibilidades gestadas por esa cualidad de ser también constructores de una cultura y una historicidad en torno a la infección, diametralmente distinta a la que enfrentaron durante los primeros años de la epidemia.*

*Por tanto, la narración y el análisis pondrán énfasis en ese trastocamiento del lugar en donde el poder colocó subordinadamente a los sujetos, mismo que ha desbordado los pactos que signaron una suerte trágica no sólo a las personas directamente afectadas sino de la humanidad, en términos de salud pública y derechos humanos. La construcción por tanto de una institucionalidad global, nacional y local ha tenido como insumos fundamentales los avances científicos*

*y médicos pero también aquellos en donde el lenguaje de la justicia social y los derechos bordan las iniciativas que se materializan los recursos hoy disponibles, la realidad que hoy con sus claro oscuros marca la permanencia del VIH-SIDA en el mundo.*

*En ese sentido y vinculado a la noción de privilegio epistémico, en esta tesis se dará centralidad a la voz de aquellos que se encuentran en la primera línea de formulación del debate y las respuestas sociales a la epidemia y las secuelas dejadas a largo de tres décadas de historia. Frente a los incontables relatos en los cuales la primacía de otras voces, particularmente las autorizadas por su expertise medica o derivada de su liderazgo político o artístico, el activismo suele presentarse como un contrapunto que hace las veces de nota de color, en donde lo verdaderamente trascendente son los informes epidemiológicos, los descubrimientos, las innovaciones terapéuticas.*

*Si bien, tal como se asienta en los informes de ONUSIDA Treinta años de sida: Las naciones en la encrucijada (2010) o en aquel que en México realizó la Secretaria de Salud 25 años de SIDA en México. Logros, desaciertos y retos (2009)<sup>28</sup> existe un amplio reconocimiento a la labor de las organizaciones de la sociedad civil, la historia fundamental no es la suya.*

A contrasentido a ese lugar contextual, aquí serán la referencia privilegiada, entre otras razones por ese lugar “privilegiado” que han ocupado y gestionado a lo largo del tiempo. Por ser justo quienes han vivenciado, algunos desde los orígenes, la emergencia de la epidemia y se colocaron en el epicentro de la crisis produciendo respuestas, muchas veces actos de sobrevivencia propia y de acompañamiento a otros en momentos cuando no las respuestas asertivas no provenían ni de la medicina, ni de los estados, ni de la sociedad. Son ellos testigos privilegiados no sólo por haber presenciado el transcurrir de los eventos sino justo por su capacidad de actuar y en esa concatenación de

---

<sup>28</sup> Un ejemplo de estos discursos lo encontramos en el trabajo de Samuel Ponce de León y Antonio Lazcano “La evolución del SIDA: una suma de epidemias” compilado en el texto arriba mencionado. Aquí el reconocimiento de la respuesta comunitaria se plantea en los siguientes términos “La distancia profiláctica con la que partidos políticos, organizaciones sociales, jerarquías religiosas y asociaciones civiles evitan contaminarse para no discutir y enfrenar la epidemia del SIDA contrasta en forma dramática con la historia reciente de esfuerzos individuales y colectivos que, en perspectiva, muestran la capacidad de los grupos sociales que han construido éxitos donde apenas hace diez años sólo cabían el pesimismo y la desesperanza. (17pp.)

acciones devinieron en expertos de muchos de los ejes que involucró la respuesta al VIH-SIDA. Así, se convirtieron en personas para quienes las necesidades que fueron presentándose los convirtieron en especialistas de la técnica jurídica, en proveedores de educación sexual y sexo seguro, en conocedores de las implicaciones de los discusiones en el campo de la biología celular así como también de las proyecciones estadísticas para discutir y disentir, en ocasiones, con los profesionales de la epidemiología.

A la par de esta adquisición de saberes y conocimientos, altamente sofisticados, los activistas fungieron como vía para acceder a los grupos y colectivos infectados o claves por sus comportamientos susceptibles de ser vulnerados. Sobre todo por que sus recursos provienen de la experiencia directa o cercana que los hace contar con relatos cuya densidad y complejidad permite un bordado fino entre lo subjetivo y el conocimiento científico, entre la emoción y el cálculo estratégico, liga la historia general de México y Argentina con esas micro historias de jóvenes que experimentaban una sexualidad anatemizada dentro de marcos constrictivos. Por todas esas razones y las que se expondrán más adelante, los activistas constituyen un sujeto epistémico privilegiado a la hora de hablar del VIH y del SIDA. Un sujeto en cuya experiencia se sintetiza lo personal, lo comunitario, lo social y lo global.

En otro orden de ideas, las teóricas del punto de vista han tematizado un importante cuestionamiento a la epistemología dominante que de igual forma corre por otros vectores del debate académico y que no es otra cosa que desdibujar la dicotomías modernas entre cuerpo y mente, razón y emoción, objetividad y subjetividad. Para esta investigación, trascender el binarismo se hace fundamental porque justamente uno de los puntos de partida es pensar los procesos sociales y la construcción de sujetos en tanto articulación de múltiples dimensiones, cuya su comprensión y proceso de inteligibilidad, apuntan hacia métodos y técnicas maleables, flexibles, casi artesanales, sensibles a las emociones, a los regímenes del cuerpo, al discurso, así como a otras referencias mejor establecidas en el mundo académico. Como lo sintetiza Hilary Rose (1987) un trabajo de investigación que unifique la actividad manual, mental y artesanal, la mano, el cerebro y el corazón.

Hoy en día de acuerdo con Zandra Pedraza (2007), estamos presenciando un desplazamiento incipiente pero observable de las

epistemologías racionalistas y objetivistas para dar reconocimiento a otras condiciones como parte fundamental de las experiencias humanas, la razón como forma privilegiada tanto de los elementos constitutivos de esta realidad como recurso para dar cuenta de la misma resulta no sólo una empresa árida sino fallida porque es incapaz de aprehender esa entidad antropológica de más reciente cuño, a decir de la misma autora, la subjetividad. Las discusiones en torno a la subjetividad desbordan lo meramente racional. De nueva cuenta las emociones, el cuerpo y una tendencia cada vez más pronunciada de estetización de los fenómenos sociales exigen epistemologías más creativas e imaginativas.

Esta interpelación guarda consecuencias sobre el método de exposición que se ostenta como la forma para presentar los resultados científicos. Entre otras la tesis, ejercicio cuya finalidad será demostrar la validez de una hipótesis, en donde la rigurosidad, entre otras de sus determinaciones, estriba en el uso lógico de conceptos y categorías. La tesis supone numerosas veces un alejamiento del dolor, el miedo, la esperanza, la indignación y por tanto marca un distanciamiento de quien investiga respecto a las *otras* y los *otros*. En esa dirección Claudio Martyniuk (2010) cuestiona el descrédito del ensayo como texto científico y la censura de la poética sociológica como lenguaje equivocado.

La crítica a la lógica de la producción actual de conocimientos, esta última subsidiaria de algunos de las peores consecuencias de la racionalidad moderna (Díaz Llorente Federico, 2011), invita también a la procuración de otros lenguajes, o la combinación con los tradicionales. Una forma de presentación en donde puedan constatar los vínculos fluidos entre quienes hacemos conocimientos y aquellos sobre los que se hace, en donde se asuman las condiciones sociales compartidas que nos hacen sujetos equivalentes, las miradas del mundo que nos identifican. En síntesis, tesis en donde se parta de reconocer que la elección de problemas, sujetos y temáticas no es azarosa ni mucho menos promovida por la lejanía sino por el contratarlo, como es mi caso, por una implicación intelectual, afectiva, política y también ética.

Describir y analizar la experiencia de los activistas que trabajan en relación al VIH-SIDA requiere de una empatía y también recursos para dotar a la narración de los matices a través de los cuales quede asentado el entramado de razones y emociones a partir de la cual se edifican sus acciones. Esta ha sido una preocupación y un reto de la investigación presente. En los siguientes

capítulos se desarrollará la exposición de estos acontecimientos que construyen tanto al sujeto como al campo político, bajo estas premisas epistemológicas que anteriormente se expusieron.

## CAPÍTULO 2 LOS ACTIVISTAS

*Describe bien tu aldea y  
serás universal*

*León Tolstoi*

### I Lo Público y el Poder

¿Qué es ser un activista? La respuesta a esta interrogante constituye la guía del presente capítulo, su desarrollo correrá por dos lógicas de argumentación que, para fines de la presente exposición, requieren ser abordadas de forma separada, reconociendo, sin embargo, que entre ambas existen flujos permanentes de retroalimentación. La primera conlleva una discusión de carácter fundamentalmente teórica, en la cual la política como la actividad que marca la particularidad de esos sujetos será objeto de un análisis puntual. En segundo lugar, en un tono más descriptivo se referirá a las condiciones concretas y a esos rasgos que se asumen parte de la subjetividad para reconocer el proceso por el cual se define la cualidad política de los sujetos investigados.

A través de hilar ciertos puntos de la discusión teórica con las historias de vida, así como otros recursos, buscaré comprender y explicar esos entramados sociales, los cuales, pese a la diversidad de vivencias y de contextos macros y micros distintos, podrán leerse como el sustrato común, mismo que asienta los rasgos compartidos entre los distintos varones entrevistados sin que se niegue la singularidad de cada uno.

De acuerdo con el Diccionario de la Real Academia de Lengua Española (RAE), la palabra *activismo* tiene dos acepciones, la primera define al *activismo* como “Estimación primordial de la acción” y la segunda como “Dedicación intensa a una línea de acción en la vida pública” (RAE, 2012). Paradójicamente diccionarios más especializados como el coordinado por Norberto Bobbio de Ciencia Política o el Diccionario de Sociología de Luciano Gallino (2005) no incluyen el término en su glosario<sup>29</sup>. De igual forma los diccionarios de conceptos

---

<sup>29</sup> Vale la pena reflexionar sobre el significado de la ausencia de la palabra *activismo* o *activista* dentro de los tópicos que los diccionarios especializados incluyen en sus listados. Una de las probables razones obedezca a que esta denominación no ha alcanzado el estatuto de concepto, es decir un recurso heurístico con cierta tradición teórica que incluso sea centro de disputas por el sentido de sus alcances entre diversas corrientes. Posiblemente estemos frente a un apelativo nacido y popularizado en los corrillos de la sociedad civil que, tal como ha sucedido como el propio término de organizaciones no gubernamentales,

feministas, en lengua castellana, no reconocen el término como uno que forme parte de su andamiaje a considerar. No obstante, a partir de las definiciones proporcionadas por la RAE se puede arrancar con las siguientes reflexiones.<sup>30</sup>

Tal como se expresa en ambas derivaciones, la palabra misma proporciona una clave central para develar el núcleo pertinente para esta investigación: la acción. Ante todo, el activismo remite a una serie de actos realizados por sujetos a nivel individual o colectivo, acciones que no son de cualquier índole sino de aquella que tienen como lugar de ejecución y de destino la vida pública. En ese sentido son ejercicios de carácter político. En consecuencia cabría preguntar, ¿qué es el espacio público y por qué ese mismo se define como político?

Sin entrar en las profundas honduras del debate, se puede establecer que es con el advenimiento de la modernidad burguesa cuando se inaugura una de esas dicotomías que a fuerza de los innumerables dispositivos ideológicos clasistas y sexistas, se asume y reconoce como una topografía social verdadera, eterna e inmutable. Dicha dicotomía es aquella que establece fronteras claras y distintas entre los espacios, público y privado, a los cuales se vinculó, de forma natural, la pertenencia de uno y otro sexo. Lo femenino y las mujeres ligadas a lo privado mientras lo masculino y los hombres a lo público.

Los cuestionamientos a este orden estructural y simbólico han tenido caminos variados. Uno de ellos se verifica en los propios debates teóricos a partir de los cuales se han exhibido argumentos que contribuyen a mirar de manera menos crédula la supuesta verdad ontológica de dicha dicotomía. Una de estas evidencias sin ser una crítica orientada explícitamente a la desencialización se

---

al carecer de asideros académicos su uso en este ámbito se presenta problemático. Otra razón devenga de las estructuras a veces rígidas y los tiempos un tanto lentos del quehacer académico con respecto a las denominaciones que dan cuenta de las relaciones, las identidades, los procesos enunciados desde el lenguaje común o bien de uso corriente dentro de ciertas comunidades. Los mecanismos de validación de conocimiento así como de los insumos producir estos mismos hacen que otros lenguajes y lógicas de sentido sea incorporados con lentitud y dificultad en estas comunidades epistémicas donde las ciencias sociales se gestan. Estas son tan solo algunas líneas que valdría la pena explorar (Castañeda Patricia, Reunión de Comité Tutorial).

<sup>30</sup> Cabe señalar que el Diccionario de uso español de María Moliner incluyó una definición en su edición 2007 en ella considera al activismo en dos acepciones. 1 activismo: m. Actitud y doctrina de los activistas. 2 activista: n. Miembro activo de una organización, generalmente política, que recurre a la acción directa para conseguir sus fines.



encuentra dada por la polisemia en los significados tanto de lo público como de lo privado. Un recorrido por la literatura da cuenta de las diversas acepciones y posicionamientos existentes. En consecuencia, la contundencia de la separación presenta fisuras dadas por la presencia misma de debates que evidencian la falta de consensos sobre su caracterización y más aún la permanente disputa en torno a las definiciones. Esta discusión al mismo tiempo sirve para observar que, las diferencias y divergencias en los enfoques teóricos no son privativos de la orientación individual de sus autoras y autores, son también producto de su tiempo y su espacialidad. Es decir, del marco histórico desde el cual reflexionan y sobre el cual opera el trabajo intelectual. En síntesis, la dicotomía se encuentra determinada históricamente. Ello significa reconocer cómo a través del tiempo y de las diversas sociedades, los contenidos que definen las propiedades de los dos ámbitos y por tanto la frontera que los separa han variado notablemente. Ello constituye una herramienta que permite desacralizar la división y a su vez avizorar un relación más compleja y permeable entre aquello pensado tradicionalmente como estancos mutuamente excluyentes<sup>31</sup>.

El concepto público es un término relacional que generalmente se sustancia a la luz de su otro referente: lo privado. El debate entonces se celebra en torno a las propiedades que definen a cada una de las partes así como a la relación que se mantienen entre ambas esferas. En una de las vertientes más reconocidas y utilizadas, lo público, tal como lo menciona Nora Rabotnikof (2005), remite a la idea de lo común, aquello que es del interés y del beneficio colectivo, mismo que se contrasta con lo emanado de las necesidades y el provecho individual: lo privado. Bajo esta interpretación, dirá Rabotnikof, la noción de público ha quedado asociada casi en términos sinónimos con el concepto de lo político, debido a que, en consonancia con su vinculación a lo colectivo, incluso con variaciones relacionadas a aquello perteneciente al pueblo, se infiere justamente que es aquí de donde emana o debería emanar la autoridad política, es decir, el Estado.

---

<sup>31</sup>Una síntesis de la reconfiguración de los planteamientos de lo público y lo privado se encuentran en el trabajo de Jean Cohen y Andrew Arato, *Sociedad civil y teoría política* (2000). De igual forma Lucía Álvarez recupera en su texto *La sociedad civil en la ciudad de México. Actores sociales, oportunidades políticas y esfera pública*, el sentido polisémico del concepto de sociedad civil en el marco de tradiciones que han abordado desde distintas perspectivas la división público y privado.

Uno de los problemas centrales de dicha aproximación, particularmente por sus consecuencias prácticas de carácter histórico, se desprende precisamente de eso considerado como *bien común, interés colectivo o lo perteneciente al pueblo*. ¿Cómo se define? ¿Quién lo define? Son algunas preguntas que se antojan pertinentes sobre todo de frente a procesos de diferenciación y fragmentación cada vez más intensos de las sociedades contemporáneas. ¿Será un criterio estrictamente cuantitativo? ¿Es un asunto definido por las mayorías?

Un vistazo a la historia de los últimos doscientos años pone de manifiesto que el criterio de mayoría no ha sido, en general, el parámetro definitivo de lo colectivo o del llamado bien común. Habrá que hacer memoria y traer a colación la exclusión de la mitad de la humanidad del espacio público, en particular de la posibilidad de decidir sobre el gobierno que en democracia concretó la autoridad emanada del interés general, me refiero a las mujeres para quienes lo público quedó vetado en función de su supuesta carencia de racionalidad y su interés exclusivo en los asuntos domésticos. Desde luego las mujeres no constituyen la excepción de esta tendencia estructural de la modernidad, en suma, representan la expresión más evidente de los procesos por los cuales es posible hablar en nombre de todos, de apelar al bien general y de asumir la representatividad de lo público sobre la exclusión de colectivos y grupos de toda índole<sup>32</sup>.

Estos sorprendentes mecanismos por los cuales es factible decidir qué sujetos toman parte de los debates públicos así como de seleccionar aquellos

---

<sup>32</sup> En esa dirección destaca la crítica feminista de Nancy Fraser (1992) y Seyla Benhabib (1992) tanto a Hannah Arendt como a Jürgen Habermas en torno al esplendor y la agonía del espacio público, colocada por la primera en el ágora griega y en el segundo dentro de los espacios donde se fraguó la ilustración en el siglo XVIII. Los cuestionamientos vertidos no solo destacan la exclusión como uno de los mecanismos indispensables tanto del origen como del funcionamiento de lo público, aunado a ello, las objeciones a las virtudes excelsas de estas experiencias históricas trocaron la materia misma de los discursos y debates que marcaron la tónica de lo público en ambos momentos. La crítica de las feministas tocará la trascendencia como esa cualidad constitutiva del acto de comunicación por la cual toda argumentación en el mundo público se torna en ejercicios racionales, emitidos con la finalidad de encontrar las mejores explicaciones y las soluciones que prueben ser superiores. Esta visión sobre la edad de oro de lo público en sus dos versiones supuso la excelencia como un articulador de los debates aquí acontecidos, en consecuencia, la caída se fraguó en el instante en el que los intereses inmediatos, las necesidades concretas, las preocupaciones particulares se colaron e invadieron las discusiones que buscaron trascender justo las particularidades y la inmediatez. Los cuestionamientos feministas se harán justo a esa cualidad trascendente y al hecho de que la decadencia de lo público haya sido explicada por la entrada de formulaciones que apelaron a la exigencias específicas, concretas, mismas que han marcado el acceso de colectivos excluidos del ámbito público y de la política.

temas asumidos legítimos del mismo echan por tierra que ese *todos*, ese *bien común* abarque, efectivamente, a la sociedad en toda su generalidad. Al mismo tiempo permiten avizorar lo que constituye el núcleo de quehacer político: el conflicto. Esta pista resulta significativa, como se sostuvo anteriormente, para las sociedades tales como la argentina y la mexicana, fragmentadas y estratificadas en diversos niveles. Sociedades en las cuales resulta cada vez más problemático apelar a la universalidad y al bien común sin que existan voces que subrayen las traiciones y olvidos de ciertas diferencias. En efecto, estas expresiones cada vez más recurrentes a la hora de los debates y la toma de decisiones desentrañan esos mecanismos hechos de poder mediante los cuales son sujetos específicos y asuntos que devienen de los intereses y las necesidades de los mismos quienes logran colarse y configurar lo público. Tenemos entonces que el poder es constitutivo de los espacios públicos, de la dicotomía y por tanto de lo político.

El poder, como lo han caracterizado entre otros Kate Millet (1995) y Michel Foucault (1988), da cuenta de una relación, más que de una propiedad o un recurso. Este vínculo se caracteriza por la capacidad de ciertos individuos o colectivos de subordinar, dirá la primera, gobernar, señalará el filósofo francés, a otros. El poder en tanto relación permite el control de uno sobre otros y es también el recurso que universaliza aquello cuyo origen es fundamentalmente privativo de ciertos grupos. De tal suerte se puede afirmar que son los colectivos con poder los mismos que acceden y en gran medida monopolizan el espacio público. Es a través del poder como se vehiculan los temas y la orientación de los mismos dentro de la agenda del debate público. El poder también tiene otros efectos, selecciona, excluye, margina así como condena al olvido, a lo innombrado, aquello y aquellos definidos como no relevantes para el bien común.

Estos efectos del poder presumen una relación de lucha, a veces velada otras tantas abierta, entre aquel sujeto sujetado y aquellos que gobiernan su tiempo, sus espacios y sus posibilidades de acción. Este tipo de confrontaciones nunca concluyen con una victoria absoluta, con un dominio total. Entre otras razones porque el poder suele ponerse en cuestión de manera constante y también debido a que éste se tiene reiterar permanentemente. La primera vertiente de la discusión no sólo guarda tintes teóricos, tiene, además, fuertes referentes históricos. Existen numerosos argumentos para mostrar la pervivencia

de actos en aquellos a quienes se mantiene en posiciones de subordinación que van de la resistencia a los excesos a las acciones que surcan las aguas de la transgresión y finalmente culminar, algunas, con la subversión del orden asentado. En segundo lugar, la lógica en la administración del poder está marcada por la necesidad constante de emitir no sólo recordatorios de las jerarquías y sus límites sino también de acciones que en efecto determinen el marco de posibilidades de ser y de hacer de los sujetos gobernados. De acuerdo con Judith Butler (1997) el poder se reitera así mismo y la suministración regular de estas dosis suelen provocar efectos indeseados. Una de esas consecuencias es la propia disolución de las relaciones

De lo anterior se desprende el carácter conflictivo de los vínculos constitutivos de la política y de aquello que guarda ciudadanía pública. Esta es una línea reflexiva que data de tiempo atrás circulando en los debates académicos y a su vez ha sido constatada por un sinnúmero de movimientos sociales, no obstante se encuentra lejos de ser la visión que constituya la respuesta más aceptada a la pregunta sobre el núcleo de la política.

## **II La política y el SIDA**

Durante los años treinta del siglo XX, en pleno régimen nazi, un jurista alemán, Carl Schmitt (1991), estableció una afirmación en donde se sostuvo que el acto político excedía al Estado. Esta idea primigenia supuso, contrariamente al consenso existente, que la política no tenía un lugar exclusivo para expresarse. El Estado constituía un espacio privilegiado de su acción pero igualmente podía acontecer en los reductos sociales menos imaginables. Esta desterritorialización se llevó a cabo porque desde la perspectiva de Schmitt, como se precisó con anterioridad, remitió más que a una propiedad, a una relación, la relación que él denominó amigo-enemigo.

Este tipo particular de vínculos podían desarrollarse en cualquier relación social. En ese sentido, los movimientos sociales que aparecen en la segunda mitad del siglo XX van a poner de relevancia esta situación, entre otros motivos, porque encarnan con mucha claridad una tendencia conflictual que, de acuerdo con diversos teóricos, constituye una de las características centrales estas

acciones colectivas<sup>33</sup>. Pero además, los movimientos sociales pondrán en evidencia los límites de la política institucionalizada en la medida que insertan temas no reconocidos como tales en el debate público. En ese sentido, el feminismo de los años sesenta y setenta de siglo pasado llevó al extremo la politización de asuntos que la modernidad burguesa consagró como pertenecientes a la privacidad y más aun de la intimidad de las personas. La sexualidad, la maternidad, la corporalidad, las emociones, el deseo y un largo etcétera se convirtieron en temas que convocan no sólo debates sino en enunciados constitutivos de la agenda de un movimiento globalizado con múltiples expresiones locales. Al mismo tiempo un repertorio de acciones fue inaugurando formas alternas e innovadoras de hacer política, extrañas y difíciles de asimilar a través de los mecanismos institucionales de las democracias representativas: huelgas *locas*, boicots a productos y/o empresas, toma de lugares simbólicos de poder, manifestaciones públicas en donde la protesta devine en expresiones que conjugan elementos estéticos y políticos, entre otras situaciones.

En particular, a partir del emblemático año de 1968, la política parecía estar en todas partes y en ninguna. Se develó la existencia de poderes macros y micros que articulaban las relaciones en las alcobas, en las aulas, en las oficinas, en los cruces vehiculares y, por supuesto, en las ondas hertzianas. En todos estos espacios y en muchos más se producían relaciones de sometimiento y de subordinación, por tanto, tenían esa primera característica definitoria de la política. Esta discusión otrora privativa del mundo académico e intelectual se volvió referente autoidentitario de aquellas personas que en esos tiempos y aun posteriormente han intentado transformar el mundo desde diversos ángulos. Sin embargo, un efecto de vaciamiento de significados claros y distinguibles sobrevino cuando toda actividad humana se asumió susceptible de ser política.

---

<sup>33</sup> Los teóricos que en la línea de la identidad han contribuido a pensar sobre los movimientos sociales, Alberto Melucci, Alain Tourraine y en cierta medida Francesco Alberoni, reconocerán en el conflicto una dimensión constitutiva de estas expresiones colectivas. Reconocerán incluso que la misma configuración identitaria opera en la medida que se reconoce un *otro* que provee las referencias que afirmarán a ese sujeto en contraposición. Así, la identidad más que un *para sí*, es un *para otro* con quien se mantiene un vínculo de conflicto.

En esa dirección, la propuesta de Jacques Rancière (1996, 2000), filósofo francés, ayuda a recobrar la especificidad y valor analítico al concepto de la política. En una línea de pensamiento que continúa con la tradición asentada por Carl Schmitt de pensar en términos de relación susceptible de acontecer en diversos ámbitos. No obstante, la presencia de subordinación, de control o la capacidad de gobernar el campo de acción de determinados sujetos no explica por sí misma la generación de una relación política. La política, dirá el filósofo, en un encuentro entre dos lógicas que nacen en el seno de sociedades cruzadas por la desigualdad de recursos tanto materiales como simbólicos. En primer lugar, se encuentran las fuerzas encargadas de configurar los espacios, de otorgar nombres, de repartir los bienes y de reproducir el orden con todas sus jerarquías e inequidades. Tales fuerzas, tradicionalmente asociadas con la política, son rebautizadas por Rancière como *policía*. Esta denominación está cargada de fuertes significados por los cuales aparece ligada a las dimensiones más coercitivas y represivas que ayudan al mantenimiento del orden: la cárcel, la vigilancia, la fuerza. Para el autor, ellas constituyen recursos centrales de la policía pero ésta excede el uso de la violencia y tiene entre sus mecanismos la capacidad de generar aceptación por parte de quienes son colocados en los limbos sociales, excluidos de los recursos, innombrados y en condiciones de desigualdad.

El nombre dado a esta lógica social que organiza el mundo puede relacionarse exclusivamente con el Estado y sus instituciones, Rancière deja en claro que el orden policiaco tiene lugar en distintos espacios dentro de los cuales el propio Estado constituye uno de tantos, central, pero no único. Esta fuerza opera en todos y cada uno de los ámbitos de las relaciones humanas. Pero para producirse un fenómeno político se requiere de otro movimiento inverso al orden: *la política*. Un momento en que los cuerpos se desplazan del lugar que el poder los colocó para situarse en otros nuevos. Cuando los innombrables o aquellos designados con apelativos enunciados por quienes controlan los recursos del habla dejan de tener sentido porque el lenguaje *paria* comienza a autodesignarse, cuando las prácticas emancipatorias disparadas por la idea de la igualdad dislocan la repetición incesante de los dispositivos que reproducen el

mundo tal y como se presenta. Es en este encuentro entre la policía y la política que se produce el acto político.

En términos del análisis esta propuesta permite delimitar la particularidad de los procesos y los sujetos de la investigación. La primera de las consecuencias radica en la posibilidad de observar y redimensionar la cualidad política del VIH-SIDA que, en tanto tema emanado del campo de la salud, no solo dispuso de una serie de mecanismos para hacer inteligible la existencia de un nuevo virus, sus formas de contagio así como aquello que podía reconocerse como sus síntomas. Además, constituyó un material para prescribir comportamientos, denominaciones, lugares y jerarquías que rebasaron por mucho la terapéutica médica.

La aparición de una nueva enfermedad y de lo que después se comprobó, un virus, colocó las alertas en torno a la sexualidad, denominador común de la mayoría de las primeras infecciones. En aquellos años iniciales, la enfermedad reavivó toda una serie de dispositivos que, entre otros efectos, supusieron una vuelta a la patologización de la homosexualidad y a decretar la unión monógama entre hombre y mujer como la única vía lícita y saludable del intercambio erótico y amoroso. Las imágenes devastadoras de los hombres que padecían este colapso del sistema inmunológico funcionaron, dentro de esta tendencia policiaca, como una clara señal de lo que sucedía con aquellos transgresores. Innumerables ejemplos de voces encargadas de reforzar dicho orden han circulado intermitentemente desde entonces. En especial, durante los primeros años tuvieron un efecto poderoso que sellaron la suerte de los infectados y de los colectivos cercanos a ellos. Desde los púlpitos algunos ministros, especialmente católicos, proclamaron al SIDA como un castigo divino, funcionarios clave en los países investigados negaron la posibilidad de una alerta epidémica, la presencia de homosexuales locales así como otros grupos de “riesgo”, sostuvieron, era tan reducida que no existían alarmas para la mayoría de la población. Mientras, la corporación médica prometía la cura en un futuro cercano, a las personas infectadas en esos presentes se les decretó el desahucio y la soledad. La prevención se convirtió en una respuesta que ofreció un camino momentáneo para enfrentar la multiplicación de la epidemia y evitar que se transformara en una amenaza a la salud pública. En torno a los

contenidos de la misma, particularmente en torno al uso del preservativo, se verificaron innumerables *litigios*<sup>34</sup> los cuales, entre otros temas, le han otorgado al VIH-SIDA su carácter político.

A lo largo de la historia, las enfermedades han significado algo más que el deterioro momentáneo o permanente de las capacidades físicas de los seres humanos. Además de los síntomas y las curas, las sociedades las han investido de diversas connotaciones éticas, morales, y a decir de Rancière, de una lógica *policíaca* a partir de la cual el mundo se organiza entre sanos y enfermos, correspondiendo a cada uno y de manera diferenciada espacios, recursos, prioridades, denominaciones, etcétera. En la medida en que las sociedades se fueron secularizando este ordenamiento se centralizó en un campo: la medicina, a este espacio se confirió la autoridad que se encargó de las designaciones, las explicaciones y los tratamientos. No obstante, la medicina aun la más especializada y de última generación no escapa de quedar permeada por los valores y normas de las sociedades a las que corresponde. De esta manera, los enunciados con los que clasifica y pone a disposición de expertos y legos se encuentran cargadas, para bien o para mal, de *metáforas*. A lo largo del tiempo han existido ciertas enfermedades objeto de una particular sobrecarga de significados, producto del miedo, la ansiedad y la incertidumbre que provocan. Algunas de éstas se han transformado en objeto de los recursos más extremos del régimen policial, en donde los cuerpos que representan una amenaza se vuelven vigilados y controlados de manera casi obsesiva. Tal ha sido la historia, en determinados periodos, de la tuberculosis, la lepra, la sífilis, entre otras. Los cuerpos expuestos a ellas quedaron marcados no sólo por las consecuencias de los virus o las bacterias sino también por las ideas y las repercusiones sociales que su asociación con lo maligno, la depravación social o la debilidad moral generaron.

En ese sentido, los fenómenos asociados a la salud y la enfermedad han sido por excelencia materia de regímenes de ordenación, los cuales incluyen el uso de la fuerza como herramienta disciplinaria. En estricto sentido, siguiendo

---

<sup>34</sup> El término litigio utilizado lejos de referir al lenguaje del derecho proviene del acervo teórico de Rancière para referir a las disputas y controversias sociales que transforman un campo ordenado en otro de dimensiones políticas.



las pistas teóricas de Rancière, la relación por la que aparece la política no se resuelve en el momento del orden, tal como en general se tiende a asumir y por tanto aplicar esta cualidad a prácticamente toda actividad humana en donde el poder se asoma en su dimensión disciplinaria y coercitiva. La política como una relación contingente sólo aparece en la medida que una fuerza ponga entredicho la disposición de la realidad, en cualquiera de sus expresiones. Esto marca una particularidad en la historia del SIDA. Con la aparición de dicha enfermedad se generaron diversas respuestas que confrontaron no sólo al orden médico en busca de tratamientos efectivos y mejores condiciones para quienes habían enfermado sino también produjo efectos contrarios a las metáforas moralizantes que convirtieron a las víctimas en parias despreciables. Como ninguna otra enfermedad contemporánea ni siquiera aquellas que han alcanzado dimensiones epidémicas, ésta que nos atañe devino en una arena de disputa o de litigios claramente observables y aun persistentes; en donde, además de apreciarse una multiplicidad de aristas que la entrecruzan, una diversidad de agentes y sujetos protagonizarán los múltiples episodios de su historia.

En torno al SIDA, prácticamente desde su aparición a principios de los años ochenta del siglo pasado, se configuró este encuentro de lógicas sociales en dimensiones e intensidades variables, posibles porque en el epicentro de la conflictividad subyacía un tema espinoso y con su propio historial político a cuestas: la sexualidad. Como se ha señalado anteriormente, la sexualidad emergió como un estandarte del feminismo y del movimiento de liberación homosexual en sentido contrario a las prescripciones del orden patriarcal y heterosexistas prevalentes en la sociedad. Estos movimientos sociales generaron no sólo resistencias a los códigos por los cuales existió una y única forma lícita de manifestar el deseo y expresar el amor. De igual manera, innovaron expresiones que, desde una posición de subalternidad, permitieron dotarse de otros nombres y desplazarse de aquellos lugares de la marginación y el oprobio para crear nichos de cultura alternativa.

El activismo feminista y el lésbico homosexual constituyeron sujetos que desafiaron el orden tradicional sobre el que se sustentó los valores y las normas correspondientes a la sexualidad. Articulados fundamentalmente por grupos más o menos institucionalizados, por personajes que en lo particular abrieron pautas

de reconocimiento así como por la labor de intelectuales y artistas que contestaron desde sus propios lenguajes la estrechez de preceptos, se confeccionaron como fuerzas políticas que han enfrentado, a veces con éxito otras tantas sin él, el orden hegemónico en este ámbito. Esa red compleja de movimientos y acciones sociales hicieron de la sexualidad un espacio controversial que, hacia finales del siglo XX, se desplegó en diversas temáticas cuyo carácter intensificaron los desacuerdos: la anticoncepción, el aborto, la libertad sexual, los matrimonios entre personas del mismo sexo, el reconocimiento a las familias diversas, etcétera. Es en este contexto en donde el SIDA tiene su aparición.

En torno a la epidemia se han producido y reproducido discursos tanto de orden como de desafío del mismo, algunos presentes con anterioridad en el debate social. Por tanto, existió un camino abonado para la aparición de nuevos- viejos personajes que entraron en el escenario público generando discusiones y perspectivas alternas en torno al tratamiento médico, a los derechos humanos y a la educación sexual.

Particularmente, dentro del colectivo homosexual, el más afectado en una primera etapa, surgieron las primeras acciones que, bajo las líneas anteriormente descritas y otras más, constituyeron uno de los vórtices más potentes de movilización social.

En síntesis, en torno al VIH-SIDA existió un terreno fértil para la acción política. Recursos discursivos, tradiciones en disputas, sujetos con experiencia organizativa, redes que trascendieron las dimensiones locales. De esta manera, un tema así de complejo y generador de polémicas ha tenido protagonistas de diversa índole. En esta tesis la atención se centrará en un sujeto particular que, como se ha mencionado, nutre de manera decisiva el campo y es responsable en gran parte de su carácter político: los colectivos de homosexuales.

Antes de entrar a una narración más descriptiva de los sujetos quisiera regresar a Rancière para hacer una última reflexión teórica sobre el sujeto y la subjetividad. Para el filósofo francés, la subjetivación política constituya “la formación de un *uno* que no es un yo sino la relación de un yo con otro (Rancière Jacques, 2000: 148). Esta oración guarda diferentes ángulos pertinentes para el

análisis. Una primera consideración que emerge está relacionada con la idea de la subjetividad como un proceso más que una propiedad inherente. Un proceso que se gesta en la propia acción, en el encuentro con un otro con quien se establece un desacuerdo fundamental. El sujeto, por tanto, refiere a un plano distinto e incluso opuesto a la identidad, porque la subjetivación es ante todo un acto político por el cual se produce un desplazamiento, una *torsión* con respecto a la identidad. Esta última es vista por el filósofo francés como las huellas humanas de las fuerzas del orden. La subjetividad lejos de ser expresión de una identidad sojuzgada es un movimiento que además de suponer resistencia o quiebre, es creación de un término no codificable bajo el lenguaje identitario.

Esta propuesta permite comprender aquello describible en términos de identidad como algo correspondiente a la organización del mundo que, bajo determinados poderes, distribuyen adscripciones y etiquetas, a través de los cuales mantienen el control y la reproducción del mismo. Estas denominaciones no son simples formulaciones que atañan a la superficie de las cosas, los grupos o los individuos; los apelativos colocan todo lo anterior en lugares diferenciados y sobre todo estratificados. Las identidades pertenecen a este orden de cosas y por consiguiente representan un momento sobre el cual los procesos de subjetivación se desmarcan. En este sentido, se puede clarificar la diferencia entre ser mujer y convertirse en feminista, entre tener SIDA y devenir en un activista por sus derechos, entre ser homosexual y participar de la liberación y el orgullo gay. Es un salto que, como tal, busca escapar a las formas por las cuales el poder denomina y controla, actos que finalmente buscan instaurar nuevos órdenes en donde la injusticia y los agravios sean reparados.

En suma, el sujeto desde esta lectura es una producción política. Este encuadre permite reconocer al activismo como acciones protagonizadas por quienes tendrán como primer cometido desidentificarse de las etiquetas dadas por el poder. Así el apelativo *sidoso*, como aquel que correspondería coloquialmente a quienes se vieron afectados fue contestado desde esta fuerza por todo aquello que subyacía en él. Las imágenes de cuerpos jóvenes, carcomidos por manchas violáceas, reducidos hasta su mínima expresión, esqueletos con un hálito de vida, sufrientes y aislados, acompañaron la etiqueta y pulularon el miedo así como el desprecio en el seno de las sociedades. Ante

ello, la torsión realizada por el activismo, en una primera instancia, fue justamente enfrentar los códigos que dieron asidero a esta nueva epidemia para crear otros que dotaran de significados solidarios y esperanzadores. De los peculiares senderos por los que transcurre dicha torsión en México y Argentina se tratará la parte sustantiva de la tesis. Pero antes habrá que hacer la presentación de sus protagonistas.

### **III Agentes y activistas**

Como se ha mencionado a lo largo de las páginas existe una pléyade de agentes responsables del encuentro entre el orden policial y la política en lo que se refiere a la historia del VIH-SIDA. Protagonistas tales como la corporación médica, los organismos multilaterales (ONU, OMS, ONUSIDA), las agencias de cooperación internacional, los organismos civiles, las instituciones estatales, las iglesias de todo cuño, los grupos que disienten sobre el origen viral de la enfermedad, las asociaciones de defensa de *la* familia y los valores tradicionales, los colectivos homosexuales y por supuesto las redes de personas infectadas.

Al interior de cada una de estos conjuntos, lejos de existir una coherencia y dirección única, se pueden contar los casos en que se producen tensiones y expresiones divergentes que relativizan aquellas imágenes que toman por hecho la idea de realidades unificadas. Este es un rasgo compartido por los sujetos investigados, quienes a lo largo de su trayectoria mostraron que los momentos de conflicto interno son tantos como los de actuación articulada.

Una primera cuestión para responder por la ubicación de los activistas precisa de retomar esta noción de política y caracterizar el campo de trabajo en torno al VIH-SIDA como uno altamente susceptible de politizarse. Esa cualidad se encontró más acentuada entre los destacamentos homosexuales quienes, además de encabezar los primeros esfuerzos por hacer visible la existencia de la enfermedad, su orientación sexual y la autoafirmación que muchos han hecho de ella, hicieron de sus actos, incluso de aquellos posiblemente inocuos y apolíticos, contrariaron el régimen de la normalidad sexual.

En consecuencia, las expresiones que se podrían reconocerse como propias del activismo tienden a incluir acciones que vistas en el marco de otros

temas y preocupaciones sociales estarían lejos de ser consideraras como tal<sup>35</sup>. Lo mismo se aplica a los sujetos de la investigación, definir este rasgo en aquellos cuya autopercepción incluida los coloca en un lugar alejado del activismo, precisa de abrir el obturador y reconocer que las vías de la acción política cobran, dentro de este ámbito, caminos que, pese a la propia identificación de sus autores, contribuyen a este influjo constitutivo del fenómeno VIH- SIDA.

Un primer intento de ubicar a los activistas, justo antes de iniciar el trabajo de campo, me condujo, hacia las organizaciones civiles, las fundaciones, las redes de apoyo o aquellas integradas por las personas afectadas de forma directa por el virus. Es decir, la dimensión organizativa del activismo. Iniciativa que prontamente me llevó a otros personajes quienes, por fuera de la militancia en grupos de alta o poca institucionalización, han realizado tareas altamente significativas, la cuales a *posteriori* se han develado claves en la construcción del propio activismo.

En términos generales, el tema del SIDA vinculado al asociacionismo ciudadano que las ciencias sociales latinoamericanas ha privilegiado, pone énfasis en el estudio de los grupos organizados. En Argentina destacan los trabajos Graciela Biangini así como otro de la misma autora junto con Marita Sánchez, *Sociedad civil y VIH-SIDA* (2009), y *Actores sociales y sida* (1995), respectivamente. En particular, en el segundo texto se observa un interés por seguir la ruta de la epidemia en Argentina y ubicar el perfil que ésta ha adquirido en el país sudamericano, además de discutir las acciones que hasta ese momento el estado había tomado como la Ley 23.798 que, en 1990 declaró de interés nacional la lucha contra el SIDA y la 24.445 aprobada en 1995 por la cual se obligó a todas las obras sociales<sup>36</sup> a cubrir íntegramente el tratamiento

---

<sup>35</sup> Por ejemplo, besarse o expresar físicamente el afecto o el deseo por una persona del mismo sexo en espacios público guarda una implicación y tiene una consecuencia distinta a los actos que cotidianamente inundan plazas y calles en donde las parejas heterosexuales son quienes los protagonizan. En ese sentido, los besos y abrazos colectivos ha sido una estrategia de desagravio utilizada por colectivos de lesbianas y homosexuales cuando algunas parejas han sido violentadas por las fuerzas del orden justamente por manifestar sus emociones en diversos lugares. Estas acciones adquieren relevancia política debido a los sujetos que las llevan a cabo, si estas mismas fuesen celebradas por personas heterosexuales no tendrían el mismo propósito ni generarían el mismo impacto.

<sup>36</sup> A diferencia de México en donde la seguridad social está distribuida en dos grandes instituciones las cuales agrupan por un lado a las y los trabajadores al servicio del estado y del otro a aquellas personas

médico, psicológico y farmacológico de los pacientes con VIH-SIDA. En ambos trabajos existe un claro propósito por caracterizar a las organizaciones no gubernamentales a partir de su origen, por la que distinguen una diferencia sustancial entre aquellos grupos articulados en torno al VIH-SIDA (específicas) y aquellos otros en el que funge como uno más de los ejes temáticos sobre los que se actúa (no específicas). Dan cuenta de los objetivos en los cuales se enfocan así como las actividades que desarrollan, para posteriormente detallar las particularidades existentes por tipo de figura jurídica, dimensión de las agrupaciones, financiamiento, redes de pertenencia y, de importancia para las investigadoras, las relaciones que mantienen con las instituciones del estado y la opinión pública.

Cabe subrayar la distancia temporal entre las dos investigaciones, misma que permite observar las variaciones del activismo argentino. En primer lugar, la composición social que a lo largo de más de una década se transformó de una prácticamente copada por varones homosexuales a otra con una presencia cada vez más importante de mujeres. Este dato en sí mismo habla de los cambios en el perfil epidemiológico que hace de Argentina uno de los países del continente en el que se presenta una tendencia importante a la heterosexualización así como el uso de drogas intravenosa como una vía de transmisión, en especial hacia finales los años noventa. Estas dos variantes explican el número creciente de mujeres que han resultado positivas al virus de la inmunodeficiencia humana. La misma situación puede ayudar a comprender la participación de las mujeres en el activismo, rasgo que, de acuerdo con algunas fuentes, distingue al activismo argentino dentro del contexto latinoamericano<sup>37</sup>. La presencia de las mujeres refleja uno de los rasgos políticos de la epidemia que, en términos globales, se expresa en esa puesta en movimiento de los grupos directamente afectados. En Argentina, las mujeres que se involucran no son únicamente aquellas insertas en la prostitución, tal como ha sido uno de los denominadores de la presencia femenina en este campo, sino que involucra a mujeres en

---

que prestan su trabajo a los agentes privados, en Argentina son los diversos gremios quienes manejan tanto los servicios médicos como las pensiones y demás asuntos ligados a la seguridad en estas instancias que se conocen como obras sociales.

<sup>37</sup> Entrevista realizada a Déborah Fiore, coordinadora de comunicación de la Fundación Huésped en julio de 2011 en donde entre otros temas hizo esa observación que desde su perspectiva es una de las características del activismo argentino, esta importante presencia de mujeres.

diversas condiciones para quienes el VIH-SIDA ha constituido una causa que las atañe en primera persona y para quienes acceder a espacios de discusión pública representa una posibilidad de encontrar respuesta y solución a este problema de salud pública.

En México, podemos encontrar una preocupación que, en sintonía con el trabajo de las sociólogas argentinas, colocan en el centro de su investigación a las organizaciones no gubernamentales, a las que se denomina “manifestaciones institucionales de la sociedad civil”. En el trabajo que a continuación citaré se pondrá el acento en la capacidad de las agrupaciones de gestionar políticas públicas en el marco de los últimos gobiernos priistas antes de la llamada transición, caracterizados por instrumentar políticas de corte neoliberal. Se trata de la tesis de maestría en Administración Pública de Héctor Miguel Salinas Hernández (1998) en la cual, el perfil de las organizaciones se complejiza para incorporar dos tipos fundamentales de actores colectivos que en México protagonizarán las acciones. Es una división basada en las orientaciones políticas, en donde se muestra la conflictividad interna dentro de la llamada sociedad civil, rasgo que tiende a pasarse por alto frente a los enfoques que darán prioridad a la dicotomía con respecto al Estado. Este esquema propone agrupar a los organismos en grupos liberales y con una perspectiva abierta, quienes independientemente de las diferencias organizativas y de acciones, comparten la visión de mantener alejada de consideraciones morales la discusión en torno al VIH. Por otra parte, ubica a grupos tradicionalistas asociados al conservadurismo, en primera instancia a aquellos promovidos o cercanos a la iglesia católica, actor fundamental en todo el continente, cuya incidencia en la toma de decisiones ha sido uno de los principales obstáculos para implementar acciones con una perspectiva que garantice los derechos sexuales y reproductivos de mujeres y hombres.

También en México destaca el libro publicado durante 2012 *Memoria de la Lucha contra el SIDA en México: Los primeros años*, trabajo de investigación colectivo encabezado por Miguel García Murcia. En este texto se realiza un recuento del inicio de la epidemia en el país, las particularidades médicas que adquirió así como las acciones y la falta de las mismas por parte de los tomadores de decisiones durante los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos

Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo Ponce León. Pone atención en la creación de instituciones, reglamentos y leyes que desde estado mexicano se llevaron a cabo para hacer frente a la epidemia y mitigar sus efectos en los grupos afectados, entre otros la creación del Registro Nacional de Casos (1983), el Decreto de Reforma a la Ley de Salud por la cual se prohibió la venta de sangre y la creación de Comité Nacional para la Investigación y Control de SIDA (1986), entre lo más destacado. No obstante, el énfasis de la investigación está puesto en los grupos ciudadanos y las iniciativas que, desde diversos ángulos, implementaron para la atención, la defensa de los derechos humanos, la promoción de información y educación sexual, entre otras. De igual forma se da cuenta de la trascendencia de las acciones de estos colectivos en el diseño de políticas públicas, muchas veces en contra sentido de los valores e ideas prevalentes y de poderosos antagónicos como los grupos conservadores y la iglesia católica.

Una de las conclusiones preliminares extraídas de la síntesis de los textos mencionados se vincula con el espacio físico del activismo que, de acuerdo a las y los autores, correspondería a las organizaciones civiles o no gubernamentales. Por otro lado se podría extraer un correlato entre el comportamiento epidémico del VIH y la composición social de las militancias características de México y Argentina. No obstante, como ya ha sido mencionado, en esta investigación no serán las organizaciones sino quienes les dan cuerpo, los activistas, los sujetos privilegiados del relato. De igual forma, otra de las diferencias será incorporar al análisis iniciativas carentes de organicidad que, bajo el paraguas de lo político anteriormente discutido, permiten reconocer en estas acciones, piezas fundamentales de otras que tendrán una mayor repercusión.

Es un hecho que el activismo adquiere en los grupos y redes un enclave fundamental y que éste es un lugar para ubicarlos. La propia existencia de una gama vario pinta de grupos abre un abanico extenso de posibilidades a través de las cuales el activismo ha enfrentado los desafíos de la epidemia, la propia organicidad en buena medida puede interpretarse como una expresión que encarna las experiencias diferenciadas, mismas que edifican la subjetividad de sus militantes. Los marcos organizativos podrían leerse como la argamasa



estructural de experiencias. Al mismo tiempo la institucionalidad, blanda o dura<sup>38</sup>, sirve no sólo como vía para conducir la participación sino también la configura. Así, militar en tal o cual organización es al mismo tiempo uno de los signos que identifica el perfil de los sujetos, es decir es la concreción hecha estructura de los valores, las ideologías, las expectativas de sus militantes y a su vez constituye el armazón institucional que modela una subjetividad política que en ese momento deviene en colectiva. En ese sentido, la diversidad de expresiones organizadas sobre las cuales los textos antes mencionados han centrado su análisis introducen a un mundo abarcable sólo a través de una investigación de gran aliento y de recursos temporales extensos. Por tanto, se hace necesario un recorte que parcialmente resuelva algunos de los problemas relacionados con la multiplicidad de enfoques que un “mismo hecho” pueden generar. Esta selección está dada aquí por una perspectiva centrada en el colectivo gay y su participación en el activismo del VIH-SIDA.

Si bien, centrarse en este colectivo constituye un importante corte que deja fuera todo un universo de protagonistas y voces que han contribuido a visibilizar y debatir el tema, los vínculos entre los gay y las acciones en torno a la epidemia también guardan su grado de complejidad que se irá deshilvanando en éste y los próximos apartados. Habrá también que señalar que estos sujetos no son definibles por sí mismos, es decir se entienden y se definen dentro de finos entramados de relaciones de género, de clase, de edad, relaciones de afinidad y alianzas con otros colectivos y de antagonismo ante otros.

#### **IV Denominadores comunes: el sustrato de los sujetos de la investigación**

Para continuar con una caracterización más empírica del activismo y de los sujetos de la investigación, retomo un primer elemento diferenciador que se ya

---

<sup>38</sup> Dentro del argot prevalente en las organizaciones civiles y en los estudios sobre éstas, cuando se refiere a estructuras blandas se indican cierto tipo de agrupaciones en las cuales no se cuenta con un organigrama estrictamente definido, en donde se establezca las instancias encargadas de operar las distintas funciones así como la disposición vertical en el que se observen con claridad los rangos y las jerarquías. En ocasiones esta modalidad de organización se reconoce como una fase en el proceso de institucionalización, otras tantas como parte de los principios y valores de la democracia participativa y directa reacia a las formas burocratizadas. En contraparte, se reconoce como una organización dura aquellas que cuentan con un armazón institucional perfectamente trazado tanto en la división de tareas como en la cadena en la toma de decisiones.

está esbozado en el trabajo. Aquellos que no se involucraron en experiencias organizadas y cuya participación puntual y muchas veces coyuntural se dio por fuera de los grupos y aquellos otros que construyeron o se sumaron a estas iniciativas y desde esos espacios articularon su quehacer.

Esa clasificación se sostiene en el denominador común que todos son hombres homosexuales. La homosexualidad además de fungir como ese sustrato compartido, representa un punto de quiebre fundamental para comprender ese proceso de desidentificación respecto la compulsión heterosexista por el cual se gesta su transformación en sujetos políticos. En ese sentido, lejos de las formulaciones laxas en torno a lo sexual que reconocen la existencia de hombres que tienen relaciones con otros hombres pero que ello no compromete su reconocimiento en tanto homosexuales o gays, los varones de esta investigación, tanto por razones de índole personal como de aquellas que se hicieron política a partir de lo personal, convirtieron su orientación sexual en un elemento definitorio de su actuar público. Un estandarte en donde se cifra ese vuelco, esa torsión experimentada por la cual aquellos inscritos en el pecado, la anormalidad, lo enfermo y lo perverso van a dotarse a sí mismos de otros nombres y otros significados. Movimientos individuales que son en muchos sentidos también colectivos, auspiciados por el hartazgo, el enojo, la indignación y otra serie de motivos que encontraron en ese sentimiento fundamental para diversos grupos subordinados su catalizador: la vindicación del orgullo.

Los caminos que ha dado como resultado eso que se conoce como la *salida del closet* han sido más que diversos, se trata por un lado de contextos sociales e históricos distintos así como de procesos que atañen a situaciones familiares y personales que se entrecruzan para producir resultados que, aunque únicos, dejan entrever narrativas compartidas. En primer lugar, el valor de este pasaje como una de las claves de la subjetivación de los activistas.

Pero comencemos por los que hace a las diferencias. Los sujetos empíricos de la investigación pertenecen a dos países que comparten pautas históricas comunes pero también están marcados por desarrollos económicos, políticos y culturales propios que hacen de las sociedades argentina y mexicana distintas entre sí. En específico es importante situar el proceso de reconocimiento de las orientaciones sexuales de estos varones dentro de dichos

contextos que constriñen o, bien, ayudar a transitarlos. En términos generales las décadas de los años sesenta y setenta son momentos en que en América Latina tiene lugar tanto una nueva oleada feminista y el inicio de las primeras acciones del movimiento de liberación homosexual, simultáneamente son momentos en los cuales las estructuras políticas se encuentran atravesadas por la cerrazón y el autoritarismo; priista en el caso mexicano y de sucesivos golpes militares en Argentina. Una buena parte de los activistas que participaron en la investigación pertenecen a esa generación socializada en dichos marcos, mismos que no puede ser entendidos exclusivamente en su dimensión política sino comprendidos en su raigambre cultural y estructurante de las mentalidades de la época. Marcos dentro de los cuales la homosexualidad fue perseguida, contenida y expulsada de los registros simbólicos, reconocibles y aceptables en ambas sociedades.

De tal suerte, los personajes que tanto en México como en Argentina vivieron ese tiempo enfrentaron el acoso de los cuerpos represivos de sus respectivos países. En México, amparados en códigos civiles que consignaron las faltas a la moral como una figura punible, autorizaron persecuciones que, de forma discrecional, fueron aplicados con la finalidad de extorsionar a las avergonzadas víctimas que aceptaban sin reparos pagar antes de exponerse a procesos judiciales que evidenciaran su condición. En Argentina, también a la luz de sendos dispositivos jurídicos pero empleados con una rigurosidad acorde con la ideología de la reconstrucción nacional de la última dictadura, la homosexualidad como la vagancia, la prostitución y otros males de la sociedad debían ser extirpados del suelo patrio. Así, en Argentina la represión desencadenada durante buena parte de los años setenta consiguió dismantelar las expresiones organizadas de lo que serían las primeras referencias en América Latina de un movimiento por la liberación homosexual. Pero aunado a ello, la vida lúdica, los puntos de reunión y socialización quedaron reducidos a su mínima expresión. Estos se constituían por bares de vida efímera, la mayoría localizados en los suburbios de Buenos Aires, baños públicos y algunas avenidas en donde a través de rituales clandestinos y frente a la eventualidad de redadas policíacas los hombres se reconocían y se contactaban.

Tanto en México como en Argentina, la represión de la homosexualidad no tuvo un solo eje ni un espacio de producción. El peso de la tradición católica y la influencia de la Iglesia jugaron un papel determinante en este ambiente asfixiante como también los medios masivos de comunicación en donde la invisibilización, la sarna o el humor lapidario eran los únicos tratamientos que se podían esperar. Otras instituciones como la escuela o la misma familia tampoco representaron asideros que proporcionaran respiro o sensación de alivio frente a la incompreensión generalizada. En numerosas ocasiones, estos lugares se convertirán en verdaderos productores primarios de violencia contra aquello que afrentaron la norma sexual. Particularmente la familia, el supuesto lugar de los afectos, la intimidad, así como el escenario de las relaciones más próximas afectiva y consanguíneamente tiene para muchos homosexuales una primera referencia del no lugar de la homosexualidad en el mundo.

Muchos de los homosexuales que encarnan estas rupturas experimentarán, en el origen, un profundo sentimiento de soledad frente a este mundo que comenzando por lo más próximo se muestra absolutamente reactivo a lo que sienten, a sus afectos y a su deseo. La familia será uno de los primeros sitios de donde quedarán expulsados quienes que por descuido o porque se aventuraron a abrir secretos se vieron expuestos a una reacción que en el mejor de los casos decretó el silencio y la vergüenza.

Al mismo tiempo, las ideas ejemplificantes que vienen de lejos, cruzando distancias y fronteras, suscitan sorpresa y expectativas en algunos que comienzan por reconocer en otras historias, la suya propia. Asimismo dichas ideas se expresan como formulaciones en las cuales la sexualidad se vuelve el centro de reclamos y reivindicaciones en donde se expresa lo inimaginable pero largamente deseado y esperado: la legitimación de su erotismo y de sus afectos.

Ese *espíritu de la época* formuló para muchos de los jóvenes homosexuales un caldo con ingredientes contrapuestos, por un lado, como se ha advertido, es una época particularmente terrorífica para los argentinos y, si bien con matices menos pronunciados, también adversa para los mexicanos. Al mismo tiempo es el momento en cual se está produciendo a nivel global un replanteamiento de la sexualidad en claves libertarias, algunas hechas por las

feministas y otras por grupos que hablarán del orgullo gay y de la necesidad de revolucionar las relaciones, iniciando con aquellas que suceden en la *cama*.

En este contexto histórico, signado por la presencia de dos tipos de dinámicas sobrepuestas, es que se producirán algunas de las primeras experiencias políticas de quienes posteriormente se convertirán en activistas del VIH-SIDA. En ese caldo de ingredientes mixtos se gestan los aprendizajes y las experiencias que a su vez configuran una primera oleada de iniciativas y acciones en el ámbito de la política sexual. Enunciar en primera persona una preferencia o una orientación distinta a la heterosexual en contextos de gran adversidad será un primer paso en la historia del activismo y de sus sujetos.

Tal como se ha insistido este tránsito, además de clave en la historia de los sujetos, representa un camino único y en muchos casos extraordinario por la forma en que algunos lo resuelven en condiciones en los que la cultura o la política lejos de representar marcos de oportunidades podrían leerse como conjuros adversos. Ante ello, ciertos testimonios arrojan tránsitos lejanos a las narraciones dramáticas, excedidas en costos personales, pérdidas y reacciones violentas de aquellas personas cercanas a su entorno. Por el contrario, encontramos relatos en donde prácticamente no aparecen referencias a los agravios y los daños personales acarrados por eso que se denomina la salida del closet, por lo menos el recuento desde el presente así lo registra. Parecería, en cambio, como si fuese un tránsito natural en donde incluso la explicitud de su orientación jamás se vivió como una disyuntiva o un punto de inflexión sino como el continuo del algo que se gestaba tiempo atrás.

Paradójicamente estos relatos pertenecen a dos entrevistados quienes entre otras características se distinguen por ser los de mayor edad, uno en Argentina y el otro en México. Entre otros elementos resulta destacable lo relativo que el contexto puede resultar. Es decir, cómo la apuesta por explicar la acción de los sujetos a través de los marcos estructurales que, desde esta perspectiva la posibilitarían, se encuentran con resultados inesperados. Tal como se cuentan en estas historias y por aproximaciones diversas al análisis del contexto, más que una estructura de oportunidades operando a nivel macro o micro, lo que se desprende en los relatos son formas atendibles a la personalidad de los entrevistados quienes logran transitar sin conflictos aplastantes por ese

hacer del conocimiento público sus preferencias eróticas y afectivas. En esa dirección, para estos dos personajes, la hostilidad homofóbica no se recuerda como parte de sus vivencias. A través de las memorias tanto de Luis Biglié como de Juan Jacobo Hernández se puede percibir de esa capacidad que, incluso ha sido celebrada como parte de la cultura gay, de sortear a través del humor, la ironía y el ingenio situaciones adversas, de dar vuelta al agravio y hacer del escándalo y la provocación los mejores insumos de la autoafirmación. Dos ejemplos que encarnan con toda nitidez la irritación de las buenas conciencias como herramienta para sortear la violencia, la humillación y el descrédito se encuentran en la obra y la personalidad misma de Salvador Novo en México y Néstor Perlonger en Argentina. Ambos hicieron del performance exhibicionista el sello distintivo de su personalidad y una forma de asentar, a veces como en el caso de Novo, sin declaratoria pública, de qué iban sus preferencias y su posicionamiento de género, mucho antes que la teoría *queer* incluso fuese balbuceada. Recursos similares serán utilizados por las generaciones subsiguientes para hacer frente a la homofobia y la discriminación de la que han sido objeto las personas VIH positivas.

Pese a que ambas figuras y otras más pudieron haber sentado precedentes, particularmente por la relevancia que en el mundo de la cultura mexicana detentó Novo o por el protagonismo político de Perlonger en Argentina, su legado a lo que podríamos denominar el capital social del movimiento y la cultura de la diversidad sexual ha sido reconstruido posterior a la muerte de ambos personajes. Eso ha significado que muchas de las pautas existentes con anterioridad se han debido reinventar y realizar verdaderas labores de arqueología sobre los saberes y las experiencias precedentes así como las formas de sobrevivir con éxito en sociedades patriarcales y heterosexistas. La memoria de los colectivos homosexuales ha sido reiteradamente barrida de las referencias identitarias que conforman los signos referenciales de las sociedades latinoamericanas. Solo perviven como parte de los mecanismos de estigmatización que van de la violencia al humor más celebrado.

De tal manera, en las historias tanto de Juan Jacobo como de Luis es factible reconocer situaciones y ambientes en las cuales no sólo se careció de referentes identificables en torno una orientación sexual diversa, por el contrario,

se advierten atmosferas que para muchos de sus contemporáneos debieron representar situaciones de asfixia. En ese sentido, resulta todo un desafío comprender cuáles son aquellos recursos sociales que posibilitaron no sólo resistir una cultura adversa sino desafiarla haciendo ostentación de la diferencia sexual. Frente a un contexto que parece no proveer de pistas para asumirse con un deseo erótico por las personas del mismo sexo existen personas que crean los pisos que para las siguientes generaciones transiten por estos parajes de manera menos abrupta, al menos con algunas indicaciones de que se subsiste y se puede vivir con cierta plenitud.

Ante la carencia de elementos facilitadores en la cultura, la política e incluso en la dinámicas económicas para estas salidas del closet se podría encontrar en los recursos personales ciertas respuestas a estos movimientos. En la idea de que los individuos poseen cierta sensibilidad, carácter y temperamento inherentes que los colocan en condiciones para animarse a exponerse sin morir en el intento. Sin asumir ni tampoco descartar la relevancia de este factor como un elemento constitutivo de los procesos de subjetivación, es importante destacar que a diferencia de las mujeres y los hombres que los antecedieron, incluyendo aquellas célebres referencias que a *posteriori* se volvieron íconos de las diversidades, tanto Juan Jacobo como Luis afirmaron su orientación en un momento en que de forma paralela, a veces sin conciencia de ello, se multiplicaban develamientos como una primera forma de hacer de la orientación sexual un tema de litigio. Ambos forma parte de esa generación que auspiciará esos cambios de largo plazo que en torno a la homosexualidad, el lesbianismo así como otras expresiones sexo-genéricas se producirán a lo largo de las siguientes décadas en México y Argentina. De tal suerte un proceso profundamente individual, incluso podría decirse relativo al mundo de lo íntimo, vivido en ocasiones como una experiencia solitaria, constituyó durante la década de los años sesenta y setenta una suerte de flujos colectivos que culminaron con organizaciones que preconizaron la liberación homosexual de la cual ambos fueron fundadores.

En el extremo contrario, en términos generacionales, Martín joven activista de 24 años recuerda su adolescencia y en especial el procesamiento de sus emociones eróticas como un periodo de gran desconcierto y, tal como

sucede en un gran número de relatos, invadido de un sentimiento terrible de soledad, de ser la única persona con ese deseo para entonces inaceptable. Esta mezcla de emociones lo sumirá en una parálisis y una postergación de su aceptar su condición por un tiempo que él mismo considera largo para su generación. Aunado a ello, es relevante lo que en su imaginario le sucedía a aquellos hombres que tenían sexo con otros, mismo que jugó como poderoso disuasivo, aunque hoy lo recuerde en medio de un ataque de risa. Para Martín el sexo entre varones constituía un primer paso de lo que tarde o temprano concluiría en la conversión de todos aquellos transgresores en eso que, para ese entonces, lleno de prejuicio e ignorancia constituían personajes *desagradables* que hacían todo para convertirse en mujeres. Martín, nacido en una época en donde el activismo en Argentina ya había dado frutos, criado y educado en democracia, parece compartir la misma vergüenza que traspasa generaciones y, si nos atenemos a su relato, parecería prácticamente sin fisuras. Un continuo que incluso por su experiencia vivida su observa más acentuado que en otros varones de generaciones precedentes. De nueva cuenta, existen contextos más específicos que sólo el corte generacional para explicar las trabas o las oportunidades que cuentan los individuos para transitar por esa salida del closet. En el caso de Martín, estas situaciones se derivan también de su enclave familiar y educativo, ellas ayudan a comprender esta vergüenza reticente por asumir de forma asertiva un tipo de sexualidad así como la falta de conocimientos sobre las diferencias entre las orientaciones de género y aquellas propiamente sexuales. En especial, su educación dentro de una institución religiosa en la que se encontraba profundamente comprometido, sobre todo por las actividades extraescolares de acción social, haya sido uno de los factores que jugaron en contra. Sin embargo, sigue siendo elocuente que aun en los años noventa y la primera década del siglo XXI, la ausencia de referentes significativos en la cultura sobre los cuales asirse y vivir la homosexualidad como una opción más prevalece en importantes nichos de las sociedades argentinas y mexicanas.

Existen otras experiencias en donde la salida del closet no representa un punto de partida de las actividades públicas y la acción social sino el resultado de la misma. Es el caso de Carlos quien es a través de su participación en una de las organizaciones de VIH-SIDA comienza a encontrarse con hombres que



afirman su sexualidad sin tapujos y en donde a través de talleres y otras actividades en las que se involucra, inicia un proceso de reeducación que le permitirá hacerse de nuevas herramientas con las cuales mirar su propio deseo y vivirlo sin las constricciones y la culpa con las cuales solía cargar. A partir de su involucramiento cada vez más profundo con las actividades de la organización, iniciadas como usurario, para luego involucrarse en el voluntariado y posteriormente convertirse en todo un profesional del activismo, su trayectoria en el espacio público se sostiene enunciando sin cortapisas su condición de hombre gay. Asimismo es reconocido en el mundo de las organizaciones civiles y dentro de las instituciones del estado mexicano en donde ha tenido espacios de actuación.

La salida de closet sigue siendo un tema crucial aunque las vías de dicho tránsito sean diversas y los matices más pronunciados de lo que uno pudiera imaginar. Es un momento que en muchos sentidos representa un antes y un después en la historia de cada uno, pero sobre todo para esta reconstrucción es concebido como uno de los momentos clave en su constitución en tanto sujetos políticos.

Como se ha podido observar, este punto de inflexión ilumina aspectos de carácter estructural al requerir describir el tiempo y el espacio en el cual se produce pero también deja abierta la necesidad de acotar a otras dimensiones que ayuden a explicar el tránsito en tanto piedra fundacional de su condición de activistas.

Por último, es necesario precisar que la caracterización de sujetos a la luz del proceso de la salida del closet no sólo tendría que ser visto como el efecto de los mecanismos macro y micro. Esto es, centrarse exclusivamente en las condiciones y situaciones que generan esa torsión que media el paso entre la abyección y el orgullo. La subjetivación en un acto que igualmente construye realidad, transforma en distintos niveles las estructuras sobre los cuales se asienta. En ese sentido, particularmente si las acciones tienen éxito, constituirán los nuevos marcos a través de los cuales individuos y colectivos futuros se erigirán y pondrán en acción. De hecho, buena parte de la tesis busca dar cuenta de esta dimensión productiva de los sujetos políticos.

Para ilustrar el carácter productivo de la salida del closet traeré el relato de Diego Tadeschi, activista argentino para quien la apertura de su orientación erótica y afectiva tuvo una suerte de efecto pedagógico en su familia y sus entornos heterosexuales más próximos. A partir de visibilizar con las personas más cercanas a sus afectos, posibilitado justamente por la calidad de esos vínculos, Diego dota de rostro a aquello que de otra forma siempre tienen la cualidad de inasibles fantasmas cuyo desconocimiento justo alimenta el prejuicio, el miedo y el asco arraigados en las estructuras metales y afectivas de amplios sectores de las sociedades latinoamericanas. Es por el cariño que el hijo, el hermano, el sobrino o el amigo despierta que, tanto las emociones como las percepciones de este círculo cambian, abren una mirada sensible y empática hacia lo gay y, posteriormente, como en el caso de Diego, a otros temas e identidades que configuran la diversidad sexo genérica. Su apertura y formación como activista le permite además dotar de información, argumentos, materiales de diversa índole no sólo para sensibilizar sino formar y hacer de sus parientes personas que en cierta medida apuntalan las reivindicaciones de los colectivos LGTB.<sup>39</sup>

Este ejemplo cuyo ámbito de transformación es un espacio próximo y acotado revela el poder que tiene la salida del closet y por consiguiente el sustento que se le ha dado como una acción política fundamental a realizarse siempre en primera persona. La demanda del movimiento de liberación homosexual que hizo de este acto un principio de su actuación política tuvo dos motivos interconectados. En primer lugar transformar la posición de la homosexualidad de ese lugar de vergüenza y oprobio a uno cargado de dignificación que ya no incubaba prurito alguno y se anuncia con todas las letras de la palabra. Una vuelta de ciento ochenta grados a los significados y emociones prevalentes sobre lo homosexual y los homosexuales encarnado en la experiencia de mujeres y hombres quienes dieron vida a lo que sería uno de los ejes políticos del movimiento en esa fase autodefinida como de liberación.

---

<sup>39</sup> Retomo las siglas LGTB como una pertinente sugerencia hecha por Héctor Salinas Hernández, considerando en primer lugar de que esta denominación ha sido aquella que diversos organismos nacionales e internacionales utilizan. Al mismo tiempo es aquella que en términos analíticos permite describir la emergencia de estas diversidades sexo-genéricas sin llegar al tendencia de generar categorías sin identidades que las ocupen, al menos en México y Argentina.

Si bien como ha reflexionado Eve Kosofsky Sedgwick (1993), lejos de la aspiración libertaria la salida nunca ha sido total, por el contrario, se ha convertido en una verdad que se administra o una sospecha sobre la cual se especula. No obstante pese de que esta verdad nunca es tal, y siempre guarda algún recoveco o cajones fortificados, el otro de los motivos por los cuales emergencia de lo oculto se volvió vertebral de la política de liberación homosexual, tuvo que ver con dotar de nombre y rostros aquello que fundamentalmente había permanecido en el desconocimiento generalizado. Una de las premisas del movimiento fue asumir que lesbianas y homosexuales se encontraban en todas partes, sostener ese lema precisó de llenarlo de ejemplos en los cuales emergieran los hijos, las hermanas, los maestros, las doctoras, los músicos, las científicas, las nietas y los vecinos.

Otra razón política de la salida del closet descansó en la lucha contra el prejuicio. Bajo el convencimiento de que la ignorancia incubaba el miedo, el asco, así como las elaboraciones sociales cimentadas en estas y otras emociones como la discriminación, las respuestas para desactivarlos residía en la en el reconocimiento y la visibilización. Ese camino emprendido entre otros por Diego Tedeschi y que a lo largo de los años setenta y ochenta en Latinoamérica se multiplicó de forma exponencial. Si bien los costos para muchas personas excedieron los beneficios, a mediano plazo y a distintos niveles estos actos replicados por cientos y miles forjaron en ciertos espacios sociales y posteriormente dentro del mismo ámbito de la toma de decisiones una mayor apertura y reconocimiento a los derechos y libertades sexuales y genéricas tanto en México como en Argentina.

De esta suerte, tanto por lo que se devela más allá de la anécdota pero igualmente por la centralidad en la historia misma de los varones entrevistados, la salida del closet se alza como un punto de partida para desentrañar el proceso de subjetivación y la construcción de una condición individual y colectiva que denominamos activismos.

Una vez aproximado a las debates de la estructura y la agencia, sobre los cuales las ciencias sociales se mueven con mayor soltura, es necesario delinear, al menos, algunas de las características que se han asociado a la personalidad, es decir aquellos atributos individuales que hacen de estos personajes unos que

no se sujetan a las estructuras sino las resisten, las fisuran y en buena medida las transforman. Estos otros entramados que se tejen y cruzan los marcos generales, mismos que permiten avizorar ese proceso de transformación del que se ha hecho mención reiteradamente. ¿De dónde se hacen de estos recursos para resistir? ¿Son características exclusivamente individuales o existen algunas situaciones comunes advertibles? Aproximarse a estas respuestas pasa por recrear entre otros elementos, su ámbito de crianza, su educación y sus experiencias políticas previas. Estas son algunas líneas que no agotan el problema pero al menos arrojan algunas rutas de exploración.

Tradicionalmente, los estudios que abordan la movilización social en grupos para los cuales las necesidades materiales (el trabajo, la vivienda, el salario, la alimentación) no son aquellas que articulan sus acciones y agenda, han sido considerados como prototípicos de movilizaciones protagonizadas por alguno de los segmentos de las clases medias (Offe Claus, 1992 y Fernández Buey Francisco, 1994). Es decir, existen movimientos para los cuales las causas de su convocatoria carecen de una causalidad en la cual exista beneficios tangibles, una resolución a través de la que cierta injusticia se repara a partir de la distribución de recursos materiales: vivienda, alimentación, tierra, trabajo, salario, etc. Estos movimientos a los cuales la literatura especializada los ha asociado al adjetivo de nuevos, guardan propósitos de carácter simbólico o de transformación cultural de largo plazo.

En el caso del VIH-SIDA estas dos causas sobre las cuales tradicionalmente se han erigido las movilizaciones colectivas convergen. No hay demanda más nítidamente material que aquella en donde la propia vida o en sentido inverso, la muerte, se encuentran en juego. La precariedad en la salud constituye una de esas vivencias que conectan de forma inmediata con el cuerpo. Por lo tanto, podría asumirse en las acciones colectivas en torno al VIH-SIDA una dimensión material enclavada en el cuerpo. Al mismo tiempo, en el activismo se expresan demandas cuyos contenidos obedecen más a una lógica de transformaciones a mediano y largo plazo que pasan por el paradigma de los derechos humanos, la educación sexual, las transformaciones culturales así como otras formulaciones cuya concreción material es menos evidente. De hecho, algunos de los activistas que se lanzaron a movilizarse lo hicieron con la

conciencia de que posiblemente la vida no les alcanzaría para observar los logros de su lucha.

En ese sentido, el vínculo entre el tipo de demanda y la base social de activismo tiende a comportarse de manera distinta a la consignada por ciertos textos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales. De entrada, los propios motivadores de las respuestas sociales, en el caso del SIDA, borran la dicotomía materia/símbolo así como la relación directa de cada una de estas dimensiones con determinadas clases sociales. El activismo, sobre todo por lo que hace a quienes conforman al grupo de hombres entrevistados emanan de distintas clases sociales. Una de las primeras sorpresas fue encontrar orígenes que distaban de una procedencia clasemediera, algunos de los activistas evocaron su crianza en el seno de familias de padres obreros y madres que lo hacían tanto en el hogar como en ocasiones también fuera. El carácter sorpresivo de dicho encuentro obedece tanto a la existencia de documentos que, en otros contextos, han enfatizado en la composición social de las organizaciones fundamentalmente de varones gays provenientes de sectores medios, en especial durante los orígenes y en la primera etapa de vida de las mismas. Probablemente, mis propios prejuicios jugaron un papel de mayor peso en es esto que se presentó como una situación inesperada.

En general, aquellos varones entrevistados cuya infancia y adolescencia transcurrió durante los años cincuenta, sesenta y setenta, periodo en el cual América Latina vivió, en términos económicos, un modelo de sustitución de importación y en buena medida un estado encargado de distribuir los ingresos a través de partidas dispuestas para el gasto social, vivieron un momento excepcional en la historia de las sociedades latinoamericanas, en donde al menos, en ciertos estratos de la clase trabajadora parecían contar con ciertas condiciones de bienestar. De tal suerte, la socialización primaria de estos varones ocurre en el seno de familias que si bien viven con austeridad económica no experimentan una situación de pobreza, las políticas de bienestar posibilitaron a esa familias gozar de condiciones que dignificaron su existencia. Políticas salariales, de salud, de vivienda, de educación y de pensiones manejadas por el estado y de acceso masivo, fueron parte de esas realidades que les procuraron a algunos de nuestros entrevistados una forma de vida con limitaciones pero

también con acceso a recursos que posteriormente resultarán centrales para su desarrollo como personas y como activistas.

En algunos relatos como los de Alejandro y Adrián, el primero mexicano y el otro argentino, se describe la ausencia de una cultura letrada en su hogar así como la falta de posicionamiento político de madres y los padres que redundó en ausencia de discusiones, comentarios, conversaciones que promovieran entre los demás miembros familia algún interés por cuestiones que trascendieran la vida inmediata y privada. En estos casos, la familia no representa el punto de partida de las preocupaciones por cuestiones sociales y por las inclinaciones intelectuales que formarán parte de las características que los acompañarán en el futuro. Es interesante resaltar esta situación compartida por estos dos personajes quienes encarnan una experiencia que, parecería ir en contra del sentido establecido por cierta literatura así como de nueva cuenta frente a los prejuicios propios en torno a los recursos ilustrados como un bien en primera instancia se nutre en los entornos más próximos y fundacionales de las personas: la familia. Además de ello, los ejemplos sirven para poner en cuestión la propiedad exclusiva de lo intelectual en determinada clase. Si bien como lo expresan Adrián y Alejandro en el hogar no encontraron todas las condiciones para el desarrollo de inquietudes artísticas, intelectuales o políticas, son familias preocupadas por proporcionarles educación a sus hijos. La educación es un valor importante en estas familias, se asume como la llave que permitirá el logro de mejores oportunidades de vida para sus hijos, una mejor vida que la que ellos han podido proveer. Cabe precisar que en esos ayer, dicha creencia aún tenía una fuerte constación sociológica.

Como la mayor parte de quienes formaron parte de la investigación estos varones cursan estudios universitarios, incluso posgrados tal como lo hizo Adrián, la mayoría concluyen su carrera universitaria aunque algunos los abandonarán en cierto momento. Existe un caso emblemático, Alex Freire en Argentina, para quien el diagnóstico de VIH y el pronóstico médico de una vida no más allá de los dos o tres años, hizo, como muchas de las personas infectadas, dejar de realizar proyectos a futuro, entre otros, los estudios. En la historia específica de los dos varones a los estamos refiriendo como contrapunto, Adrián y Alejandro, existe desde pequeños una sensibilidad y una disposición

por los estudios y la literatura. Esto les permite hacerse de un lugar en el mundo, particularmente generar cierto reconocimiento y respeto por parte de sus compañeros de su escuela y también de su barrio o bien, como lo refiere Adrián, su avidez por la lectura, sobre la cual rememora ni la familia ni la escuela fueron agentes que la propiciaran, le permitió crear un mundo propio, dotar de placer y entretenimiento a esa tendencia solitaria que lo caracterizó durante la infancia y la adolescencia. Esta forma de acompañarse y de encontrar en las letras, la historia y otros temas el inicio de una afición que desde muy temprano perfiló los ejes sobre los cuales se desarrollaría sus inquietudes profesionales.

Esto dos varones sobre los que podría decirse construyen de forma autodidacta su proclividad tanto política como intelectual harán de estas preocupaciones un ejercicio que les servirá para interpretar en clave de injusticia, las carencias, los agravios, la marginación y la desigualdad. Estas herramientas desarrolladas y potenciadas a través del tiempo tendrán una forma de articulación, en efecto jugosa para fines de producción de subjetividades, con una experiencia particular compartida con el resto de los entrevistados. Esta misma que, pese a las diferencias de tiempo y espacio, permanece como una constante que hermana a varones pertenecientes tanto de generaciones como de sociedades diferentes. Dicha experiencia nace como una sospecha, una sensación más de las veces sin nombre, carente del mismo porque, sobre todo cuando niños, no existen palabras para aprehender eso que aún se encuentra inasible. Estos varones con diversos matices rememoran una crianza en un mundo carente de símbolos para validar esa sensación de saberse diferentes al resto de los hombres que los rodean. Esa es la primera sensación que más o menos aparece clara en la percepción de la mayoría de varones; son diferentes y todos los signos a su alrededor emiten una sentencia negativa sobre el valor de esa diferencia. Los nombres que existen y se prodigan generosamente sirven como formas disuasivas para el reconocimiento y, entre otros muchos otros dispositivos, refuerzan la negación que muchos experimentarán a lo largo de la vida.

Sin embargo, esta misma sensación dotada de una carga estigmatizadora hace del sentirse diferente una fuente de recursos vivenciales para el desarrollo de un posicionamiento frente a los agravios propios y ajenos. Quedar colocado

en uno de los lugares de la ignominia, ya sea por experiencia directa o a través de la violencia sufridas por otros que ostensiblemente se mostraban diferentes, resulta la piedra de toque para la elaboración crítica del significado y el valor que las sociedades han hecho de las diferencias en general y la suya en particular. Este proceso de reelaboración de sentidos sintetiza una dimensión que se asienta en la afectividad, en ese sustrato sensible formado en la experiencia vivida, pero que requiere de mediaciones intelectuales para convertirse en un posicionamiento que desde lo ético y también desde lo político transformen el sentido originario que desde la norma y el poder se dota a la diferencia.

De esta forma, su condición de homosexuales por sí sola no explica cómo se gesta esta nueva posición, incluso una vida llena de agravios en lugar de permitir una reelaboración que posibilite pensar y vivir desde otras coordenadas la diferencia sexo afectiva, suele conducir al recrudecimiento de esos armazones. Así, las personas lejos de gozar con libertad y dignidad se someten a la vergüenza y muchas veces a una doble vida que permite mantener oculto esa otra parte que también los constituye. Los hombres que forma parte de esta investigación tienen como otro denominador ser personas que desarrollaron preocupaciones de carácter intelectual, mismas que fueron se fueron procurando a través de su formación escolar así como de otras vías que alimentarán este perfil.

En este sentido, quizá el concepto de intelectual orgánico sea demasiado denso para aplicarlo pero estamos frente a varones que en el campo específico de las sexualidad y la salud han devenido en agentes que disputan los contenidos y el sentido histórico que en esos campo se celebra. Son estos recursos intelectuales los que les permiten releer su vida, sus experiencias con la violencia, el estigma, la abyección y la homofobia social así como aquella que en distintos niveles también han interiorizado. Esta reflexión crítica realizada a partir de las herramientas adquiridas en su formación educativa tanto formal como aquella que se adquiere fuera del espacio escolar proporciona la posibilidad de dignificar su condición sexual y mediante una inversión afectiva y emocional son capaces de disfrutar, aun dentro de pequeños guetos, su sexualidad. No obstante, escudriñar en su propia condición, permite desentrañar aquellas tramas que haces de su historia una que es compartida por otras y por



otros. Es en estos encuentros se produce al mismo tiempo una serie de sinergias colectivas algunas de ellas darán como resultado esfuerzos organizativos y la elaboración de un lenguaje vindicativo, una forma de enunciación en donde se produce un brinco cualitativo entre el agravio, la queja, el lamento de índole individual a la vindicación, es decir a un lenguaje en donde la injusticia, los derechos, la libertad y la igualdad pasan a ser algunos de los núcleos discursivos de acciones políticas.

De esta forma, la dimensión intelectual se convierte en un denominador común de todos los entrevistados y un elemento fundamental para comprender cómo han procesado el tránsito entre la adscripción identitaria a la subjetivación del mismo, entre ser diferentes, con todas las connotaciones negativas y deficitarias a su conversión en activistas. Este recurso, ligado fundamentalmente a las clases medias, sobre todo por su vínculo histórico e ideológico, se observa no privativo de éstas, al menos por lo que se cuenta del origen de algunos entrevistados. Como hemos señalado dichos insumos son fundamentales para visibilizar las ficciones sobre la sexualidad humana y develar cómo y porqué las sociedades establecen mecanismos que legitiman ciertas expresiones al mismo tiempo que condenan y persiguen con ahínco otras.

Así como la educación y el desarrollo de preocupaciones intelectuales, otro elemento fundamental será la experiencia política. En términos generales la conversión en activistas por los derechos de los homosexuales primero y/o encabezando posteriormente acciones en torno al VIH-SIDA ha sido también el resultado, de experiencias previas de índole diversa. Algunas de estas los han colocado en determinados espacio de acción política o bien en acciones de intervención social en donde canalizan su interés y desarrollan una verdadera pasión por asuntos que trascienden su individualidad o bien en donde su propia subjetividad se engarza en ecos colectivos. En ciertas historias, como las de Alejandro Freire, esta proclividad militante les viene de familia, hijo de militantes comunistas en Argentina, el mismo participará de las actividades juveniles de partido, mismas que dejará en parte por la intolerancia hacia la diversidad sexual y el machismo de la agrupación. Es en este ambiente en el que crece y en el cual la política es parte de la vida familiar, de las actividades cotidianas que respira y articulan su tejido primario e íntimo, lo que juega un papel central en la

formación y desarrollo de la personalidad de Alejandro, en particular su vocación pulsante por la acción colectiva. De tal suerte hoy se podría comprender cómo esta socialización primaria e intensa hace de él una de las figuras más reconocidas de la militancia LGTB así como de las del VIH-SIDA en Argentina. Su presencia dentro del activismo ha estado signada, entre otras características, por asumir públicamente tanto su orientación sexual como su estado serológico. Esta decisión de darle rostro no solo a la homosexualidad sino a la enfermedad, estrategia que ha sido empleada por muchos activistas más, tiene en el caso particular de Alex una impronta afectiva así como de enseñanzas políticas que en muchos sentidos son pautas aprendidas en el seno de su propia familia. Una familia que en particular no sólo lo ha cobijado y acompañado en su andanzas por el terreno del activismo sino además se han convertido en personas que enarbolan y hacen suyas las demandas y reivindicaciones de la diversidad y de las personas positivas al VIH.

Para otros varones también entrevistados, la política lejos de representar un legado familiar se alza como una de esas barreras que los diferencian de la cultura imperante en su núcleo de origen. La situación, además, pone al descubierto una realidad prevalente en las sociedades mexicana y argentina, por lo que hace al sistema político y a las familias como uno de sus anclajes estabilizadores por excelencia. Las familias en ambos países funcionaron como uno de los reproductores más potentes de la ideología que actuó como sentencia de que sobre política nunca se hablaba y menos en el hogar. Este dispositivo, en mayor o menor intensidad, se esparció prácticamente todos los rincones de ambas sociedades, al menos en un segmento significativo, y anidó en las familias que hicieron de éste uno de los temas tabuados por excelencia. En tiempos de la dictadura militar en Argentina y durante los gobiernos priistas en México permanecer ajenos a la política y convertir a la familia en un desincentivador de la misma servían a un mismo tiempo como mecanismo de protección frente al estado autoritario, un mensaje transmitido a los jóvenes por el cual se le encomiaba a no meterse en problemas, es decir no provocar las consecuencias represivas de los regímenes en cuestión. Por otra parte se alzó como dispositivo que, entre otros efectos, despolitizó a las sociedades y permitió, en cierta medida, el mantenimiento de un orden autoritario.

En consecuencia, no es de extrañar que para un número importante de varones, la política y las actividades de intervención social no fuese parte del repertorio de enseñanzas familiares. Por el contrario, se convertirá en uno de los elementos que en su tiempo marcaron una distinción frente a su propio origen. Así, algunos de los entrevistados desarrollarán estas inquietudes durante sus años de estudiante y será a través de las organizaciones de izquierda, en sus expresiones estudiantiles, aquellas en las cuales harán sus primeros experimentos de participación política. Algunos no militarán formalmente pero como Alejandro B. formarán parte de las acciones que, en el caso mexicano ocurrieron durante los años setenta cuando era estudiante en una de las primeras generaciones de los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Durante esa época, los CCH constituían un hervidero de activismo estudiantil de donde salían brigadas para apuntalar las huelgas del cordón industrial de la ciudad de México, durante lo que se conoce en México como el momento de la insurgencia sindical en los años setenta del siglo pasado. Alejandro B. participa en esas acciones así como en otras que giraron en torno a la solidaridad con las revoluciones en Centroamérica y en contra de las dictaduras del Cono Sur, temas que marcaron la política de izquierda mexicana en esa época. Al ritmo de la música de protesta, de los cantos que acompañaron las movilizaciones sociales, y otros referentes culturales propios de ese microespacio universitario, Alejandro se adentra al activismo de izquierda y en alguno de esos intersticios se encontrará con algunas de las primeras expresiones del movimiento de liberación homosexual que, por aquellos años se movía en esa órbita política, situada a la izquierda del espectro.

Gustavo en Argentina tiene una trayectoria similar a la anterior. Durante lo que serían los estertores de la dictadura, posterior a la guerra de las Malvinas, Gustavo, estudiante secundario, se vincula con un grupo de amigos afines en términos de las inquietudes culturales que los mueven a organizar diversas actividades y descubrir uno de esos reductos sobrevivientes de la dictadura en donde aún se reunían militantes políticos para escuchar la música prohibida así como para conocer la obra de artistas proscritos por los militares. Ahí entran en contacto con una forma de mirar al mundo a partir de otros cristales que les permiten observar que, aquello vivido con cierta naturalidad, incluso indiferencia,

entraña una enorme injusticia y podría ser de otra manera, comenzado por la presencia misma de los militares en el poder. De esta forma entre obras de teatro y acordes musicales su mundo se mueve. Él y sus compañeros hacen de Mercedes Sosa su ícono y su sensibilidad frente a las injusticias sufridas por diversos colectivos se agranda. Al mismo tiempo, Gustavo escucha a otras cantantes como Marilina Ross y Sandra Mihanovich, una serie de mensajes, implícitos, discretos que le hablan a él y otros jóvenes que como él llevan un deseo a cuestas y sobre el cual no existen referentes claros para poder expresarlo. A partir de esta música se hacen evidentes formas alternativas de amar y de vivir una sexualidad que adquiere nombre propio y posibilidades de ser.

Todo ello ocurre durante una coyuntura marcada por la derrota de las Malvinas en 1982 y el declive del régimen militar, de cuyos signos, los más elocuentes serán el regreso a la vida legal de los partidos políticos y el reavivamiento de una política de masas que, desde distintos ángulos empujarán la salida de las fuerza armadas y el retorno democrático a la Argentina. En ese contexto, los colegios y las universidades se convirtieron en campos de acción de distintas expresiones políticas, cuyos núcleos de activación así como de disputa serán los *centros de estudiantes*, también proscritos durante la mayor parte de la dictadura. Prontamente éstos se volvieron espacios en donde hervía la necesidad de regresar a la política, al mismo tiempo en espacios de confrontación de las corrientes partidistas que buscaban arraigar su influencia entre la población más joven. Gustavo organiza el centro de estudiantes de su colegio y en calidad de presidente es nombrado delegado ante la Unión de Estudiantes Secundarios, en donde muy prontamente se liga al Movimiento al Socialismo (MAS), partido trotskista que durante los primeros años de la democracia tendrá una presencia importante dentro de las organizaciones estudiantiles y también a nivel nacional, llegando a contar con un diputado.

Muy pronto dentro del MAS y en un clima de intensa expectativa por el regreso a la democracia, el reavivamiento de la inquietudes por actuar políticamente y volver a generar espacios de sociabilidad, incluyendo de homosociabilidad, Gustavo y otros militantes formarán Alternativa Socialista por la Liberación Sexual. La organización tenía diversos propósitos, fungió como un

lugar de encuentro para compartir lo que muchos guardaban en celosa secrecía. Pero también se articuló como esfuerzo por hacer de la libertad de opción sexual parte del posicionamiento doctrinal del MAS, por el cual, además del reconocimiento de los obreros como grupos oprimidos, se comenzó a ubicar a otros que desde diversos signos compartían esa condición y por tanto era factible tejer alianzas. Un esfuerzo que en ese momento tenía eco dentro de las corrientes trotskistas, las cuales a nivel internacional había mostrado una mayor aceptación de estos temas y estos *otros* sujetos.

Gustavo será además uno de los artífices de un ensayo para el que la cultura política del momento no estaba lo suficientemente aceitada y la finalidad última de generar acercamientos más orgánicos entre el MAS y la primera organización homosexual nacida en democracia, la Comunidad Homosexual Argentina, no tuvo el éxito buscado. Al cabo del tiempo la doble militancia de Gustavo se decantará por los temas y las preocupaciones de los colectivos homosexuales que, ya para ese momento comenzaba a mostrar signos de una diversificación que excedían los límites de lo homosexual, haciendo a un lado su compromiso con el trotskismo.

Una de las pistas que deja el relato de Gustavo se verán exploradas también en la historia de Juan Jacobo, un hombre que tiene sus primeras experiencias políticas en la izquierda mexicana, aunque no suscribe una militancia específica. No obstante, en su narración las experiencias culturales vividas a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta del siglo pasado, le serán fundamentales para asumir que el mundo tal como se presenta único, normal y homogéneo puede tener otros tintes y horizontes más amplios. El arte y su convivencia con personas dedicadas a la pintura, a la escritura, a la música, a la danza así como también su paso por la facultad de filosofía de la UNAM le brindan la posibilidad de adentrarse a una subcultura que se resiste a vivir dentro de las convenciones que las sociedad mexicana asumió como propias, y sobre las cuales las grandes mayorías transitaron sin mayor cuestionamiento.

Juan Jacobo vive un momento en el cual se están incubando ideas, replanteándose algunas otras y muchas más quedan en entredicho para desecharse por anacrónicas y vetustas. Paralelamente experimenta una suerte de apuesta que transcurren por lo estético, pero dentro de esos nichos no

oficiosos ni oficiales sino los que permanecen en los márgenes y en la crítica. Los mismos en donde se producen formas de comprender y vivir el erotismo y la afectividad fuera de los lenguajes que anormalizaron, patologizaron y criminalizaron la homosexualidad o el lesbianismo, los mismos que vindicaron el amor libre, cuestionaron la familia, la monogamia, entre otros temas concernientes a la sexualidad. Es un ambiente que está anunciado lo que posteriormente se socializará de manera más extensa a finales de la década de los años sesenta y que, entre otras cosas, alimentará al movimiento estudiantil popular de 1968. En síntesis, fue una inmersión en lo que entonces se ostentó como vanguardia y constituyó un espacio en el que se decantaron personalidades que ostentarán un posicionamiento político, algunas de las veces crítico. A pesar de que el ámbito de la cultura puede considerarse ajeno a la política, incluso abiertamente apolítico en algunas de sus expresiones, en ciertos contextos en donde prevalece cierta uniformidad, cerrazón y autoritarismo, el arte suele convertirse en reducto de las protestas, de la inconformidad, son lenguajes que permiten significar los malestares que durante los años sesenta cruzaron diversas dimensiones, no sólo al sistema político.

Así como las experiencias estéticas constituyen un hito en la historia de ciertos activistas, la educación en escuelas religiosas también abona un terreno que posteriormente servirá de referente para emprender una actividad política tanto en el terreno del VIH-SIDA como de la diversidad sexual. Esto se debe a la labor social que en determinadas escuelas dirigidas por congregaciones religiosas, en estos casos católicas, realizan como parte de la currícula académica o esas actividades extraescolares que para quienes estudian en dichas instituciones tienen un importante valor en términos de socialización. Tanto en sus vertientes conservadoras de caridad y altruismo así como para esas otras en donde la educación y la conciencia sobre la injusticia y la opresión marcan sus actividades de pastoral social. Esta experiencia la suscriben Mauricio, Juan Carlos y Martín, los dos primeros mexicanos y el segundo argentino. El primero estudió la licenciatura en una institución jesuita a principios de los años ochenta, el tercero en colegios católicos de índole conservador y hace un curso de teología en el Vaticano, finalmente Martín en un colegio secundario de curas tradicionalistas y conservadores en los años noventa. A

pesar de las diferencias en la aproximación política, moral y ética en que signan dichas experiencias así como también a las distancias generacionales, de espacio y de momento en que éstas ocurren dentro de la trayectoria de vida de los entrevistados, las mismas representan un punto de inflexión en sus vidas. En su propia narración sobre la explicación de sus inquietudes por las cuestiones sociales y posteriormente políticas, la participación en estas actividades enmarcadas en su quehacer académico será uno de los elementos iniciáticos. Sea en forma de caridad o de participación para la transformación, el contacto con otro tipos de realidades despertará una sensibilidad fundamental para plantearse preguntas sobre el orden social, las desigualdades y las injusticias. Al mismo tiempo, son vivencias que les permitirán explorar y desarrollar sus habilidades organizativas, su capacidad hablar en público, de convencer a las personas, entre otros recursos sobre los cuales se forjaran personalidades con liderazgo.

Particularmente me interesa resalta la experiencia de Juan Carlos, hombre de cincuenta años quien además de haber recibido una educación en colegios católicos, proviene de una familia estructurada por la militancia materna y paterna en las organizaciones laicas de la iglesia católica, además de la pertenencia de su padre al Partido Acción Nacional, el partido de derecha confesional mexicano. Esos espacios de socialización se antojan los más improbables para forjar personas que en un futuro se convertirán en promotores de los derechos de las diferencias y de las personas con VIH-SIDA. Juan Carlos rememora en su entrevista la enorme dificultad y el dolor de percibirse con inquietudes eróticas por personas de su mismo sexo, sabía perfectamente que su sentimiento correspondía a un pecado de los más graves e incompatibles con su creencia y su feligresía dentro de la iglesia católica. Buscando aliviar el pecado nefando, Juan Carlos tiene la oportunidad de ir a Roma a estudiar teología con otras personas laicas de todo el mundo. Ahí a través de un proceso terapéutico y de experiencias sexuales que comienzan a ser más frecuentes y menos tortuosas logra darle la vuelta a la situación. Juan Carlos se vuelve un especialista en hacer una lectura crítica de los textos fundamentales del catolicismo, echa mano del antiguo y del nuevo testamento, de los evangelios canónicos, gnósticos y apócrifos y a partir de ellos logra legitimar el placer, la

diferencia sexual y rescatar la trascendencia de las figuras femeninas para el universo cristiano.

Por último quizá sea el rasgo fundamental compartido por quienes se constituyeron como sujetos de la investigación estriba en esa disposición de todos ellos para procurarse de recursos y ejercer cierto liderazgo, mismo que nace y se desarrolla por una serie de caminos, en ocasiones, los menos probables para producir este resultado. En efecto, en mayor o menor medida todos los entrevistados son reconocidos como referentes tanto de las luchas por los derechos de lesbianas y homosexuales y/o de las acciones surgidas a raíz del surgimiento del VIH-SIDA. Esta condición como hemos descrito se va forjando a lo largo de su historia y cuenta con algunos hitos que tienden a estar presentes en más de un relato y que incluso forman parte de las situaciones recogidas en la literatura sobre el activismo gay y LGTB. Una de estas ha sido la ubicación de la izquierda como campo primigenio en donde se han fogueado los que posteriormente serán los activistas del movimiento de la diferencia sexual. Pero como hemos visto este paso forjador tiene otros derroteros, incluyendo experiencias como las de Carlos G. para quien su participación en un grupo de niños exploradores representará una experiencia formativa en una suerte de liderazgo que comenzó a gestar en esos momentos. Su paso por la organización le brindará la ocasión para gestionar la puesta en marcha de proyectos, campañas y actividades en donde debía coordinar al resto de sus pares y así fue fraguándose una personalidad que posteriormente pasará a la acción destinada a detener el avance de la pandemia y defender los derechos de las personas infectadas.

Este rasgo vinculado por un lado a la personalidad de cada uno de los personajes y a las elecciones realizadas a lo largo de su vida hacen de esta capacidad de liderazgo uno de los recursos centrales que subyace en estos procesos de subjetivación. Estos tránsitos cuya gestación, tal como hemos visto, contienen ingredientes de factura diversa, en tanto capacidad se forja en el camino de la acción colectiva. La historia del SIDA vista a través de sus emociones, de su memoria y reelaborada a través de sus recursos intelectuales es también la propia historia de su subjetivación. Algunos con mayor proyección pública, algunos otros con un trabajo cotidiano menos visible, otros con una gran



vocación para polemizar y convocar reflectores y micrófonos y otros generando ideas e innovando estrategias, todos con una presencia reconocida. No obstante, esta particular forma de activismo no se comprende sin un antecedente del cual algunos formaron parte, que es el movimiento de liberación homosexual. El próximo capítulo se realizará una síntesis de la historia de estas expresiones colectivas fundamentales para producir un sujeto que hace treinta años comenzó a fraguar las acciones frente a la epidemia del SIDA.

## CAPITULO 3 LA CONSTRUCCIÓN DE UN SUJETO: LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACIÓN HOMOSEXUAL

### 3.1.- El Espacio de la memoria y el memorial argentino

“Las callecitas de Buenos Aires, tienen ese, qué se yo, viste...” Con este enunciado tan porteño como el tango da inicio la letra que acompaña una composición musical de Astor Piazzola, *Balada para un Loco*<sup>40</sup>. En efecto, las calles y avenidas de Buenos Aires tienen algo que a los ojos de un extranjero con cierta proclividad, como la mía, de mirar en sus muros y avenidas las huellas de la acción y la protesta social, sorprenden y entusiasman. Durante la segunda mitad del 2011, año de mi estadía en esa ciudad, las calles, las plazas, las discusiones públicas y muchas de las que acontecían en los espacios privados a los cuales tuve acceso, estuvieron marcados por el debate político de un año electoral. Se sucedían procesos tanto a nivel federal como en el gobierno la Ciudad Autónoma de Buenos Aires<sup>41</sup>. La participación política fue intensa y masiva, las distintas expresiones políticas desde la derecha proclive a las fórmulas neoliberales, el partido en el gobierno de la Ciudad, Propuesta Republicana (PRO), hasta la izquierda radical del Partido Obrero-Frente de Izquierda movilizaron grandes contingentes de mujeres y hombres, fundamentalmente jóvenes. El regreso de la juventud a la política como un espacio de pertenencia, como una actividad en la cual grandes destacamentos sociales encontraban sentido para expresar y canalizar sus visiones y proyectos constituyó uno de los temas más analizado y discutido en diversos foros, sólo había un precedente con el cual equiparse en la historia reciente: *la gloriosa generación de los setenta*.

La revitalización de la actividad política alentada a partir de la llegada al poder de Néstor Kirchner (2003-2007) y de la actual titular de ejecutivo, Cristina

---

<sup>40</sup> La letra es del compositor Horacio Ferrer

<sup>41</sup> En 1994 una reforma constitucional le asignó un estatuto especial de autonomía que confirió a Buenos Aires la prerrogativa de darse un gobierno autónomo con facultades tanto legislativas como judiciales. Al mismo tiempo, confirió el derecho ciudadano de elegir directamente al jefe del gobierno de la ciudad.

Fernández de Kirchner (2007-2011-2015)<sup>42</sup> ha estado acompañada de un fuerte y profundo debate en torno a los derechos humanos y a la decisión de volver a enjuiciar a aquellos personajes vinculados al Proceso de Reorganización Nacional<sup>43</sup>, acusados de crímenes de lesa humanidad. El retorno a la política en tanto acciones que activan e involucran a amplios grupos sociales viene envuelto en un halo que, a lo largo y ancho de la ciudad de Buenos Aires, deja sus marcas en grafitis, estenciles, instalaciones urbanas, así como en un sinfín de baldosas localizables en prácticamente todos los barrios porteños a través de los cuales se apela a la memoria, a no olvidar nunca a las víctimas del terrorismo de estado que marcó la historia de ese país sudamericano a partir de la segunda mitad de los años setenta del siglo anterior.

Los debates en torno a la memoria guardan una dimensión académica, convirtiendo a la Argentina en una nación en donde el tema constituye una fuerte tradición, muy probablemente la producción más importante de reflexiones en el mundo de habla hispana. Existe un correlato histórico preciso que moviliza este quehacer intelectual e igualmente se expresa en términos políticos como una demanda social. Esto es, el genocidio perpetrado por la última dictadura representa el hito que marca las apelaciones a la memoria y durante los dos últimos gobiernos, las políticas de la memoria. No obstante, la exigencia y la performatividad es asumida por otras expresiones quienes reivindicarán también no olvidar.

En efecto, aunado al sustrato fundamental de este debate, existen en el escena pública otros colectivos que a través de diversas prácticas discursivas revelarán ausencias no contempladas, otras expresiones sobre las cuales aqueja una deuda social y sobre las que se hace imperioso pertrecharse en contra de los olvidos que desde el poder se estructuran. De tal suerte, grupos disímbolos, incluso enfrentados a la corriente primaria, reconfiguran el tema para

---

<sup>42</sup> Esta nueva actitud frente a lo político tiene como contexto la parálisis/conformismo experimentado en Argentina durante la década de los años de los noventa y la crisis que desembocó en la bancarrota de todas y todos los argentinos de 2001.

<sup>43</sup> Es la autodenominación eufemística que las fuerzas militares: el ejército, la armada y la fuerza aérea, aviación dieron al golpe de estado perpetrado el 24 de marzo de 1976 contra el gobierno de Isabel Perón y la instauración de un régimen de facto que duró hasta 1983. Tiene que ver con la plataforma ideológica pensada y organizada por el constitucionalista Mariano Grondona y otros civiles y materializada por las tres fuerzas armadas.

dar rienda a objetivos propios, retomando además símbolos fuertemente asociados a las organizaciones que desde el paradigma de los derechos humanos han exigido verdad y justicia respecto a los crímenes de la dictadura. Entre otros, la comunidad judía a propósito de los atentados terroristas en contra de la embajada de Israel en Argentina (1992) y a la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA 1994) han contribuido desde su propia historia y dentro de un vasto legado a la construcción de la memoria a ese caleidoscopio de imágenes, marcas urbanas, y monumentos que en la ciudad de Buenos Aires se disponen como invitaciones a recordar. En la Plaza de Mayo, a un costado de la Pirámide, los veteranos de la guerra de Malvinas, en plantón permanente, reclaman al estado argentino la indemnización por sus servicios a la patria, el lema de su manta expresa en claves de memoria su demanda de no ser nunca olvidados. Los familiares de las víctimas de un incendio negligente en la discoteca República de Cromañón (2004) convierten el lugar en una instalación urbana en donde el calzado de chicas y chicos así como los nombres de las 194 víctimas fatales se escriben en los muros que aún conservan las huellas del fuego. Las imágenes que las madres utilizan como expresión de protesta refieren de inmediato a aquellas otras, las que con pañuelo en la cabeza y la fotografía en el pecho de sus hijas e hijos desaparecidos se convirtieron en el símbolo de la resistencia contra la dictadura.

La remembranza tiene incluso protagonistas insospechados, a través de carteles pegados en distintos puntos de la ciudad, grupos opositores a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, recuerdan a la ciudadanía los crímenes perpetuados por los grupos guerrilleros<sup>44</sup>, crímenes por los cuales ninguno de los cuadros sobrevivientes ha pagado la penalidad correspondiente, según sus denunciantes<sup>45</sup>. Por el contrario, alegarán, algunos mantienen un

---

<sup>44</sup> Los grupos guerrilleros que actuaron durante los años setenta del siglo pasado en la Argentina fueron Montoneros, expresión juvenil radicalizada del peronismo y el Ejército Revolucionario del Pueblo de tendencia trotskista

<sup>45</sup> Luego de caída la dictadura militar, bajo el gobierno constitucional de Raúl Alfonsín, Mario Firmenich, líder del grupo guerrillero Montoneros fue capturado en Brasil, extraditado, juzgado y condenado a 30 años de prisión por cargos de homicidio y secuestro, junto con otras figuras del grupo armado como Fernando Vaca Narvaja, Enrique Gorriarán Merlo y Roberto Perdía. Excluido en un primer momento por el presidente Carlos Menem del indulto otorgado a los jefes guerrilleros y militares, finalmente el decreto 2.742 del 29 de diciembre de 1990 le otorgó la libertad.

perfil alto dentro de los gobiernos emanados del Frente para la Victoria<sup>46</sup>. Justicia y verdad concluyen su manifiesto con el uso paradójico de un lema acuñado por sobrevivientes y familiares de las víctimas del terrorismo de estado.

En este contexto de amplia politización de la sociedad argentina, de un debate extenso en torno a la memoria con múltiples evocaciones y facturas diversas, así como de una particular susceptibilidad de mi parte para observarlos y dotarles de un lugar preponderante se constituye el marco en donde se inserta la investigación sobre el relato de los activistas gays quienes se han movilizado para generar respuestas al SIDA y a la epidemia del VIH en Argentina.

De tal suerte, las callecitas de Buenos Aires con ese *qué se yo* sobre el cual mi mirada y el resto de mis sentidos se conectaron han teñido la perspectiva a través de la cual reconstruyo ese proceso y a estos sujetos. Este *qué se yo* no será otra que el intermitente recordatorio que encuentro en todas partes y a la menor provocación llamando a no olvidar. Como veremos más adelante, el mismo se imprime en la construcción histórica de los sujetos de mi investigación y con las respuestas emprendidas ante otra tragedia social nacida con la aparición del SIDA y el VIH.

### **3.2.- El movimiento homosexual, gay y LGBT argentino. Una breve síntesis.**

#### **3.2.1. Un encuentro con la memoria.**

Esbozar cualquier relato de la historia del VIH-SIDA en Argentina, no sería posible sin hablar a continuación de los homosexuales, así como nombrar en términos centrales a este grupo en dos dimensiones. La primera, por constituir el colectivo más afectado en sus orígenes así como uno en los que actualmente presenta una tasa alta de seroprevalencia<sup>47</sup>. En segundo, como uno de los grupos sociales que se organizaron para generar las primeras acciones así como

---

<sup>46</sup> El Frente para la Victoria es la alianza electoral que se articuló para el triunfo de Néstor Kirchner en el 2003 y las dos elecciones de Cristina Fernández (2007 y 2011). En este confluyen el Partido Justicialista (peronismo) así como otros partidos de centro izquierda.

<sup>47</sup> De acuerdo con el diccionario de la página electrónica Amigos contra el SIDA; <http://www.aids-sida.org/principal.html> la seroprevalencia se define como el porcentaje de personas que en un tiempo y un espacio cuentan con anticuerpos de alguna enfermedad. Es decir, es el porcentaje que ha tenido contacto con determinado agente patógeno.

uno de los que continúa presionando sobre la implementación de políticas públicas.

Del mismo modo que narrar la experiencia del activismo requiere una aproximación al movimiento homosexual y las posteriores transformaciones identitarias y políticas de los últimos treinta años, la suerte de la homosexualidad en Argentina en tanto colectivo y sujeto político así como del resto de la sociedad ha estado cruzada y fracturada por los golpes de estado que signaron la segunda mitad del siglo XX argentino<sup>48</sup>. En ese sentido, las evocaciones a la justicia y a la verdad sobre las cuales se ha montado el discurso de la memoria envuelven en dos sentidos al movimiento que estructurará las primeras acciones contra la propagación de la epidemia y la expansión del estigma y la discriminación. Como parte de ese todo que de forma directa o indirecta sufrió las consecuencias de la represión y sobrevivió a un régimen autoritario que suprimió las garantías individuales y constriñó los marcos de posibilidades de crear, actuar, transformar y disfrutar el mundo.

Pero en particular para los espacios de las relaciones homoeróticas y de construcción de expresiones políticas de esas colectividades así como de aquellas otras diferencias sexo genéricas, la represión cobró matices específicos sobre los cuales las luces del recuento histórico no terminan de alumbrar en plenitud. Si bien, el deseo por las personas del mismo sexo nunca pudo ser suprimido, ser joven y ser homosexual representaban una condición de extrema vulnerabilidad, tal como lo expresa contundente Carlos Mendes, activista porteño de organizaciones gays y de lucha contra el SIDA:

*Me recibí en el año 74, un mal año para recibirse, en Argentina ya en el 76 empezó el golpe y bueno fue una época siniestra, a mí y a toda mi generación nos robaron la adolescencia y la juventud, pero bueno uno aprendió a vivir en esa época que no era fácil, pero no era imposible tampoco (...) supongo que la dictadura militar toda esa época de mierda, bueno, al principio me recuerdo escuchando por primera vez que alguien decía... yo me emociono, porque fue una época terrible pero me acuerdo, por ejemplo, cuando se mencionaba hay campos de concentración, yo escuchaba eso y decía pero esto es un disparate,*

---

<sup>48</sup> A partir del derrocamiento de Juan Domingo Perón en su segundo mandato en 1955, en la Argentina se sucedieron una cantidad importante de golpes de estado perpetuados por las fuerzas armadas que interrumpían violentamente el desarrollo de los gobiernos constitucionales en manos de civiles así como otros que se realizan entre ellos mismos. En 1962 a través de un golpe se destituye a Arturo Frondizi; en 1966 es depuesto Arturo Humberto Illia, finalmente en 1976 María Estela Perón, Isabelita, correrá la misma suerte, un golpe militar la sacará de la presidencia instaurándose la última dictadura que concluye en 1983.

*no puede ser y después descubrí que sí, amigos que no encontraba y habían estado detenidos, y habían sido golpeados, y habían sido torturados otros que no aparecieron nunca y todo eso en el contexto gay, te puedes imaginar lo que agrava todo.*

Hacia finales del 2011, para ser exactos el 2 de diciembre de ese año, se inauguró el Archivo de la Memoria de la Diversidad Sexual en el Instituto Espacio para la Memoria localizado en la antigua Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA). En tiempos de la dictadura este predio fue uno de los lugares icónicos de la represión, centro de detención clandestina por el cual pasaron más de cinco mil personas para transitar a ese limbo que significó la condición de desaparecidos. Actualmente, en ese mismo lote los organismos de derechos humanos ocupan diferentes edificios que hoy agrupados se renombraron como Espacio para la Memoria, la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos, del cual el archivo mencionado es el último en integrarse. Su misión, recuperar, analizar y preservar informaciones, testimonios y documentos de la persecución en contra de las y los integrantes de lo que actualmente denominamos la diversidad sexual. En efecto, una vez recuperada la democracia las organizaciones homosexuales, de lesbianas y de personas trans comenzaron a denunciar las particularidades del genocidio y la represión militar en contra de estos núcleos, sin embargo, pasarán casi tres décadas para que este eje conforme la agenda de la justicia y la memoria oficial de la Argentina.

La anécdota del nacimiento de esta iniciativa no puede ser más paradójica y emblemáticamente de la doble faz inscrita en el concepto sujeto al que más arriba se hizo mención. Valeria Ramírez, directora del área trans de la Fundación Buenos Aires Sida, comentó entre sus más allegados que ella presenció el alumbramiento de una mujer en uno centros de detención clandestina durante la dictadura, lugar en el que ella fue *chupada*<sup>49</sup> en un par de ocasiones. Los partos y la posterior apropiación de las criaturas ha sido uno de esos temas que develan con gran dramatismo las consecuencias más funestas de la dictadura y constituye uno de los asuntos que mayor sensibilidad despierta en la sociedad argentina. El relato de Valeria y las reacciones inmediatas otorgan prioridad a su condición de testigo de tan ominoso hecho, sin embargo alguien, ella misma

---

<sup>49</sup> En el caló argentino, estar chupado o chupada connota haber sido detenido por la policía o como en los años setenta por grupos de tarea de las fuerzas armadas.

probablemente, se percatará de lo relevante que significa haber sido víctima del terrorismo de estado. El motivo de su detención distaba de las tramas principales con las que la junta militar legitimó su mano dura; Valeria no era un eslabón en la cadena subversiva marxista leninista o del terrorismo peronista. La transgresión encarnada por Valeria no se construyó dentro de esas doctrinas tan propias de la guerra fría y sus evocaciones latinoamericanas sino sobre una valoración más primaria que dentro de las fuerzas armadas fundamentaba la formación de sus propios hombres. Unas fuerzas armadas que, encumbradas a través de la violencia, contenían en el núcleo de su identidad los aspectos más duros de lo que masculinidad hegemónica<sup>50</sup>. Una expresión de la masculinidad que sin cortapisas, se ostentó opresiva, sexista, misógina y homófoba. De tal suerte Valeria fue detenida ilegalmente, torturada y violentada sexualmente por su afrenta a ese orden obligadamente dicotómico que asigna de forma compulsiva una identidad genérica a un cuerpo sexuado. Valeria se convirtió en una osada delincuente de los códigos contravencionales que durante la dictadura y buena parte de la democracia criminalizaron ciertos comportamientos que, en tanto obscenos e inmorales, dañaban la salud pública. Su delito: ostentar una feminidad que, bajo esa lógica, no correspondía con su verdadera realidad asentada en su cuerpo biológico.

Una vez que Valeria con el soporte emocional y la solidaridad de su grupo se animó a presentar testimonio ante un tribunal judicial, junto con Alex Freyre, actual director del Archivo, comenzaron a recabar los relatos de docenas de personas que igualmente habían sido detenidas y torturadas durante el régimen militar. La coyuntura política y el cambio cultural experimentado en la Argentina colocan en el debate la necesidad de visibilizar esas otras experiencias que, como las de Valeria, así como otras que concluyeron con la desaparición de

---

<sup>50</sup> Esta constituye una reformulación a un concepto que emana de la tradición marxista y que es retomado por los algunos teóricos críticos de las masculinidades para una realidad que opera en el simbólico pero actúa como un fuerte mecanismo normativo que regula la vida de los varones en el patriarcado. Robert Connell define en los siguientes términos dicho concepto “La configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres”. (Connell Robert). Mientras Michael Kimmel la refiere como *Un hombre en el poder*, un hombre *con poder* y un hombre *de poder*” (Kimmel Michael).



hombres, mujeres y personas trans sean reconocidas puntualmente y tengan su correlato jurídico. Es decir, el reconocimiento de todas estas personas en calidad de víctimas de la represión y la consecuente reparación del daño por parte del estado. Los casos particulares además encarnan ese cambio de época por el cual las vergüenzas privadas y la ignominia se han convertido en expresiones colectivas que se decantan por una apuesta política y jurídica, así como proyectan además un haz sobre la propia historia del terrorismo institucionalizado y sus recovecos represivos contra la diversidad sexual.

En esa dirección, el episodio de Valeria Ramírez y todos sus desencadenantes, inauguran una vuelta al pasado para reescribir la historia con otros matices por la que emergen colectivos específicos cuya suerte se desdibujó bajo ese gran relato en torno a la represión y la dictadura. En esta nueva perspectiva se descubre el *empoderamiento*<sup>51</sup> alcanzado por esos grupos así como cambios sustantivos en el régimen político cuyos pactos sociales incluyen a estos colectivos. Esta nueva situación releva como la historicidad del movimiento homosexual se vincula con el derrotero de la historia contemporánea signada por los golpes de estado, el terrorismo institucionalizado, la recuperación de la democracia y la construcción de la justicia y la verdad. Una historia que como hemos señalado guarda evocaciones puntuales para distintos colectivos, incluyendo el homosexual.

En ese contexto, los debates sobre la memoria se convierten una trama que tiñe de colores esta síntesis de lo que ha sido el movimiento argentino y su inserción en las acciones contra el SIDA.

### 3.2.2.- El movimiento

---

<sup>51</sup> El concepto de empoderamiento hunde sus raíces en los movimientos de los derechos civiles de los años sesenta en Estados Unidos, el mismo ha sido reapropiado y enriquecido por el pensamiento feminista para pensar en el proceso de transformaciones en las relaciones entre los géneros y en los cambios en la condición de las mujeres. El empoderamiento subraya un proceso de apropiación de recursos materiales y simbólicos por parte de aquellos grupos o sujetos que han mantenido vínculo de subordinación como las mujeres frente a los hombres, las minorías étnicas o religiosas frente a las mayorías, las personas homosexuales frente a las heterosexuales. Es por tanto un proceso de redistribución del poder a partir del cual las mujeres y otros sujetos sujetados adquieren la capacidad de articular su propia vida y la de su entorno. Para profundizar sobre ese concepto ver la compilación realizada por Magdalena León quien reúne algunos de los trabajos centrales sobre el tema en León Magdalena (1997).

I orígenes.

“La revolución sexual solo será posible cuando los hombres heterosexuales socialicen su culo”  
Néstor Perlongher.

Sin entrar en grandes pormenores teóricos, sostengo que el movimiento homosexual argentino puede comprenderse dentro del concepto de movimiento social, en particular aquel elaborado por Alberto Melucci (1999). El argumento sobre el que descansa dicha tesis radica en la comprensión de los movimientos como agentes colectivos que bien provocan, impiden o anulan un cambio social fundamental. Los movimientos son por tanto estructuradores de la realidad social cuyos componentes analíticos pueden identificarse en tres dimensiones: a) los movimientos implican una identidad colectiva, un nosotros articulado a través de relaciones de solidaridad; b) la existencia de un conflicto o disputa por la obtención de recursos materiales o simbólicos y c) el hecho que los conflictos transgredan los límites que un sistema o un realidad macro o micro puede tolerar sin modificar su propia configuración.

El movimiento homosexual argentino guarda una historia muy particular en el contexto latinoamericano. El primer rasgo distintivo será su larga data. Su antigüedad lo coloca en el tiempo a la par de aquellas expresiones que marcaron la emergencia, a nivel mundial, de la liberación homosexual. Me refiero a los disturbios en la zona del Greenwich Village en Nueva York, actos protagonizados por homosexuales y travestis quienes cansados de las extorsiones y la represión policiaca una noche de junio dijeron basta y actuaron en consecuencia. En 1967 un pequeño grupo de hombres incuban una idea imposible para el tiempo y el contexto histórico argentino, esta misma se concretará en 1969 con el surgimiento de *Nuestro Mundo* la primera organización sexo política homosexual no sólo de este país sino de toda la región latinoamericana.

El organismo de defensa de los derechos homosexuales surge necesariamente en la clandestinidad, son tiempos de militares, de la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970), el mismo que promoverá lo que en la historia se conoce como la *noche de los bastones largos* (1966). La ocupación violenta de la Universidad de Buenos Aires y el desmantelamiento de las

tendencias reformistas en su seno así como la implementación de la censura en los programas de enseñanza e investigación.

En este ambiente poco propicio para la reivindicación de derechos y libertades un pequeño grupo, entre quienes se encontraba un militante comunista, Héctor Anabitarte se reúnen en Lomas de Zamora, suburbio sureño de Buenos Aires. Anabitarte sindicalista quien había sido expulsado de la oficina de correos por su participación en las huelgas de finales de los años sesenta trabaja en la Distribuidora de Argentina de Noticias, cercana al Partido Comunista y trasmite notas a los países de este europeo. Ahí, aprovecha la infraestructura y bajo la mirada relativamente complaciente del dueño edita el folleto *Homosexuales* en donde expone las reflexiones del grupo en torno a lo que verdaderamente es la homosexualidad, bajo la premisa de hacer a un lado los prejuicios, la ignorancia y la tradición. Los integrantes de Nuestro Mundo realizan el primer acto público, un diálogo en la Universidad de Buenos Aires en donde intervienen docentes y varones que se definen como homosexuales. Este evento marca un hito que posteriormente se diluirá en la propia genealogía del movimiento porque ente otras situaciones signa la vez primera en el país, y probablemente en toda América Latina que varones dan la cara y asuman públicamente su orientación sexual.

La experiencia de quienes participaron en *Nuestro Mundo* revela también las relaciones contradictorias que articulará las relaciones del movimiento homosexual con la izquierda. Un vínculo con claroscuros que tendrá en ese momento un sabor amargo. Quedaba claro que la derecha no era ningún asidero al cual recurrir, particularmente una derecha golpista cuya apología al sexismo heterosexual cimentó sus principios. Sin embargo, la izquierda, sobre todo en sus expresiones más ortodoxas, tampoco constituyó un aliado a la hora de reconocer otras opresiones y vindicar otras formas de igualdad. Anabitarte fue tolerado como reconocimiento a su antigua militancia, cuando el mismo abre su situación dentro del partido y solicita que éste constituya un tema de reflexión y de análisis, la dirección lo invita a acudir con el psiquiatra y curarse de una enfermedad burguesa. En 1967 cuando asiste a las celebraciones por el 50 aniversario de la Unión Soviética, el sexólogo del partido le espetará “en la patria de los Soviets no existe la homosexualidad”, ahí eso se cura con tratamiento

psiquiátrico, posteriormente le invitará a contraer nupcias, con una buena camarada, por supuesto.

*Nuestro Mundo* sobrevive a la dictadura de Onganía y a los dos gobiernos militares más que le sucedieron. En 1971 en un bar en las proximidades de la estación de Once<sup>52</sup>, junto con un grupo de intelectuales, entre los que se encuentran los escritores Manuel Puig, Juan José Hernández y Blas Matamoro fundan el Frente de Liberación Homosexual (FLH). Los aromas de la rebelión de Stonewall se encuentran flotando en el viento y llegan a una Argentina que vive bajo la bota militar pero una fase final que anuncia el retorno a la democracia y el regreso al país de Juan Domingo Perón, exiliado en España desde la llamada *Revolución Libertadora* que lo echó del poder en 1955.

La denominación que el grupo se otorga es significativa por dos razones. En primer término, porque se inscribe en esa tradición política de los años sesenta del siglo pasado en donde el ánimo libertario se contagió desde Argelia y Vietnam al resto de la sociedad global en donde se alimentaron las energías utópicas encaminadas a transformar el mundo. Es el acuse de recibo que diversos grupos: las feministas, las agrupaciones estudiantiles, las expresiones del movimiento por los derechos civiles, entre otros, harán de las luchas anticolonialistas que, triunfantes reconfiguraban el mapa mundial con la creación de repúblicas independientes. Ese halo victorioso será retomado por otros grupos, entre otros por los incipientes movimientos homosexuales en Estados Unidos y en el resto del mundo, al menos occidental.

Por otra parte, apelar a lo homosexual como ese sustantivo aglutinante, marcó históricamente la primera fase de un movimiento que prontamente reconoció su diversidad intrínseca. La homosexualidad como expresión identitaria asumida por el movimiento nace del discurso médico y las huellas de su impronta patologizante pautaron esta heterodesignación que se asumió propia en un momento en el cual no se contaban con palabras más afirmativas

---

<sup>52</sup> El barrio de Once, oficialmente Balvanera, está situado en la zona central de Buenos Aires, es un barrio que por diversas características se asemeja a la Merced en la ciudad de México. Es un lugar de venta de textiles, tela y de negocios de costura, en donde la comunidad judía argentina tiene uno de sus principales centros de actividad no solo comercial sino religiosa, social y cultural. Es un barrio con un gran movimiento de personas y mercancías, en él se encuentra una estación de tren que conecta la capital con la zona poniente del gran Buenos Aires.

o al menos sin esa carga para asumir su condición individual y colectiva. Pero además, el apelativo homosexual sancionó positivamente desde este *locus* crítico de la masculinidad una tradición androcéntrica por la cual el hombre devino en unidad de medida de todo lo verdaderamente humano, este universalismo sustitutorio por el cual, de acuerdo con Sheyla Benhabib, la parte se tomó por el todo. Lo homosexual no sólo marcó la preeminencia política de la experiencia de los varones, sus problemas, vicisitudes, necesidades y exigencias sino la expresividad misma del movimiento, la conformación de sus dirigencias, la disposición organizativa de sus estructuras, sobredeterminadas de género, es decir de un género específico. Las primeras en fisurar este relato fueron las lesbianas, en numerosas ocasiones dobles militantes del feminismo y de las reivindicaciones homosexuales, cuestionaron esa prevalencia de los hombres y lo masculino sobre las mujeres y lo femenino. Posteriormente, la crítica se diversificaría y en el movimiento tanto a nivel mundial como en Argentina enunciará expresiones varias en cuanto a las orientaciones sexuales se refiere así como también respecto a las identidades genéricas que cada vez se complejizan.

No obstante en su emergencia, el movimiento se dotó asimismo de esta inscripción que además, como se sugirió también lo posicionó políticamente dentro del espectro de la izquierda, particularmente en aquellos vectores afectados por la contracultura de los años sesenta. En *FLH* argentino se ubicó en este intersticio en el que confluyeron influencias del feminismo radical, la izquierda trotskista y las expresiones más seculares del movimiento negro norteamericano. En las primeras reuniones celebradas en la clandestinidad toman la decisión de nombrar una dirección, prontamente esa idea se desecha con el argumento muy *ad hoc* a los tiempos de construir una organización horizontal en donde confluyeran diversos grupos que operen de manera independiente y en donde se alberguen intereses y demandas de distinto cuido.

El *Frente* se conformó por el grupo *Nuestro Mundo* compuesto a su vez de sindicalistas y trabajadores y cuyo principal referente será Héctor Anabitarte, un núcleo de intelectuales y profesionistas dedicados al estudio, la reflexión y la traducción de los materiales que venían del norte, entre otros uno de gran

acogida, la proclama del *Partido de las Panteras Negras*<sup>53</sup> saludando y haciendo suya la demanda del movimiento de liberación homosexual norteamericano. Confluyó también un grupo denominado *Eros* encargado de volantear y de realizar las pintas callejeras; el grupo *Bandera Negra* de tendencia anarquista compuesto por actores y bohemios porteños; el grupo *Safo* de lesbianas, así como un pequeño núcleo de militantes cristianos *Emanuel*. Al poco tiempo de su existencia, un joven estudiante de sociología, el poeta Néstor Perlongher, se transformará en la figura central del Frente. Perlongher además de la genialidad que lo acompaña, plasmada en su obra poética, sociológica y antropológica, se convertirá en un personaje emblemático de los derroteros del movimiento argentino en donde la represión, el exilio y la muerte temprana a causa del SIDA cruzarán su existencia y la de su colectivo.

El Frente comienza a hacer sentir sus pasos por la ciudad de Buenos Aires, a través de pegatinas, volantes y pintas hace su aparición pública en una suerte de estrategias propagandística que recuerdan a las guerrillas que en ese momento actúan con fuerza. Sus consignas provocadoras llaman la atención de la prensa, en 1972, la revista *Panorama* decide investigar a tan singular agrupación. Los paralelismos entre la guerrilla y el Frente marcan las peripecias de este primer encuentro con la prensa. Un periodista es citado en un lugar de gran tránsito, le recoge un vehículo y sus ocupantes le invitan a colocarse una venda en los ojos, cambian de auto y dan vueltas por una hora, finalmente el reportero se sienta frente a sus interlocutores que se presentan encapuchados, utilizando un alias. La anécdota del encuentro además de revelar las condiciones de vulnerabilidad de un grupo de homosexuales y por lo mismo la necesidad de recurrir a estrategias clandestinas propias de los grupos armados también brinda pistas de su ubicación política.

Como se señaló, el FLH tenía una fuerte impronta izquierdista que se tradujo en su propia lectura sobre la homosexualidad y la definió como uno más

---

<sup>53</sup> Se trata de una carta que el líder de las Panteras Negra envía a sus camaradas marcando los que tendría que ser la política del este movimiento frente a otros que anuncia una condición de opresión y proclaman su liberación: el movimiento feminista y el movimiento homosexual. En la carta se interpela a los *hermanos* revolucionarios para más allá de sus miedos y prejuicios reconozcan el sufrimiento de estos colectivos y articulen con ellos una alianza. Hoy la carta circula en diversos portales entre los cuales se encuentra en el siguiente blog <http://lgbthmuk.blogspot.mx/2007/10/black-civil-rights-womens-liberation.html>

de los grupos oprimido por la moral y el régimen de la burguesía. En consonancia con esta visión puntualizaron la exigencia, en el mediano plazo, de derogar las leyes antihomosexuales, es decir, gozar dentro del régimen burgués de ciertos márgenes de libertad. No obstante, el objetivo central sería impulsar la revolución socialista. Por lo tanto resultó imperativo construir puentes de solidaridad con los otros colectivos igualmente explotados y oprimidos. El primer acercamiento y quizá el único fructífero fue con las organizaciones feministas, el Movimiento de Liberación Feminista y la Unión Feminista Argentina. Es Perlongher el que insistirá en esta aproximación, y su resultado fue la creación de un grupo de discusión entre feministas, homosexuales con la invitación abierta a sumar a varones heterosexuales. El Frente y las organizaciones feministas confluyeron en el interés común de politizar esa dimensión que la modernidad requirió confinarla a los más recónditos de lo privado: la sexualidad. En el mismo plano de la sexualidad tanto desde el lado del feminismo como del Frente, otra coincidencia fue su consideración central de la libertad sexual como un principio fundamental de la dignidad humana y por tanto como una reivindicación política primaria. Desde la perspectiva del Frente, en esta demanda se podrían inscribir perfectamente los hombres heterosexuales aunque la convocatoria no tuvo una acogida importante entre estos últimos.

La perspectiva de alianza del Frente también los aproxima con organizaciones sindicales y populares, se solidarizan con las huelgas obreras, con las movilizaciones estudiantiles y con esas expresiones populares que durante el retorno a la democracia en 1973 comienzan a vislumbrar las intentonas golpistas y la cultura e ideología pro militar enraizada en amplios sectores de la sociedad argentina. En ese contexto, en el marco de la asunción a la presidencia de la nación de Héctor José Cámpora (1973), un contingente del Frente se hace presente en la Plaza de Mayo para celebrar con el resto de organizaciones populares la llegada de la democracia y de un presidente peronista, así entran a la plaza con una manta en donde se leía *Para que reine en el pueblo el amor y la igualdad*. Poco tiempo después en las grandes concentraciones que acontecen con la llegada del Juan Domingo Perón, tanto en las proximidades del aeropuerto internacional de Ezeiza como aquellas producidas en la misma Plaza de Mayo, el Frente se presenta públicamente. La

recepción por parte del resto de los destacamentos movilizados es diversa, como diversa es también la remembranza que se hace del evento y de la respuesta de las organizaciones de izquierda peronista.

De acuerdo con algunos testimonios la respuesta es respetuosa y hasta entusiasta.

*Yo dentro de mi regional, estaba en la JP (Juventud Peronista) regional 1, ellos sabían que yo era gay, yo nunca, nunca tuve un problema, jamás, al contrario, yo siempre lo discutí, Montoneros jamás discriminó a la gente homosexual nada que ver, lo que dicen a veces fueron más chismes. (...) Yo te digo la verdad, yo eso nunca lo viví y yo estaba comprometido, estábamos comprometidos con los cuadros, por eso sabía de gente que eran gays por ahí tapados, por ahí diferentes, pero nunca, sí eso yo siempre cuando tengo este enfrentamiento con la gente que dicen sí discriminaban, sí excluían a los gays, yo te puedo decir que no, yo jamás lo viví, por ahí un sector no sé en ese momento, un sector obrero o un sector de JP obrero por ahí excluían a los gays, yo desde el lugar de clase media universitaria nunca me agredieron ellos sabían que yo era gay, y cuando había que guardarse en un hotel de alojamiento con una compañera, ellas sabían que yo era gay, yo creo por eso te digo no desde ahí no comparto esa crítica, hoy tampoco se puede discutir mucho de eso. (Luis Biglié)*

No obstante, esta expresión, lo cierto es que en los anales de recuerdo colectivo, de la memoria del movimiento, la reacción del peronismo aun en sus sectores más progresistas no fue ni siquiera expresada en términos de tolerancia. La irrupción pública del FLH los hace blanco de ataques de los grupos de derecha dentro y fuera del peronismo; en julio de 1973 la ciudad de Buenos Aires amanece con pintas en donde se lee una frase por demás intimidatoria *Contra el ERP, los homosexuales y los drogadictos*. Tiempo después un teniente coronel de nombre Jorge Osinde, uno de los principales responsables de la matanza de Ezeiza<sup>54</sup> acusará de homosexuales y drogadictos a la Juventud Peronista y a Montoneros, haciendo hincapié en el espacio dado por estas organizaciones al FLH en los actos públicos recientes. Las organizaciones progresistas demostrarían que en lo concerniente al sexismo tenían más semejanzas que diferencias con sus adversarios de la derecha, *No somos putos*

---

<sup>54</sup> Al regreso de Perón las organizaciones peronistas tanto de izquierda como de derecha organizan un acto multitudinario en las cercanías del aeropuerto internacional de Ezeiza, las disputas entre las dos fracciones tiene un momento culminante durante ese episodio, cuando ante el intento de avance de los destacamentos de Montoneros y de la Juventud Peronista hacia el templete donde estaría el líder son recibidos a tiros por parte de los sindicalistas de la Central General de Trabajadores (CGT) quienes portaban armas. El resultado fueron 13 personas asesinadas y el inicio del desmarque de Perón de los grupos de izquierda dentro del peronismo. Uno de los referentes bibliográficos más importante es Verbitsky Horacio, *Ezeiza*, Contrapunto, Buenos Aires, 1985.



*no somos faloperos, somos soldados de Evita y Montoneros* es la respuesta que lanzan, quebrando los frágiles puentes de solidaridad con las organizaciones homosexuales.

Durante el tercer gobierno de Perón el clima de intolerancia y represión se incrementa fundamentalmente por la entrada en escena de la Alianza Anticomunista Argentina o Triple A. Su misión consistía en contener y neutralizar todas las expresiones izquierdistas que convergían en el peronismo así como aquellas de origen marxista, para ello instrumentan los primeros actos que posteriormente serán retomados y ampliados por los militares a partir de 1976. A la Triple A se le adjudican el secuestro y el asesinato de dirigentes, periodistas, diputados, así como la colocación de bombas en teatros, librerías y centros culturales. En ese contexto apareció en una revista de nombre *Caudillo* una nota intitulada “Acabar con los homosexuales” en cuyo párrafo se propuso cazar maricones, cortarles el cabello, atarlos a los árboles y dejarles notas aleccionadoras, proponían también campos de aislamiento y de trabajos forzados para evitar que la ciudadanía decente tuviera la necesidad de relacionarse con semejantes ejemplares y además se lograría que fuesen productivos. Serán estos los primeros anuncios del terror que se desatarán con una mayor crudeza tiempo después para los colectivos (Bazán Osvaldo, 2010).

Existen diversas voces que analizan los verdaderos alcances del FLH. Por ejemplo, Héctor Anabitarte reconoce que en el Frente la principal preocupación fue hacer la revolución y hacerse un lugar dentro de las organizaciones que se asumían revolucionarias, lograr el reconocimiento y la aceptación de estas. “Ingenuamente pensábamos que participando en la revolución como homosexuales se respetaría la homosexualidad” (Carta de Héctor Anabitarte-Archivo Documental)<sup>55</sup>. La revolución nunca llegó y el respeto a la orientación sexual diversa tampoco, esa tarea que se asumió prioritaria, dirá Anabitarte dejó sin dar suficiente relevancia a la tematización de problemas y necesidades que

---

<sup>55</sup> En las siguientes páginas citaré diversos documentos que forman parte de un archivo personal generosamente compartido por su compilador, Marcelo Ferreyra quien fue miembro de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA). En este archivo se reúne un centenar de materiales que datan de finales de la década de los sesenta y finalizan los primeros del siglo XXI, está constituido por carta, fotografías, artículos aparecidos en revistas, revistas de las organizaciones, volantes, entrevistas, reseñas y otros más.

los homosexuales concretos tenían. Eso será uno de los límites a los que se llegó en el Frente.

Otras voces como las recogidas en las entrevistas e historias de vida incluso van más allá en su crítica, como lo expresa Luis Biglié

*Yo había tenido reuniones con gente de FLH muy poco, no me terminaban de cerrar, nunca me gustaron, sí era mucho bla, bla, bla. Porque era mucho bla, bla, bla y no hacían nada, te digo que en ese momento yo quería acción, yo creo que en ese momento se necesitaba acción o tenías que ir a la calle a cortar una calle, saber cómo armar una molotov, saber cómo cortar una avenida, todo eso lo tenías que saber y en el FLH no se hacía nada, se discutían y se criticaban, jugaban y no pasaba nada. (Luis Biglié).*

A pesar de los cuestionamientos, el Frente y particularmente la presencia de Néstor Perlongher dota a la historia del movimiento homosexual argentino de uno de sus momentos de lucidez y precocidad, adelantándose incluso a discusiones que en América Latina se desarrollarán durante la década de los noventa. La primera de ellas se relaciona con la idea del socialismo como el topos deseado de la emancipación humana, sin embargo, Perlongher será un escéptico de aquella receta marxista que por boca de Engels prescribió a las mujeres y a otros colectivos subordinados, a través de la cual la lucha por la eliminación de la propiedad privada y la explotación del hombre por el hombre es aquella contradicción central cuya superación dismantelará al resto de los sistemas de opresión. La consecuencia política de dicha premisa será que las demás luchas sociales tendrían que sumarse a aquellas emprendidas por la clase obrera para conquistar el poder político y construir el socialismo. Frente a una aceptación generalizada de aquella idea, Perlongher develará la experiencia cubana y soviética ante la homosexualidad para romper de tajo la idea conciliadora de una contradicción central y una lucha que opera en esa lógica de la que otras serán subsidiarias. Particularmente sensible para los movimientos homosexuales de América Latina fue la decisión del gobierno de Fidel Castro durante los años sesenta de confinar a las personas homosexuales en centros psiquiátricos para su rehabilitación. Ante ese escenario, Perlongher se constituyó en una de las voces que, desde un posicionamiento de izquierda, denunció esta flagrante violación a los derechos humanos.

De igual forma Néstor Perlongher se alzó críticamente ante el menosprecio reinante dentro y fuera de la grupos homosexuales a los hombres

afeminados. *Las maricas* denostadas y blanco de ataques físicos, burlas verbales y la subestimación de la sociedad heterosexual, mereció dentro de las organizaciones más politizadas una actitud de condescendencia que en muchas ocasiones albergaron verdaderas expresiones vergonzantes. Para algunos, estos personajes eran los responsables de la mala fama del colectivo; dibujaban un arquetipo frívolo, escandaloso y caricaturesco de la homosexualidad, ese pensamiento emanaba de los mismos que, por otra parte se reivindicaban tan viriles como el más probado de los heterosexuales. Perlongher, por el contrario, lejos de sumarse a las andanadas homofóbicas persistentes entre los mismos homosexuales, consideró que los maricas eran quienes verdaderamente desafiaban los estereotipos sexuales y representaban una afrenta al machismo. La vindicación al hombre afeminado anticipó en Perlongher lo que sería posteriormente la discusión en torno a lo trans, para ello habría que pasar una dictadura más y el regreso de la democracia. (Benítez Marcelo-Archivo documental).

Para finalizar, es necesario destacar que en el Frente y particularmente a partir del trabajo de Néstor Perlongher se produjeron materiales en donde se plasmaron las reflexiones originales de aquellos que iniciaron el largo proceso de politizar desde la resistencia y el deseo de transformar los marcos normativos, el campo de la sexualidad. Entre estos frutos destaca la revista *Somos* que, entre 1973 y 1976, se distribuyó de manera clandestina con alrededor de quinientos ejemplares en cada uno de sus ocho números. Aunado a ello, el Frente de manera colectiva publica *Sexo y liberación* un texto que analiza la sexualidad desde la perspectiva marxista. Estos esfuerzos realizados en situaciones adversas constituirán las primeras experiencias organizativas que articulan acción y reflexión de un movimiento que verá truncado su propia consecución por el golpe de estado de 1976. Su legado será objeto de una ardua recuperación que desde la academia, la militancia y desde el propio quehacer artístico y cultural se realizan ya avanzada la democracia; el grupo de jóvenes, *las viudas de Perlongher*<sup>56</sup> es uno de esos ejemplos de recuperación de ese memorial que

---

<sup>56</sup> Este es el nombre de un colectivo de jóvenes gays que durante mi estancia en Argentina se encontraba en proceso de conformación. Lo interesante además del humor es el rescate que hace de la figura de Perlongher, mismo que se explica en esta cultura de la memoria que anida en distintos sectores de la sociedad argentina. Con este acto, una nueva generación de activistas se reconoce como parte de una

permite entender el presente de la sociedad argentina y de sus colectivos de la diversidad sexual.

## II El Terror

El 24 de marzo de 1976 las fuerzas armadas: ejército, marina y aviación derrocan al gobierno encabezado por María Estela Martínez de Perón, Isabelita, quien sucedió a su marido ante la muerte intempestiva de éste dos años atrás, en su calidad de vicepresidenta. El golpe insta un gobierno en manos de una junta militar tripartita (ejército, marina y fuerza aérea) quien bajo la ideología de la Reorganización Nacional se encargará de pacificar y ordenar a la nación.

Previo al golpe se advertía el endurecimiento del clima homofóbico, aunado a los comunicados en revistas y periódicos comienzan a desaparecer militantes del Frente. Para el momento en que los militares asaltan el poder, la capacidad de convocatoria del FLH mengua drásticamente, dos reuniones a inicios de la dictadura intentan generar respuestas ante las primeras razzias que terminan con levantamientos masivos en lugares de reunión de homosexuales. Durante el último encuentro del Frente las fuerzas policíacas irrumpen y llevan presos a los concurrentes, los que quedan fuera entienden que es tiempo de que el grupo desaparezca. Así, el inicio de la dictadura marca también la disolución del FLH y el término de una primera fase de activismo homosexual.

*La represión dentro de la represión* guarda diversas aristas y tendrá momentos de mayor encono y otros en donde la persistencia de pequeños resquicios significa bocanadas de oxígeno para la sociabilidad homosexual. En primer lugar, se ha destacado que el secuestro, la tortura y la desaparición de ciertos personajes, sobre los cuales descorría un saber a voces referente a su orientación sexual, eran militantes de las organizaciones políticas y sociales identificadas desde el vector militar como subversivas. Así en calidad de subversivos muchos homosexuales y lesbianas se convirtieron en objeto de la represión. Sin embargo algunos relatos que recientemente comienzan a

---

tradición de acción social, procurando un contraflujo a las fuerzas que han hecho de este colectivo uno vulnerable a las políticas del olvido. Aunado a ello se rompe el círculo pernicioso por el cual cada generación asume su condición pionera, inaugural de un tipo de política, de nombrar por vez primera una serie de fenómenos y problemas, de generar las ideas originales sobre tal o cual proceso. Los jóvenes que intentan organizarse asumen que detrás de ellos hay una historia y que actúan sobre un piso civilizatorio forjado en las luchas de quienes los antecedieron.

aparecer develan cómo una vez en los centros de detención clandestina o bien en las cárceles, aquellas personas que son identificados como *diferentes* reciben un trato especial.

Una suerte semejante a la acontecida con las personas pertenecientes a la comunidad judía, documentada en el informe *Nunca Más*<sup>57</sup> sucede también con aquellas reconocidas como homosexuales y lesbianas. El escarnio, la tortura, la violencia psicológica guardan siempre un propósito, está pensadas y dirigidas para subrayar esta condición excretable, inmoral, delincencial que se suma a ese otro estigma compartido con el resto de quienes los acompañan en esos encierros. En ese sentido, homosexuales y lesbianas reciben una violencia potenciada por el odio que suscita esta condición entre los militares, quienes además de toda la exacerbación de las dimensiones más oprobiosas de la virilidad constituyen una corporación en donde la doctrina católica, en sus vertientes más conservadoras, guardan un importante reservorio. Una violencia cuyas inequívocas huellas se focalizarán en la sexualidad y en la genitalidad de sus víctimas

Uno de estos primeros casos será el de Enrique Rabb, judío, homosexual, periodista y militante del Partido de Revolucionario de los Trabajadores (PRT) quien si bien nunca fue un activista de las causas de la diferencia sexual mantuvo algún contacto con el FLH. No obstante, su participación fundamental se concentró en su tarea de denuncia periodística y, por supuesto, en sus labores partidarias. Su homosexualidad era conocida y tolerada entre sus camaradas por el prestigio de su labor profesional y su inquebrantable militancia. Como muchos periodistas de izquierda fue objeto de amenazas por parte de la Triple A, *rusito comunista*<sup>58</sup> eran algunas de las perlas intimidatorias que le había arrojado en algunos de esos correos signados por esta organización de temibles

---

<sup>57</sup> En 1983 al asumir la presidencia Raúl Alfonsín, una vez retornada la democracia, se crea la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas encabezada por el escritor Ernesto Sábato. El objetivo de este organismo será justo esclarecer lo sucedido durante la última dictadura, para ello recaban una importante cantidad de documentos y testimonios sobre las desapariciones, las detenciones y las torturas y elaboran un informe intitulado *Nunca Más*, conocido también como informe Sábato publicado por la Universidad de Buenos Aires.

<sup>58</sup> La denominación ruso o rusa nace del lunfardo, ese caló particular emergido en los arrabales de Buenos Aires, se utiliza para nombrar a toda persona perteneciente a la comunidad judía, es una forma en que se generaliza y si bien puede contener visos peyorativos, es una expresión que se ha socializado y que generaliza a los miembros de una determinada comunidad.

precedentes. A raíz del golpe, la dirección del partido y su propia familia lo conminan al exilio pero tercamente se queda, cree en que la resistencia se tiene que orquestar desde dentro. El 7 de marzo de 1977, al primer año de la dictadura, su domicilio es rodeado por fuerzas especiales, su casa es ametrallada, resultando herido. Junto a su pareja, Daniel Girón con quién sostenía una larga relación que, sin ostentación pública, era del conocimiento de sus próximos, son encapuchados y llevados a un centro de detención, tiempo después Girón es puesto en libertad, de la suerte de Enrique Rabb no se tiene conocimiento hasta el día de hoy (CONADEP, 2011, 373).

El destino del Enrique Rabb es emblemático de los silencios reinantes en el informe de la CONADEP y de la recepción de estos sucesos dentro de las propias organizaciones derechos humanos hasta bien entrada la democracia. Puede comprenderse que su relación afectiva y el hecho de que Rabb hubiese sido apresado en un domicilio compartido con su pareja no haya levantado el menor de los comentarios en el *Nunca Más*, pero visto el pasado del tiempo resulta elocuente la omisión de esa especificidad y de la violencia terrorista que en ese momento se imprimió contra él. Paradójico porque, tal como se señaló, existe un apartado en el estudio denominado *Nunca Más* en donde se describe y analiza la experiencia de hombres y mujeres pertenecientes a la comunidad judía, en donde se testimonia cómo esta condición intensificó la violencia represiva. Una interpretación plausible de la desatención del factor sexual y genérico puede obedecer a la influencia del catolicismo dentro de los organismos de derechos humanos y la Comisión encargada del informe. El punto es que nadie hablará por estos colectivos sino hasta que ellos mismos comiencen a gestar sus propias denuncias al régimen de facto de los años setenta (Sentido G-Archivo Documental).

La represión no igualó a los reprimidos, inclusive, de acuerdo con información recogida por el periodista Osvaldo Bazán (2010), existen testimonios de fusilamientos de homosexuales por parte de Montoneros, la guerrilla peronista. El argumento central que justificó estos actos nació de la convicción de que los homosexuales eran factiblemente doblegables, antes de que pudieran ser doblados por los militares a través de la tortura, y por ende terminaran colaborando con sus represores, resultó preferible su asesinato.

Por otra parte, otra expresión del terrorismo de estado encarnó en el destino que la junta militar preparó para Néstor Perlongher, así como otras de las figuras que militaron en el FLH: el exilio. Paradigmática de la suerte del movimiento y de los colectivos es de nueva cuenta la figura de Perlongher. Su historia negra se escribe una tarde de 1978 después de un encuentro sexual con algún joven, un *chongo* dentro de caló argentino equivalente al *chacal* mexicano,<sup>59</sup> posteriormente un comando irrumpe en su departamento, encuentra drogas, es detenido por contravenir las disposiciones morales, lo fotografían desnudo y su imagen es expuesta morbosamente en periódicos y revistas. Un *torcido* debido a sus depravados bacanales cayó preso, la sociedad argentina siempre decente puede descansar en paz, habría sido alguna de las expresiones difundidas y repetida por las buenas conciencias.

Perlongher pasará sólo seis meses en prisión, sin embargo los costos del juicio lo dejan en bancarrota, vende su departamento y su familia le da la espalda. En 1981 se exilia a Brasil para nunca más volver. En 1992 fallece a consecuencia del virus de la inmunodeficiencia humana.

Más allá del destino de la militancia y las organizaciones, los colectivos homosexuales, lésbicos y trans padecieron la persecución de un gobierno que aplicará con mayor intensidad los edictos policiacos cuyo origen datan del primer gobierno de Perón y cuyo objetivo será castigar todo tipo de contravenciones. Es decir, actos en contra de aquello legal y legítimamente establecido. En Argentina la contravención por excelencia se conoció como *2º H*, bajo esta figura se proscribió toda acción que incitara o por la cual se ofreciera públicamente el acto carnal (Perlongher Néstor-Archivo Documental). Este edicto tenía destinatarios claros: las prostitutas y los homosexuales y permitió la detención de los acusados hasta por 30 días en prisión sin el derecho a fianza, a diferencia de otras formas de contravención. Otros edictos castigaron con penalidades semejantes a aquellas personas sorprendidas exhibiendo prendas del sexo contrario, las

---

<sup>59</sup> Tanto el chongo como el chacal dan cuenta de un arquetipo de hombre que habita el mundo de la homosexualidad. Son jóvenes, masculinos, pertenecientes a sectores populares y además racialmente indianizados. Son los machos *autóctonos*, que se pueden encontrar en trabajando en una fábrica o bien como albañiles en la construcción, son algunos de esos personajes que habitan el mundo homosexual y despiertan algunas de las fantasías más estereotipadas. En el imaginario homosexual son jóvenes, fuertes, viriles y sexualmente activos.

reuniones privadas de homosexuales y la compañía de éstos con algún menor de edad.

A partir de este dispositivo legal, las cárceles se llenaron de homosexuales quienes, aun dentro de la población carcelaria, mantenían una condición marginal y precaria, objeto de la hostilidad del resto presos así como los custodios. De entrada los acusados por contravenir el 2ºH se volverían las mucamas de facto en la cárcel de Devoto, lugar a donde irán a parar aquellos osados que aun en dictadura se atrevieron a desear un momento de alegría, de esparcimiento y se aventuraron por los reductos placer homoerótico que neciamente se negaron a desaparecer.

En efecto, la dictadura se dio a la tarea de eliminar a la subversión roja pero dentro de su propia racionalidad existió la conciencia clara que la sexualidad significaba un espacio proclive al florecimiento de actos de libertad que transgredían los límites doctrinarios que se sintetizaron en el cuarteto: dios, patria, familia y propiedad. Para ello contaron con disposiciones jurídicas a partir de las cuales fue factible el reconocimiento de actos contravencionales y su castigo, pero además las fuerzas policíacas se dieron a la tarea de eliminar todos y cada uno de esos reductos de vida homosexual. Uno a uno los bares y discoteques que comuljados subsistieron durante el régimen militar fueron clausurados, en ocasiones por medio de grandes operativos en donde cientos de parroquianos quedaron detenidos y llevados a prisión. Los comandos de la moralidad siguieron con atención las pistas de esos reductos de indecencia y promiscuidad: los cines, los baños públicos y las mismas calles se volvieron objeto de vigilancia y de acción policíaca. Un varón en compañía sospechosa de otro era razón suficiente para ser detenido, quedar procesado por contravenir el 2ºH. Ser joven y ser homosexual en la Argentina de la segunda mitad de los años setenta era un riesgo y, sin embargo, el placer nunca quedó totalmente proscrito (Sentido G-Archivo Documental).

Este ambiente opresivo en el que vivió sumida la sociedad argentina y que representó una situación verdaderamente asfixiante para los colectivos de la diferencia sexual, no sólo tuvo como protagonista al estado militarizado, así como el golpe contó con una alianza que convocó a otros poderes: medios de comunicación, empresarios, la Sociedad Rural. La persecución contra



lesbianas, homosexuales y personas trans contó con el beneplácito y la participación decidida del grueso de la iglesia católica. Los sacerdotes y obispos no sólo utilizaron sus púlpitos para alzar sus voces en contra de la depravación, condenando como lo venían haciendo desde tiempos inmemoriales el pecado nefando. Aunado a su posición tradicional, la dictadura les permitió actuar y serán los religiosos quienes se encargaran de denunciar la existencia de lugares de la depravación, promoviendo su cierre. La escuela y los medios de comunicación se constituyeron en otros espacios y se alzaron como instituciones igualmente encargadas de vigilar y castigar las interrupciones sexuales y genéricas.

Sin embargo, la dictadura sexual nunca logró censurar definitivamente esos deseos abyectos que aun en esas condiciones florecían en los lugares y en los momentos menos pensados. Así, a la clausura violenta de algún bar, era cuestión de tiempo para que apareciera otro congregando a decenas y hasta centenares de personas, la mayoría en la periferia de Buenos Aires. En las estaciones de trenes, en sus baños, los cuerpos deseantes de varones hallarán un sitio para encuentro y el goce, una experiencia que trascenderá la dictadura y quedará como parte de la cultura homosexual porteña, los encuentros en las *teteras*<sup>60</sup>. Asimismo, otras formas de resistir y sobrevivir a la represión en la represión cruzarán la historia de la homosexualidad, éstas se inscriben en las vivencias individuales y en la experiencia colectiva, todas ellas parte del anecdotario que hoy celebra e ilustra los límites del poder así como también la capacidad de los grupos subordinados de forjar grietas en ese orden de los sepulcros.

Una mención final del terror antihomosexual se inscribe durante 1978, año en que Argentina organiza la Copa del Mundo de Fútbol. Ese era el momento oportuno para mostrarle al mundo el bienestar, la paz y la armonía alcanzada por el régimen militar, sobre todo frente a las acusaciones que en el extranjero, vía las personas en el exilio, hacían de las desapariciones, los asesinatos y la tortura. El mundial se presentó como la oportunidad para demostrar que *los argentinos eran derechos y humanos*, tal como lo espetó el general Jorge Videla,

---

<sup>60</sup> Un texto que da cuenta de esa cartografía del deseo homosexual en los confines de la dictadura es *Fiestas, baños y exilios* (2001) de Flavio Ripisardi y Alejandro Modarelli.

presidente de facto de 1976 a 1981. Esa coyuntura brindó la posibilidad, momentánea al menos, de generar un sentido de unidad nacional azuzada por los discursos patrióticos que los triunfos del seleccionado albiceleste intensificaron, al mismo tiempo sentó la base ideológica para justificar el embellecimiento del país. Este acicalamiento no fue otra cosa que la carta abierta para implementar una política para sacar a la indigencia y cercar con paredones las zonas marginales de las ciudades huéspedes. Pero aunado a ello, las razzias en contra de homosexuales y travestis se volvieron sistemáticas y profundas. Así, junto con las prostitutas, la gente adicta al alcohol, las drogas y las personas en situación de calle fueron objetos de detenciones masivas y confinamientos ilegales. La mayor parte de la sociedad no escuchó ni vio nada, complacida se sumó a la euforia nacional que se alzó con la copa durante el mundial de 1978.

### III Volver a la democracia.

En 1982, la carta patriótica volvió a ser usada por una nueva junta presidida por entonces por el general Leopoldo Galtieri. Ante el desgaste de los gobiernos militares y el inicio de una ola de protestas protagonizadas por los sindicatos, las fuerzas armadas argentinas toman por asalto las islas Malvinas, territorio históricamente reivindicado como parte integral de la nación sudamericana en posesión del Reino Unido desde 1833. En un primer momento, las expectativas se cumplen, la nación entera respalda el acto soberano, incluyendo a algunos sobrevivientes de las guerrillas que desde el exilio se ofrecen para combatir. Sin embargo, el cálculo fallido del general no supuso el apoyo de los Estados Unidos a Inglaterra y la reacción imperial de Margaret Thatcher que envía a más de 30 mil combatientes a recuperar las islas. La diferencia de poderío militar es evidente y Argentina se rinde casi tres meses después del inicio de las operaciones bélicas. La derrota argentina precipita la caída del régimen militar, al siguiente año, 1983, se celebran elecciones democráticas en las cuales resulta electo Raúl Alfonsín, candidato de la Unión Cívica Radical (UCR). La pesadilla había terminado.

*La democracia significó una gran fiesta por el hecho de poder hablar con quién uno quisiera, de caminar sin miedo, de volver a los lugares conocidos, de protestar y gritar con ganas, de escuchar las radios a todo volumen y dejar los televisores encendidos, de sentarse en un café y mirar por los ventanales cómo paseaba la gente vestida de civil. Todo eso era posible nuevamente. Y mucho más también. Había alegría de estar vivos, pero pesadumbre por los que ya no*

*estaban. Con el tiempo se supo que no volverían nunca más (Bellucci Mabel, 2010: 24 p).*

Ante esta fiesta que significó el retorno a la democracia, recuperar a la nación de ese periodo siniestro, los homosexuales se apresuran a hacer suya la libertad y las aspiraciones de justicia prometidas por el nuevo gobierno civil. A unos meses de la victoria de Alfonsín, en una plaza pública del popular barrio de San Telmo un puñado de hombres y mujeres constituye la Coordinadora de Grupos Gays, su primera aparición será en el acto multitudinario que celebra la llegada al poder de presidente radical y el retorno a la democracia. Una bandera de la agrupación discreta pero provocadora es colocada en las rejas de la catedral. Además de este acto público la Coordinadora lanza un cuestionamiento escrito a las diversas fuerzas políticas en donde las exhorta a definir su posición sobre la homosexualidad, la represión sufrida por estos colectivos durante la dictadura y la continuación de los operativos policíacos. En su mayoría las respuestas consignadas por Carlos Jáuregui en su libro *La Homosexualidad en Argentina* (1987) pintan de cuerpo entero la homofobia que, con matices, surcó el espectro político. Las dirigencias de los Partidos Comunista, Justicialista y del gobernante UCR se muestran sorprendidas e incrédulas de la desaparición de mujeres y hombres por su orientación sexual diversa, expresan su preocupación por la violación a los derechos humanos de cualquier individuo o colectividad pero asumen que la homosexualidad es una desviación, una enfermedad. Particularmente relevante resulta la postura del partido en el gobierno quien en su campaña se pronunció por la eliminación de los edictos policíacos, ahora en el poder resultó claro que en torno a las libertades civiles de lesbianas, homosexuales y personas trans no movería un dedo. Pese a la enorme decepción generada dentro de los activistas que, como Carlos Jáuregui veía con simpatía al gobierno de Alfonsín, era claro que las disposiciones legales y los operativos policíacos propios de la dictadura se quedarían intactos. La dictadura militar había concluido no así la dictadura heterosexual (Bazán Osvaldo, 2010).

Así en esta situación de no cambio dentro del cambio, los grupos homosexuales comenzaron a reconocerse como gays y esta reconfiguración se abre paso en medio de edictos y razzias para apropiarse e inaugurar espacios de encuentro y diversión; se abren nuevos bares y discotecas y la avenida Santa Fe así como otros espacios públicos se vuelven la pasarela de ligues

intermitentes e interminables. Ante la persistencia de la represión, el 17 de abril de 1984 un centenar de hombres, en las instalaciones del Bar Contramano, constituyen la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), hasta ahora la organización de mayor antigüedad en funciones de este país. Su primer presidente, Carlos Jáuregui asimismo se convertirá en la figura pública más reconocida del activismo de los años ochenta y noventa. Desde su acto inicial, la CHA se abocará a enfrentar todas las formas de violencia contra los homosexuales, particularmente aquella proveniente del estado ahora democrático y para ello exigirá una y otra vez la finalización de los operativos policíacos y la desaparición de los edictos contravencionales, particularmente el famoso 2ºH.

Al mismo tiempo, en su primer comunicado establecen la necesidad de promover el respeto y la solidaridad entre los propios homosexuales, reconstruir el afecto y el amor, socavados por tanto tiempo de opresión (Comunicado de la CHA-Archivo Documental). En esa dirección, dignificar la condición gay pasó por su asunción pública, salir de closet o como en Argentina se frasea, *el armario*. Ello se asumió como una bandera política que muy pocos podían atreverse a ostentar, Carlos Jáuregui fue uno de los pocos que dio nombre y cuerpo a esa orientación que mostraría como el orgullo se alzaba en tanto recurso para el empoderamiento personal y de la colectividad.

Meses después su rostro aparecería en la portada de una revista de circulación nacional, *Siete Días*, junto con otro hombre, Raúl Soria y el encabezado nada discreto de *El riesgo de ser homosexual en la Argentina*. A partir de ese momento Carlos Jáuregui se convertiría en el activista gay más reconocido del país, una voz constante dentro de los medios de comunicación, el interlocutor con el cual algunas fuerzas políticas de izquierda, las más progresistas, establecerán alianzas y pactos, así como caracterizará al adversario más tenaz de la jerarquía católica y los grupos conservadores de la Argentina. Durante los ochenta y noventa, Jáuregui protagonizará acalorados debates con las expresiones culturales y políticas argentinas más reaccionarias para quienes la homosexualidad no era otra cosa que un acto *contra natura* y, por tanto, una aberración toda demanda de derechos y libertades de ahí surgida. La controversias trascenderán lo mediático y llegará a inscribirse, a mediados de

los años noventa, en el orden de lo judicial, Carlos Jáuregui acuerpado por diversas organizaciones de la diversidad demandará jurídicamente al Arzobispo de Buenos Aires, Antonio Quarracino por discriminación, la causa se desechará porque la orientación sexual en ese entonces no fue considerada elemento discriminatorio (Bellucci Mabel, 2010).

En torno a la propia CHA se producirá una controversia jurídica sobre lo que en Argentina se conoce como *personería jurídica* que definió, en un primer momento la ausencia de una cultura de los derechos humanos y la inclusión en ésta de los temas y las necesidades de los colectivos de la diversidad por parte del estado argentino. Pero de igual manera, se volvió un indicador de las posteriores transformaciones en la sociedad, la cultura y por consiguiente en la estructura política que ampliaron los horizontes de vida de lesbianas, gays y trans a finales del siglo XX y principios del XXI.

La CHA proclamó en su acto inaugural contar con un local, mantener un servicio de asistencia legal y un boletín periódico, así como solicitar su reconocimiento legal. Sin embargo, este reconocimiento tardaría en llegar, las primeras iniciativas se toparon con respuestas que dibujaron de cuerpo entero la homofobia institucionalizada, argumentos tales como que la CHA no constituía una organización de utilidad pública y que además ostentaba como uno de sus objetivos la defensa de la homosexualidad resultaron argumentos suficientes para desechar una y otra vez la procedencia de la petición. En 1992 siendo presidente Carlos Saúl Menem y ante una oleada de presiones a nivel internacional finalmente se le concederá registro legal (Personería Jurídica a la CHA-Gays por los Derechos Civiles/ Archivo Documental).

El regreso a la democracia no sólo resultó un golpe a las expectativas en términos de derechos y libertades sexuales, en mucho los gobiernos, primero de Raúl Afonsín y después de Menem, no se diferenciaron de los regímenes militares reproduciendo una cotidianeidad igualmente represiva y autoritaria, inclusive al potenciar el número de razzias y detención de personas por su orientación o identidad genérica que alcanzó records históricos durante la primera década de la democracia. En 1987 en la provincia de Buenos Aires se promulga un artículo en el código electoral por el cual se prohibió el voto a los homosexuales, dicha figura se eliminará hasta 1990.

En ese contexto, el activismo de la CHA y de las organizaciones que posteriormente aparecerán en el escenario político de la diversidad tendrá como misión fundamental eliminar todas las formas de discriminación y represión en contra de los homosexuales, para ello buscarán justamente declarar inconstitucional todos los edictos cuya factura moralizante fundamentaron jurídicamente la intolerancia y la represión. De igual manera se movilizaron en contra del allanamiento y posterior detención de parroquianos en bares y discotecas e hicieron de la catedral metropolitana de Buenos Aires un lugar de constantes protestas ante las declaraciones que bordearon los linderos del odio por parte de autoridades eclesiales. Finalmente, en esta primera etapa de la democracia, buscaron que se reconociera la orientación sexual como una causa de discriminación. En 1985 el Congreso de la Nación comenzó los trabajos para elaborar una ley antidiscriminatoria; en esa ocasión, la solicitud para tematizar la homofobia se quedó sólo en eso y no se plasmó en dicho instrumento jurídico. Con discriminación y represión no habría democracia, así lo plasmaron en sus primeras reacciones ante la falta de eco que encontraron en los canales institucionales, las organizaciones y los activistas.

Las agrupaciones inaugurales de esta etapa en el activismo muy pronto se posicionaron en el espectro político junto a las organizaciones de defensa de los derechos humanos. A inicios de la democracia formaron parte de los contingentes que, en un acto multitudinario y cargado de simbolismo, entregaron el informe *Nunca Más* al presidente de la república. Participan en las protestas por la ley de Punto Final promulgada en 1986 por Alfonsín a partir de la cual toda acción penal en contra de los implicados en los delitos de lesa humanidad ocurridos durante la última dictadura caducaba. Acompañarán a las Madres, a las Abuelas de Plaza de Mayo, así como a las demás organizaciones sociales y políticas que durante las dos décadas siguientes se avocaron a lograr juicio y castigo a todos los militares señalados como culpables de crímenes y torturas, beneficiados por los gobiernos democráticos con las leyes de Punto Final y

Obediencia Debida<sup>61</sup> (durante la era menemista), o leyes de impunidad como se les conoció popularmente.

Esta ubicación dentro de los debates políticos de la democracia, permitió que las organizaciones gays, primero la CHA y después el grueso de las que aparecerán a lo largo de los años sean reconocidas por parte de las organizaciones tradicionales de defensa y promoción de los derechos humanos. Este reconocimiento abrió también la posibilidad de contar posteriormente con el apoyo de estas últimas a la hora de las reivindicaciones puntuales como la personería jurídica o las controversias sostenidas con la jerarquía católica. Estos vínculos a la larga fueron transformando la cultura política de las organizaciones de derechos humanos y de las izquierdas peronistas y marxistas con respecto a las orientaciones sexuales e identidades genéricas diversas. A la larga, esos recursos han sido fundamentales en el paso de la política del desmantelamiento de los dispositivos homófobos, lesbófobos y transbófobos en la construcción de ciudadanía que en términos de derechos y libertades hoy se vive en Argentina.

De forma paralela al activismo netamente político, a partir de los años ochenta fue incrementándose conforme el siglo XX terminó y se inauguró el nuevo milenio, una suerte de movidas en el ámbito de la cultura y de diversas expresiones artísticas colocaron la gueisidad, el lesbianismo, incluso la transexualidad en otras claves a aquellas tradicionalmente estigmatizadoras. Particularmente significativa resultó aquella producción cultural de índole masiva que, a través de la música, el cine y la televisión, abordó desde diversas aristas

---

<sup>61</sup> Al principio de esta década el presidente decretó los siguientes indultos: El [7 de octubre](#) de [1989](#) el presidente Menem sancionó cuatro decretos indultando a 220 militares y 70 civiles. **Decreto 1002/89:** Indulta a todos los jefes militares procesados que no habían sido beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, excepto el ex-general [Carlos Guillermo Suárez Mason](#), que había sido extraditado de los [Estados Unidos](#). **Decreto 1003/89:** Indulta a líderes y miembros de los grupos [guerrilleros](#) y otras personas acusadas de subversión, entre ellas personas que se encontraban muertas o "*desaparecidas*". También indulta a militares uruguayos. **Decreto 1004/89:** Indulta a todos los participantes de las rebeliones militares [carapintadas](#) de Semana Santa y [Monte Caseros](#) en 1987 y de [Villa Martelli](#) en 1988. **Decreto 1005/89:** Indulta a los ex-miembros de la Junta de Comandantes [Leopoldo Galtieri](#), [Jorge Isaac Anaya](#) y [Basilio Lami Dozo](#), condenados por los delitos cometidos en la conducción de la [Guerra de las Malvinas](#).

las problemáticas de estas personas, con un tratamiento que las dignificó o al menos trascendió los típicos clichés.

En términos musicales la versión de una popular cantante argentina, Sandra Mihanovich al tema *I'm what I'm* popularizado en Estados Unidos por una de las reinas de la música disco, Gloria Gaynor, se convirtió en tema icónico de lo gay y las diversidades. En sus estrofas traducidas, las, los y les argentines encontraron mensajes que, aun cifrados, expresaban su deseo y su sentir, hacían eco de aquello que en muchos comenzó a trasmutar, la vergüenza y el ocultamiento por una forma de encarar la vida en donde la aceptación y el reconocimiento conformaron discursos y prácticas que se fueron multiplicando. *Soy lo que soy* devino en ese himno que capturó un nuevo espíritu epocal que fue tiñendo de orgullo y de una bandera que a su paso conjuntó cada vez más colores. Hoy en día, al término de la marcha de orgullo, como parte de los rituales que año con año se celebran en este performance multitudinario argentino, *Soy lo que soy* se canta y se baila.

A partir del papel relevante de las estrategias del mercado se forjó un discurso que en clave de consumidor instaló a lo homosexual en un territorio distinto al que los enunciados del pecado, el delito o la enfermedad lo había confinado, creando un lenguaje positivo necesario para construir un nicho de mercado rentable. (Salinas Hernández Héctor Miguel, 2010). Así, lo homosexual no sólo fue desmontando aquellos dispositivos represivos sino también edificando una ciudadanía en un proceso largo y plagado de contrasentidos. Por ese mismo devenir, lo homosexual quedó como una categoría constrictiva para la floreciente diversidad que incluso dentro de las mismas relaciones eróticas y afectivas entre varones fue rebasado por formas que resistían a algún tipo de clasificación estricta. Lo gay como un régimen de erotismo entre hombres fue sustituyendo a la homosexualidad como aquel momento caracterizado por la clandestinidad, los códigos comunicacionales secretos, *las teteras* como espacios de encuentro por una oferta creciente de lugares y formas de vínculo en las cuales la visibilidad comenzó a forjar la sociabilidad y las identidades que hicieron de ésta medio y fin (Meccia, Ernesto, 2011).



En términos de movimiento, la agrupación originaria, la CHA comenzó a dar paso a la generación de nuevos agrupamientos, nacidos como desprendimientos de la primera o bien como expresiones nacientes sin antecedentes previos. La Iglesia de la Comunidad Metropolitana (ICM 1987), Cuadernos de Existencia Lesbiana coordinado por Ilse Fusková y Claudina Marek (1987), Las Lunas y Las Otras (1990), Gay por los Derechos Civiles con Carlos Jáuregui, César Cigliutti y Marcelo Ferreyra, entre otros (1991), Transexuales por el Derecho a la Vida (1991), Sociedad de Integración Gay-Lésbica Argentina (SIGLA) con Rafael Freda a la cabeza (1992), el Grupo de Investigación en Sexualidad e Interacción Social (ISIS-1992), el Grupo Nexo (1992) y un largo etcétera (Cronología del Movimiento-Archivo Documental).

En 1992 se organiza la primera Marcha del Orgullo Gay-Lésbico, de la Plaza de Mayo hasta el Congreso. La historia de esta expresión pública muestra el crecimiento y la complejidad del movimiento, en su primera edición logra reunir a 300 personas algunas de ellas marcharon cubriéndose el rostro, 19 años después el desnudo de mujeres, hombres y personas trans lleva al paroxismo la política del destape. A lo largo de estos años, a través de los cuales se observan tanto las tendencias a la represión como aquellas que pasan por la dignificación y visibilidad, una epidemia, el SIDA, sacudió a la comunidad desde el núcleo del propio activismo. Algunos de las figuras centrales como Carlos Jáuregui así como su hermano Roberto se convertirán en los rostros de una enfermedad que en Argentina como en muchas regiones del mundo se concibió como la plaga rosa. La experiencia del activismo gay y el SIDA en Argentina será el objeto de apartados posteriores.

### **3.2. La experiencia mexicana**

I Los orígenes de un nuevo sujeto

Junto con el movimiento argentino, el mexicano es el más antiguo de América Latina y a pesar de sus periodos de reflujo, en donde por momentos pareció desaparecer de la faz pública, se puede afirmar que se caracteriza por su persistencia y continuidad, rasgo sin parangón en el resto del continente. En efecto, el movimiento de liberación homosexual en México, a diferencia del resto de los países latinoamericanos, tiene como contexto político un régimen

autoritario que no alcanza los niveles de violencia y censura ejercidos en países como Argentina en donde el movimiento y los colectivos homosexuales son objeto prácticamente del exterminio. En un escenario en donde lo prevalente será una especie de tolerante indiferencia, el movimiento, pequeño y marginal, subsistió en nichos acotados, ritualizando su aparición pública a través de la marcha del orgullo, la más antigua y constante de América Latina, así como de otros eventos que convocaron la visibilización de colectivos y de personas que en lo individual se pronunciaron por el respeto a los derechos de lesbianas y homosexuales.

Además de esta longevidad, otra característica que marcará el origen del movimiento refiere a la presencia de una mujer como figura articuladora del movimiento así como su presencia pública más reconocida en su etapa inaugural: Nancy Cárdenas. Nancy filósofa, feminista, actriz y escritora convocará a las primeras reuniones, muchas de ellas celebradas en su domicilio, en donde varias personas, fundamentalmente intelectuales y artistas, en su mayoría hombres, comenzaron a fraguar las primeras acciones que a principios de los años setenta dieron vida al movimiento de liberación homosexual. Posteriormente, en 1973, ella aparecerá en el noticiero más importante de la televisión mexicana, 24 horas, conducido por Jacobo Zabludovsky, en donde asume públicamente su orientación sexual. A diferencia de la tendencia observada en prácticamente el resto de los países en donde estos movimientos emancipatorios serán protagonizados por los hombres, al menos por lo que hace a esos hitos de su fundación, en México será una mujer quien destape esta verdad oculta y este silencio a voces. Nancy Cárdenas será quien tenga la osada iniciativa de proclamar esa verdad sin vergüenza ni dobleces. Pionera en México de la política del destape, de la salida del closet que se volverá una de las consignas centrales a finales de los años setenta.

A pesar del carácter marginal y en muchos sentidos clandestino, el movimiento emerge en nichos ilustrados, esto para bien y para mal le imprimirá una serie de características a las acciones y dinámicas, entre las que se cuentan las pugnas de egos que se presentarán a lo largo de su historia. De tal suerte, las reuniones iniciales comienzan como una suerte de grupos de lectura y discusión pero igualmente espacios donde se recrea la experiencia de los grupos

de autoconciencia feminista así como la semilla de lo que en poco tiempo generarían las primeras acciones políticas.

Las personas que armaron estas primeras iniciativas no sólo tenían noticias de lo que sucedía en Estados Unidos y en Europa, estaban ávidas de allegarse de las lecturas que se producían y servían de acicates para la liberación sexual. Algunos como Juan Jacobo Hernández se trasladaron al epicentro mismo de aquel movimiento, las ciudades de Nueva York y San Francisco en los Estados Unidos, y presenciaron en carne propia los estrepitosos cambios que ocurrían y amenazaban con irradiarse a todas direcciones del planeta. Observaron cómo, al calor de la insurrección contestataria de los años sesenta, se había producido un inimaginable movimiento que reivindicaba el *gay power* y con ello nuevas formas de habitar la homosexualidad, ajenas a los discursos culpabilizadores y criminalizadores que hasta entonces prevalecían sin fisuras.

Las experiencias vividas o transmitidas a través de viajeros, de la prensa y de las redes que se comenzaron a tejer desde entonces, sirvieron de poderoso incentivo para que algunos jóvenes comenzaran a traducir, a leer y a reflexionar sobre su condición desde nuevos vectores y nuevas posibilidades.

Juan Jacobo rememora cómo a su regreso a México, después de haber presenciado la fuerza incontenible del movimiento que en menos de un año edificó lugares de encuentro, espacios culturales, negocios propios, clínicas, revistas, grupos de apoyo y otros de *lobby* político. Se enfrentó con la urgencia vital de hacer algo similar en México, traer algo de esa fuerza transformadora al país. Esta inquietud parecía recorrer otros cuerpos, el mismo Juan Jacobo rescata una anécdota sucedida a su retorno a México durante 1971 que apunta en esa dirección. Subido en el transporte público, circulando sobre Insurgentes sur, a la altura de la colonia Del Valle, observa un *grafiti* solitario que lo sacude, cifrado e inteligible solo para los entendidos: *soy de ambiente y estoy orgulloso*. Esa es una señal de que su anhelo libertario es compartido por otros que habían dejado huellas en una ciudad adormilada en su conservadurismo.

Durante ese mismo año Juan Jacobo y otros son convocados a formar parte del primer ensayo organizativo que se hacía en México: el Frente de

Liberación Homosexual. A esa iniciativa impulsada por Nancy Cárdenas acuden figuras del mundo cultural de México, muchos de los cuales pertenecían a la comunidad de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que durante los sesenta se había convertido en un laboratorio experimental de formas alternativas de pensamiento así como campo nutricional de expresiones estéticas, éticas y afectivas diversas que harán de este espacio uno en donde el homoerotismo tuvo oportunidad de florecer.

Entre los recursos que hicieron de Nancy Cárdenas una presencia articuladora de esa experiencia inaugural se encuentra su formación como psicoterapeuta. Nutrida en la perspectiva antipsiquiátrica de Franco y Franca Basaglia, así como de las propuestas del pequeño grupo de autoconciencia gestados por el feminismo radical y retomadas posteriormente por las agrupaciones homosexuales en Estados Unidos e Inglaterra, Nancy llevó la batuta e hizo de estas herramientas la argamasa de las dinámicas que convocaron a distintas personas en dichas reuniones.

La convocatoria variaba, así como también la sede de las mismas, en ocasiones se realizaban en domicilios particulares, otras tantas se llevaban a cabo en lugares públicos, cafés y restaurantes, entre otros, los emblemáticos Sanborns, desde entonces puntos tradicionales para el ligue entre homosexuales. Estos ejercicios de reflexión se acompañaban, como se señaló anteriormente, de las lecturas que en ese momento hacía de la sexualidad y de lo personal dimensiones que requería ser politizadas, desde el feminismo radical, las obras de Marcuse y particularmente aquellas de Wilhelm Reich. Estos ejercicios incubaron ese paso que, a finales de la década, el movimiento emprendió para salir al espacio público y generar diversas acciones de visibilidad (Entrevistas a Juan Jacobo Hernández, Braulio Peralta, Luis González de Alba y Jorge Mondragón, Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México 1978-1982)<sup>62</sup>

---

<sup>62</sup> El Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México al que se hará referencia en este y otros apartados constituye un proyecto de investigación en donde se conjuntaron esfuerzos e intereses académicos y aquellos provenientes del activismo. El archivo digitalizado tiene su origen en el trabajo de recuperación y mantenimiento de diversos materiales provenientes del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), labor realizada por Ignacio Álvarez pionero del movimiento homosexual mexicano e integrante de dicha agrupación. El trabajo de organización y procesamiento para ser consultado

Pero en 1971 el ambiente resultaba opresivo, no era para menos habían pasado tan sólo tres años de la represión en Tlatelolco al movimiento estudiantil y otra matanza de estudiantes estaba por acontecer ese mismo año. En ese clima de autoritarismo que signó la presidencia de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) surge un movimiento que en muchos sentidos se forjará como una de las derivas colectivas tanto de las movilizaciones sociales que la antecedieron como de un régimen político y social con vocación autoritaria y represora. A continuación se ahondará en la relación del movimiento de liberación homosexual con estos dos fenómenos históricos.

En primer término, los vínculos del movimiento estudiantil popular de 1968 son diversos. El 68, constituyó un momento en el cual se suceden una serie de procesos y relaciones que en mucho desbordan las causas originarias del movimiento y por supuesto las demandas que sustentaron la agenda política expuesta en aquel famoso pliego petitorio<sup>63</sup>. En 1968 eclosionan experiencias que a lo largo de esa década se fueron cocinando al calor de los aires libertarios que soplaron por todo el orbe. En el caso mexicano, esas fuerzas se ciñeron como crítica a la cerrazón del régimen político mexicano, al mismo tiempo, evidenciaron de forma contundente el agotamiento de un modelo económico que prometía un bienestar que nunca llegó a toda la población. Pero al mismo tiempo, es un momento en el cual, la juventud se constituye como sujeto social. Es decir, cuando aquella categoría cuya función había servido para agrupar por edad a determinadas personas, un periodo en la etapa de la vida investida de determinadas características, funciones, deberes y expectativas se transforma en una condición política.

---

digitalmente forma parte del proyecto de investigación *El movimiento gay en México (1970/80) A través de la voz y la mirada de sus protagonistas*, coordinado por Marinella Miano Borruso de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en donde participaron también activistas pertenecientes al Colectivo Sol, entre otros Juan Jacobo Hernández Chávez y Rafael Manrique. El archivo además de contar con publicaciones de las propias organizaciones, cartas, manifiestos y reportajes, recupera entrevistas a personajes clave de los años setenta y principios de los ochenta del movimiento de liberación lésbico-homosexual.

<sup>63</sup> Son seis puntos los que compusieron el pliego petitorio suscrito por el Comité Nacional de Huelga, máximo órgano del movimiento estudiantil mexicano fueron los siguientes: 1. Libertad de todos los presos políticos; 2. Derogación del artículo 145 del código penal federal (la figura legal que había permitido encarcelar a los disidentes políticos); 3. Desaparición del cuerpo de granaderos (fuerza represora de la protesta social); 4. Destitución de los jefes policiacos Luis Cueto, Raúl Mendiolea y A. Farías; 5. Indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto; 6. Deslindamiento de responsabilidad de todos los funcionarios culpables de los hechos sangrientos (Tomado de Poniatowska Elena, *La noche de Tlatelolco*, 2005).

La juventud se vuelve protagonista de los cambios que durante los años sesenta acontecen. De igual manera forma parte de la base de las guerrillas latinoamericanas o del legendario *Vietcong* así como de los movimientos por los derechos civiles en los Estados Unidos, es quien da vida a los pequeños grupos en los cuales se fragua el movimiento de liberación femenina y por supuesto es el afluente principal del activismo estudiantil que estremece la Sorbona, Berkeley y por supuesto a las universidades mexicanas. Pero más allá de su despliegue en una diversidad de sujetos, la juventud en sí misma se afirmó como *uno* frente a la *momiza*<sup>64</sup>, lo vetusto, lo obsoleto que igualmente se encarnaba en la figura presidencial, en la revolución mexicana, en su partido, como en la familia y los valores tradicionales.

En medio de una conciencia crítica, impregnada de fiesta y algarabía, entre las y los jóvenes de aquel entonces, prendió una idea que de tiempo atrás circulaba en el pensamiento crítico y en los imaginarios sociales<sup>65</sup>. Esta tesis formulada a través de distintas plumas y tradiciones supuso que las transformaciones no podían cifrarse exclusivamente en tomar por asalto el *Palacio de Invierno* e instalar un gobierno revolucionario, la radicalidad de los cambios tampoco podía contenerse en desmontar las relaciones de producción y la socializar la propiedad. Desde esta perspectiva, los cambios de raíz tenían que pasar por la dimensión personal en donde anida el sustento de todo tipo de

---

<sup>64</sup> En la cultura popular de los años sesenta, fundamentalmente aquella hecha por gente joven para gente joven se pueden encontrar plasmadas ese estado de conciencia y de posicionarse frente al mundo de ciertos sectores de la juventud en ese tiempo. La denominación que acusó este fenómeno se llamó *barrera generacional*, misma que no solo evocó la incompreensión fundamental existente entre la juventud y la generación adulta sino también lo que se percibió como lucha generacional que en ese momento se celebraba en diversos ámbitos. En la literatura mexicana, las obras de José Agustín, Gustavo Sainz y Parménides García Saldaña, entre otros, recrearán esa autoafirmación juvenil que emanó de un desmarcaje profundo de aquello percibido como la anquilosada y conservadora cultura de la *momiza*. En el cine, películas como *Los Caifanes* también se observa el espíritu irreverente de una pandilla de jóvenes que en su transcurrir se mofan de las convenciones, los mitos y símbolos de la tradición. Sin embargo, será fundamentalmente a través de la música, el Rock, en donde queden plasmados algunas de las más nítidas expresiones del hartazgo, la incredulidad y el descrédito sobre aquellos valores, ideales, normas portadas por las generaciones anteriores, de igual forma, muchas de las canciones de la época, se constituyeron en verdaderos himnos que exaltaron las nuevas formas de amar, las emociones y los anhelos que identificaban a una generación que se aprestaba a transformar el rumbo de la historia.

<sup>65</sup> Cabe señalar que en la tradición marxista la idea del *hombre nuevo* tendrá en Alejandra Kollontai una reformulación profunda por la cual no sólo la mujer aparece como el sujeto central de la propuesta sino además en donde la moralidad, la sexualidad y el amor se instalan como territorios de una propuesta revolucionaria que tendrá que ser concomitante a la toma del poder por parte del proletariado. (Kollontai Alejandra, 1989).

opresión y dominio. Del brazo de las ideas generadas por la Escuela de Frankfurt, particularmente provocadas por el pensamiento de Herbert Marcuse, la sexualidad se convirtió en un núcleo fundamental de las prédicas libertarias. En la medida que la sexualidad fue colocada no sólo teóricamente sino como una experiencia, compartida por amplios grupos en la sociedades occidentales, como epicentro de una serie de vínculos constreñidos por el poder, la consecuencia fue desmontar y transformar estas relaciones en la tónica libertaria del aquellos momentos. Al calor de esos ímpetus, la monogamia, la virginidad, la heterosexualidad obligatoria, los dobles estándares entre mujeres y hombres, la anticoncepción, la familia, el aborto, entre otros ejes, se problematizaron y se convirtieron en rutas de exploración que a *posteriori* reemergieron en otros movimientos como el que se autodefinió de liberación homosexual.

Así el 68, como momento emblemático, además de la protesta puntual misma que convocó a muchas de las mujeres y los hombres que posteriormente fundarán las primeras iniciativas del movimiento homosexual. Pero además de la experiencia política, el 68 significó un referente cultural, una fuente nutricia de ideas, valores, experiencias personales que impactaron y posibilitaron el surgimiento de sujetos diversos que durante la siguiente década protagonizarán las movilizaciones que sacudieron al país: la insurgencia sindical, el ecologismo, el feminismo de la segunda ola, el movimiento urbano popular y por supuesto el movimiento que aquí nos incumbe.

El movimiento estudiantil popular, como también se denomina, tiene un plus que le imprimirá a la subjetividad de las primeras organizaciones del movimiento homosexual; esto es, su impronta de izquierda. La diversidad de expresiones de la izquierda constituyeron el influjo político más importante dentro del movimiento estudiantil y de ahí los grupos que posteriormente se movilizarán a favor de la liberación homosexual recibirán como herencia estos recursos que marcarán la identidad de la militancia y las dinámicas que se adoptan.

Pese a la homofobia y el machismo prevalente en la izquierda, incluso aun cuando para el marxismo difícilmente podían concebirse otros sujetos que no fuesen las clases sociales; las corrientes, fundamentalmente aquellas provenientes del trotskismo, se constituirán en el marco político e ideológico que apuntalará al activismo homosexual. Esta herencia proveerá al mismo tiempo la

fuerza y la radicalidad de los planteamientos elaborando durante la primera mitad de los años setenta pero igualmente dotará de algunas de las concepciones y prácticas autoritarias, sectarias así como esa infinita capacidad de autofagocitarse propia de la tradición izquierdista. Estos son los antecedentes que darán origen a la primera experiencia impulsada por Nancy Cárdenas.

Para algunos asistentes de aquellas reuniones de autoconciencia, más allá de la reflexión personal y las pugnas internas, el Frente de Liberación Homosexual tuvo una actuación escasa en el ámbito público y en ese sentido poco trascendente. Durante 1975, son despedidos varios jóvenes de *Sears*, la tienda departamental, el motivo, la homosexualidad delatada por ese comportamiento suave, delicado que los convierte en remedos de hombre, según la perspectiva de los encargados de tomar la decisión. El hecho no pasa inadvertido y permite al Frente hacer su primera declaración ante los medios de comunicación. A través de una carta publicada en medios impresos, el Frente condenó la discriminación contra la homosexualidad así como los estereotipos ligados a la condición masculina y femenina. Este acto inaugural del movimiento mexicano pudiese ser visto como una expresión absolutamente tibia y de poco impacto, sobre todo a la luz de otras manifestaciones tales como las acontecidas en la ciudad de Nueva York. Sin embargo, en descargo de esa aparente ausencia de radicalidad, la carta de protesta representó acto inaudito en México, país en donde la discriminación se había consagrado como parte del *ethos* nacional. Una región del mundo, en un momento específico en cual el machismo se ostentaba sin fisuras, por tanto, una sociedad en donde, los despidos, las expulsiones, las agresiones y demás variantes de la discriminación homofóbica se producían sin suscitar el menor atisbo de desaprobación. Este primer *manifiesto en defensa de los homosexuales en México* aparecerá en la revista *Siempre* y entre sus promotores se encontrarán Nancy Cárdenas, Carlos Monsiváis y Luis González de Alba.

En ese sentido cobra relevancia una acción que podría parecer de la menor trascendencia si no se la dimensiona en su contexto. Pero aunado a ello será importante recordar el ambiente político vivido durante 1971, Juan Jacobo Hernández, uno de los pioneros del movimiento, partícipe de las convocatorias de Nancy Cárdenas sintetiza en una palabra la vivencia: oprobio. En efecto, tal



como se describió, el movimiento estudiantil de 1968 constituyó el referente fundamental no solo por razones de vinculadas a la formación de liderazgos, la socialización de valores e ideas que hicieron de la sexualidad y lo personal ámbitos de acción política o por haber instalado la cultura de la protesta entre las nuevas generaciones. La resolución del 68 y posteriormente la masacre del jueves de corpus en 1971, imprimieron un clima de represión que marcaron las dinámicas posibles del movimiento de liberación homosexual. (Entrevista a Juan Jacobo Hernández-Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México 1978-1982)

En ese sentido, a la homofobia generalizada dentro de la sociedad mexicana, se le agregó una represión política que el estado mexicano esgrimió como forma extrema de contener las expresiones que representaban alguna amenaza. Por su posicionamiento político, a la izquierda de la geografía política, y por aquella reivindicación particular en torno al derecho y las libertades de cierto grupo condenado, la vulnerabilidad era una sensación especialmente introyectada entre los homosexuales. La mezcla de ingredientes propiciados por un ambiente social conservador y autoritario en términos políticos hizo favorable que el temor se instalara entre quienes se atrevían a objetar. Sin embargo, el miedo no fue lo suficientemente inmovilizador pero sí dotó a las acciones de un ingrediente que en ese momento pareció una estrategia necesaria: la clandestinidad. Una carta de denuncia en ese contexto representó un acto de osadía.

Pese a la falta de acciones contundentes y la crítica a las eternas dinámicas de autoconciencia que algunos activistas realizan, incluso negando la trascendencia de esta primera etapa del movimiento, otros como Braulio Peralta pondera este momento como fundamental para comprender el despliegue que a finales de la década de los setenta tendrá el movimiento. La *autoconciencia* como herramienta política fue de gran valor, permitió reconstruir una de las condiciones de la experiencia humana más denigradas y vergonzantes para volverla una verdad que por principio debía ser aceptada en primera persona. Un proceso individual pero que se realizaba en colectivo, en compañía de quienes se encontraban en una situación similar, quienes sabían desde el cuerpo mismo cómo funciona la culpa, el miedo, la vergüenza y la

incertidumbre pero quienes también comparten el disfrute de vivir una libertad contagiosa, iniciada con el compartir ese secreto antes impronunciable consigo mismos y mismas. Para Braulio el despliegue de acciones públicas protagonizadas años después por diversas agrupaciones del movimiento será la prueba virtuosa del trabajo generado por esos despertares de la conciencia. (Entrevista a Braulio Peralta-Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México).

Esta etapa preparatoria del movimiento concluirá con el repliegue de las figuras, mismas que contaban con trayectoria y cierto reconocimiento en el ámbito de la cultura y la intelectualidad. Algunos se marchan al extranjero a realizar estudios de posgrados y otros más dejan el activismo para centrarse en sus respectivas profesiones. Este espacio en apariencia vacío será ocupado por las personas más jóvenes del Frente, los mismos serán responsables de empujar al movimiento a otra fase, una de visibilidad pública coincidente con el repunte del movimiento social a finales de la década de los años setenta. Su presencia en el escenario político provocará las más disímiles reacciones.

## II La primavera de un movimiento.

De 1971, año en el cual se gesta el primer ensayo de organización de mujeres y hombres que se definen como homosexuales a 1978, momento en que irrumpen en el espacio público los primeros contingentes claramente organizados, pareció transcurrir un tiempo de inactividad, de un pasmo en la historia que, visto con mayor detenimiento nunca lo fue.

Aunado a los trabajos en pequeños grupos en los que, de manera informal e irregularmente, se seguía leyendo, discutiendo y elaborando reflexiones sobre la autorrepresión, la culpa introyectada y la necesidad de aceptar públicamente esta forma de erotismo y de amor, durante la década se desarrollaron una serie de producciones literarias, fílmicas y teatrales que fueron otorgando un nuevo registro simbólico a aquello que permanecía invisibilizado. Pero la generación de estos productos artísticos no sólo permitió registrar y dotarle de nombre a aquellas experiencias y relaciones que sucedían en la oscuridad y el clandestinaje de forma paralela las novelas, las películas o las obras de teatro abrieron perspectivas que ensancharon los conceptos de moral, ética y de lo

sano y lo enfermo, lo criminal y lo normal. En ese sentido, de manera imperceptible esas obras casi como el trabajo del activismo coadyuvaron en el inacabado proceso de legitimación de las preferencias o las orientaciones sexuales diversas. En tanto expresiones artísticas pueden ser valoradas como efecto y causa de los movimientos sociales que colocaron la sexualidad en el centro de sociabilidad y de la producción de libertades. Es decir, son los signos de que los tiempos habían cambiado, de que otros aires soplaban y sobre ellos se podía emprender vuelos hacia parajes posibles antes desconocidos y negados. Novelas o películas expresan ese *espíritu de la época* pero al mismo tiempo permite expandir nuevas formas de mirar, de sentir, y valorar aspectos relacionados con el amor, el placer, lo justo y lo injusto.

En 1977 se exhibe el film *El Lugar sin Límites* realizada por Arturo Ripstein basada en la novela del chileno José Donoso. La película retrata la vida de un prostíbulo ubicado en un pequeño poblado empobrecido y en decadencia, mismo que es regentado en un primer momento por la Japonesa y en un segundo, por su hija, la Japonesita. El personaje crucial de la película es la Manuela, un travesti entrado en años quien se encarga de brindar entretenimiento cuando todos los hombres están ebrios, bailando y cantando canciones españolas, enfundada en un traje flamenco. La Manuela es objeto de una apuesta entre el cacique del pueblo y la Japonesa por la que esta última lo seduce a cambio de la propiedad en donde está asentado el prostíbulo. De esta fugaz relación, resultará el nacimiento de la Japonesita con quien la Manuela tendrá una dislocada relación. La figura de la Manuela en muchos sentidos expresa la subversión del binarismo de género, particularmente por lo que hace a su relación con su hija, la Manuela ocupa una posición que a lo largo de la película desborda aquellas referencias exclusivas de lo paterno pero también de lo materno, es *mapa*. Adicionalmente y quizá como la parte medular de la trama, en este lugar sin límites se desarrolla una conflictiva y violenta relación entre la Manuela y Pancho, ahijado del cacique y la personificación pura y dura del macho mexicano. Lo que la pantalla plasma es la tensión entre la atracción y la repugnancia, el deseo y el miedo provocado por este homosexual que desestabiliza la férrea heterosexualidad. El resultado será la muerte de la Manuela, misma que quedará como registro, uno de los primeros dentro de la

cinematografía mexicana de lo que posteriormente se llamará crímenes de odio por homofobia. De igual forma, deja inscrita la plasticidad de sexualidad, esta vieja idea de la sexología, reactualizada por diversas circunstancias, por donde sale a relucir la existencia de prácticas homoeróticas protagonizado por personajes inimaginables, en espacios igualmente impensados para que ello suceda.

Un año después, en 1978, sale a la luz, coincidiendo con la exposición pública del movimiento homosexual, *El Vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata. Si bien los personajes homosexuales habían poblado algunos pasajes de la literatura con anterioridad<sup>66</sup>, con esta novela se inaugura un relato autodesignado, es decir, una narrativa en el cual el autor está implicado personalmente. No se escribe desde un lugar ajeno, desconocido, desde el paraninfo de la extrañeza sino justamente desde una experiencia vivida, gozada y padecida. Luis Zapata devela para un público extraño ese otro mundo que transcurre a las mismas horas y en los mismos espacios urbanos, un universo poblado de hombres que desbordan sexualidad pero una sexualidad diferente. Si bien, el hilo conductor será la exposición de la sexualidad llevada al paroxismo, la novela recuenta la creación de lenguajes, de símbolos, de lugares, de formas de habitar la ciudad y dotarle de usos que desbordarán aquellos para los cuales estaban originalmente planeados. Devela para los extraños toda una cultura que subsiste y florece a la par de aquella otra que se enseñorea y se ostenta como la cultura en singular. Para aquellos *entendidos* la obra les habló en su mismo idioma, con aquellas frases y palabras que los identifican y posicionan en ese universo clandestino hecho de miradas furtivas, instantáneas, del reconocimiento de lugares claves para encontrarse: parques, avenidas, el famoso Sanborns del Ángel y la Zona Rosa.

Adonis García personaje principal de la novela descubre el velo de una vida que transcurre en la ciudad de México, vida en la cual la sexualidad se

---

<sup>66</sup> En los años sesenta, Vicente Melo, Jorge López Paez así como Carlos Fuentes en su novela *La región más transparente* incluyen algún personaje homosexual en sus relatos. En esa misma década Manuel Barbachano Ponce publica la primera novela cuya trama central será la homosexualidad. Por otra parte, cabe destacar la presencia de los integrantes del grupo *Los Contemporáneos* quienes en sus ensayos, novelas, poemas dejaron asentados algunas pistas de ese amor y ese deseo del que no se podía hablar, quizá la excepción sea Salvador Novo quien no sólo en su autobiografía sino en textos anteriores describirá para el escándalo de las buenas conciencias

convertirá en el *leitmotiv* de las aventuras, los desafíos, la algarabía y el drama. Adonis es un homosexual dedicado a la prostitución, un *chichifo* en el caló de la homosexualidad mexicana, y a través de sus palabras va introduciendo a sus lectoras y lectores a los sitios icónicos del ambiente gay, al mismo tiempo hurga por la diversidad de formas de encarnar lo homosexualidad. Así, ese paisaje familiar para los entendidos y extraño para los ajenos, aparece habitado de personajes múltiples, los cuales desafían las visiones monocromáticas del mundo homosexual y en ese mismo operan como los arquetipos que funcionarán como referentes, mismos que facilitarán el ingreso a quienes se aventuren a sondear dentro de una cultura fuertemente marginada. El *mayate*, la *vestida*, el *chichifo*, el *chacal*, incluso palabras inventadas en este mundo alterno como la de *gúagüis*, *beso negro* para referir a ciertas prácticas sexuales. No obstante, la novela lejos de ser una mirada inocente o apologética de la vida homosexual, recrea también los lados oscuros que van desde las *razzias* y las extorsiones a la violencia, la sífilis y la gonorrea.

En el mundo del teatro, la figura de Nancy Cárdenas será decisiva no solo por haber sido la directora de obras que introdujeron la temática homosexual a los escenarios sino porque en torno a uno de estos montajes, *Los chicos de la banda*, se fraguó una de esas pequeñas batallas a favor de las libertades en un momento en el cual el autoritarismo priista parecía inamovible. Los chicos de la banda es una obra que transcurre a finales de los años sesenta en Nueva York, previo a los sucesos de *Stonewall* y el *gay power*. En ella se recrea una reunión de varios hombres, todos ellos homosexuales y todos pasados de los treinta años. El motivo que los congrega será la celebración del cumpleaños de uno de ellos para lo cual han preparado comida en abundancia y se han provisto de la suficiente bebida para pasar una noche loca y divertida. Lo que se presume como un festejo alegre comienza a develar conflictos internos en cada uno de los personajes, así como roces entre ellos, algunos de alto voltaje. La obra de teatro que posteriormente se volvió película en los Estados Unidos, retrata ese momento en el cual la censura del deseo homosexual así como de esa identidad que se venía conformando resultaba aplastante. De tal suerte, a lo largo de la obra salen a relucir, en tono dramático, temas tales como la sexualidad, la soledad, el compromiso, la promiscuidad, la fugaz juventud. La intensidad del

drama tendrá puntos culminantes en los roces que ocurren entre los distintos personajes, a través de estos, se dibujan temas que sin ser nombrados en esos términos, referirán, entre otros, a la homofobia y el closet, herramientas que se volverán centrales del movimiento de liberación.

En 1974, Nancy Cárdenas compra los derechos de esa obra para realizar una temporada en alguna sala de la ciudad de México, nada menos que en el Teatro de los Insurgentes. *Los chicos de la banda* se convertirá así en la primera obra en la historia de las artes escénicas mexicanas en la cual la homosexualidad es abordada de manera explícita y de forma central. La apuesta era bastante arriesgada, y en concordancia con la cerrazón prevalente en el país y en la ciudad, el entonces delegado en Benito Juárez, demarcación de en donde se ubica el recinto en el que se entrenaría la obra, censuró el estreno por considerar que “atentaba contra la moral y las buenas costumbres” (Barrientos Lazcano, Gustavo Daniel: 2012). Ante este acto autoritario, la comunidad artística así como algunos intelectuales lanzaron una campaña a favor de la libertad de expresión a través de manifiestos y artículos. Así, diversas voces se alzaron en contra de lo que quizá en otro momento hubiese transcurrido sin la mínima oposición, la fuerza de las voces y la contundencia de los argumentos hicieron retroceder en ese caso la cerrazón que se avecinaba, finalmente consiguieron que la obra se estrenase, por vez primera en un país de habla hispana, con un éxito rotundo (Monsiváis Carlos, 2004).

Los anteriores hitos son tres ejemplos relevantes, entre otros, por hacer del campo de la cultura y el arte un territorio de acción política, convirtiendo estos espacios en lugares de inscripción y del inicio de un largo camino a favor de legitimar la diversidad de preferencias y orientaciones sexuales. Paralelamente, como se había señalado con anterioridad, algunos miembros del entonces desaparecido Frente de Liberación Homosexual continuaron reuniéndose y adquiriendo experiencia política dentro del sindicalismo y los partidos de la izquierda mexicana. Durante 1978, los integrantes de estos núcleos, quienes aún carecían de nombre, mantenían fundamentalmente un trabajo interno de autoconciencia y formación teórica y política, pero ese mismo año comenzarán a salir a la luz a través de cartas de denuncia y protesta. En junio de 1978 publican en el diario *Uno más Uno* la primera carta en contra de una puesta en

escena del grupo de teatro *El Galpón*. Esta compañía de teatro se estableció en México de 1976 a 1984 como parte del exilio uruguayo, sus representaciones tenían la impronta de una formación artística comprometida con la solidaridad entre los pueblos latinoamericanos y la denuncia del terrorismo de estado perpetuado en Uruguay así como en otras naciones del continente. Posicionados en términos políticos y éticos dentro de las corrientes progresistas, la puesta de una obra llamada *Prohibido Gardel* se convertirá en el centro de una respuesta airada de estos colectivos sin nombre para quienes el recurso de la homosexualidad como vituperio resultó intolerable, fundamentalmente si éste provenía de la izquierda. Posteriormente, a propósito de una larga entrevista que la revista *Proceso* realizó a Roberto Cobo, actor que había dado vida a la *Manuela* en el *Lugar sin Límites*, vuelven a responder con una carta beligerante y radical, cuestionando la autodenigración que en palabras de Cobo se asienta contra la *Manuela* y contra los homosexuales. La carta en esa ocasión lleva nombre, no sólo el de Juan Jacobo Hernández quien por azares del destino y debido a las circunstancias particulares que le permitían encarar sin repercusiones la posibilidad de signar misivas, lo había hecho con anterioridad. Esta última, viene a nombre de una organización hasta entonces desconocida cuya denominación inmediatamente identificará la genealogía política y su ubicación dentro del espectro que a finales de los años setenta componía a la izquierda mexicana. Así de manera un tanto fortuita emerge a la luz pública el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), mismo que dotará de cierta formalidad y dirección aquellos esfuerzos hasta entonces realizados como grupo de autoconciencia, cuya organicidad era prácticamente inexistente, este sería la antesala de su aparición física, como podría esperarse, en una manifestación celebrada durante julio de 1978.

El 26 de julio de año citado, los partidos políticos de la izquierda mexicana: el Partido Comunista (PCM), el Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), así como los sindicatos y corrientes sindicales independientes y organizaciones sociales de diversa índole citan a una manifestación para conmemorar el inicio de la Revolución Cubana, así como para celebrar la emergencia del movimiento estudiantil, masacrado una década atrás. Entre los lemas, las pancartas y las consignas, sorprenderá

una en la cual se anuncia la presencia de “homosexuales por el socialismo”. La aparición de una agrupación de esta naturaleza en el escenario de la protesta social causa distintas reacciones, dentro y fuera de ese mismo campo, sin embargo la constante será la controversia que despierta, la imposibilidad de pasar desapercibido. Así lo atestiguan algunas crónicas y las columnas periodísticas, que en aquellos ayeres en los cuales en México no pasaba nada, es decir cuando la prensa por consigna evitaba proporcionar espacio a aquellas manifestaciones opositoras, aun con el mandato de la censura, las nuevas siglas y el nuevo sujeto generaron polémica. Desde las más cerriles expresiones de homofobia hasta la bienvenida que el órgano informativo del PRT dio a los homosexuales revolucionarios, pasando por la extrañeza de ver en dentro los contingentes de la izquierda a homosexuales que se sumaban a la lucha proletaria, recogida por el periódico *Oposición* del PCM. Así, un amplio abanico de respuestas provocó la salida pública de un sujeto que, por otra parte, parecía imposible. Las crónicas y comentarios así lo dejan entrever, una especie de inverosimilitud por la existencia de hombres y mujeres que portaban con dignidad un atributo tan despreciado ¿Qué se podría esperar en una próxima manifestación?, ¿La liga de meretrices libertarias?, ¿El frente proletario de esquizofrénicos?, ¿La alianza de carteristas revolucionarios? En ese tono se producían algunas de las opiniones que sin el menor asomo de mesura desplegaron además de esa incredulidad, una importante dosis homofóbica.

Meses más tarde, para la conmemoración de la primera década de los acontecimientos del 2 de octubre, una nueva manifestación se planeó, para esta ocasión un contingente más organizado y nutrido congregó a lesbianas y homosexuales quienes para la ocasión había articulado la Coordinadora de Organizaciones Homosexuales en donde además del FHAR, se nuclearon el Lambda de Liberación Homosexual y el Grupo Autónomo de Lesbianas Oikabeth. De nueva cuenta, la prensa en sus notas variopintas dará cuenta de la presencia de este grupo que concentra a centenares de mujeres y hombres quienes llegarán a la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco en medio de la mirada atónita de muchas personas pero igualmente ante el recibimiento cálido de otras tantas.



Para algunos estudiosos del movimiento homosexual el 2 de octubre de 1978 constituye el hito que marca la emergencia pública de este nuevo sujeto. Más allá de relativizar la aseveración, lo interesante aquí será resaltar lo significativo de las fechas, señales inequívocas de su ubicuidad política, de la genealogía de sus militantes y de aquellos ingredientes ideológicos, éticos y político que le dotaron de una subjetividad tamizada por su impronta roja. Al mismo tiempo, las anécdotas de quienes estuvieron presentes en ese momento, recrean los agridulces que marcarán la relación del movimiento con el resto de la izquierda mexicana, una relación complicada, en ocasiones caracterizada por la incomprensión, los prejuicios y el machismo no de pocos militantes de partidos y organizaciones progresistas. Sin embargo, para quienes eran los rostros más visibles de las organizaciones lésbico-homosexuales, la izquierda era su nicho de pertenencia.

En una entrevista recogida por El Sol de México con el inefable título de *Los Lilos Totonacas, de izquierda*, Juan Jacobo Hernández y Carlos Bravo, voceros del FHAR y del Lambda, respectivamente, reflexionan sobre los vínculos del movimiento con la izquierda. Comprenden que la liberación de los homosexuales y las lesbianas no es un evento aislado sino vinculado con la propia liberación de toda la humanidad, con el cambio de un sistema sexista y capitalista que explota a homosexuales, a campesinos, a mujeres y al proletariado. Al mismo tiempo reconocen que tanto en el PCM como en el PRT han recibido comprensión y apoyo y que en México, la izquierda es la única que se atreve a recibir a los homosexuales (Nota periodística-Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México 1978-1982).

Así ese emblemático 2 de octubre será significativo por el recibimiento que el contingente lésbico homosexual tendrá. Juan Jacobo recuerda vívidamente la majestuosa manta del Partido Comunista que encabezaba el enorme grupo de *pescados* que desfilaban para la ocasión, y al intentar colarse a la columna, cuenta como el enorme destacamento del PC se aleja, en un intento de no confundirse, de no aparecer mezclados con tan atípicos manifestantes; algunas de las personas del FHAR o del Lambda les gritan que la homosexualidad no se contagia, que no tengan miedo de aproximarse. El PRT, el partido trotskista, les ofrece espacio y así marchan hasta llegar al mitin en

donde un maestro de ceremonia da la bienvenida al Frente de Acción Revolucionaria, omite el nombre quizás porque no era visible, quizás por homofobia, a pesar de lo cual así arriba el contingente de lesbianas y homosexuales a la Plaza.

Alejandro Brito quien ese entonces no militaba en las organizaciones sexopolíticas asiste a la conmemoración del 2 de octubre y recuerda así la manifestación y la presencia de los grupos homosexuales.

Yo me llevo a unos amigos de la unidad en donde vive mi madre, en donde yo vivía; muy emocionado, muy entusiasmado, porque pues yo era como uno de los hijitos del 68, digamos el 68 para mí era una cosa casi mítica. Entonces hago un cartelito que dice: *ni enfermo ni criminal ni drogadicto*. No sé qué *simplemente joven*, algo así, ya ni me acuerdo exactamente bien y voy así con mi cartel. Para ese entonces yo no estaba en ningún partido político, ya me había salido de los trotskistas y yo iba con mis amigos y me subo a la barda de San Cosme de la escuela que está ahí y van iniciando los contingentes, de pronto veo al contingente homosexual. El Lambda, el FARH, las de Oikabeth iban como unas cien personas o más con globos y todo, yo me quedo sorprendido, eso me cambia a mí y si yo iba sin contingente de pronto dije: aquí pertenezco, éste es mi contingente, entonces me sumo. Incluso mi pancarta iba en sintonía con la marcha, hasta me sacaron varias fotos que quién sabe qué habrán sido. Yo no sabía que iban a marchar los grupos gays, todavía no tenía idea, entonces me uno a la marcha y yo feliz, era el contingente más lúdico, el más festivo, el que iba echando más desmadre y coreando consignas no tan dogmáticas como ese de las lesbianas que cantaban: *no, no, no señor yo no me casaré así le digo al cura y así le digo al juez; no, no, no señor yo no me casaré estoy enamorada pero de otra mujer*, y consignas así que antes no había escuchado, que no eran nada de dogmáticas. Los estalinistas coreaban a un lado adelante, adelante marxistas leninistas y cosas por el estilo. Yo me dije aquí pertenezco, este espíritu y libertario es mío y además soy gay, es ahí cuando lo digo y cuando salgo del clóset. Con ese contingente llego hasta Tlatelolco y fue una emoción, me emocionó muchísimo y cuando entramos a la plaza de las Tres Culturas cuando el maestro de ceremonias anuncia: *en este momento viene entrando el contingente de lesbianas, de gays*. En ese momento ya no éramos cien, éramos como doscientos, pues se fueron agrandando el contingente durante el transcurso de la marcha y la recepción fue unánime de aplausos, bravo, chiflidos... Yo no sé por qué dicen que hubo rechifla, hubo chiflidos de aprobación, la verdad fue muy emotivo.

De esta manera, el movimiento lésbico homosexual, como se ha insistido, nació a la vida pública en actos convocados por las fuerzas políticas que a finales de los años setenta articulaban la llamada izquierda. Durante los siguientes años, parte fundamental de las movilizaciones en las que participarán se verifica en aquellas convocatorias de la amplia agenda que sustentaba la política de esta corriente. Así, los destacamentos lésbico homosexual se volvieron una presencia siempre controversial en las acciones que tenían como finalidad la solidaridad

con las huelgas protagonizadas por el sindicalismo independiente, en las acciones a favor de los presos políticos, aquellas otras que movilizaron en apoyo a la revolución nicaragüense y a la guerrilla salvadoreña, así como también a las primeras expresiones públicas que reivindicaron el derecho de las mujeres a decidir sobre la maternidad y su cuerpo. Las organizaciones del movimiento de liberación homosexual formaron parte del Frente Nacional Contra la Represión (FNCR), instancia que articuló a partidos políticos, sindicatos y organizaciones sociales en contra del autoritarismo priista y de los vestigios de la guerra sucia que se desarrolló durante la década de los años setenta. Asimismo, el FHAR, el Lambda y Oikabeth formaron parte del Frente Nacional de Lucha por la Liberación y los Derechos de la Mujer (FNALIDM) junto con organizaciones feministas y otras más, también adscritas a las distintas corrientes de izquierda.

De forma simultánea a estas movilizaciones en donde expresaron su compromiso y solidaridad con otras luchas, generaron acciones propias, movilizaciones centradas en la denuncia de las *razzias*, las extorciones policiacas, la violencia y la discriminación. En un momento en el que el lenguaje de los derechos humanos estaba lejos de formar parte de los recursos del movimiento social mexicano, los grupos lésbico homosexual, avizoraban la centralidad de los derechos en el marco de una sociedad, un estado así como diversas instituciones que marginaban, perseguían a las personas por su orientación sexual. Desde los primeros documentos elaborados por el FARH y el Lambda el tema que emergió fue el de la represión, no obstante, a diferencia de cómo fue tematizado por otros colectivos en el mismo contexto, esta no solo emanaba del estado y sus fuerzas coercitivas, sino de otros vectores como la familia, el trabajo, la escuela. No obstante, las acciones policiacas tuvieron un peso importante en la lectura de los agravios y las denuncias que elaboraron, bajo la premisa de que éstas no sólo eran una violación a la integridad de las personas detenidas y sometidas a todo tipo de vejaciones sino porque constituían actos que de manera flagrante violentaban las disposiciones contenidas en la Carta Magna, mismas que habían consagrado la libertad de reunión, manifestación, asociación, información y expresión. Es decir, desde muy temprano y pese al bagaje ideológico marxista, los grupos del movimiento de liberación homosexual emplearon recursos políticos provenientes de otras tradiciones y sentaron la

bases de un ejercicio para dotar de ciudadanía a los colectivos y a las individualidades que encarnaban la disidencia sexo genérica.

En ese orden de acción, estas agrupaciones realizaron actos de verdadera osadía en tiempos en los que en la ciudad de México la ciudadanía no elegía a sus gobernantes y estos no tenían obligación alguna con sus electores sino respondían al presidente quien era el gran elector de esta especie de virrey contemporáneo. En particular, a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, la regencia corrupta del profesor Carlos Hank González (1976-1982) contaba como jefe de la policía a un oscuro personaje, conocido también por su vocación represiva: Arturo Durazo Moreno. En ese contexto de ausencia de derechos políticos para quienes habitaban la ciudad de México, el movimiento de liberación homosexual organizó movilizaciones en las instalaciones mismas de la policía capitalina para demandar el cese del hostigamiento y la liberación de quienes habían sido detenidos en alguna de las *razzias* que con frecuencia y discrecionalidad irrumpían en bares y otros centros de reunión homosexual.

En México no existía disposición legal que prohibiese la homosexualidad, sin embargo existían códigos que penalizaban las faltas a la moral y a través de ese recurso se autorizó a la policía a implementar una vigilancia y el uso de la fuerza que se empleó de manera selectiva y en cierta medida mafiosa. En la ciudad existían bares y lugares de reunión tolerados, los mismos que mediante el pago de sobornos o bien debido a las relaciones que mantenían sus dueños con funcionarios del gobierno capitalino tenían carta abierta para prestar sus servicios sin molestia. En cambio las fiestas particulares o nuevos establecimientos que amenazaban con disminuir las ganancias de los empresarios vinculados al poder, eran objeto de la aplicación de reglamentos y por tanto su clientela del hostigamiento y represión policiaca. Esta situación fue denunciada por los colectivos del movimiento, enfrentando incluso aquella capa del empresariado homosexual cómplice del sistema de extorsión y violencia contra lesbianas y homosexuales.

En 1979, los distintos colectivos en un acto de reconocimiento a su legado político, de ese momento de ruptura en el que los sujetos sujetados se transformaron radicalmente en sujetos demandantes de respeto y derechos,

anuncian la primera marcha del orgullo homosexual, conmemorativa de los eventos de *Stonewall* y el inicio del movimiento de liberación gay. Varios centenares de lesbianas, homosexuales y travestis se enfilan por las avenidas de la ciudad de México para concluir con un mitin frente al monumento a la Madre. Con este evento se sumaron a las movilizaciones globales que desde 1970 celebraron, primero en Estados Unidos y posteriormente el casi todos los rincones del planeta, el orgullo de la diferencia sexo genérica. En México, con este evento poco numeroso pero altamente politizado inauguraron una tradición, la actividad pública más importante de una colectividad cada vez más compleja y multitudinaria que hará de esa *manifestación carnavalesca*, la exposición más radical de millares de posibilidades para desafiar al sistema sexo género. Un ritual que, de vez en vez, añadirá a su repertorio crecientes formas de identificarse y hace cruces identitarios, expone erotismos y afectos antaño demonizados. En 1979 las organizaciones sexo políticas del movimiento dotarán a la movilización de una carga ideológica que seguramente no era compartida, probablemente ni siquiera reconocida por la gran mayoría de homosexuales y lesbianas no militantes. Esta densidad política, ética y estética construyó una subjetividad activista que correrá, por momentos, caminos paralelos, difícilmente entrecruzables con las formas concretas y posibles a través de las cuales mujeres y hombres se apropiaron de una identidad y generaron formas de sociabilidad y de cultura.

La fuerte carga política en los inicios del movimiento pondrá en evidencia las diferencias entre el sujeto que activa, genera demandas, invita a movilizar, produce discursos y del otro lado su comunidad, (cuando puede hablarse realmente de tal existencia) sobre la que asume una determinada representación de intereses y necesidades. Esta diferenciación correrá a lo largo de la historia del movimiento existiendo momentos en los que incluso los caminos no sólo pueden observarse paralelos sino también encontrados. Los conflictos permanentes que año con año cimbran la organización de la marcha del orgullo constituyen un botón de muestra de cómo los acuerdos, las rupturas, los consensos y demás entuertos de la vida interna de las organizaciones sexo políticas no sólo son intrascendentes para el grueso de las personas que deciden celebrar el orgullo diverso sino también son objeto de un permanente desafío a

lo que se acuerda, mismo que es transgredido en los hechos por cientos y miles que no aceptan las disciplinas organizativas.

Pero en 1979, la impronta ideológica y la ubicuidad del movimiento constituyeron la fuerza que en ese momento permitió visibilizar lo que hasta entonces era uno de los sujetos depositarios por excelencia de la perversidad y lo anormal. La misma fuerza que se necesitó para cimentar los primeros pisos que décadas después proveerá de derechos a estos colectivos. En 1979, las organizaciones de lesbianas y homosexuales no marchan solos, van acompañados por grupos feministas que en ese momento reconocen que la lucha por la liberación de las mujeres tiene en común con los homosexuales la necesidad de desarticular al machismo opresor de ambos grupos. De los partidos políticos de izquierda será el PRT quien con un contingente arrojado de manera decidida la movilización y también se registra la presencia de una manta del Sindicato Independiente de Trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana (SITUAM). Cabe señalar que años después el mismo Partido Comunista reconocerá la legitimidad del movimiento y asumirá la diversidad de opciones sexuales como una atribución que corresponde a la esfera privada de las personas, al mismo tiempo en palabras de su entonces secretario general, Arnoldo Martínez Verdugo, reconoció la importancia de la organización de estos grupos porque representan la posibilidad de defender los intereses de grupos marginados. El PC, además, se sumó a la demanda de terminar con las razzias, la marginación y la represión que los homosexuales sufren a todos niveles.

La plaza pública comenzará a ser conquistada por una presencia que se volverá recurrente a lo largo de los años, pero en ese instante, los medios de comunicación, particularmente la prensa escrita reporteará la existencia de estos grupos y dará cuenta de sus reivindicaciones, de las formas organizativas que adquirieron, de las influencias recibidas, entre otros ejes noticiosos. De igual forma, las distintas personas que se convertirán en dirigentes, voceros o figuras públicas del movimiento serán objeto de entrevistas, algunas realizadas con las más mala de las intenciones y otras tantas dando espacio a la expresión de ideas, de claves para la comprensión de los dramas pero también los desafíos que estos sujetos lanzaban a la sociedad y al estado. La radio y en menor medida la televisión voltearán a ver aquello que parecía emerger de un día al otro,

particularmente cabe destacar los oficios de Radio Educación quien se aproximó al tema de forma respetuosa, además de ofrecer sus micrófonos para que los directamente implicados compartieran sus experiencias y tuvieran la oportunidad de cambiar algunas mentalidades entre el público radioescucha. Los periódicos del PRT, *Bandera Socialista*, del PCM, *Oposición*, el diario de circulación nacional *Uno Más Uno*, las revistas *Proceso*, *Siempre e Interviú* se convirtieron en oasis informativos en medio de la vorágine de notas cuyos encabezados, sin filtros ni mediaciones, expelían desprecio, sorna y asco. Invertidos, lilos, maricones, jotos, manos caídas, depravados entre otras denominaciones saturaron un discurso que desde el poder hizo ostensión de su inmovilidad, del señalamiento del machismo como parte de un *ethos* tan esencial y nacional como las tortillas y el mariachi.

Una de las líneas acción que de forma casi intuitiva se convirtió en fundamental para los grupos del movimiento lésbico homosexual fue el poder de los medios de comunicación en la producción y reproducción de los imaginarios abyectos en torno a las orientaciones y preferencias sexuales diferentes a la que se ostentó como mayoritaria. Imaginarios cuya fuerza prescriptiva condenó al ostracismo y alentó la violencia, además de sembrar de vergüenza propia en todos aquellos suscritos bajo la categoría homosexual. El papel medular de los medios en la configuración de un sistema así de sexista despertó una conciencia temprana y por tanto un punto de contra respuesta permanente. Así los diarios se volvieron objeto de réplicas que sistemáticamente se realizaron contra reportajes, periodistas, líderes de opinión, actores, caricaturistas algunos personajes connotados de la izquierda que a la hora de asumir posturas respecto a la sexualidad resultaban tan cerriles y puritanos como el conservador más acérrimo. Sin el derecho de réplica garantizado, las cartas firmadas fundamentalmente por el FHAR se volvieron un recurso para evidenciar la homofobia persistente, incluso antes de que el término fuese de uso cotidiano. Las cartas en sí mismas constituyen un retrato de cómo el orgullo, ese posicionamiento emblemático del movimiento de liberación homosexual se alimentó del coraje e indignación con los cuales se enfrentó sin cortapisas esa histeria antihomosexual que la aparición del propio movimiento también intensificó.

En ese ambiente de expectativa por la novedad de mujeres y hombres que salían a la calle a reclamar su derecho a ser, se producen los primeros destapes, Nancy Cárdenas se había adelantado algunos años, pero en este contexto de efervescencia del movimiento se harán públicos el reconocimiento de su condición homosexual de los escritores José Joaquín Blanco y José Ramón Enríquez. Estos anuncios son factibles por las llamadas a *salir del closet*, una de las primeras definiciones políticas del movimiento. Este acto cuya producción y relevancia sólo es factible si es soportada individualmente, al mismo tiempo, adquiere sentido y fuerza expresiva como parte de una definición colectiva. Había que dar sustento al lema *estamos en todas partes* y la única forma de hacerlo era encararlo. De ahí la postura de las organizaciones, en especial del FAHR, de que era necesario asumir públicamente la condición homosexual. Si bien no era un mandato, sí constituía una especie de deber ser entre quienes militaba o simpatizaba en el movimiento. Este tema se convirtió en uno de los focos de tensión no solo entre las organizaciones sino con quienes mantenían determinada cercanía con el movimiento pero que debido a diversas razones no tenían la posibilidad de asumir públicamente esa condición. Para algunos otros, el mandato les pareció una intromisión inaceptable sobre un ámbito que correspondía a la privacidad de cada individuo, es más, era la dimensión de la intimidad sobre la cual no podía existir un razonamiento que apelara al orden de lo necesario y obligara a las personas a ventilar su *intimidad* en público. Para algunos esta posición enajenaba al movimiento de muchas voluntades que de otra manera podían ser seducidas e incorporadas a las acciones que en ese momento se impulsaban pero que temerosas, algunas verdaderamente espantadas por el discurso enconado y ante la consigna del closet, mantuvieron una distancia en ocasiones insalvable frente al movimiento y a sus organizaciones.

Sin embargo, a reserva de lo que podría ser leído como la vehemencia de las organizaciones del movimiento, uno de los trabajos que igualmente desarrollaron de la mano a la crítica a los medios masivos fue contar con órganos de difusión propios. Así aparecieron el periódico *Nuestro Cuerpo*, la revista *Política Sexual*, ambos del FHAR y por otra parte, *Nuevo Ambiente* publicación del Lambda. Al poco tiempo de su aparición pública, una de las tareas prioritarias



que se dieron estos grupos fue proveer de información alternativa en temas correspondientes a la sexualidad, la lucha de las mujeres, la situación de las lesbianas y los homosexuales así como documentar las violencia, la discriminación y la marginación sufrida por estos colectivos. En estos espacios periodísticos se procuró divulgar saberes y conocimiento producidos en distintos lugares del mundo, mismos que tenían como propósito desarticular los prejuicios e ideas falsas en torno a la sexualidad humana; los fundamentos de la ideología sexista que prescribieron una única forma, vinculada a la procreación y que a fuerza de una incesante repetición sacralizaron la unión exclusiva entre un hombre y una mujer. El nacimiento de estos recursos informativos se gesta también como parte de una intención clara de las organizaciones de apuntar hacia un cambio en la cultura, de gestionar a través de distintas expresiones, entre otras las artísticas, la posibilidad de abrir una mirada distinta y procurar acercamientos racionales y afectivos desprejuiciados y abiertos a la diversidad sexo genérica.

En ese orden, el teatro, la música, las fiestas fueron también parte del repertorio de acciones del movimiento. Incluso la marcha del orgullo misma, representó una forma que en México llevó a un extremo poco usual, fundamentalmente dentro de la izquierda, el empleo del humor, la ironía provocadora, el baile, la fiesta como insumos que además de expresar demandas incubaron una sensibilidad relativamente extendida para incorporar imágenes, lenguajes, formas de reconocer el amor y el deseo que con el tiempo se han vuelto parte de las referencias urbanas, al menos en la ciudad de México.

En poco tiempo, las organizaciones logran insertarse en el mapa del movimiento social mexicano y consiguen, además de visibilizar la homosexualidad, el lesbianismo y el travestismo, proveerse de cierta ritualidad que les permitirán reagruparse, incluso en momentos de intenso reflujo. Así es como ha funcionado la marcha del orgullo y, a principios de los ochenta, la semana de la cultura gay, cuya sede emblemática será el *Museo Universitario del Chopo* de la UNAM. Las primeras organizaciones contaron con medios de difusión y en el caso del FHAR se llegó a disponer de un local propio, ambas pistas apuntaban hacia un proceso de institucionalización que, pese a las aspiraciones teñidas de un espíritu espontáneo y horizontal, comenzaban a

despuntar en las organizaciones. En términos políticos consiguen mantener diversos niveles de interlocución con partidos políticos, sindicatos, organizaciones feministas así como aquellos que sentaron las bases de la lucha por los derechos humanos en el país. En menos de tres años de existencia pública adquieren tal notoriedad que hasta el mismo monopolio del entretenimiento y la información abrirá a cuenta gotas algunos bloques en su programación para incluir el tratamiento de estos temas. Es esas ranuras informativas, las ideas de la igualdad y la dignidad se fueron colando.

El movimiento capturó la atención internacional, se convirtió en centro diversos reportajes así como de investigaciones que intentaban desentrañar las paradojas de una sociedad, como la mexicana, en la cual el machismo se consagró como emblema y en donde emanaba un movimiento pujante así como diversos colectivos que poco a poco se apropiaban de espacios de la cultura en las grandes ciudades del país. Esa proyección internacional estuvo ligada también a las relaciones que desde muy temprano establecieron con organizaciones en Europa y los Estados Unidos, incluyendo a lo que serán los primeros esfuerzos por armar las redes internacionales de organismos de lesbianas y homosexuales internacionales. Dichos esfuerzos intentaron establecer lazos de comunicación y de apoyo a la lucha por los derechos de estos colectivos en todo el mundo. En ese marco, durante 1980 se organiza en Cuernavaca, México el Primer Encuentro de Feministas y Lesbianas en donde las militantes de Oikabeth, del Lambda y del FHAR tendrán oportunidad de tejer pactos y conocer las experiencias organizativas y de lucha de otras mujeres que vienen invitadas de América Latina. Cabe resaltar que este primer encuentro se convertirá en antesala de un esfuerzo continental por parte del movimiento feminista de realizar periódicamente Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, el primero de ellos realizado en 1981 en Bogotá, Colombia y el último celebrado 30 años después en la misma ciudad. Basta subrayar dos características relevantes para la exposición de estos eventos dentro del feminismo. La primera de ellas ha sido la inclusión del lesbianismo como un eje permanente en los diálogos y discusiones así como de la presencia de inicio hasta sus últimas ediciones de destacamentos de lesbianas feministas. En segundo lugar, la vocación desarrollada por el feminismo y el feminismo lésbico

de procurarse de espacios de reflexión continental, de profundizar los vínculos entre las militantes de los diversos países y construir agendas regionales. Estos esfuerzos de coligarse con pares latinoamericanos contrastan con la ausencia de iniciativas similares en las organizaciones homosexuales de predominancia masculina, al menos en ese primer momento.

Durante los primeros años de la década de los ochenta, el movimiento comenzará a experimentar un declive que se agudizará con la llegada del Virus de la Inmunodeficiencia Humana. Desde el origen de esta oleada lésbico homosexual se produjeron tensiones al interior y entre los grupos por una diversidad de temas entre los cuales sus propias definiciones identitarias ponían en disputa la orientación del movimiento. Por una parte, Oikabeth se definió como un grupo de lesbianas feministas, algunas de las cuales habían integrado originalmente al FHAR, mismo que abandonaron prontamente a causa de lo que ellas describieron como una predominancia masculina en la coordinación del grupo. Las lesbianas también resintieron la impronta masculina que se imprimió en la elaboración de los objetivos, las consignas y la actuación misma del FHRH. A su vez esta organización se asumió abierta a mujeres y hombres, considerado como parte de la integralidad del Frente la existencia de un colectivo lésbico, sin embargo, en los hechos se convirtió en una organización fundamentalmente de hombres. El Lambda, por su parte, procurará tener una mixtura balanceada entre lesbianas y homosexuales. Durante los momentos inaugurales del movimiento, el FHAR propondrá al resto agruparse en un solo organismo que unificase y por tanto fortaleciera la lucha del movimiento. El resto se negó a dicha petición, argumentando la necesidad de conservar la autonomía de cada agrupación, como una forma de reconocer y preservar la diversidad de perfiles y sujetos a los cuales se convocaba. En cambio se lanzó la propuesta de una coordinadora que articulara las acciones que debiesen ser comunes, fundamentalmente aquellas que tenían que ver con la dimensión más pública del quehacer de las organizaciones. Sin embargo, de acuerdo con diversos testimonios, la coordinadora solo operó como un membrete sin poder nunca fungir como lugar de confluencia, de referente en la cual intercambiar opiniones y generar acuerdos, de hecho la dinámica entre las organizaciones siguió un camino más bien inverso.

Desde las primeras manifestaciones un fenómeno que fue evidente, que desfondaba las identidades lésbica y homosexual fue lo que en ese momento se denominó travestismo. Los *hombres travestis* hicieron su aparición pública al inicio de las primeras manifestaciones y fueron contingentes que le dotaron de una expresividad anclada en el cuerpo que resultó fuertemente escandalosa, provocadora no sólo para las buenas conciencias sino también para la militancia. Una que en su mayoría optó por ese *habitus* de lo que era ser una persona de izquierda en los setenta: mezclilla, huaraches, huipiles, morrales, playeras. Cuerpos que con ciertos dislocamientos, encarnaban, en su mayoría, las prescripciones que la dicotomía genérica gestionó para ese momento en aquel peculiar espacio de la sociedad mexicana. Al mismo tiempo, la presencia *trans* fue el ingrediente que dotó a la acción política de la fiesta, aquella falta sacralidad y seriedad militante, del baile y de algunas de las consignas más creativas. No obstante, para cierta parte de quienes participaban en el movimiento, esta presencia resultaba incómoda, es más, era vista como un elemento que servía para desacreditar. Si ya la prensa se daba un festín morboso con la sola idea de homosexuales y lesbianas organizados, *las vestidas* se convirtieron en la cereza de las expresiones más discriminatorias que llenaron las páginas del grueso del periodismo nacional. Había opiniones dentro de movimiento, o bien cercana a él, para quienes la exaltación de ese tipo de feminidad que los hombres *trans* ejercían resultaba una caricaturización que denigraba a las mujeres, era una puesta en escena de las características que históricamente habían cosificado y sexualizado a las mujeres. Otras voces, por el contrario, clamaron desde una lógica de la opresión que no había colectivo que padeciera las manifestaciones más exacerbadas de la homofobia, quien estuviese sometido al desprecio, la burla y la violencia que los prejuicios y la ignorancia podían alimentar. Bajo esa perspectiva asumieron que eran estas personas las llamadas a constituir el verdadero sujeto de la revolución sexual.

Los conflictos afloraron y como ha sucedido a otras expresiones colectivas muchas de las disputas además de aspectos ideológicos y doctrinales tenían otro tipo de ingredientes en el sectarismo que forja una identidad clánica basada en la férrea distinción entre el grupo de pertenencia y aquellos otros con los cuales comparte un campo pero a quienes inviste de una rivalidad que se

alimenta en cada momento que se produce una diferencia, un desacuerdo. Esta lógica grupuscular se alimenta también de la competencia por el liderazgo, tanto grupal como personal, la envidia y los celos por el reconocimiento que las otras personas obtienen por las notas periodísticas y las fotografías que concentró alguien más. Entre los temas que vehiculizan estas disputas se encuentra la posición de la salida del closet, exigida por unos como una especie de mandamiento activista y en contraparte, la defensa del derecho a la intimidad. Las alianzas con los partidos políticos llevó a una discusión igualmente intensa, si bien desde sus inicios se buscó generar el reconocimiento por parte de los partidos de izquierda, entre algunos activistas muy tempranamente existió la apuesta de vincularse más estrechamente con el PRT. En particular, dentro de la membresía del Lambda existían militantes del partido trotskista que fungieron como vasos comunicantes, mismos que, entre otras cosas, propiciaron la sensibilización de esa agrupación partidista en un tema que implicó desafíos conceptuales y doctrinarios. Sin embargo, desde una perspectiva marxista, el PRT reconoció distintas formas de opresión no inscritas en la dimensión laboral y si bien coherente con sus postulados, asumió que la liberación de esos otros sujetos representaba una lucha importante y de justicia elemental, comprendía que esta solo podía tener sentido en un proyecto encabezado por el proletariado y el campesinado que culminase con la construcción del socialismo. Al mismo tiempo, esos militantes clave fungieron también como cadenas de transmisión del partido a las organizaciones

En 1981, la incorporación del PRT a la vía electoral urgió establecer una base tanto a nivel de militancia como de posibles votantes que apoyaran esta alternativa. De acuerdo como la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales (LOPPE) los partidos tenían que lograr una votación mínima del 1.5 por ciento de los votos emitidos a nivel nacional para conservar su registro. Con este escenario en miras, se inició un trabajo dentro de las organizaciones para incorporar al activismo homosexual dentro de su base electoral. La dinámica además de intensificar algunos conflictos dio como resultado la creación de un frente electoral denominado Comité de Lesbianas y Homosexuales en apoyo a la candidatura de Rosario Ibarra de Piedra en 1982.

Otro de los problemas centrales que erosionaron la vida de las organizaciones, incluso representaron una de las razones de su ruptura fue el tema del financiamiento. En esos primeros años, las cuotas voluntarias, los bailes para recabar fondos, las donaciones, las entradas de obras teatrales en beneficio de algunas de las organizaciones fueron las formas que posibilitaron la puesta en marcha de proyectos que adicionalmente se sostenían del trabajo gratuito y voluntario de sus miembros. La falta de recursos monetarios agudizó el sostenimiento de proyectos tales como las revistas y los periódicos de los cuales solo un par de números pudieron ver la luz, la fuerza con la que habían iniciado, las expectativas que habían despertado, interna y externamente fueron imposibles de mantener. Por otra parte, la concentración de responsabilidades en unas cuantas personas y la imposibilidad de generar cuadros que pudiesen compartir las cargas minó también las energías de un movimiento que al cabo de tres años comenzó a manifestar signos de agotamiento.

En 1981, el FHAR anuncia su disolución. En un documento público expone los motivos de una decisión que toma en asamblea por mayoría de votos. Las disputas internas, la falta de recursos, la ausencia de un mayor número de personas comprometidas para sostener los diversos programas, los conflictos enconados con el resto de las organizaciones del movimiento son algunas de las razones que se argumenta. Con la desaparición del FHAR de la escena, surgen otros grupos que comienzan por desdibujar la impronta de izquierda e imprimir una lógica a la que Juan Jacobo Hernández urgirá aplicar *la eutanasia*. De acuerdo con esta perspectiva, el movimiento entra en un proceso en donde la creatividad y radicalidad ceden paso al imperativo de asumir una actitud alejada de las estridencias, de provocar lo menos posible y por tanto de ajustar el discurso revolucionario a otro en donde la tolerancia, la aceptación se convirtieron en los anhelos de la nueva militancia. En 1984 el Lambda desaparecerá y 1985 un Oikabeth con una historia de escisiones a costas termina por extinguirse.

El declive presagiaba un escenario más crítico, la llegada del SIDA y con esta enfermedad, el fin de una era de activismo. No obstante, aun en la devastación se inauguraría una nueva fase en la actividad pública del movimiento.

## **CAPITULO 4 LA ENFERMEDAD COMO RUMOR. LA RECEPCIÓN DE UNA NOTICIA Y SUS PRIMERAS IMPLICACIONES**

### **I Preámbulo**

En los próximos capítulos se hilará un relato que, a manera de textil, entreteje diversas voces anudadas por la voluntad de quien lo crea, en este caso mi persona. Es una historia que releva la experiencia de quienes han construido los espacios desde donde se ha forjado la asunción del SIDA y la infección por VIH en tanto problema de emergencia social, desde una posición que encarna a la homosexualidad como una de las abyecciones mejor pertrechadas de la historia.

Es un relato hecho de muchas historias que comparten tramas similares, incluso podría decirse casi idénticas. Nada habrá de extraño en encontrar trazos comunes, el SIDA en sus múltiples aristas ha sido un fenómeno global no solo por lo que corresponde a la dimensión pandémica de la infección y al hecho de no existir región del planeta indemne a su presencia. Sus efectos globalizantes se dejan sentir también en las controversias que despierta, en los agentes que moviliza, en el *enredamiento* de acciones que se producen y un largo etcétera por el cual las constantes serán más comunes que excepcionales.

Este capítulo funcionará como un puente entre lo que hasta entonces había sido el movimiento de liberación homosexual y aquel que tendrá como eje al SIDA así como la propagación del VIH. Es un apartado que dará cuenta del momento en el que la nueva epidemia llega a estas tierras e impacta las filas del activismo. Dicho acontecimiento vendrá a profundizar la crisis que en el caso mexicano se venía experimentando en las filas del activismo pero al mismo tiempo posibilitará la reconfiguración de un sujeto, tanto en México como en Argentina, que se explica necesariamente como heredero de aquel que hizo de la libertad sexual su lema pero simultáneamente marca la emergencia de un otro con vida propia. Es el recuento de una llegada o mejor dicho de un recibimiento que desde ese momento inicial despuntará algunas de las marcas que se imprimirán en la configuración de un sujeto, sus normas, valores, formas de actuación, así como del espacio sobre el cual actuar, el mismo en el que se

celebrará ese litigio frente a ciertas formas de poder. Antes de proceder es preciso hacer algunos apuntes introductorios.

Como a lo largo de la tesis se ha expresado, durante las tres décadas de la epidemia, los hitos compartidos que marcan el origen, la expansión, el comportamiento, los avances médicos, los símbolos, así como muchos de los personajes que pueblan el imaginario en torno al SIDA se han decantado como patrimonio universal. Existe una dinámica globalizante que tiende a fijar claves universales en los relatos. En América Latina, estas tramas comunes refieren al carácter *rosa* de la infección y de los enfermos, situación que deviene del origen mismo de la epidemia en los Estados Unidos. Ello conlleva diversas explicaciones, por un lado, el comportamiento de la infección en la mayor parte de los países de la región, en donde han sido *los hombres que tienen sexo con otros hombres* quienes, en términos numéricos, han constituido la población más afectada. Por otro lado, a manera de tatuaje indeleble, lo *rosa* con todo la carga de desprecio y sorna selló un vínculo que hizo aparecer la infección como asunto exclusivo de este grupo, pese a la existencia de diversos colectivos que, desde muy temprano también fueron tocados por el virus. Finalmente otro de los elementos comunes referido también a lo homosexual se relaciona con los sujetos que emprendieron las primeras acciones colectivas para *hacer algo* por las personas que enfermaban y frente al crecimiento de la epidemia. Los homosexuales, organizados previamente o estrenándose en las distintas dimensiones del activismo constituyeron ese colectivo que protagonizó las primeras pinceladas de la historia política del SIDA. Esas constituyen tramas que compartidas en todo el continente y de manera específica en los países elegidos como marco territorial de la investigación: México y Argentina.

Al mismo tiempo que una pulsión global trasmina el recuento de la historia y marca hitos, cuyos influjos trascienden las fronteras nacionales, existe la mirada intencionada de quien investiga que, en buena medida, refuerza un sentido de coherencia y linealidad de los relatos. Si bien, lejos de apelar a la inocencia y asumir que aquí se recuentan las cosas tal como tal y como se presentaron en los hechos, asumo mi intervención cargada de intenciones intelectuales, políticas, éticas y afectivas, cuya impronta constituye un factor que igualmente organiza la narración y le dota de cierta coherencia y uniformidad.



Sin embargo de manera simultánea a la generalización, la apuesta de este estudio ha sido reconocer la multitoralidad de voces que dan cuenta de formas diversas de vivir los estragos de la enfermedad y de involucrarse en la organización de respuestas desde su condición de homosexuales, portadores o no del virus de la inmunodeficiencia.

Destacar la simultaneidad de esta otra tendencia que relativiza la historia y la singulariza no sólo centra la atención en el juego desempeñado por los contextos socioculturales y políticos tanto de Argentina como de México, de igual forma apuntan el reconocimiento de la subjetividad en tanto punto de partida para la reelaboración de las vivencias dentro del mundo gay y el activismo relacionado con el VIH-SIDA. Ello posibilita observar las diferentes perspectivas que bordan una historia cuya materia prima se hace de la síntesis de situaciones y condiciones que articulan la vida de cada una de las personas, muchas de ellas contrapuestas entre sí a pesar de compartir el mismo campo de acción política. Es decir, existen visiones diversas que resisten a las lecturas idílicas que asumen un relato perfecto y sin fisuras y al hacerlo dibujan un espacio habitado por sujetos que reconcilian sus diferencias y enfrentan como bloque compacto los adversarios de siempre: las iglesias, los gobiernos, la corporación médica, la industria farmacéutica, entre otros.

La prevalencia de formas de reelaborar con distintos matices, con acentos colocados en ciertos episodios y silencios en torno a otros, las divergentes observaciones sobre ciertas verdades asentadas, entre otros matices, habla de la heterogeneidad de quienes participan dentro del activismo. Sin embargo, no sólo son expresiones de una diferencia constitutiva sino también de contradicciones y disputas que de igual forma marcan otra de las dinámicas del activismo. Divergencias que a lo largo del tiempo y en momentos distintos han enfrentado a ciertos personajes en pugnas que suelen reconocerse como irreconciliables. Ello es parte de los relatos que en ocasiones se enuncian tímidamente en las evocaciones de quienes participaron en la investigación pero también se expresaron por boca de algunos sin cortapisas.

En esta investigación la subjetividad, lejos de ser una amenaza para la construcción del conocimiento, representó el insumo fundamental a partir del cual se elaboran los siguientes apartados y el núcleo de la tesis. Recuperar el

punto de vista, con toda la parcialidad que en ello pueda suponerse, constituyó uno de los propósitos que en el transcurso de la investigación devinieron centrales, incluso frente a las propias dudas y objeciones de los entrevistados en torno a la validez de su recuento por el carácter enteramente subjetivo. La intención fue darle prioridad a este tipo de recuento sobre el dato preciso, la fecha exacta, la coyuntura perfectamente recreada. Entre las razones para privilegiar este recuento se halla justamente la posibilidad de develar la complejidad en los procesos de construcción política por los cuales la identificación de un sujeto colectivo no excluye el reconocimiento de la conflictividad interna y el papel de las disputas que se verifican en torno a las múltiples visiones ideológicas, a los orígenes sociales diversos, a las formaciones políticas específicas pero también a la lucha entre egos, a las pugnas por recursos y por espacios pequeños o grandes de poder.

Si bien, la intensidad del trabajo no será atizar al fuego que corre por las filas del activismo tampoco pretende describir una situación en la cual prima el consenso y la perfecta armonía, las referencias a conflictos, rupturas y enemistades tejen también la historia y emergieron en las entrevistas realizadas en más de una ocasión.

Aunado a ello, la apuesta intelectual por hacer de los recursos subjetivos los insumos fundamentales de la tesis posibilitó aproximarse a una dimensión que en el proceso mismo de la investigación devino central: las emociones. A partir de los relatos, la remembranza, además de información, trajo aparejado un alud de evocaciones en donde la reflexividad racional aparecía indisociable de fuertes cargas emotivas. Ello no debía ser extraño, un tema como el SIDA ha representado, fundamentalmente es sus primeros años de existencia, una situación límite, cuya evocación trae a flote vivencias negativas cargadas de muerte, prejuicios, odio pero también de esas otras en las cuales la esperanza, la empatía, la solidaridad y la dignidad marcan la tónica de los enunciados. Todos los hombres entrevistados compartieron testimonios cargados de alguna expresión afectiva y emocional, todo lo contrario, emergieron en su gran mayoría a la menor provocación.

Probablemente debido a lo extremo de las experiencias que el SIDA ha acarreado, la dimensión afectiva pueda percibirse a flor de piel. Sin embargo,

fuera de ser una suerte de excepción, la perspectiva para realizar esta historización permite observar cómo esto ocurre igualmente, quizá de manera furtiva, menos nítida, como un insumo sustantivo de las relaciones políticas y la acción colectiva. Las emociones son constructoras de la realidad social y más precisamente de la vida política.

Las emociones configuran una madeja que se entrevera en esas dos lógicas societales, a cuyo encuentro se produce lo político: el orden policial y la irrupción de la política. Las emociones hallan sustrato en el orden, en todo régimen que instala una organización del mundo estratificado y coloca a ciertos colectivos en los lugares de la exclusión, el oprobio y la desigualdad. La producción de la realidad en tanto orden se verifica a través de distintos mecanismos y estructuras que los hacen posible: la coerción, las ideologías, los valores éticos, los estéticos, los discursos científicos, el influjo de las iglesias, entre muchos otros. Sin embargo, de forma concomitante un proceso que al mismo tiempo resulta individual y colectivo opera a nivel de las estructuras psíquicas y posibilita la incorporación, la asimilación de las pautas estipuladas por los poderes. En esa dirección, las emociones actúan como moduladores que permiten el engarce funcional de las personas con el mundo tal como se presenta. A través del miedo, la indiferencia, pasando por la gratitud e incluso por una lealtad casi amorosa, tal como lo señala Judith Butler (1997), individuos y colectivos desposeídos de recursos y derechos se vinculan con la opresión y sus opresores.

Si bien esta no es la causa última del mantenimiento del orden, si representa un enclave poco observado para comprender esos mecanismos que además de aceptable, hacen de las relaciones tal y como se presentan, con toda su carga de desigualdad y poder, deseable por parte de quienes detentan una posición subalterna.

La operación a través de la cual el SIDA apareció intrínsecamente ligado a la homosexualidad tuvo, desde la perspectiva del orden heterosexista, una serie de correlatos emocionales cuya objetivo fue reinstalar esas prácticas y esas identidades en los territorios de lo enfermo, lo antinatural, la inmoralidad y lo perverso. En los epicentros de la llamada revolución sexual de los años sesenta y setenta del siglo XX la acción del movimiento de liberación homosexual logró

destrabar ciertos dispositivos que mantenía en el eje de lo criminal y lo patológico<sup>67</sup> toda actividad que transgrediera la norma heterosexual. Las ondas de este fenómeno telúrico irradian hasta esos espacios que parecían fortificaciones de la tradición y el conservadurismo, tal como en cierta medida podría inferirse sucedía en México y Argentina. El primero en momentos en el cual el régimen de partido único se presentaba inamovible y el segundo bajo el dominio de la bota militar, en ambos casos, regímenes políticos y sociales generadores de una cultura poco propicia para el florecimiento de las diferencias sexo-genéricas.

Las posibilidades de construir de manera tímida esfuerzos por hacer de la homosexualidad una opción legítima y de los homosexuales seres comunes y corrientes y no los perversos monstruos o las risibles mariquitas en los dos países, no avanzó con la misma trascendencia que en Europa o los Estados Unidos. Sin embargo cuando la contestación al régimen sexual ganaba espacios, el SIDA apareció en escena, procurándose desde ciertos vectores el regreso a un clima en donde estas personas y sus conductas terminaran por ser comprendidos como entes perversos, esencialmente antinaturales, por tanto sospechosos de ser los causantes y propagadores de la *plaga*.

Como darán cuenta ciertos relatos, el montaje que hizo del SIDA y la homosexualidad un binomio interdependiente provocó el reforzamiento de ideas, valores, opiniones y por supuesto un flujo de emociones y sentimientos, entre los cuales el asco, el miedo, la desconfianza reconstituyeron una lógica para hacer de la abyección el vehículo que tanto en los imaginarios como en las prácticas reales vincularon a una parte importante de la sociedad con las personas infectadas con el virus de la inmunodeficiencia.

Como un aguijón que inocularía dosis del mismo veneno, la presencia del nuevo virus *rosado* presagiaba la restauración del régimen sexual prevalente antes de los vientos de cambio de los años sesenta y setenta del siglo XX. Uno de los marcadores de este éxito reactivo se verificó en las propias vivencias de

---

<sup>67</sup> En 1973, la Asociación Americana de Psiquiatría sacó, mediante el voto unánime de sus integrantes, a la homosexualidad del listado de desviaciones sexuales. En 1990 la Organización Mundial de la Salud hizo lo propio cuando excluyó a la homosexualidad de sus categorías estadísticas de enfermedades y problemas de salud.

quienes habían logrado destrabar esos sentimientos de culpa, vergüenza, miedo para al menos confesarse a sí mismos su orientación sexual diferente. El pecado original se presentó contenido de nuevas evidencias médicas y biológicas, un nuevo virus, el de la inmunodeficiencia humana condenó por medio de la culpa a las sexualidades no monógamas y heterosexuales a la peor de las penitencias: una enfermedad y una muerte agónica, putrefacta, padecida en medio del escarnio, el abandono y la soledad.

La abyección, expresión en la cual se sintetizan emociones, procesos racionales, ideologías, entre otros ingredientes, enmarcó las reacciones que, en consonancia con el mundo ordenado por patrones heterosexistas, asumieron la realidad tal y como se presentaba. No obstante, también aquellas expresiones que fraguaron resistencias y articularon subjetividades políticas opuestas a las sanciones del poder, tuvieron como dispositivo fundacional la propia abyección. Desde este lugar de oprobio en donde se colocó a las personas con VIH o con SIDA, las energías contestatarias se dirigieron a irrumpir y trastocar un orden que desde su perspectiva era injusto y perjudicial para este nuevo colectivo. Así como las emociones jugaron un papel relevante en el anclaje de ciertas estructuras, de igual forma despeñaron una función central a la hora de revertir el asco, la vergüenza, la culpa y otros hilos emotivos a partir de los cuales se asume inmutable y natural el orden social.

La opción no sólo metodológica sino epistemológica de producir un relato a partir de la experiencia, posibilita desentrañar esa dimensiones del acontecer humano en el cual las emociones aparecen revestidas de un posicionamiento político, es decir de una implicación en las relaciones de poder, tanto en aquellas que subordinan, marginan o explotan como en esas otras que alimentan la resistencia, la transgresión y la transformaciones del mundo.

De tal suerte, lo que a continuación se presenta es una síntesis que busca reconocer e integrar aquello que de global y generalizante tiene la historia del SIDA en Argentina y México, al mismo tiempo permite contemplar las particularidades emanadas de las condiciones históricas de estos dos espacios cuyas dinámicas guardan una incidencia en la configuración de los activismos locales y por tanto en los contenidos narrativos de sus historias. De igual forma, se pretende incorporar información que desde fuentes externas han dado cuenta

de la historia de activistas o analizado desde otras la acción política fundamentalmente de los referentes organizados del activismo. Estos recursos ostentan diversas facturas, desde testimonios personales, novelados algunos, hasta documentales, recreaciones dramatizadas para televisión, crónicas y documentos de las organizaciones. No obstante, serán los testimonios generados en las entrevistas la materia prima a partir de la cual se hilvanen el resto del entramado.

Antes de entrar en materia, es importante hacer una última consideración relacionada con la forma de exponer los resultados y en ese sentido su posible interpretación como un acto inscrito en la lógica de los análisis comparativos. La siguiente presentación está organizada a partir de ciertos hitos que darán forma a los apartados en los que se dividirán los siguientes capítulos. Dichos ejes dotan a la narración de una linealidad que permite articular los testimonios en un eje del tiempo que de atrás hacia adelante va armando la historia. Estos hitos pertenecen a la dimensión global que ha hecho del SIDA y la pandemia realidades comunes a todas las personas que habitamos el planeta y de forma más particular, acontecimientos gestados en alguna región del globo que prontamente afectan las dinámicas de los grupos y los activistas en el resto de las naciones. Tal como el descubrimiento del agente causante, la introducción de los cócteles, la institucionalización de un Fondo Mundial contra el SIDA , la tuberculosis y la malaria, el cierre de fronteras para el libre tránsito de personas con VIH-SIDA, etcétera.

Esta forma de exposición mediante el uso de hitos de carácter universal, además de posibilitar una lectura hilada a partir de marcadores que periodizan las distintas etapas de la acción colectiva, conducen a una observación en donde es factible dimensionar la concreción de las experiencias de los activismos en los países elegidos. En ese sentido, constituye un ensayo para destacar las particularidades de las experiencias argentina y mexicana pero del mismo modo es un mirador para reconocer los caminos comunes transitados por el activismo gay en ambos países frente a la amenaza del virus y sus metaforizaciones. Experiencias que incluso son compartidas por prácticamente los activismos de todo el mundo. Las respuestas sociales, en especial aquellas emanadas de los colectivos homosexuales ponen de relieve la naturaleza globalizante de las

acciones en contra del SIDA. En primera instancia, la epidemia puede caracterizarse como uno de esos sucesos que, como se ha señalado en diversos momentos en el trabajo, habla por sí mismo de la intensificación de los procesos de intercambio de mercancías, información y personas que, entre otros factores, otorgan contenidos precisos a la noción de aldea global. En segundo lugar, sincrónicamente, el activismo junto con otros sujetos y agentes sociales guarda una vocación internacionalista, asumiendo que la respuesta efectiva no solo a la propagación sino a la violación de los derechos humanos de las personas con el virus, tendría que ser leída universalmente.

En esa dirección, las redes de seropositivos, de colectivos homosexuales vinculados a la acción contra el SIDA, han tejido apoyos, intercambios de información, compartido tareas comunes, apuntalado el fortalecimiento de las acciones en ciertas regiones, presionando a las farmacéuticas, a los gobiernos, enfrentando a las iglesias, etcétera. Actos que muchas veces de forma invisible configuran una cultura y una serie de recursos políticos comunes al activismo de todos los países y, en cierta medida, a la cultura global.

De tal suerte, la organización de la información, como se ha ido precisando a lo largo del texto, no guarda la intención de procurar un análisis comparativo entre los problemas y los resultados del activismo en México y Argentina, tampoco persigue la realización de un acucioso examen sobre las diferencias y similitudes en las narraciones producidas en ambos contextos. A lo largo de la exposición será inevitable destacar lo uno y lo otro pero sólo como un recurso para subrayar la especificidad de los sujetos y las formas de la remembranza que, además de las historia del SIDA, del activismo y los cambios en la condición vivencial de los gays, permite reconocer los cambios culturales y políticos acontecidos en México y Argentina durante las últimas tres décadas. Para develar la singularidad de cada relato se usa de contraluz aquella que proporciona la otra, sólo con la intención de destacar sus características y no con el fin de realizar un estudio comparativo cuya producción requiere de cierta perspectiva y requerimientos metodológicos no contemplados para realizar esta investigación. Finalmente, habrá que precisar que, en este juego especular tampoco hay pretensión de colocar a ninguna de las experiencias en relación a la otra, es decir, una puesta como referencia de aquella otra que implícita o

explícitamente se asume central. Al menos en la presente investigación ambas se desempeñarán como equivalentes.

Hechas las anteriores precisiones, demos paso a la narración de una serie de sucesos que dan inicio como una noticia remota.

## **II.- Entre la incredulidad y la incertidumbre. El SIDA como rumor.**

Hoy en día atestiguamos la producción y reproducción al infinito de un fenómeno virtual que ha hecho uso intensivo de las tecnologías comunicativas y las llamadas redes sociales. Mediante notas, videos, comentarios, fotografías y otros insumos, personas a lo largo y ancho del mundo, la mayor parte desconocidas para el gran público global, encarnan en cuestión de minutos el sueño *warholiano* de adquirir eso quince minutos de fama mediática. Las fotos, los comentarios o los videos se suben a plataformas cuyo acceso, además de ser gratuito (por lo general), resultan fácilmente reproducibles por quien pica dos teclas; una vez ahí se esparcen, replican y multiplican hasta recorrer el globo en una brevedad digna de la ciencia ficción. De forma casi instantánea de una punta a la otra, alguien es capaz de reír con las peripecias de una abuela esquiando en un lago congelado de Siberia, presenciar a través de tomas improvisadas en teléfonos celulares un terremoto en el extremo sur de Chile, cobrar conciencia y solidarizarse con la resistencia de las mujeres egipcias que una vez triunfada la revolución rechazan volver a la condición que la tradición les ha asignado.

Esto que hoy se denomina información *viral*, o bien, adquiere el sustantivo del formato con el cual se presenta (video, fotografía, etcétera), asume en su comportamiento uno que, a semejanza de los virus, se disemina fisurando los ordenadores sociales como la clase, la edad, la nación. De forma acuciosa, la acción viral así como la de los propios virus, ponen en evidencia a la hora de propagarse, entre otros aspectos, la absoluta futilidad de las fronteras nacionales como sistemas de contención de lo externo, diques ante las amenazas provenientes de ultramar, contenedores de personas, ideas, valores, expresiones culturales, aun cuando sean generadas a miles de kilómetros de distancia. La viralidad y su referente biológico, los virus, develan esa infinita porosidad de las fronteras y de otros organizadores sociales dispuestos a diferenciar y, en muchos sentidos, a segregar a las personas. Al mismo tiempo



los virus en tanto metáfora de esos flujos informativos nos devuelve la sensación de que la globalización se ha intensificado. Así las percepciones del espacio y del tiempo cobran otros tintes por los cuales las dimensiones del mundo parecen cada vez más reducidas, más próximas y humanamente abarcables. Mientras tanto, los tiempos se escurren de las manos, son tornan en momento fragmentados cada vez más acelerados y la prisa se alza como el signo de los procesos humanos.

Durante los años ochenta, antes de la existencia de *Word Wide Web* y por supuesto previo a la posibilidad de imaginar las redes sociales, los chats, la telefonía celular y todas las invenciones tecnológicas que hoy hacen parte de la vida cotidiana, existió una era en donde los indicios de la era global ya se encontraban presentes festejando el intercambio fluido de mercancías, de servicios y de capitales. Menor entusiasmo despertó el movimiento de personas, mientras el flujo de información, en ocasiones, también se tomó con reservas. De tal suerte, antes de la explosión de lo viral, la información ya viajaba y se replicaba, muchas veces descontextualizada después de tanta repetición, otras tantas, deformada con toda intención en el transcurso de la cadena de intermediarios, en otras su recepción en contextos diferentes al primario potenciaron sus efectos confusos.

La información en tanto analogía de virus tiene larga data y así en ese formato, el Síndrome de Inmunodeficiencia Humana, viajó y llegó tanto a México como Argentina, incluso antes de denominarse como tal, previamente incluso a la comprobación de su origen de esta nueva calamidad. Los ecos de una misteriosa y letal enfermedad arribaron prácticamente a todos los rincones del planeta reverberando particularmente entre los colectivos y los homosexuales en lo individual. La enfermedad tenía la particularidad de afectar a jóvenes homosexuales, asentados en aquellas ciudades en los Estados Unidos consideradas los epicentros de la revolución sexual, las *Sodomas* y *Gomorras* de la modernidad, de acuerdo con la visión conservadora.

El virus inició su trepidante viaje a través de los cables que las agencias noticiosas recogieron y distribuyeron por los medios locales, principalmente la prensa escrita, en donde se asentó, con tono de sorna y más de las veces con una absoluta ignorancia las implicaciones y consecuencias de lo que se estaba

gestando. No había explicación alguna durante los primeros años, sólo el hecho de una *peste color rosa* que en poco tiempo y ante la incapacidad de una respuesta eficaz de la medicina, concluía irremediablemente con la muerte de los enfermos.

*La peste rosa* llegó a oídos los activistas así como también de aquellos que aún no habían devenido en tal pero que se hallaban en alguna de las fases de su experimentación en torno a esa orientación sexual *diferente*. Llegó como suelen llegar los rumores sin pasar desapercibido, despertando curiosidad e intriga. Sin embargo, tal como sucede con aquellos eventos que acontecen en otras regiones del mundo y sobre el cual existen un flujo escaso y vago de datos, la realidad adquiere una lejanía que la hace aparecer casi virtual, una especie de inverisimilitud tal como acontece con las notas sobre terremotos, ciclones o guerras acontecidas a kilómetros de distancia que no representa una amenaza inmediata y por tanto deja de ser de la incumbencia de quien escucha desde lejos. Es un evento que si bien no resulta intrascendente, en esos primeros momentos no cuenta con la fuerza para alterar las acciones individuales y colectivas de los homosexuales mexicanos o argentinos.

En esos primeros años, la aparición de la *peste rosa* no cambia las prioridades organizativas que en el caso argentino coinciden con el arribo de la democracia después de una cruenta dictadura que va de 1976 a 1983. La brisa democrática permite alentar el deseo de que con ella se flexibilizarán también las tensas restricciones que en materia de sexualidad los regímenes militares habían instituido. Algunos de quienes se convertirán en los próximos dirigentes de esta nueva oleada, como Carlos Jáuregui, verán con un optimismo desbordado el triunfo de la Unión Cívica Radical y el ascenso de Raúl Alfonsín a la presidencia de la estrenada democracia argentina (Bellucci Mabel, 2010). Los hechos le demostrarían como el retorno democrático no ampliaría el repertorio de derechos para muchos colectivos, entre ellos el de los homosexuales. Por el contrario éstos seguirían considerados como personas que cometían delitos a la decencia pública. Tal como se describió en el capítulo sobre el movimiento gay argentino, el retorno de la democracia desencadenó un mayor número de razzias y el arresto de hombres flirteando en la avenida Santa

Fe o reunidos en alguna de las discotecas que de forma reiterada resultaban clausurada o en las fiestas privadas organizadas clandestinamente.

De tal suerte una vez finalizada la embriaguez democrática y ante las múltiples evidencias de que las políticas homofóbicas de herencia militar continuarían, Jáuregui y otros más se darán a la tarea de construir la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) para enfrentar una situación contraria a la propia conformación de una comunidad homosexual. Carlos Jáuregui quien había estado en Europa y los Estados Unidos a principios de los años ochenta, presencié el desarrollo de los movimientos de liberación homosexual, los espacios logrados por éstos y la vivacidad de los colectivos para gestionar acciones, colocarse en el debate público y lograr cierta interlocución con los agentes estatales. Una de las claves que, basada en esas otras experiencias, la CHA replicó en Argentina, fue la política de la visibilidad. Este salir del closet como una acción cuyo propósito ha sido afirmar la legitimidad de las orientaciones sexuales diversas y mostrar cómo los homosexuales podían presentarse en todos los colores, en todas las complexiones, expresando una gama diversa de actitudes y comportamientos, desbordando los estereotipos que desde el poder caricaturizaban la condición de todos y cada uno de los homosexuales. Carlos Jáuregui en su calidad de presidente de la CHA sale en la portada de una importante revista de circulación nacional *Siete Días* develando por primera vez en la historia de aquel país el rostro y dando nombre aquello que permaneció en el misterio fantasmal, en el imaginario que los rumores estereotipados cultivaron. Jáuregui junto con otro militante de la CHA también retratado en la portada, se convirtió además en la voz que dio cuenta de los peligros de ser homosexual en la Argentina, peligros relacionados con la discriminación social y con la represión policiaca.

Enfrentar la represión será uno de los ejes que articulará las acciones de la CHA y de las otras organizaciones que comienzan a aparecer en el espacio de la diversidad sexo-genérica. La eliminación de los edictos policiales y de normativas menores por las cuales los distintos colectivos que irían configurando el movimiento Lésbico, Gay, Transgénero, Transexual y Bisexual argentino continuaban siendo objeto de persecución, represión y abuso por parte de los cuerpos policíacos.

Así es como Jáuregui incorpora lo observado en los países del norte y con ello comienza una nueva etapa en la entrecortada historia del movimiento gay argentino. Paradójicamente en ese mismo recorrido por otros países, atestiguará de primera mano los estragos generados por esa nueva enfermedad que atacaba a los homosexuales. Pese a la experiencia, el propio Jáuregui mantendrá resistencias a incorporarla como parte de la agenda del colectivo. Algunos años después la pandemia le explotará en su propio entorno y en su propio cuerpo, pero durante la primera mitad de los años ochenta, el SIDA seguía siendo un problema de otros. En efecto si bien los datos epidemiológicos indican que los primeros caso aparecen en 1982, justo el mismo año que se detectan en Nueva York y San Francisco, será hasta final de la década y durante los años noventa que ésta se vuelve epidemia en Argentina.

En México por su parte, las primeras personas enfermas se notifican en 1983, pero igual que en Argentina en esos primeros años, los ejes de acción de los pequeños núcleos que articulaban el movimiento lésbico homosexual, se encontraban instalados en otras prioridades. Entre otras, una inusual entrada a la política electoral que en 1982 hace que una parte de los grupos entonces existentes se articulen en torno a la candidatura presidencial de Rosario Ibarra de Piedra, candidata por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

En México, el sistema de partido hegemónico o de partido de gobierno, comenzó a desgastarse hacia finales de los años sesenta. Durante la primera mitad de la década siguiente y frente a la opción represiva que el gobierno esgrimió en contra de los movimientos sociales que le representaban algún cuestionamiento, emergieron las guerrillas tanto a nivel urbano como rural. El Partido de los Pobres en Guerrero o la Liga 23 de Septiembre con acciones en diversas ciudades del país, fueron algunos de los grupos que se decantaron por la vía armada como la estrategia de transformación en México. En ese contexto, una de las respuestas institucionales que el estado articulará es la reforma político electoral que en 1977, durante el gobierno de José López Portillo, legalizará al Partido Comunista Mexicano y posteriormente a otros agrupaciones de la izquierda. Éstos a su vez se incorporarán a la actividad electoral y se inaugurarán en el debate parlamentario, en donde muchos de sus cuadros más

promitentes tendrán un espacio de disputa e interlocución, acotado a su condición de minoría con representación en la cámara de diputados.

Como se desprende del capítulo dedicado a historizar al movimiento gay en México, éste nace vinculado a las organizaciones de izquierda y a las grandes preocupaciones políticas que durante los años setenta van a atravesar los debates y orientaciones de las diversas corrientes que conformarán la izquierda mexicana: la lucha armada, la política electoral, la luchas sindicales, la solidaridad con los pueblos de América Latina o con los pueblos en lucha por su liberación nacional. En menor medida, la izquierda de los años setenta tuvo que dar respuesta a la presencia de movimientos que irrumpían desde lógicas no clasistas pero que representaban y tematizaban otras formas de dominio que desafiaban esas visiones acartonadas sobre la realidad social y los conflictos colectivos que aun imperaba en las diferentes formaciones políticas de izquierda. Entre otros, particularmente por toda la impronta sexista que preñaba las mentalidades de los militantes y dirigentes resultó difícil procesar y más aún hacer suya las demandas enarboladas por el movimiento de liberación de las mujeres y el entonces llamado movimiento de liberación homosexual.

No obstante, las izquierdas se constituyeron en interlocutores y en espacios incluso de actuación de estos movimientos, entre otras razones, porque algunas de las feministas de los años setenta como diversas personas que fraguaron los grupos lésbico-homosexual en México se habían formado en algún partido u organización dentro este espectro político. Algunas de éstas mismas mantenía una doble militancia y por tanto fungieron como vasos comunicantes de las demandas y la agenda de ambos movimientos. Pero también, en algunos sectores de las izquierdas, los efectos del sesenta y ocho permitieron repensar ciertos principios provenientes del marxismo y adoptar una perspectiva más sensible a las diversas formas en que se expresan las relaciones de poder. Por tanto en ciertos partidos y organizaciones se realizó un viraje para incorporar algunos de los planteamientos lanzados por el feminismo<sup>68</sup> y en menor medida por los movimientos de liberación lésbico-homosexual.

---

<sup>68</sup> De 1979 a 1982 se crea el Frente Nacional de Lucha por la Liberación y los Derechos de la Mujer (FNALIDM) instancia que articula a grupos feministas, sindicatos universitarios y magisteriales, organizaciones lésbico-homosexuales así como al entonces Partido Comunista Mexicano y al Partido

En particular el trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), fundado en 1979 dio una mayor cabida no sólo a los reclamos provenientes del feminismo sino también del movimiento de liberación lésbico-homosexual. A nivel internacional el trotskismo en tanto corriente política se caracterizó por tener una apertura hacia los temas que la revolución sexual de los años sesenta y setenta insertaron en el debate público. De acuerdo con el dirigente histórico Juan Jacobo Hernández (Entrevista Juan Jacobo Hernández) en Francia y Estados Unidos, dentro de las filas del movimiento de liberación homosexual existieron activistas que provenían de una militancia dentro de grupos adherentes a la cuarta internacional. En ese sentido existía una tradición recogida por el PRT mexicano que hizo de este espacio político uno en donde encontraron eco los temas de la agenda de la diversidad sexual, además de la presencia de militantes de quienes, en diversos niveles, formaron parte de la estructura organizativa del naciente partido trotskista.

En 1982, el mismo año en que la hace su aparición la *peste rosa*, el PRT junto con una coalición de agrupaciones de la autodenominada izquierda social y radical se presentan a la contienda electoral que en ese año incluye la elección presidencial. La llamada Unión Obrera, Campesina, Popular lanza a la primera mujer en la historia electoral para contender a la primera magistratura, Rosario Ibarra de Piedra, militante por los derechos humanos y la aparición con vida de quienes había desaparecido durante los años de la guerra sucia en México. El mismo hijo de Rosario fue secuestrado ilegalmente por las fuerzas antsubversivas del estado sin que hasta el momento se sepa oficialmente de su paradero. En esta coyuntura se crea el Comité de Lesbianas y Homosexuales en Apoyo a Rosario Ibarra (CLHARI) y en la lista de las candidaturas a diputados, el PRT postula a cuatro activistas procedentes del movimiento lésbico-gay, tres en la capital del país y uno más en Jalisco.

---

Revolucionario de los Trabajadores, entre otras organizaciones. La agenda que articula a este frente se centrará en lo que en ese momento se denominó la lucha por una maternidad libre y voluntaria. El resultado de estas discusiones y confrontaciones dio a luz un proyecto que la bancada de la Coalición de Izquierda (el PCM y otros partidos coaligados) presentó a la Cámara de Diputados, la reacción de la derecha y la iglesia católica fue muy agresiva, las calles de México se llenaron con carteles con fotografías de los asesinos de niños, el proyecto no prosperó y ese encuentro entre las izquierdas y los feminismos concluyó. (Lamas Marta, 1992)

Por supuesto este proceso lejos de haber articulado a todas las expresiones del movimiento, suscitó conflictos y rupturas que giraron justo en torno a la vía electoral como el medio para generar cambios sociales, sobre la relación de las organizaciones con los partidos, incluso sobre el sujeto que el propio movimiento debía privilegiar, aquel que debía dar sustento a las luchas por la liberación sexual. Esos eran los temas que polarizaban y además concentraban buena parte de las energías creativas del movimiento, aunado a los asuntos clásicos que referían a la represión, las políticas discriminatorias, las redadas policiacas y otros. El SIDA entonces no representó una preocupación mayor.

Hasta ese momento la peste era inasible, lejana. En términos políticos los grupos tanto en México como en Argentina tenían otras preocupaciones y sobre todo otras causas sobre las que en ese momento se consideró prioritario actuar. Por su parte, en el seno sectores homosexuales configurándose como tales y en muchos sentidos distantes de sus expresiones organizativas, pregnaba el deseo de libertad y de goce, de hacer realidad esas promesas anunciadas por la revolución sexual que sólo a través de los ecos arribó al resto del continente americano, endurecido por la presencia militar o bien como en el caso mexicano disfrutada a cuenta gotas por algunos en determinados espacios siempre efímeros. En Argentina y en México los homosexuales y las lesbianas querían fiesta, baile, poder encontrarse con otras y otros en lugares públicos tomarse de la mano y por qué no, también besarse. Querían sacarse el pecado de su cuerpo y liberarse del estigma de la enfermedad, a pesar a moverse en territorio minado, aprovechaban los tiempos y los lugares en donde se podía gozar y bailar. Deseaban prolongar aquel *sountrack* que dio vida a las pistas de luces y sonido de la edad de oro de la música disco, ritmos que al mismo tiempo marcaron el paso de esa añorada liberación sexual. *I will survive* y otros más parecían proteger a través del goce de todas adversidades cotidianas, el acoso policiaco, la discriminación social, la violencia. A principio de los ochenta, los homosexuales en México y Argentina como el resto de la población no podían ni querían ver la amenaza que se ya se hallaba incubada en el seno de sus propias filas.

Si bien los medios escritos habían notificado la existencia de esa enfermedad que atacaba con virulencia a los homosexuales, haciendo hincapié en la incapacidad médica de hacerle frente, aquellos que comenzaban a figurar en las listas de defunciones no tenían nombre, eran seres anónimos que poco importaban, salvo para las personas cercanas. Las fotografías que acompañan los primeros reportajes registraran torsos, brazos, piernas y espaldas carcomidos por el *sarcoma de kaposi*, esas mismas manchas violetas que marcarán como estigma el cuerpo de las personas infectadas. Si la intención de ilustrar a través de cuerpos fragmentados tenía que ver con principios éticos destinados a cuidar la identidad de las personas infectadas, también generó una suerte de deshumanización, al presentar a las víctimas en pedazos, terminando por generar el efecto de negar su cualidad de personas, de seres integrales. En muy poco tiempo los mecanismos que protegían en el imaginario a los homosexuales y en general a las sociedades latinoamericanas de la crudeza de esa nueva pandemia se verá sacudida ante una noticia que colocaría la *peste* en las primeras páginas de los diarios, la televisión, la radio y en boca de personas en todo el mundo.

En 1985 esa noticia viral que dará la vuelta al mundo y colocará el tema de la enfermedad, reconocida ya como Síndrome de Inmunodeficiencia Humana en el centro de las preocupaciones finiseculares. Una nota cuyo origen podría haber emanado de la sección del corazón, trascendió los acontecimientos de la farándula por las implicaciones que a continuación se narran. En 1985 Rock Hudson estrella de cine de los años cincuenta, uno de los estereotipos de la virilidad declaró públicamente padecer SIDA, pocos meses después moriría a causa de alguna enfermedad oportunista. La noticia sacude al mundo a diversos niveles, los significantes contenidos en ella son múltiples y ricos en lecturas. De entrada, se trató de la primera figura de fama mundial en darle rostro a la enfermedad, ya no se trataba de seres desconocidos sin historia o sin un nombre para evocar. Rock Hudson había participado en películas y series para la televisión, por lo que en un mundo mediático se le consagró un lugar en el memorial del espectáculo. Paradójicamente, en algunos de los papeles que encarnó en su momento de gloria, hacía las veces de ese marido de ensueño, media naranja de esa actriz que personificó el ideal de mujer de los años



cincuenta: Doris Day. Ambos protagonizaron algunas de las más sonadas comedias de la época, misma que asentaron a través del humor y la hilaridad, la maravilla de la vida en los suburbios, la dichosa suerte de contar con mil y un implementos domésticos, las delicias de la vida en familia, la fusión de los complementos, hombre y mujer, la procreación de hijos y esa *mística de la feminidad*<sup>69</sup> que Betty Friedan se encargó de visibilizar. La comedia, y todo el entramado derivado, funcionó sobre una precondición implícita no sólo de esta y otras películas sino del grueso de los insumos culturales: la heterosexualidad.

En calidad de estrella hollywoodense, personificó un papel que al mismo tiempo encorsetó su vida privada dentro de ese estereotipo viril que necesariamente pasaba por aparentar ser un hombre *normal*. En tanto activo de la industria de las ilusiones, se le fabricó un matrimonio y se protegió de cualquier escándalo que pudiese dañar su rentable imagen. Debía por tanto guardar en el más recóndito lugar de su intimidad los deseos que lo impulsaban y sobre todo sus prácticas. Por ello resultó paradójicamente trágico que aquel apuesto hombre, quien invirtió tanto de sí para mantener bien guardada su verdad, tuviese que salir de esa forma del closet, visiblemente deteriorado y asumiendo su doble condición de ser un homosexual oculto y la de padecer esa enfermedad ya para entonces estigmatizada.

El golpe mediático que acompañó la muerte de Rock Hudson marcó un antes y un después en la historia del SIDA. Para la mayoría de los activistas entrevistados es quizá el primer recuerdo contundente de la existencia de esta nueva enfermedad, de sus consecuencias mortales y de su capacidad potencial de restaurar ese orden compulsivamente heterosexual al que apenas se le producían algunas perforaciones, en especial en América Latina.

En realidad a mi vida llegó el Sida puntualmente con Rock Hudson no como Sida sino como “peste rosa”; yo además no lo podía creer; yo decía que no se podía morir, que no se iba a morir que todo era un invento pensaba, yo estaba enamorado de Rock Hudson además me dio mucha lástima cuando lo vi en las últimas imágenes o las primeras que él se mostró antes de morir y eso fue lo primero; después empezó hablar del Sida el *Eroticon* la revista esta que yo compraba hablaba; hablaba del

---

<sup>69</sup> Betty Friedan acuña este concepto para dar cuenta de ese entramado ideológico que posibilita que las mujeres de fines de los cincuenta y principios de los sesenta regresen al espacio privado después de participar en el mundo del trabajo remunerado así como de estudiar a nivel universitario.

Sida, hablaba de la “peste rosa” era una cosa que no se entendía mucho. (Entrevista Diego Tadschi).

Los primeros recuerdos que tengo del SIDA, creo que le debe pasar a mucha gente, la primer referencia es Rock Hudson, esa es como la primer noticia. Después otra referencia como importante que recuerde es a Carlos Jáuregui, militante activista muy importante para la defensa de los derechos civiles en Argentina y bueno sobre todo se asociaba muy directamente en mi mente y bueno en general, yo creo que era el papel de los medios, a la homosexualidad. Las relaciones entre hombres al SIDA, recuerdo que eso que fue como paradigma, recuerdo otra cuestión, la propaganda de Benneton que tuvo mucha discusión sobre el SIDA, de eso me acuerdo perfecto porque la imagen era tremenda, era espantosa. De hecho después cuando tuve un amigo enfermo la primera imagen que se me apareció fue esa la de Benneton (Entrevista Adrián Melo).

Rock Hudson sería uno de los primeros de una lista que enlutaría el mundo del espectáculo, las artes, la cultura, la ciencia y la vida cotidiana; junto con el deceso de Freddy Mercury, se convertirá en el referente más recordado de las víctimas que la nueva enfermedad dejará a su paso. Al mismo tiempo sacuden las conciencias en el mundo entero, particularmente la de los activistas que hasta al momento parecían no reaccionar ante la amenaza que se está gestando. Tanto Hudson como Mercury, debido precisamente a su fama, posibilitaron que la difusión sobre el SIDA alcanzara otra dimensión, que se volviese un tema reconocido a lo largo del mundo y pudiese insertarse en las discusiones públicas en la mayor parte de las naciones. Pero además ayudaron a visibilizar la magnitud de una infección, en especial dentro de los activistas quienes reconocieron cómo aun en los espacios más privilegiados del planeta, aquellos en donde priva el dinero y el éxito, no existían garantías de invulnerabilidad. A partir de estos sucesos, las alarmas comenzaron a encenderse, algo había que hacer, la muerte no era la única amenaza en ciernes, aunada a ello, los enunciados apocalípticos que se propagaban venían acompañados de nuevas expresiones de linchamiento cuyas consecuencias prácticas apuntaban al regreso de las eras más oscuras de la represión contra la homosexualidad y los homosexuales.

En efecto, a partir de la aparición en mayor número de celebridades en esa lista ignominiosa y conforme las proporciones de la infección anunciaban su transformación en pandemia, las noticias cobraron tintes cada vez más amarillos

y constituyeron uno de los alimentos de la paranoia colectiva que leyó en el SIDA un jinete apocalíptico que presagiaba el fin del mundo. La combinación de miedo y la falta de información certera reforzaron las voces homofóbicas permanentes en las sociedades latinoamericanas, dotándosele de nuevos recursos que entre mitos e imprecisiones sentenciaron la culpa de aquellos quienes llevaban una vida sexual fuera de la norma y la naturaleza. Los *lilos*, los *jotos*, las *locas* y toda una pléyade de expresiones llenas de agravio pulularon por los medios, fundamentalmente escritos, para denominar con claras pretensiones discriminatorias a las víctimas. Esos nombres y esas expresiones tuvieron consecuencias prácticas de diversa índole. Algunos encabezados de notas periodísticas recopiladas por Carlos Monsiváis (1988) quedan como testigos de la acogida y reproducción informativa en México durante 1985-1986; perlas del prejuicio que hoy pueden leerse con humor pero que en su momento repercutieron nocivamente tanto por su influencia en las concepciones sobre la enfermedad como por el trato recibido por las personas infectadas: “Los mujercitos esparcen la peste”, “La plaga bíblica sobre los afeminados”, “Dios sacude a Sodoma”.

Nosotros acá en Argentina empezamos a enterarnos que el SIDA vino, nunca me voy a olvidar que fue a través de un diario que era Crónica y la noticia era que había salido la famosa “peste rosa”. Luis Biglié

Este linchamiento moral en el cual las iglesias han tenido desde el primer momento una participación central, representaron una de esas fuerzas sociales que desde cierta perspectiva, con determinados intereses, movilizandolos recursos y articulando alianzas, delimitaron los contornos de un espacio de disputa sobre los significados del SIDA y ante todo respecto a las acciones que debían tomarse. En México y Argentina, este protagonismo estuvo a cargo de la iglesia católica, cuyos voceros se encargaron de bajar la línea que desde el Vaticano se había trazado para posicionar a la milenaria institución y reforzar sus preceptos relacionados con la familia, la sexualidad y por supuesto la emergencia de esta infección que volvía a poner en el caldero de las discusiones añejos conflictos.

Así como de manera global la iglesia católica devino en uno de los antagonicos por excelencia de las reivindicaciones de libertad y derechos para los colectivos lésbicos y gays, la aparición del SIDA volvió a enfrentarlos sobre

las acciones puntuales que debían tomarse pero igualmente respecto a los valores fundamentales que debían preservarse. La iglesia ha mantenido coléricos debates sobre uso del condón, en los cuales ha mixturado argumentos de tintes morales con aquellos de carácter técnico cuya conclusión apunta hacia la falibilidad del látex como barrera para contener los microscópicos retrovirus, de acuerdo con ciertas pruebas científicas testimonian la filtración por esas nano fisuras del material con cual se producen los condones. Pero además insistirán: si los intercambios sexuales son la principal vía de infección, la fidelidad será, en consecuencia, la mejor forma de prevenir y detenerla. En caso de los homosexuales, las lesbianas y aquellos heterosexuales sin una pareja sancionada por los sacramentos, se prescribió la abstinencia como el remedio indicado.

La iglesia católica ha pretendido desmarcarse de las acusaciones de homofobia lanzadas en su contra, sus pronunciamientos más contemporáneos harán una distinción entre la condena hacia los homosexuales y al ejercicio de la homosexualidad. Es esta última la cual se observa como “intrínsecamente desordenada” ya que son actos contrarios a la ley natural, debido a que no persiguen el don de la vida como fin de la sexualidad y por tanto no construyen un vínculo de verdadera complementariedad afectiva y sexual. Estos actos, sostendrá la iglesia, no pueden recibir aprobación sin excepción alguna. Por lo que corresponde a la tendencia homosexual cuyo origen sigue siendo incierto constituye una prueba para hombres y mujeres, quienes en la medida que unan su sacrificio al del Dios en la cruz pueden recibir acogida, compasión y respeto, en síntesis la única perspectiva cristiana será la castidad<sup>70</sup>.

---

<sup>70</sup> Existen diversos artículos que analizan la postura de la iglesia católica frente a la homosexualidad y frente a la pandemia del SIDA, entre otros artículos podemos citar “Homosexualidad y cristianismo en tensión: la percepción de los homosexuales a través de los documentos oficiales de la Iglesia Católica” de Juan Cornejo Espejo y de Luis Mott “Del malo pecado al pecado intrínsecamente malo. La radicalización fundamentalista de la homofobia católica desde los tiempos de la Inquisición a hasta Benedicto XVII”. Sin embargo, las tecnologías de la comunicación con las cuales el Vaticano se ha puesto en sintonía, permite acceder a sus documentos oficiales, entre otros, cabe destacar la *Declaración sobre algunas cuestiones de ética sexual* elaborada por la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1975 y en *el Catecismo de la Iglesia Católica*, disponibles en el portal vaticano en su sección de documentos. Véase [http://www.vatican.va/phome\\_sp.htm](http://www.vatican.va/phome_sp.htm)

Si la posición de la Iglesia se había mantenido bajo esos lineamientos con respecto a la homosexualidad, por lo menos desde el Concilio Vaticano II, la aparición del SIDA no varió un ápice sus convicciones previas, todo lo contrario, el nuevo contexto parecía validar sus compromisos históricos en materia sexual y moral. De esa manera, a contrasentido de las recomendaciones de los organismos internacionales, de la opinión de buena parte de las comunidades científicas y de las reivindicaciones de las organizaciones de derechos humanos, la Iglesia continúa en su obstinada promoción de la abstinencia, la monogamia así como su oposición sin cortapisas al uso de los condones y por supuesto a la libre opción sexual de mujeres y hombres.

A nivel local, las iglesias tuvieron comportamientos que como dice la expresión pueden ser considerados *más papistas que el papa*, no solo siguieron a pie juntillas los preceptos vaticanos, fueron incluso más allá en su cruzada moral en contra de la promiscuidad y las desviaciones sexuales. En Kenia, país donde las proporciones epidémicas del SIDA han resultado avasalladoras, el entonces cardenal Maurice Otunga quemó cajas de condones y folletería que promovía el sexo seguro, en Polonia tierra natal de Juan Pablo II, organizaciones paraeclesiales compraban masivamente preservativos también para inutilizarlos (Mejía María Consuelo, 1997). En Argentina y en México, los exabruptos clericales no llegaron a concretarse en actos de esa índole pero los discursos de obispos y cardenales adquirieron tonos que provocaron reacciones inmediatas de colectivos que se sintieron indignados ante dichos en donde, entre otras cosas se asentó, que *el SIDA era un castigo de dios*, declaración poco afortunada autoría de Girolamo Prigione, nuncio apostólico en México<sup>71</sup>. En Argentina el arzobispo de Buenos Aires, Antonio Quarracino, fue más allá en su prédica fóbica, por su boca emanó la idea de crear una “zona grande para que los gays y las lesbianas, que son una mancha innoble en el rostro de la sociedad, vivan con sus propios periódicos y su propia Constitución”. El ámpula que

---

<sup>71</sup> Prigione fue el primer nuncio apostólico una vez que durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) se restablecieron relaciones diplomáticas entre México y el Vaticano. Prigione además de asentar la naturaleza correctiva contenida en el SIDA, deslizó la culpabilidad de las víctimas, si existía algún castigo era porque algo malo se estaba haciendo, no fue difícil encontrar la culpa y a los culpables y por tanto generar una falta de empatía o lo que en términos religiosos se auspicia la misericordia con las personas afectadas. Prigione en una visión alejada de la bondad, el amor y el perdón cristiano, estipuló una sentencia por la cual señaló: dios se manifiesta en el mundo a través de recordatorios trágicos. (García Murcia Miguel, 2009:22-23).

despertaron estas opiniones y las movilizaciones subsecuentes en contra del episcopado argentino obligaron a Quarracino a reconocer públicamente su exabrupto aunque nunca se disculpó con los sectores agraviados. (Nota periodística, Archivo Documental).

La iglesia católica será uno de los agentes que contribuirá con un decidido protagonismo a generar ese clima de ansiedad social y linchamiento moral que marca la historia del SIDA tanto en México como en Argentina. No será el única en esta cruzada, se producirán alianzas de facto con otras instituciones y poderes, incluyendo a grupos que bajo otra racionalidad negará la existencia del virus pero insistirá en el cambio de hábitos para detener la enfermedad. Sin embargo, cabe resaltar que en su oposición al uso del preservativo, la iglesia católica irá esparciendo verdades a medias que de igual forma aportarán a la confusión y la circulación de mitos y falsedades sobre el SIDA, sus mecanismos de transmisión, su síntomas, la falibilidad de las pruebas clínicas, etcétera.

En efecto, aunado a la paranoia y a la profundización de expresiones discriminatorias dentro de los estados y las sociedades, el nacimiento de esta enfermedad vino envuelta de confusión y esta falta de claridad, en especial durante los primeros tiempos, ha constituido uno de los signos persistente cuando se aborda el tema del SIDA. En parte dicha situación fue originada por la falta de respuestas de la comunidad científica durante los años iniciales de la epidemia. Es importante recordar que entre los primeros casos y el reconocimiento del agente que originó la enfermedad transcurrieron tres años, un tiempo relativamente corto que puso en marcha a diversos equipos de investigación que, en diferentes partes del mundo. Estos se avocaron a encontrar la causa y determinar las formas precisas de la infección<sup>72</sup>. No obstante durante este periodo de búsqueda no solo florecieron explicaciones llenas de inexactitudes y carentes de sustento científico, sino también cargadas de mala fe. En esas lógicas se acuñan términos como el de *Gay Related Immune*

---

<sup>72</sup> Los primeros reportes de pacientes con neumonías así como con otros síntomas que registra la historia en el mundo occidental, en 1984 en el Instituto Louis Paster en Francia un equipo de científicos dirigidos por virus Luc Montagnier Françoise Barré-Sinoussi aislaron por vez primera el aunque fue el estadounidense Robert Gallo quien anunció su descubrimiento ese mismo año (Grmek Mirko: 2004).

*Deficiency (GRID)*<sup>73</sup>, cuya traducción al lenguaje llano fue *la peste o el cáncer rosa* o bien la *Enfermedad de las cuatro H* (homosexuales, haitianos, hemofílicos y heroinómanos), término que sin lugar a dudas colocó el estigma sobre determinados grupos que parecían, desde esta perspectiva, los únicos susceptibles de adquirir tal padecimiento.

Este tipo de informaciones posteriormente refutadas, tuvieron entre otros efectos, producir en el imaginario social esa ecuación en donde SIDA equivalía a homosexualidad, así como todo homosexual ser sospechoso de portar y más grave aún propagar la peste. Uno ejemplo recogido por el trabajo de Miguel García Murcia (2009) da cuenta de cómo en durante los años ochenta, un día aparecieron volantes colocados en distintos puntos de la Ciudad de México en los que se afirmó que la nueva enfermedad era transmitida absolutamente por homosexuales, de quienes era necesario protegerse. Este tipo de aseveraciones que se esparcieron e hicieron eco en ciertos sectores han contribuido poderosamente a la aparición de respuestas sociales que van de la indiferencia hasta la violencia criminal contra las personas infectadas. De forma paralela, al asumir que sólo determinadas personas con características bien definidas (ser gay o pertenecer a los otros agregados de las 'h') son susceptibles de adquirir el virus, se mandaron señales equívocas que en cierta medida contribuyeron a la propagación de la epidemia en grupos que se percibieron a sí mismos carentes de cualquier riesgo. La propagación este tipo de información también resultó contraproducente para las sociedades en general, mucho más amenazante que la convivencia diaria con personas identificadas dentro los supuestos "grupos de riesgo". Quizá el ejemplo más dramático hayan sido las mujeres casadas en relaciones en donde la monogamia era un acuerdo del vínculo conyugal. Las mujeres en esta situación constituyeron el grupo más improbable para echar andar alguna forma de mensaje que alertara. Era un sector de la población en la cual se pensó mínimas las posibilidades de que se presentaran infecciones. Sin embargo, las previsiones resultaron falsas, las condiciones de supremacía

---

<sup>73</sup> Durante 1981 uno de los nombres que la nueva enfermedad tuvo fue GRID que en español podría traducirse como *inmunodeficiencia relacionada a la homosexualidad*, en su origen al carecerse de evidencias que mostraran el agente causal, la homosexualidad era la característica en común de los primeros pacientes, al muy poco tiempo, los datos epidemiológicos establecieron que no era un problema de salud exclusivo de homosexuales, no obstante, el estigma ha prevalecido (Grmek Mirko: 2004).

masculina dentro de la institución familiar hicieron que el uso del condón no fuese factible de negociarse, ni siquiera con método de anticoncepción. Por supuesto la monogamia se ha prescrito como una norma estricta para las mujeres, pero para los esposos la misma ha tenido una laxitud que entre otros efectos ha abierto la puerta para esta feminización de la epidemia que, por mucho tiempo, se negó.

Cuando las explicaciones científicas comenzaron dar cuenta del origen, así como diversos aspectos relacionados con la acción del virus, estas explicaciones resultaron profundamente opacas, altamente complicadas y en consecuencia, poco entendibles para personas no especializadas: un *retrovirus* que ataca a un tipo de células, llamadas *CD4*, específicamente los linfocitos *T CD4+* encargados de defender al cuerpo de la presencia de organismos extraños, un periodo de ventana que podría variar de tres a seis meses para que en la sangre se detecte la presencia de anticuerpos, la noción de ser portador y no desarrollar la enfermedad en lapsos que podrían hasta 10 u 11 años. Es decir, conceptos y realidades difíciles de aprender para el grueso de la población que además podía desarrollar reacciones de pánico.

Frente a una información confusa, en permanente polémica y divulgada sobre bases científicas, a través de lenguajes poco asequibles se generó un campo propicio para el crecimiento de todo tipo de rumores. Desde la idea de un complot en contra de los homosexuales, la propia puesta en cuestión de la existencia del virus de la inmunodeficiencia, hasta creencias que se esparcieron con relativo éxito alertando sobre la picadura de los mosquitos, el sudor, las lágrimas y la saliva como otras vías de propagación, todas ellas fueron una referencias frecuentes en aquellos primeros años de la pandemia.

En torno a la información y a los efectos que esta misma generó, se fue perfilando un campo de acción sobre el cual los activistas se dieron a la tarea de actuar. Pero aun el SIDA era rumor, todavía se requerirá de otras pruebas contundentes para la configuración de estos sujetos nuevos pero con historia tras ellos. En el próximo capítulo se desarrollará esta otra fase cuando dejó de ser murmullo y convertirse en una enfermedad cuya metaforización golpeó tan duro como las enfermedades oportunistas.



## CAPÍTULO 5 EL IMPACTO DEL SIDA Y LOS VISOS DE UN NUEVO SUJETO

### I Argentina

Era cuestión de tiempo pero ese tiempo se aceleró y resultó más breve de lo deseado, no transcurrió ni año cuando en Argentina comenzaron aparecer los primeros casos de la que aun era reconocida y nombrada como *peste rosa*. Para los militantes del movimiento homosexual este rumor fantasmal comenzó a despojarse de esa inasibilidad y devenir en noticias cada vez más próximas, en donde los rostros y los cuerpos de las víctimas se tornaban, al paso de ese tiempo acelerado, alarmantemente reconocibles y muy pronto familiares.

Situada a miles de kilómetros de distancia de los epicentros de la plaga, la Argentina austral muy prontamente se verá enlistada entre los países que se tiñeron de *rosa*. Como se ha sostenido en distintos momentos de la tesis, el recorrido epidemiológico del SIDA representó uno de los signos del cambio epocal, sobre el cual el capitalismo hará un canto exaltado y triunfal. El SIDA será el contrapunto de esta sinfonía coral que dotará de matices sombríos ese *allegro* en donde la casa común, la pequeñez de nuestro planeta azul, se adornará de íconos y símbolos compartidos hasta en los rincones más insospechados de la tierra. Entre otros, un lazo rojo que simbolizará la solidaridad y el compromiso para erradicar la epidemia en todo el mundo.

De forma paralela a esos procesos de homogeneización, por los cuales hombres y mujeres saciaban su sed con algún refresco de cola, usaban ropas con marcas hallables de Londres a Bogotá y se plagaba de IBM, AT&T, Levis y MacDonals, el SIDA encajó en ese caleidoscopio de mercancías, personas e ideas circulante, mismas que viajaban de un lado a otro, cruzando grandes distancias en tiempos antes impensables. Sin embargo, los virus requerirían de huéspedes para transitar entre regiones y continentes, cuerpos humanos que albergaran, de manera insospechada, a estos agentes clandestinos que, una vez aterrizados, aguardaban la conjura de amores fortuitos u otros de mayor plazo, se almacenaban en bancos de sangre a la espera de alguna urgencia o viajaban por las agujas hipodérmicas que suministraran eso placeres momentáneos de los opiáceos inyectables.

El SIDA llegó a la Argentina de fuera y se esparció fundamentalmente a través de encuentros sexuales entre hombres. De acuerdo con algunas

apreciaciones de los propios activistas, este virus arriba en el cuerpo de varones con características muy particulares. Gustavo Pecoraro, uno de los fundadores de la CHA, advierte que, sin ser un *dato* constatado científicamente, la reconstrucción de los primeros casos en Argentina podrían apuntar a esos hombres quienes por distintas razones, entre otras, la edad, los recursos económicos y las inquietudes intelectuales son viajeros de grandes distancias y quienes a su regreso además de experiencias, traerán el virus sin saberlo.

Estos mismos personajes, además, prefiguran una nueva posición que se erige dentro de ese campo identitario que los sistemas sexuales y genéricos se dispusieron para lo homosexual y los homosexuales. Son hombres que inician ese desplazamiento no solo circunscrito a lo identitario sino a aquello que podría pensarse como una transformación en el régimen sexo-genérico prevalente en esos espacios que, en el caso de los varones, irá de la homosexualidad a la gueisidad y del movimiento de liberación lésbico homosexual al movimiento por la diversidad.

Ernesto Meccia (2011), sociólogo argentino, establece tres tiempos en la construcción identitaria de lo que podríamos denominar con precaución, prácticas homoeróticas entre varones de aquel país. Momentos que están sostenidos por cambios que se verifican en la estructura de oportunidades políticas y culturales, mismas que a su vez son posibilitados por la acción de esos mismos sujetos. Para Meccia estas tres eras son la *homosexual*, la *pre-gay* y la *gay*. En términos sintéticos, el momento homosexual se caracteriza fundamentalmente por una vivencia poco reflexiva, esa misma se encuentra pautada fundamentalmente por los discursos heterosexuales. El origen del término homosexual brinda una pista de cómo esa forma de vivir, sentir y expresar un deseo ha sido signada por una perspectiva discursiva proveniente de aquello que se ha erigido como el centro, la norma, lo natural. Adicionalmente, no sobra rememorar la factura inicial del discurso sobre la homosexualidad nacido de la órbita médico-psiquiátrica por la cual, la homosexualidad dejó de concebirse como pecado *contranatura* para volverse más un desorden, una patología y los homosexuales unos enfermos.

La era homosexual se distingue también por la secrecía, por un silencio que articula los vínculos entre estos sujetos y su entorno familiar, laboral, escolar, incluso, en ocasiones, consigo mismos. El silencio representa un recurso de

sobrevivencia frente a lo que se percibe como un entorno hostil, se gestiona entonces como la única posibilidad para mantener intactos esos vínculos indispensables para la vida dentro de la sociedad. Aunada esta condición de clandestinaje prevalente aun en tiempos de democracia, otro rasgo del momento homosexual será la acotada existencia de espacios de socialización; un par de bares, los baños públicos, la reserva ecológica, y en consonancia con esta falta de alternativas, la conformación de espacios sociales en donde privó lo que Meccia denomina *ecumenismo social*. Es decir, lugares en donde los encuentros producían una puesta entre paréntesis de aquellos enclaves sociales que diferenciaban por edad, clase social, compleción, fisionomía, ideología, profesión, etcétera.

Lo gay, en cambio, está prefigurando una subjetivación que, entre otras situaciones tiene como uno de sus signos la propia globalización. El sujeto gay está compuesto de viajeros que observan y más que ello, vivencian nuevos conceptos, nuevas formas de encarar una sexualidad hasta entonces vergonzosa y abyecta. Son esos mismos varones quienes por su condición de clase y también por su edad tienen la posibilidad de viajar fuera del país y recorrer el mundo, particularmente aquellas ciudades en donde la movilización social y cultural de lesbianas, homosexuales y personas trans lograron copar espacios y construir nichos libertarios para cuerpos con prácticas y deseos vituperados por doquier: Nueva York, Londres, París o San Francisco. Son viajeros que, además de turistas, resultaron ávidos participantes de experiencias corporales tanto políticas, como lúdicas, eróticas y estéticas.

Algunos de estos viajeros devinieron además en personajes clave en el desarrollo del movimiento que comenzará a decantarse por los senderos del orgullo gay. Uno de estas personalidades relevantes fue Carlos Jáuregui, de quien en capítulos anteriores se hizo referencia.

Durante la primera mitad de los años ochenta un joven trotamundo, originario de La Plata, provincia de Buenos Aires, vagaba por Europa y los Estados Unidos, curioso e inquieto Carlos recorría lo que la mayor parte de joven latinoamericanos consideró y aun considera digno de conocer: el mundo desarrollado. En ese momento, esas regiones del mundo representaban los espacios en donde sus poblaciones además de gozar de niveles de bienestar económico y social impensables en otros sitios, también habían inaugurado lo

que se convertirían en horizontes de acción política de aquellos grupos para los cuales la cosa pública y las reivindicaciones políticas les eran imposibles en su propia sociedad. En sus andanzas por esas regiones conoce de primera mano los derroteros del movimiento gay así como sus logros, fundamentalmente acontecidos en el orden simbólico, mismos que habían procurado un movimiento de descolocación del añojo lugar del oprobio y la abyección. Durante su estadía en Francia acontece la victoria del Partido Socialista y el ascenso a la primera magistratura de Francois Mitterrand. Lo conmueve poderosamente las manifestaciones de júbilo que inundan las avenidas de París, la amplia alianza urdida de sindicatos, partidos, asociaciones y entre las miles de banderas aquellas arcoíris que, sin vergüenza, reivindicarán como propia la victoria y la coalición que a partir de ese momento gobernará. Esta realidad además de sacudirlo y emocionarlo, le brinda la posibilidad de soñar, según su biógrafa política, Mabel Bellucci (2010), con un movimiento vigoroso en la Argentina que, de forma similar al francés, cuente con la capacidad de promover una alianza política que posibilite otro régimen político que incluya el respeto a la homosexualidad.

Así como esos viajes lo ilustran y le proveen de experiencias, conceptos, estrategias que se volverán centrales en su propia vida, como fue la política de visibilización, Carlos Jáuregui se topa de frente con el inicio de la epidemia y observa la punta del iceberg tanto de la devastación como de las primeras iniciativas que se gestan en aquellos primeros años para hacer frente a ese nuevo virus del cual el mismo se convertirá en víctima. No sabemos ni se pretende asentar tampoco el origen de la infección de Jáuregui, lo que es relevante aquí es el perfil que, como lo manifestó Gustavo Pecoraro, sin tener el mínimo sustento científico, encaja en esta suerte de viajeros, quienes al mismo tiempo de arribar a la Argentina con eso que Habermas denominará *energías utópicas*, indispensables para edificar una nueva realidad, hospedan en su cuerpo ese virus que del norte arribará al sur en poco tiempo.

Una vez llegado al país austral los contactos humanos, fundamentalmente aquellos en donde las sexualidades se ponían en juego, poco a poco convierten al SIDA en un problema central de salud y derechos humanos. Una de las lecturas recreadas por algunos de los activistas dibujan el arribo de la infección en una especie de oleadas sucesivas, que acechan cada vez más cerca los

entornos de estos protagonistas. De tal suerte, lo que había sido sólo un rumor lejano, comienza a tener sus manifestaciones concretas. En un principio las referencias son ciertamente ajenas, tales como el amigo de un amigo de la infancia, pero en poco la historia se vuelve más personal. Se comienzan a infectar personas conocidas con quienes se tenía un trato cotidiano, hacerse presente en los círculos más próximos e íntimos, los amigos de toda la vida, alguna ex pareja, la pareja actual y en ocasiones es en el propio cuerpo donde sucede. Así llega la noticia que confirma una sospecha, un temor albergado tiempo atrás. Se teje así una historia que pese al carácter universal se vivencia de forma individual, muchas veces con la enorme sensación de desolación.

Esta es una de las versiones del recorrido del VIH-SIDA en Argentina. Más allá de la secuencia, observada así por unos, pasada de alto por otros, lo que es un hecho es que en algún momento allá a mediados y finales de los años ochenta, la infección y la enfermedad se convirtió en una experiencia directa, una vivencia que trastocó la cotidianidad de quienes venían militando en el movimiento homosexual o para quienes la epidemia y sus consecuencias políticas despertó la necesidad de *hacer algo*. Es por tanto un relato que está contado desde el centro mismo de eso que se vivió en sus inicios como una tragedia.

Para aquellos que participaban en la Comunidad Homosexual Argentina, el encontronazo con el virus fue un acto de militancia. A mediados de la década de los ochenta sobre el entendido de la existencia de la infección en el país, dentro de la CHA, se decide colectivamente realizarse la prueba para conocer el estado serológico de aquellos que de forma voluntaria se ofrecen. Para ese momento persiste la falta de información y, en muchos, priva cierta ingenuidad sobre las consecuencias de lo que estaría a punto de suceder no solo con respecto a sus vidas como individuos sino también a la del grupo y del movimiento.

La entrega de resultados demoraba meses, para algunos una eternidad, padecida con esas angustias que terminan por somatizar algunos de los síntomas más reconocidos: diarreas, manchas en el cuerpo, temperaturas. Otros más serenos, aguardaron la fecha sin mayores sobresaltos. Finalmente, lo que fue el primer *testeo* en Argentina arrojó varios positivos. Ello significó un quiebre en la organización, en el movimiento y por supuesto, en la vida íntima de cada

uno. Carlos Jáuregui dirigente de la CHA, lo había previsto y pese a sus posteriores esfuerzos no existió una maniobra efectiva para impedir que la crisis absorbiera las energías creativas de los grupos organizados que desde el movimiento gay se vieron en el centro mismo de la tormenta.

Nosotros nos hacemos un testeo generalizado de VIH en la CHA en el 86, creo, 85-86, hacemos un testeo generalizado, nosotros nos ofrecemos como voluntarios para que nos hagan un testeo, a mí me da negativo en ese momento y bueno no teníamos mucha información, yo personalmente no tenía mucha información, incluso al principio era como una cosa como muy rara, viste, como muy tirada de los pelos, era como demasiado, en realidad ese fenómeno revolucionario que fue el Sida era algo inesperado, me entendés, no era una cosa de ah bueno sí perfecto es una epidemia que va a venir y va a cambiar la situación social del mundo que es lo que ocurrió, entonces al principio fue como la desvalorice. (Entrevista Gustavo Pecoraro)

La CHA así como otras organizaciones no se encontraban preparadas para enfrentar una situación que comprometía de esa manera la vida y la calidad de vida de sus integrantes. Como se describió anteriormente, los compromisos centrales de los grupos se concentraron en dismantelar el aparato represivo que en democracia permanecían intacto para los homosexuales, la aparición del SIDA invirtió el orden de prioridades y pese a que las reivindicaciones por los derechos civiles de lesbianas y homosexuales continuaron como un eje, durante el resto de la década y buena parte de la siguiente, los desafíos de la epidemia ocuparon la mayor parte del trabajo. Incluso más de lo deseable desde el punto de vista de algunos de los activistas que como Jáuregui vieron como problema el hecho de que el SIDA se comiera a las organizaciones.

No obstante, las precauciones organizativas, las instituciones existentes tuvieron que hacer frente a una situación que se gestaba al interior. De tal suerte se instrumentaron las primeras acciones, mismas que, en ocasiones, se improvisaban en la medida que se presentaban problemas que antes ni siquiera se imaginaban. Los primeros desafíos y, por tanto, las acciones inaugurales se centraron en la atención de las personas quienes habían desarrollado en distintos niveles la enfermedad.

Una de las situaciones que tanto en México como en Argentina se presenta como uno de los sellos que marca la historia de la epidemia será la discriminación. Expresada de forma enconada en esos primeros tiempos de su

existencia, diversos testimonios describen las condiciones de extrema indefensión y violencia sobre quienes manifestaba de forma aguda los signos de este síndrome. No sólo eran las temperaturas que no cedían ante los procedimientos tradicionales, tampoco eran sólo las infecciones gastrointestinales o la aparición de hongos en diversas zonas del cuerpo, era todo ese deterioro más el abandono y el maltrato que recibían de parte de su propia familia, de sus compañeros de trabajos, de su círculo de amistadas hasta de las instituciones que supuestamente tendrían que estar al servicio de su cuidado y atención.

Algunos de estos relatos rememoran cómo aquellos jóvenes, llenos de vida, de salud, de proyectos de repente llegaban a los hospitales convertidos en despojos humanos, irreconocibles incluso para sus propios ojos, llegaban literalmente para ser depositados y abandonados en espera sólo de la muerte. Una evocación que se presenta de manera reiterada no sólo en las entrevistas sino también a través de otros referentes que recrean esos primeros tiempos, dan cuenta cómo serán las familias las primeras instituciones en rechazar y condenar al ostracismo y al abandono a sus familiares que anunciaban su condición de salud y de paso filtraban información sobre su orientación sexual. En efecto, una vez que se aclaraba el origen del deterioro físico de aquellos que habían sido los hermanos, los sobrinos, los hijos, o los tíos, una cantidad significativa de familias tuvieron como respuesta la expulsión de sus enfermos, quienes no despertaban compasión ni la más mínima insinuación de dolor solidario. Por el contrario, el miedo al *contagio*, la intolerancia a eso vivido como pecado o perversión pudieron más que cualquier atisbo de apoyo, era preferible tapar el pozo, hospitalizarlos y volver al silencio antes que la enfermedad y la vergüenza manchara al resto de la prole.

Así muchos de los primeros pacientes que llenaron las salas de los hospitales públicos fueron dejados a su suerte. Pocas veces o nunca más visitados, tenían que lidiar con la falta de tratamientos eficaces, con la única certeza, vivida en la absoluta desolación, de la muerte. Aunado a ese fardo ya por sí suficientemente denso, la experiencia en los hospitales, en especial los públicos, intensificó el drama. Las gentes moribundas, hacinadas en habitaciones tuvieron como último contacto con la dimensión menos luminosa de lo humano; el maltrato y las humillaciones, situaciones que constituían la norma

hospitalaria. Las narraciones mencionan, una y otra vez, como a los enfermos se les aventaba la comida, como podían permanecer días sin ser cambiados de ropa y mucho menos aseados. Aunado a este cóctel, se sumó un elemento de orden económico que de forma poderosa marcó las respuestas que desde los estados argentino y mexicano se dieron para la atención de la infección y la enfermedad. Esta condición estructural que se fraguó en otro espacio del acontecer social se trasminó y selló la historia de la epidemia en ambos países. Más aun, en buena medida repercutió en esas condiciones padecidas por quienes durante la década de los años ochenta y noventa desarrollaron la enfermedad o bien resultaron positivos a la presencia del virus de la inmunodeficiencia humana. Por tanto, las condiciones económicas y las políticas que los estados implementaron para enfrentar las mismas representarán algunos de los desafíos iniciales que echaron a andar las acciones de quienes se convirtieron en activista nucleados en torno a las distintas aristas despertadas por el SIDA.

Situar históricamente el surgimiento y el desarrollo de esa primera etapa de la epidemia pasa por ponderar las condiciones económicas vividas en la región, porque esas, como se ha apuntado, tendrán importantes repercusiones en la historia tanto de la epidemia como del activismo. No está de más recordar que, con sus particularidades nacionales, durante los años ochenta, la región experimentará un crecimiento económico prácticamente nulo. Entre otras denominaciones, a estos años se les conoce como la década perdida, una frase que describió atinadamente un desarrollo estancado, cuya dinámica resultó asincrónica con las necesidades sociales que no dejaron de aumentar. Uno de los resultados inmediatos fue el crecimiento de la pobreza y la incapacidad de los estados de generar políticas sociales que paliaran sus efectos más nocivos. Son los años de la crisis de la deuda externa, deudas contraídas por las élites políticas, muchas veces de los militares golpistas, como en Argentina, que para los años ochenta se volvieron inmanejables y condujeron al sometimiento de los estados nacionales a las directrices del Fondo Monetario Internacional (FMI).

La crisis económica de los países latinoamericanos dio paso a lo que Naomi Klein denominará, décadas después: la *doctrina del Shock*. Esto es, una apuesta ideológica y cultural de las élites políticas aliadas fundamentalmente a los capitales financieros que instalarán en el debate público la idea de la *crisis*



metaforizada como enfermedad letal. De tal suerte, las economías a semejanza de los cuerpos, atravesaban por momentos de enfermedad, algunas de ellas profundas, letales que, a manera del cáncer y otros nombres así de devastadores, requerirán de una terapia intensa, dolorosa, tan severa y riesgosa como la enfermedad misma. Sostener un modelo así de impopular requirió de la acción de agentes formadores de la opinión pública quienes se encargarán de convencerán a los grandes sectores de la población de que no había otra opción, que a pesar de lo amargo y comprometido del tratamiento era la mejor alternativa. Así se apelará al sacrificio, a renunciar temporalmente a los *privilegios*, a ajustarse el cinturón, a trabajar, aun sin derechos, porque solo así se puede remontar la condena del subdesarrollo para arribar al soñado primer mundo.

En Argentina, dentro de un contexto de hiperinflación, en donde la institucionalidad democrática se mostraba endeble y los conflictos sociales lejos de ceder, aumentaban, la idea de realizar profundos ajustes macroeconómicos se fue cocinando de forma consistente hasta que, con la llegada de Carlos Saúl Menem a la presidencia (1989), se hallaron las condiciones propicias para su aplicación cabal. No obstante, en general para los países del cono sur, los análisis coinciden en datar el comienzo de las políticas dictadas por el FMI tempranamente, durante las dictaduras militares de los años setenta. Desde esa perspectiva, son los militares y sus encargados de manejar la economía quienes colocaron los cimientos de dichas reformas. En el caso argentino, se destaca la actuación del entonces ministro de economía José Alfredo Martínez de Hoz como un antecedente que durante los años noventa, en democracia, se profundiza y logra llevarse hasta sus últimas consecuencias.

De tal suerte, la historia del SIDA en la región, está signada por la crisis económica de los años ochenta y las políticas de ajuste que se ensayan en prácticamente todos los países latinoamericanos la década siguiente. Así más que contextual, los derroteros de las condiciones económicas van a jugar un papel constitutivo de la experiencia del SIDA y de las acciones por las cuales se gestan los sujetos que darán cuerpo al activismo. Ello se expresa de forma prístina en las evocaciones de las primeras acciones que de forma organizada y en muchos casos espontáneamente se producen.

En efecto, la secuela de la crisis y del dismantelamiento del estado aun se constata pese a los esfuerzos de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández por restaurar la presencia estatal en las políticas sociales. Una de esas realidades en donde se vislumbra la materialidad de la crisis, de la constricción del gasto social y la apuesta por la privatización de estos servicios estatales está puesto en la red de hospitales públicos.

Un país como la Argentina con una fuerte tradición estatal y de políticas de bienestar logró forjar desde muy temprano una amplia clase media, situación inédita dentro del contexto latinoamericano. Una economía basada en la exportación de productos agrícolas y cárnicos, le permitió alcanzar un potente desarrollo económico que auguraba una condición similar a las naciones que posteriormente se denominaron países del primer mundo. La ciudad de Buenos Aires es la expresión urbanística de esta prosperidad que hizo de este espacio uno en donde las vanguardias arquitectónicas dieron rienda suelta a la creatividad y al derroche. Dentro de algunos de los muchos ejemplos de edificaciones *art decó*, *art nouveau*, *racionalista*, *neoclásico* así como una infinidad más de expresiones eclécticas, en el Buenos Aires de hoy se destacan por su palpable deterioro, todas aquellas construcciones que albergan instancias del estado: oficinas del gobierno local y federal, escuelas, universidades y por su puesto los hospitales públicos. Todas ellas son distinguibles por esa suerte de abandono, de condición ruinososa que contrasta con el paisaje del resto de la ciudad. Los inmuebles públicos son la huella que testimonia no solo la crisis, sino sobre todo, los efectos de la contracción del estado durante los años noventa.

La intención clara fue *chatarrizar* toda propiedad del estado y así venderlas a precios de escándalo, en medio de corruptelas, tráfico de influencias y otras modalidades que en Argentina posibilitaron privatizar áreas estratégicas para el desarrollo de la nación. A la par de la desvaloración de lo público, una de las consecuencias fue la gestación de fortunas dentro de la élite política menemista así como el crecimiento exponencial de ciertos capitales nacionales y extranjeros, privilegiados por el remate que se hizo de los bienes del estado. En términos ideológicos, la depreciación de lo público, entre lo cual se incluyó ámbitos más abstractos como el debate o la política misma, (en tanto asunto concerniente a lo público) permeó hondamente dentro de un segmento importante de la población argentina que durante la década de los noventa

asoció todo lo público con lo ineficiente, lo mal hecho, lo sucio, aquello de ínfima calidad. Frente a ese demérito de lo público, lo privado, dirá Atilio Borón (2003), se legitimó plenamente, se volvió panacea y mantra de esos tiempos.

En esa marea de privatización y de recortes presupuestales, las instituciones de salud, los grandes hospitales así como las clínicas públicas ubicadas en la zona metropolitana de Buenos Aires y, supongo, de forma más dramática aquellas situadas en las provincias, se verificaron los estragos del modelo. El impactó se constató en el deterioro de la estructura de los inmuebles pero además se expresó en la saturación de los servicios, la falta de recursos humanos y una política de flexibilización laboral que pendía sobre la cabeza del personal médico, administrativo y de enfermería. Dentro de esta vorágine quedaron subsumidos dos de los centenarios hospitales de Argentina: el Hospital de Infecciosas “Dr. Francisco Muñiz” y el Hospital de Agudos “Dr. Juan Antonio Fernández”.

El Muñiz y el Fernández, como se les designa cotidianamente, han sido espacios históricos del SIDA no solo por ahí comenzaron a llegar las primeras personas enfermas sino porque justamente ahí también se gestaron algunas de las acciones emblemáticas que posteriormente daría pie a la construcción del activismo en torno a la nueva epidemia.

En sí misma la historia de ambos hospitales es apasionante y el hecho de que ambos fueran lugar de destino de los primeros casos no resultó fortuito ni tampoco intrascendente. Cuando fueron inaugurados a fines del siglo XIX, ambas instituciones fueron localizadas en las afueras de la ciudad, en campos apartados, alejados de la población, justamente porque desde esa perspectiva aun *higienista*<sup>74</sup>, fue imprescindible evitar el contacto entre las personas sanas y aquellas enfermas. El Muñiz, conocido también como el hospital de las pestes,

---

<sup>74</sup> En la lógica de insertar a los países de la región latinoamericana en el concierto de naciones desarrolladas, modernas y civilizadas, los estados de fines del siglo XIX y principios del XX hicieron de la educación y la salud dos palancas imprescindibles para lograr esas metas tan ansiadas. En ese marco, las políticas salud que fueran establecidas y aplicadas a través del poder centralizado del estado y de las instituciones que para esos fines fueron creándose. Dicha política se implementó sobre una profunda convicción de que el estado tenía el derecho irrenunciable de intervenir, aun de manera despótica y autoritaria, cuando la salud de la población entrañase riesgos. Esta prerrogativa trascendía por encima de la libertad individual, la autonomía de las comunidades, pueblos, incluso los poderes estatales o provinciales. Cercos sanitarios, declaratoria de cuarentenas, desplazamiento y concentración de personas contagiadas por ciertas epidemias fueron algunos de las medidas que se adoptaron bajo este modelo higienista. Para México el trabajo de Ernesto Aréchiga (2007) constituyen un referente para comprender las premisas y los alcances de este paradigma en el campo de la salud.

se erigió en el sur de la ciudad como un lugar de confinamiento para aquellas personas que manifestaban síntomas de enfermedades desconocidas y mortales. Durante sus más de cien años el Muñiz ha sido baluarte de la medicina argentina contra las más terribles epidemias: la fiebre amarilla, la tuberculosis, el polio y, más recientemente, el VIH. Por su parte el Fernández, ubicado en el norte de Buenos Aires, fue creado como un sifilicomicio de mujeres así como un centro de salud mental, poco después, ya entrado el nuevo siglo se transforma en hospital general. Durante los años ochenta, éste que en sus orígenes se había localizado en un lugar apartado del centro de la ciudad, lúgubre, miserable y apenas urbanizado, se convertirá en una de las zona emblemáticas de la movida gay, lugar en donde se ritualizaron encuentros, mucho de ellos subrepticios o producidos en los primeros bares y discoteca que se inauguraron en sus inmediaciones. En ese mismo espacio donde llevaban a cabo dichas transgresiones eróticas también se escribieron algunos de los hitos fundacionales del activismo contra el SIDA.

Los dos hospitales, además de protagonizar la dimensión médica de la historia del SIDA, fueron espacios que desencadenaron procesos en donde se celebraron las primeras acciones que de forma espontánea acompañaron y contuvieron a las personas que en muchas ocasiones fueron depositadas ahí para ser olvidadas.

Así uno de estos actos primero fue justamente acompañar a estas personas, en su mayor parte hombres, quienes padecían el horror de esa letal enfermedad en medio del escarnio. Esta es una fase en la historia de la enfermedad que se repetirá en diversos lugares del planeta pero de alguna forma abrió un ejercicio inédito dentro de las posiciones que articulan la condición masculina: el cuidado de otras personas así como también el ejercicio del autocuidado.

Eduardo, militante de la juventud peronista de los años setenta, recuerda esa etapa dolorosa en la que el SIDA dejó de ser una noticia vaga para entrar en su vida, a través de amigos cercanos, quienes corrieron con esa condena doble, que significaba la muerte y la marginación. Eduardo, como muchos otros, se conmueve al ver las condiciones en las cuales se encontraban esos jóvenes en las salas del Muñiz o el Fernández, abandonados, temidos, repudiados aún por el personal hospitalario, prácticamente en calidad de cadáveres vivientes. Sin

proponérselo, se va quedando para acompañar, primero a sus amigos, después a los desconocidos, a ellos les ayuda a bañarse, a limpiar su desechos, los alimenta y les cambia la ropa de cama, pasa la noche con ellos, los acompaña en su agonía y frente al abandono, se encarga de la cremación y finalmente dar aviso a la familia. Estos actos adquieren relevancia si se toma en cuenta que para ese momento los mitos y las fantasías en torno al SIDA abundan, la información científica aun no logra asentarse la verdad respecto a las formas de la infección y el temor es una reacción común. Es un momento en donde el fantasma del contagio por sólo estrechar la mano, compartir el cepillo del cabello o los cubiertos, pulsa y media la relación cuerpo a cuerpo con las personas que han enfermado. A pesar de ello, Eduardo ahí se apersona y se convierte en una figura que poco a poco se transforma familiar. Su presencia y la de otros, así como la gestación de esfuerzos colectivos, que tendrán en los hospitales un campo de acción, va a posibilitar una suerte de proceso reeducativo, un movimiento civilizatorio que de forma constante y paulatina transformará la conciencia y la práctica del personal médico, de enfermería así como administrativo con respecto a las personas enfermas y con el VIH.

Paralelamente Eduardo testimonia esa fase dolorosa y oscura de la historia de la epidemia, una que parece haber sucedido hace una eternidad, en aquellos tiempos nebulosos cercanos a la lepra, la tuberculosis y otras pestes que dejaron impávidos a quienes se encargaban de implementar los avances científicos al campo médico. A través de su relato se puede aproximar a las vivencias transcurridas en aquello que Eduardo nombró acertadamente: *hospitales depósitos*. No sólo relatos de abandono, maltrato sino también de situaciones que pondrán en alerta a las mentes más avisgadas del movimiento para reelaborarlos primero como lectura de la condición desprotegida de las personas homosexuales en términos de derechos y posteriormente materia para elaborar las próximas demandas del movimiento.

Entre otros de los sucesos, Eduardo recuerda la actitud de la familia cuando finalmente fallecía el hijo, el hermano o el sobrino. Una reacción muy común fue la apropiación de las pertenencias aunque hubiese parejas de por medio, a menudo una literal expropiación de bienes, incluyendo los inmuebles sin importar que éstos estos se habían conseguido con el trabajo de ambos. Anécdotas así develan no sólo la mezquindad que en momentos de crisis florece

sino también la vulnerabilidad de un colectivo y de las relaciones afectivas y eróticas que sostienen cuando no existen herramientas legales que las reconozca y las proteja.

Carlos Jáuregui se percató de esa condición por experiencia propia, como otros antes y a muchos después de él, en el momento que su pareja fallece de SIDA, la familia de éste le solicita el departamento el cual había sido adquirido previo al inicio de la relación. A pesar del vínculo afectivo que teje con la familia, esta no tiene miramientos. Jáuregui no deja de sentirse despojado, piensa que el bien le pertenece y reflexiona cómo esta situación no tendría lugar si hubiesen sido una pareja heterosexual, si hubiesen contraído matrimonio. La situación, presenciada por Eduardo y vivida por Carlos Jáuregui, lejos de ser un evento aislado se ostentó como una experiencia compartida por muchos y muchas, develando una situación de vulnerabilidad que antecedió a la aparición del SIDA pero que con dicha crisis se expresó en todo su dramatismo. Jáuregui dirá en una entrevista concedida al diario Página 12 “Años atrás, la represión policial era nuestra principal preocupación. A partir de la epidemia del sida, nuestro mayor problema es la herencia” (citado en Belucci Mabel, 2010: 26).

Pese al resquemor manifestado por Carlo Jáuregui de que las aristas abiertas por la epidemia pudiesen absorber al movimiento gay, él junto con un núcleo cercano de militantes pondrá el acento en la lucha por los derechos civiles de éste y otros colectivo que por su orientación sexual y genérica eran sujetos de todo tipo de atropellos. Durante 1993-94 en el marco de las discusiones y propuestas para ser discutidas para la Convención Constituyente que reformaría la Carta Magna argentina. La agrupación Gay por los Derechos Civiles, colectivo fundado por Jáuregui después de haber roto con la CHA, comienza a plantear la necesidad de incluir la no discriminación como una garantía fundamental que debía ser integrada al texto constitucional. Aunado a ello, y teniendo como sustrato la emergencia del SIDA, realizan la primera iniciativa para legalizar las uniones civiles. Es decir, la creación de una figura jurídica que permitiera a parejas del mismo sexo y a heterosexuales, resistentes al concepto de matrimonio, gozar del derecho a la herencia, la seguridad social, a los bienes generados durante el tiempo de la relación, así como la adopción de menores.

Esta precoz iniciativa fue presentada a través de la diputación de izquierda corrió sin ninguna trascendencia. Queda como antecedente en ese camino cuya

concreción tendrá lugar hasta 2010, pero también posibilita ver cómo la iniciativa nace ante una experiencia que intensifica la indefensión y que obliga a plantear dentro del movimiento la necesidad de vindicar una exigencia que durante la etapa de la liberación sexual hubiera sido considerada como una concesión inaceptable a las normas del régimen heterosexual.

De regreso a los hospitales como lugar de arranque del activismo, los actos de solidaridad se repitieron una y otra vez. En la medida que ellos se extendían se fueron sistematizando y ampliando a otros ámbitos vinculados con la atención a la salud de quienes comenzaban a enfermar. Así, a través del trabajo voluntario algunas organizaciones se hicieron presentes. Entre otras acciones se armaron actividades en las cuales se buscó acompañar a quienes se encontraban con afectaciones en su salud; se visitaba a las personas en sus casas, se les auxiliaba en la toma de medicamentos, mismos que durante la primera fase de la epidemia resultaba de gran complejidad, se les hacían compañía para sus citas médicas, entre otras labores. Pero en los hospitales, además, se gestaron actos que dieron origen a agrupaciones y otras más que pusieron el dedo en la llaga sobre las condiciones estructurales de la salud pública durante el gobierno de Carlos Saúl Menem.

La calidad en la atención recibida por las personas con VIH-SIDA no solo respondió a los prejuicios, el asco, el miedo y el desprecio, al mismo tiempo fueron víctimas de la precarización en los servicios públicos, producto de la política económica de contracción del estado. De tal suerte, los testimonios describen las condiciones materiales tanto del Muñiz como del Fernández en los cuales, el hacinamiento, la escasez de medicamentos y de otros insumos, el deterioro de las habitaciones, las camas, los baños completaba un cuadro devastador. Pero esa misma situación abrió una primera línea de trabajo colectivo para hacer lo que en los noventa fue una labor permanente, incluso altamente celebrada: la sustitución por parte de la sociedad civil de las tareas históricamente atribuidas al estado.

La Comunidad Homosexual Argentina, después de convocar a sus militantes a realizarse la prueba de detección, comenzó a recaudar fondos para mejorar las condiciones hospitalarias. Marcelo Ferreyra, recuerda:

Lo primero que se hizo a partir de eso (la prueba), se empezaron los contactos, hacer colectas para ayudar al único centro que en ese momento recibía gente

con VIH que era el hospital Muñiz, se hizo una fiesta grande en un boliche (bar) se llamaba “Paladium” con participación de artistas y se recaudaron fondos para arreglar los baños (Entrevista Marcelo Ferreyra).

Años antes en el Hospital Fernández, se produjeron una serie de acontecimientos que finalizará con la creación de la Fundación Huésped y la construcción de un pabellón para la atención de las personas con VIH-SIDA. En el Fernández la situación durante los años ochenta era precaria y en torno a las condiciones físicas del propio espacio se forjó una suspicacia que se transformó en eje de acción por quienes ahí se atendían al inicio de la epidemia. Las personas usuaria de los servicios del Fernández debían de esperar largas filas, someterse al maltrato de un personal escaso que igualmente carecía de insumos básicos. No obstante en esos años, uno de los temas cruciales refirió a los medicamentos, cuyos costos durante 1987 fluctuaban sobre mil dólares al mes (Fiore Debra y Cahn Leandro, 2005: 16). Con un ingrediente adicional, no garantizaban ni la mejoría y mucho menos la cura, pero lo que era evidente fue su condición prohibitiva para la mayor parte de personas que los necesitaban.

En ese hospital a través de personajes del ámbito médico se encausará tanto la ayuda financiera como los impulsos solidarios de quienes pese al estigma y la paranoia social decidirán hacer algo para mejorar las condiciones de la gente enferma. Ahí se inaugura una forma de intervención social y política coordinada por médicos, particularmente, los infectólogos, quienes antes de la llegada del SIDA y de la epidemia habían perdido su prestigio y la centralidad frente a los logros que de la medicina preventiva vía la vacunación masiva había alcanzado. Con la llegada de la nueva enfermedad estos se volvieron cabezas de proyectos exitosos dentro del contexto de las florecientes organizaciones de la sociedad civil. Su procedencia profesional les permitieron tejer vínculos con la industria farmacéutica así como con ciertas expresiones colectivas de gays, transgéneros y transexuales y eso, entre otros elementos les proporcionó un lugar preponderante dentro del activismo.

Fundaciones médicas como Huésped, Helios, la Fundación de Ayuda al Inmunodeficiente, entre las más destacadas; nombres como los de Pedro Cahn, Jorge Benetucci, Daniel Stamboulian se convirtieron en los referentes más reconocidos de las acciones contra el SIDA en Argentina, las voces autorizadas



y quienes para algunos militantes del movimiento gay, devinieron en aquellos que capitalizaron, en términos de recursos, los efectos de la epidemia.

Yo me ocupé de desenmascarar a muchos porque surgió la figura del infectólogo que era un triste médico de hospital público que nadie conocía y de pronto hoy en día ahí los tienes con cuatro autos importados, con clínicas con millones de pesos, presidentes de las asociaciones internacionales, nacionales. Surgen como estrellas, yo siempre dije que cuando vayas al médico elijas al que tenga menos cuadritos colgando de la pared y que sea una buena persona, que eso no se aprende ni en la universidad ni en ningún lado o se es o no se es (Entrevista Carlos Méndes).

A diferencia de lo que aconteció en México, las agrupaciones del corporativo médico investidas de organismos de la sociedad civil tendrán un fuerte protagonismo dentro del activismo argentino. Como anteriormente se indicó esta predominancia no dejó de despertar suspicacias y críticas abiertas de los activistas que venían del movimiento gay. Se vio en el acenso de estos médicos signos de aprovechamiento, oportunismo y demagogia, de sujetos con poder que se aprovecharon de los gays y del movimiento contra el SIDA, que en un primer momento fue sostenido fundamentalmente por los gays.

En los 90 cuando empezaron a existir las instituciones privadas como Huésped y demás, no quiero quedarme solo en Huésped, porque eso después cambió. Ellos se hicieron multimillonarios, muy ricos, negociaron mucho con las obras sociales, con los laboratorios, yo no creo que hayan negociado con la muerte de los pacientes, pero sí con la investigación, con los laboratorios, mejor esto que éste, porque seguro que el laboratorio le daba guita (dinero), eso sí lo hicieron y sí se callaron mucho, esas organizaciones después cambiaron bastante, pero en los 90 tuvieron un papel bastante corrupto, porque en realidad todos los infectólogos que no existían, que no eran nadie, pasaron a ser referentes en hospitales gigantes, rockstars, multimillonarios todos jefes de hospitales, o servicios de infectología, que ya pasado el tiempo tengo una visión como más benévola, pero en ese momento realmente los odiaba (Entrevista Gustavo Pecoraro).

La Fundación Huésped es emblemática por haber surgido de una iniciativa cuya dimensión pública requirió de la presencia de Roberto Jáuregui, hermano de Carlos, el activista de mayor proyección pública durante los primeros años de la epidemia. Así como Carlos años antes había dado rostro al fantasmal homosexual, Roberto haría lo mismo con SIDA, será la primera persona en asumir públicamente su condición enferma a través de una carta abierta en un diario de circulación nacional en donde exponía el problema de padecer esta enfermedad y los costos imposibles de sortear para alguien que vivía solo de su

trabajo. Roberto, era periodista *free lance* en el diario *Página/12*<sup>75</sup>, además de actor. Esa posición le allega de un espacio de sociabilidad abierto, más democrático y solidario. Cabe señalar que, sin ser nunca definida como un *grupo de riesgo*, la comunidad artística en Argentina fue vulnerada por la presencia del virus de la inmunodeficiencia. Más allá de las personalidades del medio que comenzaron a figurar dentro de aquellas personas que le dieron rostro a la enfermedad, en Argentina como en otras partes del mundo, parte de esta comunidad no solo se desmarca de la reproducción de la hostilidad y la paranoia. Por el contrario, desde este espacio comienzan a tejerse apoyos materiales y simbólicos que, en ese caso concreto van a procurarle a Roberto la medicación para un año (Fiore Debora y Cahn Leandro, 2005). Roberto salta de las páginas escritas y se transforma en un personaje mediático, recurrentemente es entrevistado para programas de televisión o de radio, con ello encarna en el país sudamericano las discusiones públicas sobre la nueva epidemia. Su visibilidad permite generar una visión del VIH-SIDA desde el lugar que hasta ese momento no había adquirido; el de la centralidad de sus protagonistas. Es decir, la voz de aquellos que experimentaban en su cuerpo los estragos del virus y de la hostilidad social que hasta entonces no había sido lo suficientemente escuchada. Roberto Jáuregui aprovecha esos espacios para hacer una y otra vez las aclaraciones necesarias, despejar las dudas persistentes sobre las formas de transmisión, sobre las formas de prevención y coloca en la discusión los derechos de las personas infectadas.

El hermano menor de los Jáuregui expone también su orientación sexual, sintetizando dos de las condiciones finiseculares más repudiadas y atemorizantes de las sociedades contemporáneas: el SIDA y la homosexualidad. Pero justamente en él se sintetizará también esa *torsión* enunciada a lo largo de esta tesis, ese movimiento energético y vital, por el cual se invierte el signo de la sujeción para dar paso a la contestación del destino. En el caso de las personas infectadas o enfermas ese pasaje condujo del fatal diagnóstico, su aceptación inevitable, el ostracismo, la soledad, la muerte social y física a un

---

<sup>75</sup> Este diario fundado en 1987 ha mantenido una posición editorial de centro izquierda, sería un equivalente al diario *La Jornada* en México. Durante el gobierno de Carlos Saúl Menem se caracterizó por un cuestionamiento a sus políticas privatizadoras así como a la corrupción que rodeó la gestión de este singular mandatario.

punto de inflexión crítico que alumbrará acciones que dotarán de nuevos contenidos la condición *positiva* de las personas con VIH y SIDA. De acuerdo con Carlos, su hermano, en algún punto de su enfermedad Roberto decidió “no morir así”, resignado, apestado, avergonzado sino sobrevivir y sacar fuerzas de este impulso vital para “hacer algo”, contribuir, poniendo el cuerpo y sus destrezas comunicacionales de actor y periodista para posicionar el tema desde una perspectiva que irá construyendo un discurso centrado en los derechos humanos. “Un día, de un modo casi cruel, me informaron que tenía sida. Ese día recuperé el pasado y comencé, más que nunca, a pensar en el futuro” (Jauregui Roberto, Discurso Inagural Expresida).

Para Roberto ese hacer algo, ese *no morir así*, tendrá una expresión vital y política. Esa experiencia se canalizará a través del trabajo con quien fuera su médico, el entonces jefe del servicio de inmunología del hospital Fernández, Pedro Cahn. Entre ambos pondrán en marcha la Fundación Huésped. Si bien, la autoría intelectual y el sustento médico que la convertirá en un modelo exitoso de organización civil, la provee Cahn, Jáuregui será el rostro público, aquel que captura los reflectores y teja las redes primarias que posicionarán a la Fundación en un esfuerzo para contrarrestar el miedo, el estigma y la fobia que despierta por doquier las siglas SIDA. La Fundación cobra notoriedad y un fuerte impacto público por la realización de colectas, fiestas, conciertos, así como otros eventos que logran calar en la sociedad argentina. Entre sus logros más significativos es lograr la movilización de importantes personajes del mundo intelectual, cultural y artístico que se vinculan con las actividades de la organización y, en general, en la lucha en contra del SIDA.

De esta forma, la visibilización, el *desclosetamiento*, recurso político del movimiento gay, rendirá frutos en las acciones para enfrentar la pandemia. Dar rostro al SIDA, expone a quienes así lo deciden a actos de hostigamiento y violencia, pero como sucedió con el ejemplo de Roberto Jáuregui también le permitió establecer una proximidad con ciertos colectivos y personas quienes son capaces de sensibilizarse y no sólo cambiar de opinión sino además sumarse a las campañas, donando tiempo, dinero o recursos en especie. En la historia del SIDA, particularmente en países como Argentina o México, la construcción de alianzas puntuales y de mayor aliento resultó clave, en especial durante los primeros años, para la construcción de las instituciones a través de las cuales se

canalizará parte de los esfuerzos para atender un problema que los estados parecían indiferentes o torpes. En el caso argentino, a pesar de las duras críticas a instituciones como Huésped, ésta marcó una forma de acción que a través de las colectas, conciertos e innumerables pláticas, conferencia, permitieron allegarse de los recursos necesarios para mejorar las condiciones de la sala de atención a pacientes en el Fernández. Mediante esa exposición pública y debido al protagonismo que ostentaron, no solo se remozaron las instalaciones sino además se pudo edificar un espacio de internación temporal u hospital de día para la atención puntual de las personas que requerían de cuidados no intensivos. Con el tiempo, Fundación Huésped se hizo de los recursos para adquirir un inmueble y convertirse en un organismo profesionalizado en la atención, en la investigación de punta, así como referente en los debates que sobre la infección ocurrida en el país sudamericano.

El lugar de Roberto Jáuregui en el activismo argentino, quien moriría en 1994, es emblemático por varias razones. Aquí apunto dos que me parecen significativas. La primera se relaciona con el protagonismo que las personas afectadas directamente por el virus irán adquiriendo, primero a nivel individual y luego construyendo sus propias redes, mismas que adquirirán voz propia, independiente de los colectivos gays, pese a que en su mayoría estas redes pudieron estar conformadas por homosexuales. Así como Roberto Jáuregui procedió, la incursión política de muchos de los varones que, aun teniendo una orientación sexual diversa a la heterosexual, se hará en su condición de enfermos o portadores del virus de la inmunodeficiencia. De esta forma inauguran una militancia a partir de esa especificidad y ella será la que releven. Aunque de manera general compartan acciones y perspectivas semejantes, sobre todo cuando se trate de enfrentar a la iglesia católica y a los grupos conservadores, reivindicarán su diferencia y su derecho a tener una postura propia.

Por otra parte, no solo la figura de Jáuregui y sus vínculos con Cahn, sino también las otras acciones que se llevan a cabo de forma individual y colectiva pondrán el dedo en la llaga sobre las consecuencias sociales de las políticas reformistas de los años noventa, particularmente en el espacio de la salud pública. Frente al hecho de un estado cada vez menos presente en la dotación de recursos a los grandes hospitales públicos de la Argentina, la gente comenzó

a llenarlos. Casi intuitivamente, en una reacción de sobrevivencia colectiva, los gays de manera individual o en grupos más organizados, se hicieron presentes en los centros de salud realizando tareas que correspondían al personal médico, de enfermería o de limpieza, acompañando y brindando atención a los pacientes, sustituyendo a la familia y al estado. Aunado a ello, se fueron convirtiendo, en alternativas ante una institución médica burocratizada, ineficaz e indolente, de forma paulatina pero en un tiempo realmente corto fueron profesionalizando sus servicios que incluyeron la atención médica, psicológica y legal.

Así surgió una lógica social que durante los años noventa se puso en boga. Una que ante el empequeñecimiento del estado y la preminencia del mercado en toda América Latina, catapultó a nuevos actores que se definirían como grupos organizados de la *sociedad civil* o también, desde una lógica más empresarial asociaciones del *tercer sector*. Uno de los rasgos que tendrá un fuerte impacto en la configuración del activismo será el tema de los financiamientos, fundamentalmente externos, con ellos, la posibilidad de vivir, viajar, establecer relaciones internacionales y detentar una forma de poder que trastocará la dinámica inicial, solidaria y altruista que hasta ese momento marcó las acciones civiles frente al SIDA.

## **II México**

En México los datos oficiales afirman que los primeros casos de SIDA ocurren durante 1983, momento en que aun los centros de investigación de alto nivel carecían de las pruebas conclusivas para identificar el agente causal. Al igual que sucedió en Argentina, son varones los primeros casos en ser remitidos a los centros de salud, quienes mueren al poco tiempo debido a complicaciones sin que los médicos pudieran hacer algo para evitarlo. Jóvenes que, de acuerdo con las especulaciones oficiales, se debieron haber infectado en el exterior, quizá Estados Unidos o tal vez Europa, lo que resultó incontrovertible fue que se trataba de jóvenes homosexuales, quienes al igual que aquellos reportados en San Francisco y Nueva York dos años antes, mantenían un comportamiento sexualmente licencioso. En aquellos ayeres antes del aislamiento del virus y de que las técnicas diagnósticas se comercializaran globalmente, las autoridades sanitarias del país conocían ya las formas de transmisión: el sexo, la sangre y aquella denominada vertical que ocurría entre la madre y su criatura. Sobre la

base de estas formas de transmisión, las personas encargadas de tomar decisiones en materia de salud asumieron una especie de blindaje nacional. Existió una presunción, al principio de la llegada del SIDA a nuestro país, que éste no representaría una amenaza a la salud pública, “no se podían anticipar las características de una epidemia de proporciones tan severas” (Soberón Acevedo Guillermo y José Antonio Izazola, 1996).

De hecho en torno a los primeros pacientes se edificó un cerco informativo, que salvo los más involucrados, nadie más tuvo conocimiento certero. Será una década posterior cuando, el Dr. Guillermo Soberón Acevedo, informe de la entrada del virus a nuestro país y de los debates internos que se sucedieron para posicionar al gobierno mexicano dentro de esa problemática que en su momento se consideró de poca gravedad. (García Murcia, Miguel, et al). De entrada se calculó, sin ningún sustento, que en este país con un número reducido de homosexuales y con bajo flujos migratorios provenientes de Haití, estaban dadas las condiciones para enfrentar con éxito la emergencia de una enfermedad que no alcanzaría las proporciones de otros lados.

El silencio oficial se fue llenando de información variopinta, mucha de ella cargada de histeria, paranoia y una retahíla de prejuicios que vistos a la luz de lo hoy conocido resultan de antología. Lo más dramático del asunto es que fueron prodigadas no por los voceros de la iglesia católica o las agrupaciones ultraconservadoras como Provida. Muchos de esos posicionamientos claramente prejuiciosos y de tintes discriminatorios fueron producto de las mentes científicas, de esas mismas que desde los espacios de prestigio como las universidades, incluyendo la UNAM, generaron discursos cuyo impacto es difícil de calcular pero le otorgaron legitimidad a la cerrazón y a la indolencia. Entre estas perlas destaca la siguiente: “No hay por qué preocuparse, la población en México que no pertenece que los grupos de alto riesgo, tiene una probabilidad prácticamente nula de adquirir la infección” (Dra. Martha Céspedes citada en Mejía Max, 1988).

La declaración de la Dra. Céspedes no fue la única ni la menos grave, otras como la del catedrático de la Facultad de Medicina de la UNAM, y médico del Hospital General, Cipriano Borges Cordero se atrevió a sugerir que esta enfermedad había convivido con el ser humano muchos siglos antes, la diferencia con el presente (su presente) radica en los métodos y herramientas

de diagnóstico que a partir de ese momento podía revelar el origen de aquello que se padecía pero no tenía una clara identificación y por consiguiente nomenclatura médica para asirse. Esta afirmación la sustentó en lo que denominó “una asociación de ideas” que podrían desprenderse de la literatura, particularmente de aquel que a su juicio constituía “el mejor libro existente: la Biblia”. Se asumiría que por la boca de un médico, formador además de la próxima generación de personas al cuidado de la salud de las y los mexicanos, se sustentaran con datos, revisión de fuentes médicas y no en ese texto sobre el cual se pueden sustentar incluso tesis contrarias. Lo relevante de estas opiniones es observar cómo la posición del médico no es neutral en términos valorativos, cómo su discurso devela un sujeto con poder pero también, pese al proceso de secularización que ha hecho posible esta posición, cómo se imbuye de creencias, incluyendo las religiosas.

Este tipo de opiniones, desafortunadas por tratarse de expresiones emanadas de quien encarna el saber científico, tenían el poder de normar las prácticas concretas que mediaron las relaciones entre las personas infectadas y el personal médico. De esa forma, no eran inocuas, construyeron realidades que se develaron en oprobios para quienes se encontraban en el lado vulnerable de la relación médico- paciente. Así este tipo de posturas florecieron, incluso algunas de ellas llegaron acariciarse como parte de las políticas públicas, por la forma reiterada de circular y porque lograron granjearse el visto bueno de algunos sectores. Entre ellas, de forma insistente, se expuso la idea de censar aquellos pertenecientes a los “grupos de riesgo” y obligarlos a develar su estado serológico, es decir aplicar pruebas de laboratorio cualquiera que fuese sospechoso de pertenecer a esos colectivos. Así prostitutas, drogadictos y homosexuales sería sometidos desde el poder del estado a “estrictas medidas de higiene” dentro de esos espacios que los convocan: la zona rosa en la ciudad de México, cantinas, hoteles, cines, baños de vapor, lugares turísticos. En lugares como ciudad Juárez, las declaraciones pasaron a los hechos, redadas de homosexuales se realizaron como parte de los controles sanitarios que requería de un diagnóstico preciso de la situación, sin importar la violación a la privacidad y mucho menos a la dignidad de las personas, como si se tratase de ganado, aquellos sobre los que se infirió su homosexualidad fueron sometidos a pruebas sin consentimiento. Aun, el discurso de los derechos humanos no se

incorporaba en las instituciones mexicanas y los homosexuales o, quienes se sospechó lo eran, tenían un estatuto paria y por tanto sus derechos eran inexistentes.

De tal suerte, entre silencios oficiales, manifestaciones que minimizaron las implicaciones del SIDA en México y ante la postura de algunos encargados de la salud, los contenidos emocionales se llenaron de una especie de histeria socializada, que se tradujo en acciones de discriminación y hostigamiento, cuyas múltiples traducciones comenzaron justo dentro de ese espacio destinado al cuidado de su salud: el hospital. En 1985, dos años después de los primeros pacientes registrados con este padecimiento mortal, en el hospital en donde ello aconteció, el Instituto Nacional de Nutrición Salvador Zubirats, se produce el suicidio de un joven. Días después, en diversos diarios aparece una carta firmada por 250 personas en donde se aclara que el chico no tomó la decisión de terminar con su vida motivado por la enfermedad sino por las humillaciones y malos tratos recibidos por parte de médicos y enfermeras. La muerte, ese tipo de muerte en particular, pudo ser leída como el colofón de una experiencia extrema de dolor, desesperanza y devastación personal. Pero la violencia no paró ahí. En situaciones en donde la abyección se corporiza en determinados colectivos, esta continúa después de la muerte. En esta misma carta, las personas cercanas describen “las burlas y el desdén” que su cuerpo yacente fue objeto por parte del personal del Ministerio Público y su memoria pisoteada por la prensa que dio vuelo al escarnio y al morbo cuando informó sobre el acontecimiento (Mejía Max, 1988).

De sur al norte del país, se sucedieron episodios en los cuales, la intolerancia y la violencia hicieron su aparición. En Campeche el ayuntamiento de la capital anunció razzias en contra de travestis, en Guerrero atemorizados habitantes de una pequeña localidad quemaron una vivienda y expulsan a los familiares de un hombre que muere de SIDA, en Yucatán grupos católicos anuncian una limpia social en contra de aquellos que hacen peligrar la salud de la sociedad, en el mismo estado se prohibirá la entrada a niños con SIDA en una escuela pública.

Este clima de histeria y profunda ignorancia se hizo presente incluso en el propio activismo gay. Dentro de algunas organizaciones hoy desaparecidas se



contempló la idea de promover campañas para alertar a los homosexuales mexicanos a no tener relaciones sexuales con gente proveniente del extranjero, particularmente de nuestro vecino del norte. Una proclama en donde la impronta antiimperialista de la izquierda militante se mixturó con la ignorancia y la paranoia de los tiempos. (Mejía Max, 1988 y García Murcia Miguel, et al, 2010).

Esta atmósfera enrarecida y envilecida generada por la aparición del SIDA, tuvo un agente fundamental: la iglesia católica y los grupos conservadores. Estos actores, sobre todo en aquellos inicios de la epidemia, lanzaron verdaderas cruzadas que no solo se contuvieron en el linchamiento moral de quienes padecían o, se infirió tenían, *la nueva peste*, auspiciaron también la violencia que estos mismo vivieron. Amparados por la posición que desde el Vaticano se produjo y bajó hasta la parroquia más pequeña; las iglesias locales en ocasiones intensificaron la postura estrecha e indolente. Así en México y Argentina no fue extraño encontrarse con discursos pronunciados por representantes eclesiales cuya factura se aproximó bastante a expresiones promovidas por el odio y el desprecio. Estas voces, con sus diversos matices, partieron del principio que identificó SIDA con grupos llamados de “riesgo”. Grupos estigmatizados antes de la emergencia de la enfermedad, que a partir de ella se volvieron objetos de prácticas que rayaron en cacerías de brujas, entre otras razones por que se les culpabilizó de causar y propagar este mal. Un ejemplo recogido por Miguel García Murcia (2010) describe cómo a finales de la década de los ochenta, en algunas colonias de la ciudad de México, se colocaron volantes en los cuales se afirmaba que el SIDA era transmitido exclusivamente por los homosexuales, se invitaba a la población a cuidarse de ellos y dar aviso a las autoridades de la Secretaria de Salubridad y Asistencia (SSA) para evitar el contagio entre las personas normales, evitar cualquier contacto con ellos para no hacer de este mal una verdadera situación apocalíptica. A pesar de que en México, muy prontamente aparecieron mujeres, amas de casa, monógamas, casadas por todas las leyes, es decir, la encarnación misma de un sujeto imposible de vincularse con ésta y otras infecciones de transmisión sexual, se siguió insistiendo y pensándose en grupos que por su amoralidad eran riesgosos.

Por su parte, la prensa que desde un principio había lanzado frases de gran calado como aquellas del “cáncer gay”, “la peste rosa”, “el mal de los lilos”

tuvo un papel decisivo es la construcción del imaginario social sobre el virus y la enfermedad. El ambiente enrarecido que las personas seropositivas y con SIDA han tenido que enfrentar desde el origen de esta historia, cuyas secuelas permanecen entrada la segunda década del siglo XXI, tienen una de sus fuentes el tratamiento de los medios a todo el asunto. Este abordaje noticioso nunca se conformó con dar a conocer el desarrollo de la infección, de los límites o los avances de la medicina, incluso dar cuenta de casos puntuales sin que, salvo excepciones honrosas, se haya explotado el morbo, el amarillismo, la condena moral, el desprecio, la sorna, y esa retahíla de comentarios humorísticos de viejo y nuevo cuño homofóbico. Una de las imágenes no producida por los medios masivos pero reproducida por ellos hasta la saciedad hizo del SIDA sinónimo de muerte.

Si bien, esta era una oración que se constataba médicamente, abrió también un campo de disputa simbólica sobre la cual los activistas, en distintas partes del orbe, en los que se incluyó a México y a Argentina, actuaron, para destrabar esa ecuación cuya inevitabilidad se asumió por especialistas y legos, incontrovertible. Muy probablemente como acto de sobrevivencia colectiva y frente a los pronósticos de una posible extinción de los homosexuales, esta afirmación fue objetada y combatida. Asumir la falibilidad de dicha afirmación fue condición para albergar esperanzas y poder generar expectativas que dieran rienda suelta al enojo para así transformarlo en protesta, a la compasión para elaborar solidaridad, al deseo de vida para enfrentar y crear alternativas de atención, prevención y procuración de los derechos humanos. La lucha contra la muerte y el olvido se volvieron decisivos para la construcción de la subjetividad activista.

Sin embargo, como sucedió a menudo, aquellos quienes transitarían al activismo tuvieron que enfrentar primeramente un tipo emoción igualmente profunda, intensa, cuya consecuencia políticas será, generalmente la inmovilización y el desempoderamiento. Esta emoción es el miedo.

Todos estábamos aterrados, yo lo viví aterrado y fíjate, paradójicamente, me salvé entre comillas, yo nunca me infecté, nunca entendí ¿por qué mis amigos se empezaron a enfermar? Este amigo del que te hablé anteriormente, mi amigo de la de la infancia lo volví yo a ver ya en el hospital; él ya tenía Sida, esa experiencia también me marcó mucho, porque además pues yo lo quería mucho, a pesar de que lo dejé de ver mucho tiempo estaba muy presente para mí,

entonces verlo en una cama de hospital, ¡hijo! sí fue muy impactante totalmente cambiado, físicamente deteriorado y además todavía en esa cama sufrió discriminaciones con sus propias hermanas. Un día lo voy a visitar y ahí estaba una de sus hermanas y lo está regañando, diciéndole “arrepíentete” y Arturo llorando ¿no?, “arrepíentete para que Dios te perdone, arrepíentete de haber sido homosexual”. Mi amigo muere voy a su sepelio y todo; eso me provoca mayor pavor, luego otro muy amigo mío muere en Nueva York, después de Arturo. Víctor, en la etapa de activista gay fue mi mejor amigo, él decide irse a Nueva York a vivir, muchos activistas gays hicieron eso, irse a San Francisco, Nueva York, porque eran las mecas, eran una maravilla para el mundo gay. En ese entonces hicimos un viaje juntos y él conoce a un cuate se enamora de él y decide quedarse, yo me regreso, pero tiempo después me entero que está enfermo, lo voy a visitar al hospital de Saint Vincent me despido de él porque ya no tenía... y también eso me marca... entonces gente muy cercana mía empieza a morir y a enfermar, entonces a mí me llena de terror. Yo me pregunté qué había de diferente en su modo de vida al mío y no hallo ninguna diferencia, ninguna, en ese entonces nadie nos protegimos, no sabíamos, también fui a Nueva York, también fui a San Francisco, también estuve aquí, también estuve allá, entonces me dije, el siguiente soy yo, entonces estaba aterrado. Yo renuncié al sexo un tiempo por terror, fue tal mi terror que la tensión me sacó unas... yo sentía que estaba mal de los pulmones y me empezaron aparecer como heridas en la piel, pero de mi propio nerviosismo, de mi propia tensión se me hicieron como pústulas para mí eso era síntoma del Sida (Entrevista Alejandro B).

Yo recuerdo a Rock Hudson mucho más porque lo atacaban o hablaban de su homosexualidad oculta y el Sida casi como una consecuencia natural. Yo en ese momento entré al ambiente gay, por primera vez el mundo se estaba acomodando para mí, por primera vez no tenía que fingir, por primera vez podía ser yo en muchas cosas y entonces recuerdo haber dicho que para mí habían entrado... que la vida se me había convertido en una gran juguetería y que como un niño que entra en una juguetería estaba así como de ahhhhgg todo por tocar y descubrir así y lleno yo de alegría y de ilusión. Cuando apareció el Sida, esa gran juguetería se empezó a convertir en fauces que se cerraban y me querían atrapar, que se cerraban y me querían comer, y entonces mi vivencia de lo gay también se convirtió en algo muy paranoico, persecutorio se volvió una experiencia con mucho miedo, una gran lucha interna de si era cierto, si no era cierto, de por qué nada más los gays y por qué yo además; por qué yo asumí que era de los gays propensos a infectarse. En ese entonces no era infectarme era además enfermarme, guion morirme (Entrevista Juan Carlos Hernández).

Ese miedo es una emoción que invade y paraliza, en ocasiones, tiende a configurar una actitud evasiva, cuando no una pasividad que permite que esas mismas fuerzas que provocan el miedo se asienten, traspasando toda resistencia, toda posibilidad de enfrentar con oportunidad y asertividad aquello que avasalla. Ante el miedo lo mejor, por ser lo más inmediato, será emprender la huida, correr y preservar los trozos de integridad, los alientos de vida, los pequeños retazos de propiedad. El miedo victimiza y eso constituye una posición derrotada, justo una que impide toda posibilidad de construir subjetividades fuera de los límites del desempoderamiento.

En el caso del SIDA, el terror a la muerte tenía además el componente de culpa, cuyas ranuras primarias se forjaron a través de los discursos religiosos pero también de los seculares y científicos que hicieron de la homosexualidad una abominación, una patología, actos, pensamiento y omisiones antinaturales. Así, el SIDA vino a engarzarse perfectamente en esta gama de emociones-razones que instalaban en la abyección a los homosexuales. Invertir esa condición requirió de una energía vital de gran magnitud. Entre otros procesos hubo que dismantelar el basamento emocional existente en los andamiajes que estructuraron las relaciones de poder, esa inversión, esa torcedura sólo pudo ocurrir en espacios colectivos.

De esa forma aquellos que tuvieron el tino de contar previamente con algún espacio colectivo o quienes durante este proceso se vincularon con alguno, pudieron sobreponerse al miedo y también al dolor que ocasionó la enfermedad, la pérdida de amigos, colegas o amantes. Así sin negar las emociones primarias que el SIDA despertó, en torno a su existencia se forjaron también reflexiones y se construyó un tipo emotividad que posicionó de forma distinta a estos sujetos frente a lo que se presentaba como fatalidad y tragedia. Este proceso permitió enfrentar su propia vulnerabilidad y ese autocastigo infringido que a través del terror reactualizó la vieja culpa homofóbica.

Esta es una de las situaciones que subyace en el relato de la mayor parte de quienes pertenecen a la generación que vivió el paso de la revolución sexual mexicana al nacimiento del SIDA, con todas sus repercusiones personales y colectivas. Torcer la abyección es un proceso que pasa por el cuerpo, la emociones, la dimensión individual de cada uno de quienes participarán en las acciones contra el SIDA. Si bien necesariamente debe pasar por lo individual es un proceso que se forja en espacios colectivos.

Como hemos visto, la historia del reconocimiento de su orientación sexual tiene diversos desenlaces, uno de estos, bastante común, fue la expulsión de su núcleo familiar. En ese sentido, para muchos, las amistades forjadas dentro de esos pequeños espacios disponibles para ese momento, entre ellos los lugares de militancia fueron fundamentales. Estos se transformaron en una segunda familia, ahí hallaron la posibilidad de ser reconocidos y aceptados de forma plena, sin dobleces, sin tener que ocultar ese algo fundamental que refería a su

sexualidad. Estos núcleos, grandes o pequeños, se volvieron espacios de discusión, de intercambio de lecturas, de planeación de actos, de redacción de volantes pero así mismo fueron lugares en donde se tejieron amistades entrañables, así como enemistades de antología, amores imposibles y desamores tormentosos, sexo y mucha fiesta. La aparición del SIDA irrumpió de forma directa en el activismo, cimbró el seno mismo de estos grupos porque entre sus militantes resultaron algunos infectados.

De acuerdo con algunos estudios, serán hombres de clase media, homosexuales, quienes habían viajado o viajaban principalmente a los Estados Unidos aquel segmento de la población mexicana que se convertirá en donde se albergue el virus y posteriormente la enfermedad. Los activistas cumplían a pie juntillas estas condiciones y, pese a los intentos de boicot sexual contra los pares estadounidenses o europeos, todo indica que eso nunca sucedió. En el caso mexicano, probablemente por la cercanía, el movimiento gay de los Estados Unidos se volvió referente ineludible. Algunos de los activistas visitaban frecuentemente aquellas ciudades, mecas de las libertades sexuales y establecieron contactos con las militancias del país del norte, con lo que se estaba produciendo en términos intelectuales, políticos pero también se aventuraron felices a la escena nocturna y a la oferta erótica, impensable en México durante aquellos años.

De esa forma, el SIDA llegó y pegó duro en esos espacios que se vieron prontamente diezmados con la llegada de la epidemia y el drama social que ello suscitó. Así, desde el centro de estos acontecimientos, el activismo gay fue duramente sacudido, al mismo tiempo la existencia de estos espacios funcionó para contener el dolor, llorar las pérdidas de los amigos, los amantes pero también elaborar el coraje, el enojo, hacer frente no sólo a la enfermedad y a la muerte propia y ajena sino a la andanada de intentos cruzados por atizar el odio, el desprecio y el miedo por los homosexuales.

A diferencia del caso argentino, en México las organizaciones gays venían con un trabajo más o menos ininterrumpido desde finales de los años setenta, con escisiones, reagrupamientos y el surgimiento de nuevos grupos, aunque mucha de la actividad transcurriera en lo que Alberto Melucci denominó la etapa de *latencia*. Así, los grupos tales como el Colectivo Sol, Guerrilla Gay, Cálamo,

entre otros, se convertirán en espacios que atajaron los efectos de la epidemia y se transformaron de aquellos que reivindicaban los derechos y las libertades de lesbianas y homosexuales, en unos en donde, el tema del SIDA se volvió vertebral.

Entre las primeras formas de acción, algunas veces realizada de forma improvisada y otras tantas con un diseño más planeado, los grupos se volvieron espacios terapéuticos, círculos de autoapoyo que, utilizando una diversidad de dinámicas psicológicas tuvieron como primeros participantes a los propios activistas. Aquí se forjaron lo que serían los espacios inaugurales de formas de intervención que posteriormente se replicarían para otras poblaciones, en donde quienes asistieron tuvieron la posibilidad de compartir el miedo, el dolor, la angustia, trabajar la culpa de encarnar alguna de las identidades abyectas y revertirla. Lo destacable de estas experiencias fue la construcción de una reflexión vivida y sentida que, de forma colectiva, provocó el desmontaje de esa acusación que aguijonó la conciencia de aquellos que, por sus prácticas y conductas aberrantes fueron señalados de provocar esa plaga apocalíptica. Más desafiante aun fue desatar ese nudo que vinculó en una ecuación por la cual las siglas de SIDA equivalían a muerte. En un contexto en el cual defender esta perspectiva suponía una necesidad casi cerril, los grupos y los militantes que vivían en un entorno signado por la muerte, en el seno mismo de esos grupos que devinieron en *familias alternativas* (Entrevista Juan Carlos Hernández Meijueiro), se empeñaron en mostrar una opción en donde será el silencio, la falta de información y de formación respecto a la sexualidad la razón de tanta muerte. Silencio igual a muerte, sostendrán como lema.

De esta forma, los grupos se volvieron también espacios en los que fue posible torcer esa identidad signada por los poderes y construir esa otra condición colectiva, politizada en donde el coraje, el orgullo, la dignidad se pudieron formular y encarnar justo por su construcción a muchas voces y distintas manos, incluyendo algunas que serán provistas por la experiencia venida de otros lugares, por la producción científica e intelectual que contribuyó poderosamente a politizar la sexualidad y la enfermedad.

Así, ante la ausencia de pronunciamiento por parte de las autoridades sanitarias del país, serán los grupos que seguían en activo como el Colectivo Sol

quienes difundirán lo que hasta ese momento se tenía de información sobre la enfermedad. Para ello se darán a la tarea de recopilar toda los datos aparecidos tanto en los diarios tanto mexicanos como del extranjero y son quienes en 1983 organiza las primeras conferencias que sobre el SIDA que tendrán lugar en el Foro Isabelino de la Ciudad de México. (Hernández Juan Jacobo, at al, 1985).

De forma simultánea, los grupos y figuras que en lo individual se volverán apoyos y referentes del movimiento, tendrán como otra de sus actividades inaugurales ser los objetores, primero del silencio oficial y posteriormente del maltrato, el hostigamiento, la violencia de quienes además de lidiar con la enfermedad, enfrentaban el despido en sus trabajos, la expulsión en sus escuelas, el exilio en las familias y por supuesto los ultrajes recibidos en los hospitales. En efecto, las primeras acciones que convoca la acción conjunta y el posicionamiento público de lo que se va a decantar como la militancia en torno al VIH-SIDA tendrá en la denuncia una de sus tareas fundacionales.

Como se apuntó anteriormente, las historias de maltratos a las personas con SIDA en el espacio médico recorren prácticamente a todo el mundo, México no fue la excepción. No obstante a diferencia de lo que ocurrió en Argentina, en donde los activistas intervienen para mejorar las condiciones materiales de los lugares de atención y hospitalización. En México las instituciones son impermeables a la presencia de las organizaciones civiles dentro de los hospitales, sin importar que sean capaces de movilizar recursos monetarios, en especie o también aportar con el trabajo voluntario. La redes hospitalarias que articulan el servicio público en el ámbito de la salud (Secretaría de Salubridad y Asistencia, Instituto Mexicano del Seguro Social e Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado) lo menos que desearon o permitieron fue la presencia de miradas que a la vez de apoyaran las labores, fiscalizaran el trato y las condiciones generales de estos sistemas de atención.

En México al igual que los sucedido en Argentina, las condiciones materiales y humanas de los sistemas hospitalarios sufrirán, durante la década de los ochenta, severos recortes presupuestales ocasionados por las crisis económica que a partir de 1982 sumen al país en un espiral de crisis. Una inflación galopante, la devaluación del peso, el crecimiento de la deuda externa y algunas catástrofes naturales como el terremoto de 1985, colocarán al país en

una profunda crisis que encontrará por la vía tecnócrata<sup>76</sup> respuestas que apuntaron hacia el *cambio estructural* del modelo. De igual forma, que sucedió en el resto del continente, se propiciarán la apertura comercial a productos y servicios del extranjero y se asumirá canónicamente una política de disciplinamiento fiscal que marcará como máxima el que no puede haber más gasto que ingresos. Su traducción en México y el resto de los países de la región fue sacrificar el gasto social y adelgazar a su mínima expresión todas aquellas instituciones que maltrechamente habían sido los baluartes del bienestar, entre otros, de la salud pública. Esta situación se mixturará con una pléyade de prejuicios e ignorancia a la hora de enfrentar la nueva enfermedad.

Los servicios de salud, será un epicentro de algunas de las expresiones más lacerantes tanto de la construcción social de la abyección como de la construcción social del coraje y la indignación que tendrán como pivote el nuevo virus y la enfermedad que provoca.

En México, el Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Eduardo Zubirán y el Hospital General de la Raza, dependiente del IMSS, serán los centros de salud a donde se canalizarán a las víctimas de la inmunodeficiencia humana. Uno de las narraciones recogidas por diarios críticos como el entonces el *Uno más Uno* y luego *La Jornada*, describirán el viacrucis de quienes llegaban a la clínica correspondiente y de ahí eran enviados a determinados hospitales que a su vez, en medio de la alarma generalizada, como si se tratase de las plagas de otros tiempos, médicos, enfermeras y el personal administrativo terminarán por rechazarlos y, violando cualquier tipo de confidencialidad, serán remitidos a los hospitales mencionados de forma escandalosa. Finalmente al arribar a hospitales como el de la Raza estas personas se vieron sometidas a un

---

<sup>76</sup> La tecnocracia o los tecnócratas hace referencia al cambio que se experimentó en el seno de la clase política mexicana a partir del arribo a la presidencia de Miguel De la Madrid Hurtado (1982-1988). Un nuevo perfil de jóvenes egresados de universidades estadounidenses comenzó a desplazar a aquellos políticos de viejos cuño quienes habían forjado sus carreras políticas en sucesivos escalonamientos por puestos públicos y cargos de elección popular, ideológicamente más cercanos al nacionalismo revolucionario. La tecnocracia además de la juventud se ostentó poseedora de los conocimientos necesarios para tomar decisiones, los asuntos públicos y de gobierno precisaban de una visión técnica, especializada y ellos tenían esas herramientas. En términos sintéticos, esta nueva generación de políticos fue la responsable de las políticas que procuraron minimizar al estado, incorporarse a los acuerdos de libre comercio y reducir al mínimo la dimensión social del estado mexicano.



protocolo de atención que destinó a los pacientes con SIDA al sector de epidemiología, en donde permanecían aislados y con estrictas medidas de seguridad, en un momento en que se sabía que no era una enfermedad contagiosa, es decir no se propagaba a través del contacto cotidiano sino que solamente involucraba la sangre y los fluidos corporales como el semen.

En estos lugares, se cocinaron algunas de las historias que serán recogidas como denuncias por parte de los grupos organizados del movimiento gay así como de una red que incluyó a personalidades y grupos feministas, intelectuales, personas provenientes de la academia y del ámbito artístico. A partir de comunicados, inserciones en periódicos o cartas a los mismos se puso al descubierto la violencia institucional que, entre otras circunstancias, había provocado el suicidio de aquel joven que la prensa amarillista volvió objeto de escarnio y burlas. De igual forma, grupos como el Colectivo Sol o Cálamo se dedicaron a responder públicamente a aquellas opiniones vertidas por personal médico, quienes difundían información cargada no sólo de inexactitudes y datos erróneos sino que además investidas del poder del conocimiento deslizaban una serie de juicios morales, mismos que contribuyeron a la estigmatización de las personas afectadas por el virus.

Desde los comienzos de la epidemia, se fueron perfilando dos de las tendencias del activismo más importantes: el trabajo de asistencia puntual y el debate público. Durante la siguientes dos décadas estas dos expresiones se volverá cada vez más complejas, abriéndose un abanico de formas más específicas de intervención que precisarán que la militancia pase de la buena voluntad, la improvisación y las acciones espontáneas a una especialización y profesionalización. Habrá quienes opten por este camino y devengan en eso que durante la última década del siglo XX se celebró como la consagración de la sociedad civil.

La llegada del SIDA tanto en México como Argentina reescribió una polémica presente en ambas sociedades que tuvo en la sexualidad el punto de confrontación y disputas. Estas batallas culturales y políticas movilizan a diversas fuerzas, agentes y sujetos que en los momentos de mayor algidez se decantarán en bloques que sin ser homogéneos y por tanto carentes de conflictividad interna, aparecerán, al menos en su dimensión pública, como

referentes cada cual con una consistencia perfectamente delimitada. De una parte aquella corriente que haciendo uso de la tradición, de lo que lo que se considera natural y normal, convertirán al SIDA en la prueba que corrobora su postura sobre la sexualidad. Esto es, asumir fundamentalmente que la sexualidad sana, correcta, deseable será aquella que celebrada entre personas de diferente sexo, mientras esos encuentros, entre hombres y entre mujeres, son básicamente atentados al orden natural cuyas consecuencias será contaminar la moralidad social y propiciar enfermedades tales como la que en esos momentos azotaba al mundo.

Es sus modalidades más virulentas, esta posición amenazó con regresar a aquellos tiempos en donde la homosexualidad y los homosexuales no tenían derechos y su reconocimiento estaba dado por prácticas discursivas que lo hacían o bien un pecado o una patología. Las primeras reacciones que articularon un sinfín de agentes e instituciones parecían ir en el sentido de asestar un golpe de timón a la revolución sexual y la promesa del regreso masivo y sin retorno de la homosexualidad al closet. En ese momento existían una serie de elementos en el ambiente, desde la abierta hostilidad hasta los mecanismos más sutiles de la discriminación que hacían pensar que eso podía ocurrir. Incluso algunos de los testimonios recogidos evocan ese momento como uno en donde la ofensiva conservadora se vivió tan amenazante como el virus mismo. En este vector de la disputa, participan jugadores potentes con un historial de vieja data en las lides del poder y sus luchas por mantenerlo, entre estas destacaban las iglesias de prácticamente todas las denominaciones, comenzando por la católica, las organizaciones civiles de corte conservador como la Comité Nacional Provida, la Unión Nacional de Padres de Familia, así como algunos medios de comunicación. De igual forma, cabe subrayar por inconcebible con su propia procedencia, las voces que desde de la corporación médica contribuyeron a esa homofobia que tiñó las posturas en torno al VIH-SIDA.

Por su parte, del otro lado del espectro se entretejió una alianza entre los grupos provenientes de la liberación homosexual, los colectivos feministas, ambos una etapa de reflujo político. Pero a esta alianza se le sumaron intelectuales, organismos de izquierda, artistas y por supuesto las personas infectadas. No obstante, como lo apuntó Carlos Monsivaís (1988), si bien no

tenían los recursos materiales y simbólicos, al menos en los diez años previos al nacimiento del SIDA, había realizado una serie de contribuciones a la cultura que en mucho evitaron ser aplastados por la reacción homófoba y sexófoba. Es más a lo largo de ese tiempo se plantaron algunas semillas que germinarían años después haciendo de esta fuerza una que ha abierto derechos y libertades, antes inimaginables.

En el contexto mexicano, subraya igualmente Monsivaís (1988), la laicidad de estado, pese a los embates y reformas sufridas a partir de la llegada de Carlos Salinas de Gortari<sup>77</sup> a la presidencia (1988-1994), funcionará como un dique para imposibilitar la adopción de políticas públicas preñadas de la perspectiva que hizo de la heterosexualidad, la monogamia y la abstinencia, banderas en materia de prevención, impulsada por los grupos más conservadores de la sociedad.

De tal suerte, la disputa en torno a los valores y las prescripciones que a propósito del SIDA, volvió a confrontar a fuerzas que, más allá de sí mismas, expresan amplias y profundas tendencias ancladas a diversos niveles en la sociedad mexicana pero que también podría extenderse a la sociedad argentina. Las fuerzas del conservadurismo y aquellas que abogarán por las libertades y los derechos, tendencias que también han sido denominadas como modernizadoras<sup>78</sup>.

---

<sup>77</sup> Como parte de su proyecto modernizador, Salinas de Gortari encontró anacrónico una serie de disposiciones constitucionales nacidas en la lucha anticlerical de los años treinta del siglo XX. Desde su perspectiva los tiempos eran otros y el conflicto ya había concluido mucho tiempo atrás. En consonancia con los nuevos tiempos del cambio debía establecerse un nuevo marco que reconociera jurídicamente a todas las iglesias, aunque era la católica la que tenía especial dedicación. En 1991 se envían al Congreso la iniciativa de modificación al artículo 130 constitucional y otros más. Aunado a ello se reestablecieron las relaciones diplomáticas con el Vaticano suspendidas durante varias décadas. Para una revisión del tema se sugieren los trabajos de Soledad Loaeza *El fin de la ambigüedad. Las relaciones entre Estado y la Iglesia en México, 1982-1989*, México, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, México; "La iglesia católica en México y el reformismo autoritario", Foro Internacional, vol. xxv, 1994, "Las relaciones estado-iglesia católica en México, 1984-1994. Los costos de la intitucionalización" vol. xxxv, 1996; Así como el trabajo de Roberto Blancarte, *El poder. Salinismo e iglesia católica: ¿una nueva convivencia?*, México, Grijalbo, 1991.

<sup>78</sup> En un trabajo muy temprano Esperanza Palma y Estela Serret (1988) reconocieron que en torno al SIDA se fraguaban dos tendencias que se disputaban los contenidos de la moral en la sociedad mexicana, aunque no sólo en ella sino en todo el mundo. La primera apelaría fundamentalmente a la tradición y quizá su expresión más elocuente se registró en los Estados Unidos en donde la derecha republicana de Ronald Reagan dio marcha atrás a una serie de conquistas culturales y políticas de los movimientos sociales de los años sesenta y setenta (derechos civiles, feminista, lésbico-homosexual). La segunda, asimirá el legado de la modernidad sobre todo en cuanto a la crítica al prejuicio y a la costumbre y la

Esta última tendencia tuvo que madurar rápidamente para poder responder a los embates que desde muy temprano los sectores más conservadores habían adelantado. Al mismo tiempo, los grupos tuvieron que disponerse de una forma de organización más especializada para poder dar respuesta a los diversos requerimientos que comenzaron a presentarse. Frente al silencio y a la inacción de los gobierno, los grupos gay comenzaron a tomar la iniciativa y actuar, al mismo tiempo, emergieron los grupos y redes de personas positivos que igualmente ocuparon un espacio en los debates y en la atención. La institucionalización fue un camino necesario que muchos de éstos comenzaron a andar. De esto se tratará el siguiente apartado.

---

reivindicación de derechos para grupos como las lesbianas, los homosexuales y las personas trans. Las autoras reconocen que los derroteros de tal confrontación resultan, para ese momento, impredecibles. Cualquier de las dos tendencia podría cancelar los avances de la otra, un equilibrio precario podría en cualquier momento balancearse para cualquier lado.

## **CAPÍTULO 6 DE LA CATARSIS ACTIVISTA A LA CRONICIDAD SOCIAL**

### **I Desde el epicentro de la epidemia. Multiplicación, complejidad y complicaciones: el abigarramiento del activismo.**

A finales de los años ochenta y durante la primera mitad de los noventa, lo que había sido una infección que no representaba mayor alarma para la salud pública, cambió drásticamente para mostrar un comportamiento epidémico cuya tendencia a multiplicarse exponencialmente prendió las alarmas. Si bien, desde entonces, uno de los rasgos que adquirió, tanto en México como en Argentina, fue presentarse como una epidemia concentrada en poblaciones determinadas, también es cierto que su crecimiento desbordó las previsiones oficiales y más allá de los denominados “grupos de riesgos”, se introdujo en la vida de aquellas personas consideradas las menos probables, entre otras, las mujeres, heterosexuales y monógamas, quienes la vuelta del tiempo han resultado más vulnerables que aquellas dedicadas a la prostitución, otro de los grupos que siempre cargó con el estigma del riesgo.

Este crecimiento cuantitativo tanto de la infección como del número de personas enfermas repercutió en la necesidad de ampliar y diversificar las acciones que hasta esos momentos ofrecían las organizaciones. Entre otras situaciones, se hizo cada vez más distinguible dos estados de salud que en un principio parecían ser uno solo. Esta diferenciación, en cierta medida, otorgó validez a aquella idea trasnochada, necia, producto del deseo y de la acción militante que negó en el SIDA la necesaria antesala de la muerte. Rechazar esta asociación comenzó a tener sentido por el mismo desarrollo de la epidemia y el singular comportamiento del retrovirus en el momento en que entraba en el torrente sanguíneo. Conforme transcurrieron los años se hizo evidente que, para bien o para mal, el VIH no desencadena inmediatamente la aparición de enfermedades oportunistas, esta situación puede aparecer hasta diez o más años sin que las personas presenten el menor síntoma de la infección. Ello hizo necesario diferenciar a las personas seropositivas, es decir aquellas que en sus análisis sanguíneos se detectó la presencia del virus, situación que los hacía portadores y aquellas otras que ya había desarrollado el SIDA, la enfermedad o el conjunto de síntomas que indicaban alteraciones inmunológicas. En consonancia, los enfoques médicos se fueron complejizando, de entrada habría

que responder a dos condiciones diferenciadas e implementar tratamientos sobre la base de dos situaciones que precisaban terapéuticas diferentes. La producción de estos conocimientos y de los tratamientos tuvo la característica de gestarse al calor de los sucesos, en medio de múltiples visiones y desencuentros así como ante la incertidumbre que la novedad tanto de la infección como de las respuestas desde el terreno de la ciencia y la medicina se realizaban.

En 1987 se aprueba en los Estados Unidos y en el resto del mundo el primer tratamiento antirretroviral: el AZT (Zidovudina). Su lanzamiento al mercado estuvo signado por las fuertes presiones de grupos como *Actup* o *Nation Queer*, quienes exigieron a la FDA (Food and Drugs Administration) agilizar el procedimiento para su aprobación, así como la participación de las personas infectadas en los comités encargados de aprobar el uso y venta de los nuevos medicamentos.<sup>79</sup>

Estos grupos y otros más que articularon el movimiento social en torno al SIDA y el VIH, acusaron a las agencias del gobierno norteamericano de retrasar negligentemente los permisos para la venta de estas drogas, procedimiento que no correspondían con los tiempos y las formas utilizados en Europa, más expeditos y oportunos. Plantearon que ante la ausencia de alternativas y teniendo como horizonte el deterioro de la salud y la muerte, la toxicidad de los medicamentos y su efectos colaterales resultaban cautelas innecesarias y hasta cierto punto ridículas.

Esta disputa nunca fue parte de aquellas que se verificaron en Argentina o en México. En calidad de países en los cuales este tipo de investigaciones, así como la producción de medicamentos de punta no se realizó durante las primeras décadas de infección, resultan confrontaciones que llegan sólo como ecos de lo sucedido en las metrópolis de la globalización. Sin embargo, esta condición de subalternidad en ambos países gestaron otro tipo de repercusiones ante la aparición y posterior aprobación de medicamentos. La primera, fue sin

---

<sup>79</sup> Un documental que, además de espléndido y conmovedor, resulta ilustrativo de la forma en cómo uno de los puntos de confrontación del activismo norteamericano se expresó en la demanda de liberalizar los medicamentos y el destino de innumerables movilizaciones se centraron contra las autoridades de la FDA se encuentra en *How to survive a plague* (2012) del realizador David France.

duda el altísimo costo que hizo prácticamente inaccesible los beneficios que prometía la nueva droga a la mayoría de quienes requerían de la misma en estas latitudes. Eran momentos en que los estados nacionales, por la crisis, el endeudamiento y las políticas fondomonetaristas, tenían grandes dificultades y contratiempos para adquirir los nuevos tratamientos y mucho más obstáculos cuando se trató de proveerlos de forma gratuita.

El escenario que se deslizaba en esta nueva etapa, signada por la existencia de una terapéutica prometedora, fue la de resolver vía mercado ese tipo y, en general, todas las necesidades sociales. En otro más de los contrasentidos del proceso de democratización en el continente, dos tendencias parecían disputar el escenario de las transiciones, no sólo en términos políticos sino incluso culturales. De esta forma, al mismo tiempo que restauraba o se constituía la figura ciudadana como clave para sustanciar los nuevos regímenes en la región, en dirección contraria, se reposicionó con ferocidad, la identidad del consumidor. Un asidero que, ante todo, constituye el himno supremo de la individualidad, una identidad alejada del abstracto paraguas de la igualdad con el cual se hilvanó y fue posible anclar la noción de ciudadanía. El consumidor, ante todo, es aquel quien se destaca por ostentar capacidades, posibilidades y recursos diferenciados, mismos que le permite acceder a bienes o servicios no sobre la base de un piso compartido de equivalencia con el resto de sus congéneres sino de una posición conquistada en función de aquellos atributos que le son propios y sobre todo que despliega.<sup>80</sup>

En esa órbita, a medio paso de la ciudadanía y ante el vendaval con el cual las leyes del libre mercado se implementaron, quedó establecido el acceso a las nuevas terapias. Las mismas no prometían curar la enfermedad ni eliminar el virus del cuerpo, pero abrían la puerta para prolongar y mejorar la calidad de

---

<sup>80</sup> Nestor García Canclini (1995) en su *libro Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización* da cuenta de estas superposiciones que en un mismo espacio y en un mismo tiempo albergan fuerzas disímbricas cuyas previsiones apuntaban hacia la fagocitación de la política por las reglas y lógicas de la economía globalizante en clave neoliberal. A principios del siglo en un informe de la CEPAL sobre la calidad de los regímenes democrático en América Latina apuntó que lejos de resolver los grandes problemas sociales y económicos, durante los años ochenta y noventa, estos mismos se había profundizado. Uno de los resultados fue el desencanto que durante los primeros años del nuevo milenio invadió la percepción de la ciudadanía latinoamericana sobre la política, los partidos y los procesos electorales. Este informe parecía confirmar uno de los escenarios que Canclini había apuntado sobre la colonización del sistema económico sobre el político, para decirlo en términos habermasianos.

vida de las personas. Como prontamente se hizo evidente, fue imposible sujetarse a las leyes de la oferta y la demanda. Desde el centro mismo de la epidemia, de quienes habían enfermado o bien permanecían en ese limbo denominado seropositividad se fraguó un tipo de organización que reivindicó como primer punto de la agenda, el derecho a acceder a las nuevas terapias.

Así redes de personas que vivían con SIDA o VIH emergieron por fuera de las organizaciones que luchaban por los derechos de lesbianas y homosexuales a finales de los años ochenta y principios de los noventa. Muchas de éstas nacieron como espacios de autoapoyo, de pares con quienes se compartían experiencias, se acompañaba en momentos de crisis y también, se experimentaba por los senderos de la alternatividad: el reiki, el yoga, la herbolaría, las pociones mágicas, todo aquello que ofreciera las esperanzas que la alopátia y la ciencia hasta el momento no disponían. Esto introdujo un nuevo sujeto que complejizó el escenario político y social del activismo, en donde hasta el momento la primacía desde el lado de los derechos y las libertades, la habían detentado los grupos gays.

Estas asociaciones, en muchos casos con fuerte presencia homosexuales, incluso encabezando algunas de estas iniciativas, subrayaron su autonomía respecto a las organizaciones y liderazgos históricos que habían articulado la política sexual desde el derecho a las diferencias. La preocupación fundamental que desde aquí se puntualizó fue la sobrevivencia y centraron su agenda en la atención médica y en el acceso a los medicamentos.

En ese sentido, frente a la carencia de recursos y compromisos por parte de los estados y ante la imposibilidad de hacerse de medicamentos a través de su compra directa, muchas de estas redes devinieron en bancos de medicamentos, en donde a través de donativos o de la contribución de cada una de las personas se armaron lotes que se intercambiaban, según las necesidades de cada quien. Además de valor simbólico de estas acciones que priorizaron el apoyo mutuo, se encontraron vías que, al menos momentáneamente, supusieron una alternativa tanto a las lógicas del estado como del mercado, en donde el trabajo colectivo de la propia sociedad se avizoraba como la respuesta. En este contexto, de imposibilidad financiera para acceder a los medicamentos, estos esfuerzos puntuales fueron imprescindible para hacerse de dichos bienes. De



igual forma, en términos pragmáticos, estas iniciativas resolvieron eventualmente uno de los problemas sistemáticos de los servicios de la seguridad social, los cuales presentaron desde siempre irregularidades en la dotación de medicamentos. Esta situación resultó particularmente delicada para quienes precisaban de la continuidad en el suministro de drogas, sobre todo frente a la rápida resistencia que el virus generaba. Por tanto, contar con una alternativa como esos bancos fue de gran ayuda en periodos de escasez y aunque esta iniciativa resultó pasajera, marcó una de las innovaciones que posteriormente se podrá en uso en otras etapas críticas de la historia latinoamericana, en las cuales se precisó de creatividad social para traspasar las limitantes políticas del Estado y aquellas otras provenientes del libre mercado<sup>81</sup>.

Fundamentalmente desde las redes de personas afectadas pero igualmente con el soporte de aquellos núcleos provenientes de los tiempos de la liberación homosexual, el acceso a los medicamentos se transformó en una bandera sustantiva que durante los años noventa constituirá uno de los ejes de la protesta social.

Paralelamente, a la producción del AZT y a la evidencia cada vez más contundente de que esa condición asintomática podía durar hasta una década, se puso en el tapete de las discusiones médicas la pertinencia de comenzar los tratamientos, incluso cuando no presentaba el menor síntoma. Esas discusiones no terminaron por definir una posición consensuada sino hasta finales de los años noventa y entrado el siglo XXI, en parte por la falta de evidencia experimental que definiera el sentido de la balanza. Sin embargo, a la par de esta discusión surgió otra controversia sobre el origen viral de la enfermedad. Una corriente que contó con científicos y científicas de prestigio comenzó a rechazar la tesis ampliamente aceptada del retrovirus como la causa de la

---

<sup>81</sup> Durante la crisis de 2001 en Argentina la falta de circulante por las políticas de retención de ahorros bancarios denominado "corralito" tanto en el campo como en la ciudad se implementaron intercambios de servicios por productos, productos por productos o servicios por servicios a gran escala. Este trueque moderno ayudó a paliar los efectos de la enorme devastación económica pero sobre todo forjó esos entramados de confianza, reconocimiento mutuo, solidaridad que han dado como resultado una sociedad altamente politizada, con una capacidad para organizarse muy destacable. Los teóricos del capital social señalaría que en efecto, se trata de una sociedad con un rico capital, ello forja un abigarrado entramado sobre el cual se montan diversas expresiones colectivas, incluyendo los movimientos sociales. Ver Putnman Robert "The prosperous community. Social capital and public life" *The American Prospect*, vol. 4, num. 13, 1993.

enfermedad y la pandemia. Entre algunos exponentes de esta corriente negacionista o disidente se encontraron algunos médicos latinoamericanos que tendrán un fuerte protagonismo en la divulgación de estas ideas y esa especie de proselitismo en la cual se embarcaron para presentarse como una alternativa sugerente para el tratamiento y la cura de la enfermedad.<sup>82</sup>

Esta posición convoca a pensar al SIDA como una enfermedad cuyo origen obedece a factores ambientales, entre los cuales se incluyen la contaminación, la exposición a todo tipo de productos químicos altamente nocivos, al sometimiento al estrés cotidiano, así como al estado de desnutrición de ciertas personas. Estas se volverán algunas de las explicaciones alternativas propiciadas por estos grupos. En ese sentido, la epidemia en África o la prevalencia de la misma en aquellos barrios empobrecidos de Nueva York como el Bronx o Harlem, encajaba en la perspectiva que hizo hincapié en los factores materiales, la pobreza y el hambre. Por otra parte, sobre todo para dar cuenta de la concentración de esta enfermedad entre los homosexuales, los disidentes apuntaron al uso de las drogas, particularmente a los poppers (nitrito de amilío) misma que desde los años setenta fue extensamente utilizada para incrementar el placer sexual. Así, el uso de drogas y las múltiples parejas sexuales eran los factores estresantes que a nivel celular e interactuando con otros elementos de orden biológico, físico, químico y psicológico desencadenaban la deficiencia inmunológica.

Parte del atractivo de estas corrientes radica en la capacidad de generar una teoría del complot que como buena narrativa en esa tonalidad, involucra a los grandes e inquebrantables poderes, en este caso, las corporaciones farmacéuticas y las instituciones médicas. Por supuesto conociendo la historia de estas instituciones no hay duda que ambas detentan de una capacidad de gobernar el campo de acciones de grupos e individuos. De igual manera, se

---

<sup>82</sup> Entre los más reconocidos se encuentra el doctor colombiano Roberto Giraldo quién recorre distintas plazas en América Latina generando agrias polémicas. La posición negacionista o disidente tiene la peculiaridad de producir fuertes reacciones en contra, no sólo por la posible cerrazón de quienes detentan una posición mayoritaria sino porque tienen la peculiaridad de asumir un comportamiento de secta religiosa que también lo hace poco permeables ante los argumentos que apuntan a cuestionar aquello que se ha instalado como una creencia. En la red existen innumerables recursos para conocer la perspectiva de esta corriente así como los puntos de disputa. Ver <http://www.oocities.org/iesnchile/sida05.html> <http://www.robertogiraldo.com/>, así como en el artículo de Roberto Giraldo, "Un disidente del sida" *Revista Universidad de Antioquia*, No 288, 2007.

puede aceptar cómo la avaricia puede llevar a actos inmorales por parte de las farmacéuticas y cómo el abuso constituye una práctica sistemática de la corporación médica. Los grupos disidentes utilizaron esas premisas cuya aceptación podía ser asumida sin problemas para saltar a una conclusión aún más drástica: el SIDA constituye una de las grandes estafas de la historia.

Un timo de dimensiones históricas promovida y sostenida fundamentalmente por las grandes farmacéuticas, beneficiarias de la comercialización de las pruebas que supuestamente detectan los anticuerpos (la prueba de ELISA y la prueba de Western Blot), y posteriormente todos los antirretrovirales: Zidovudina, Didanosida, Estavudina, etcétera. Drogas que, desde esta perspectiva, son las verdaderas causantes del deterioro del sistema inmunológico y, en consecuencia, de la aparición de todo tipo de enfermedades oportunistas.

Esta corriente ha inspirado la constitución de grupos que dentro de países de lengua española se denominan MONARCAS (Movimiento Nacional para el Replanteamiento Científico del SIDA), los cuales tienen como objetivo socializar esta información alternativa y compartir experiencias para recuperar la salud en una lógica que pasa por un cambio integral en el estilo de vida, de alimentación y de procuración de terapéuticas no tóxicas como la acupuntura, la homeopatía, la herbolaria, las flores de bach, etcétera<sup>83</sup>.

En síntesis, el crecimiento exponencial de finales de los años ochenta y principios de los noventa, no sólo hizo del SIDA una epidemia que llevó al reconocimiento de las autoridades argentinas y mexicanas de su amenaza a la salud pública. Su traducción en términos de la conformación de escenario político se complejizó a través de la presencia de un número creciente de sujetos interviniendo en él, sujetos con diversos repertorio de acciones y de motivaciones que vinieron a desbordar la presencia casi única de quienes venían del movimiento de liberación homosexual y quienes parecían asumir exclusivamente la responsabilidad del activismo.

---

<sup>83</sup> Ver la página de Monarcas México la síntesis de información recabada y las propuestas que realizan. <http://es.scribd.com/doc/27612210/Bienvenidos-a-Asociacion-Monarcas-Mexico>. Como contrapunto a esta postura se conoce de la muerte de algunos de sus principales activistas Por otra parte está documentada la

Si bien estos nuevos protagonistas tenían una fuerte presencia de homosexuales, las redes de personas con VIH-SIDA o incluso los grupos negacionistas construyeron una agenda propia que discrepaba de los planteamientos de quienes habían sido los pioneros en estas acciones. En otros casos, si bien podían impulsar objetivos comunes, una suerte de disputa por el liderazgo, el reconocimiento y el acceso a los recursos marcarán parte de las dinámicas que comenzarán a definir las relaciones al interno de este activismo que se complejizó por su composición.

## **II La domesticación de la espontaneidad y la profesionalización de la indignación**

Si la indignación y el coraje pueden encontrarse como motores afectivos en los orígenes de la movilización, en este salto que permitió emerger del pasmo y del terror incapacitante. Estas emociones, necesarias para dar rienda a los procesos de subjetivación, tuvieron que transitar por una especie de estabilización que permitiera planear, programar, diversificar el repertorio acciones y sobre todo profesionalizar los servicios que prestaron.

Los desafíos generados por la misma propagación de la epidemia convertida en uno de los grandes problemas humanitarios hicieron que diversas instituciones multinacionales tomaran un papel más relevante. La Organización Mundial de la Salud, entre los más destacados, lanzaron iniciativas encaminadas a urgir a los estados nacionales a enfrentar la situación desde una perspectiva científica, reconociendo en éste un tema de salud pública y no de moralidad.

En ese sentido, desde ciertas organizaciones privadas y desde los organismos multilaterales comenzaron a gestarse políticas de atención y prevención que venían acompañadas de financiamientos destinados tanto a los estados como a las llamadas organizaciones de la sociedad civil. Es importante resaltar que durante la década de los años noventa, las agencias de cooperación internacional tuvieron como una zona prioritaria diversos países de América Latina. Estos años serán reconocidos como la edad de oro de las organizaciones no gubernamentales, mismas que tejerán un entramado de asociaciones, grupos y redes las cuales a partir de diversos temas y movilizándolo a diversos sujetos. Éstas darán vida al intento de colocar una vía alterna frente al estado y al

mercado para la resolución de los grandes dilemas finiseculares. Entre estos el VIH-SIDA.

De tal suerte, motivados también por la llegada de recursos, el activismo pasó a otra fase de su existencia, por la cual aquellos que había sido núcleos de personas que voluntariamente y de forma improvisada acudieron ante la emergencia, encontraron una forma de vida, dedicada a pensar y llevar a cabo actividades de atención, prevención y debate público, bajo esquemas de planeación y entrega de resultados.

Si bien para grupos que nacieron al calor de la epidemia, como *Act Up* en los Estados Unidos, una de las discusiones que los llevó a la fractura será convertirse en un institución que brindara servicios profesionalizados y por ende tuviera personalidad jurídica que le permitiese hacerse de donativos y financiamientos. Estos intentos fueron rechazados por una parte del colectivo que vio en esa tendencia, intentos de cercenar la espontaneidad y la política de acción directa. Estos recursos que había puesto en la palestra pública no sólo a la agrupación sino el tema del SIDA. Por tanto, aquello lo que supusiera institucionalizar y en consecuencia significase pérdida de autonomía y libertad de acción fue rechazado por aquellos núcleos más radicalizados de estas organizaciones. En América Latina, a pesar de que algunos de los grupos que devendrán en organizaciones con un importante trabajo en VIH- SIDA venían de un activismo con una fuerte pregnancia de la política de izquierda setentera, esta situación nunca se presentó como una disyuntiva. Al contrario, como en el caso argentino, una de las reivindicaciones icónicas ha sido la obtención de lo que en aquel país se denomina la personería jurídica para agrupaciones lésbico y gays. De tal manera, los procesos de institucionalización no resultaron un trago amargo para las agrupaciones en estos países, a decir de las reflexiones recogidas durante la investigación, significaron al mismo tiempo la fortuna y la condena del activismo. Pero de eso se abordará más adelante.

### III Argentina

Como se describió en uno de los capítulos anteriores, la Comunidad Homosexual Argentina, primera agrupación que acuercó al activismo lésbico gay una vez vuelta la democracia, fue además aquella que articuló de forma pionera un programa de acción frente al SIDA. Un programa que fue más allá de organizar colectas y acompañar a las personas en su enfermedad. La CHA inaugura un eje que será sustantivo en los desafíos que puso frente a la humanidad esta epidemia: la prevención.

En efecto, desde muy temprana la presencia del SIDA en la vida de las sociedades, la búsqueda de la cura, sea ésta la vacuna prometida o un terapéutica a base de medicamentos, dietas y cambios en el estilo de vida, se vio complicada de alcanzar a corto y mediano plazo. En ese contexto, la prevención se consagró como la piedra filosofal, la herramienta más poderosa y única para detener el avance de la enfermedad. Se volvió una prioridad que a su vez abrió un espacio de disputa sobre los contenidos que debía tener esa prevención, conflicto que se agudizó cuando las distintas fuerzas se dispusieron a traducir su perspectiva en políticas de estado.

En Argentina, la CHA lanza su programa *Stop Sida* en 1987, que tiene como uno de sus ejes el trabajo de prevención. Los integrantes de la CHA hicieron frente a ideas ampliamente esparcidas sobre la promiscuidad sexual de los homosexuales. La narrativa que articuló su postura en términos de prevención no intentó pedir perdón sobre la homosexualidad ni sumarse a la andanada de voces que condenaron la multiplicidad de parejas y la vieron como opción equivocada, patológica. Todo lo contrario, como una forma de exorcizar aquellos signos que en claves conservadoras apostaron a reencausar el libertinaje sexual y terminar con una fiesta que apenas había comenzado, la CHA así como otros grupos en distinta partes del mundo promovieron lo que desde ese momento se conoció como *sexo seguro*.

Es decir, reconocer la existencia de prácticas sexuales de alto, mediano y bajo riesgo sexual, así como aquellas que representan una nula posibilidad de contraer no sólo el virus de la inmunodeficiencia sino otras infecciones de transmisión sexual. Parte central de la propuesta que incluso ha formado parte de las políticas globales para la prevención fue el uso del condón. Aunado a la batalla campal que la promoción del uso ha tenido en las sociedades mexicana

y argentina, un movimiento que preconizaba descolocar a los varones de su tradicional posición dentro de las relaciones sexuales y la vida erótica parecía estar en ciernes.

En un intento por generar un discurso no culpabilizador y mucho menos sexofóbico, dentro de los grupos gays comenzó a producirse una reflexión crítica sobre lo que hasta ese momento habían sido las prácticas sexuales de los varones homosexuales, quienes en un continuo con la de sus pares heterosexuales, naturalizaron una expresión de la sexualidad centrada en la genitalidad. De tal suerte, al igual que para sus congéneres, todo acto sexual comenzaba y terminaba en el coito, fuera de eso parecía no existir algo más. Aunado a ello, tanto heterosexuales como homosexuales, poca importancia dieron a las implicaciones y consecuencias que, en términos de salud, la sexualidad también implicaba. Si en algún momento se asumieron situaciones de riesgo, la penicilina y otros antibióticos constituían la solución probada. De tal suerte, la emergencia del VIH y la vuelta de las infecciones de transmisión sexual al centro de los problemas de salud pública hicieron que los colectivos gays reflexionaran sobre el papel activo de los varones en la procuración de la salud sexual y también en aquella relacionada con la reproducción. Tarea que dicho sea de paso los hombres escasamente han tenido participación.

La promoción del condón y del sexo seguro, parecieron ir encaminando a fisurar uno de los enclaves duros de la masculinidad, compartido por homosexuales y heterosexuales. Supuso recolocar de manera activa a los hombres en función de una mayor responsabilidad no solo respecto a su satisfacción sino también en relación con su integridad física y su salud. Al mismo tiempo se apeló a despertar un compromiso ético con las parejas, los tríos o los cuartetos. Es decir asumir como parte del quehacer sexual, el cuidado hacia las otras personas con quienes aún por pasajera que fuese, debería existir respeto y la procuración del disfrute con seguridad. El mensaje le dio la vuelta a la negación del sexo, a ese catastrófico anuncio que deslizaba la proscripción de la libertad sexual en nombre de la salud. El sexo seguro fue, ante la psicosis colectiva y teniendo como antecedentes la vieja prédica del derecho al placer, una respuesta reactualizada que hizo posible vislumbrar la continuidad de los placeres sexuales pero con matices que el contexto marcó como necesarios.

Pero no se trató de exclusivamente de integrar al condón en la vida sexual de los varones, supuso también hacer ejercicios para reconocer que el erotismo y la sexualidad tenían territorios más allá del pene y que los intercambios eróticos no se resolvían exclusivamente en el coito y la penetración. Parte de los talleres, las pláticas, las conferencias, los cursos, los folletos y todas las formas que adquirieron las tareas de prevención y de educación sobre una sexualidad segura y responsable promovieron formas que recuperasen el cuerpo en su totalidad. Recuperar al cuerpo todo como un órgano productor y receptor de placeres que los varones se habían negado a colocar en el horizonte de sus experiencias.

Estos ejercicios que estaban destinados a proponer una visión informada, desprejuiciada y científica sobre los riesgos del VIH, enfatizaron sobre todo en los recursos existentes para evitar su contagio. Así, esto que en un sentido sólo podría referirse a datos, técnicas, métodos calculados, incluso en porcentajes de riesgo o seguridad, representó una oportunidad para recuperar o, como en muchos casos sucedió, encontrarse por vez primera con la propia corporalidad. Con la sensación de ser también un cuerpo que, de manera integral, conforma el yo en su totalidad. Esta vivencia tuvo un abrupto despertar entre las personas cuyos exámenes dieron positivo, para ellas su cuerpo se develó en preocupación y en ocupación permanente, una presencia que independientemente de la aparición o no de los síntomas, rompió con esa dicotomía cuerpo/mente, profunda y ampliamente arraigada en la cosmovisión moderna. A pesar de lo oscuro y dramático que la aparición del SIDA representó para aquellos que cargaban con una historia previa de abyección, paradójicamente contuvo aspectos luminosos, mismos que han sido ponderados por quienes tienen la fortuna de contarlos y recrear, a la vuelta de los años, la apertura de oportunidades en medio de la tragedia.

César Ciglutti, presidente de la CHA, recuerda cómo a través de los talleres, los cursos y otros formatos que incentivaban a la introspección y la reflexión en primera persona, aquellos involucrados se adentraban por vez primera en una dimensión de su ser que trascendía la dicotomía moderna que hizo de la relación cuerpo/mente una realidad necesariamente escindida. Una dicotomía vivida como hecho incontrovertible, fundamentalmente por los hombres, quienes han encarnado la parte de la razón, la cultura, lo social y su



cuerpo dejado de lado, obviado y olvidado. El SIDA espetó una realidad por la cual aprendieron a saberse y sentirse seres más complejos e integrales, seres que no son exclusivamente mente, razón sino también, además de emoción y sentimiento, poseedores de sistema inmunológico. De acuerdo con Ciglutti, aprendieron a reconocer su sistema inmunológico y lo intrínsecamente vinculado con aquellas otras dimensiones que se asumían independientes, tales como el estados de ánimo, la exposición al estrés, la culpa, las formas de alimentación, el descanso, el goce, el entorno ambiental, entre otras.

Estos nuevos saberes y experiencias catalizaron transformaciones en las prácticas de algunos varones para quienes la salud, el cuerpo y su bienestar habían sido situaciones de poca monta. El autocuidado y la responsabilidad comenzaron a aparecer en el vocabulario y en el horizonte. Las revisiones médicas, el ejercicio, el cuidado de la alimentación y el uso de los condones fueron algunas de las expresiones concretas de esta transformación que partieron de la cultura gay frente al SIDA. A través de ellos se avizoró un posicionamiento innovador dentro de las relaciones de los hombres con respecto a su integridad y su salud.

Paralelamente a esta dimensión subjetiva, el trabajo de prevención se convertirá en uno que, a través de los años posibilitará que la CHA, así como otros grupos, ganarán experiencia, misma que les permitirá acceder a financiamientos. A través de éstos será viable profesionalizar tanto a aquellos organismos que tenían una historia previa a la aparición del SIDA como las asociaciones surgidas a partir de este nuevo panorama. En el caso de la CHA, durante 1988 se beneficiaron de fondos que la Organización Panamericana de la Salud (OPS) destinó justo para la aplicación de campañas y acciones de prevención. La CHA se convirtió así en el primer colectivo en acceder a financiamientos en el país sudamericano, inaugurando una tendencia que permitirá trabajar a escalas antes inimaginables para las organizaciones civiles quienes comenzarán a adquirir cierto protagonismo no sólo en Buenos Aires sino en distintas regiones de la Argentina.

Desde la perspectiva de los organismos multilaterales se valoró la importancia de ponerle diques a la expansión de esta epidemia y la información se reconoció clave en ello. Además, se observó que hacer llegar esta misma a la población que mantenía prácticas de riesgo era necesario que ésta fuese

transmitida por pares. Es decir, la efectividad de la información, estribó en que quienes era la población destinataria pudiesen percibir que los contenidos emanaban de personas reconocidas como semejantes, cercanos y por tanto creíbles.

De tal suerte, independientemente de aquellos compromisos suscritos por los estados en materia de prevención, de las posibilidades reales y del interés manifiesto por los distintos funcionarios, desde los organismos multilaterales y las agencias de financiamiento se observó necesaria la mediación de los colectivos, en este caso homosexuales o de personas seropositivas, para aterrizar la información más actualizada de cómo se propagaba el VIH y las formas de su prevención. Un tipo de información que, como se deslizó anteriormente, suscitó una enconada lucha contra la iglesia católica y los grupos conservadores, actores que en el contexto latinoamericano se destacan por su poderío como jugadores dentro del espacio político.

En efecto, como sucedió en muchos países del continente, los estados se vieron paralizados en cuanto a las tareas de prevención. En Argentina durante los años noventa, parecía existir una ausencia de postura, al menos una que estuviese claramente posicionada y abierta respecto al uso del condón. Las campañas masivas de información tardaron mucho en realizarse, una de las explicaciones que los activistas y otros expertos han planteado apuntan hacia la presión que la iglesia católica, misma que tuvo efecto y evitó por cierto tiempo cualquier mención sobre la sexualidad segura y el uso correcto del condón.

Desde tiempo atrás, antes de la aparición del SIDA, la sexualidad para la iglesia católica ha sido concebida como el encuentro entre un hombre y una mujer, santificado por el sacramento matrimonial, cuyo propósito será la procreación de la especie y la integración de una nueva familia. La iglesia desde épocas ancestrales ha mantenido una posición contraria a las prácticas que privilegien la obtención del placer y evitan la concepción por considerarse *antinatura*. Salvo el ritmo y el método *billings*, hasta la segunda parte del siglo XX, la jerarquía católica no había cambiado un ápice su oposición que, por el contrario, frente al avance de las tecnologías reproductivas y anticonceptivas, se abrieron nuevas realidades ante las cuales esgrimieron argumentos contrarios. Por mucho tiempo, el condón, único insumo para prevenir embarazos no deseados, destinado al uso masculino y de escaso uso no generaba una polémica

particular. En general se mantenía en la misma bolsa que el resto de los métodos anticonceptivos “no naturales”. El SIDA y el activismo gay serán fuerzas, como dirán en con ironía algunos activistas, que salvaron de la bancarrota a las compañías de condones y en sintonía, convirtieron a esos objetos de látex en el centro del ataque de la iglesia católica así como de otros cultos.

La culpa, como herramienta a través del cual se desacreditaba o censuraba aquello que atentaba contra los dogmas eclesiales era insostenible en los nuevos tiempos seculares, mismos que además de permeare el pensamiento anidaban en la vida cotidiana de amplios sectores sociales. No era suficiente con lanzar condenas y amenazar con el infierno eterno para desalentar el pecado, la iglesia católica tuvo que reelaborar sus métodos y sus formas argumentales para tener impacto e influenciar el debate público, sobre todo para conquistar las mentalidades y los comportamientos de su feligresía cada vez más descreída. En esos términos, el discurso de la iglesia y los grupos civiles que satelitaron bajo su órbita, puso énfasis en la ineficacia de los condones. Las fallas sistemáticas de los condones, incluyendo aquellos hechos de látex, fue el argumento que se esgrimió de forma contundente para deslegitimar las campañas de prevención centradas en su uso. La iglesia católica tuvo a bien sustentar esta tesis en investigaciones realizadas en universidades de todo el mundo, en ellas se mostraba cómo a nivel microscópico los condones contenían porosidades que posibilitaban el paso, a niveles imperceptibles, de los fluidos corporales, haciendo de éstos un insumo fallido como anticonceptivos. De acuerdo con las pruebas, los espermatozoides son una de esas sustancias que traspasa las membranas de látex por diminutas fisuras. En consecuencia, si el VIH es 500 más pequeño que el esperma, la factibilidad del contagio es enorme. Las políticas de prevención basadas en el sexo seguro y el uso del condón son, desde esta perspectiva, una irresponsabilidad, más aún una severa amenaza a la salud, especialmente de las y los jóvenes.<sup>84</sup>

Aunado a ello, desde este vector conservador, también se ha argumentado sobre las innumerables fallas mecánicas de los condones, los

---

<sup>84</sup> En su libro *Como propagar el SIDA: conservadurismo y sexualidad* (1994), Edgar González Ruiz sintetiza las posturas de la iglesia católica, fundamentalmente en México, así como de los grupos civiles cercanos a dicha institución respecto a la sexualidad en tiempos de SIDA. Describe cómo la argumentación trasmuta del dogma puro a uno que se apelaré a la ciencia para sostener la posición contraria al uso del condón.

cuales incluyen las roturas, la colocación inadecuada, el deslizamiento de los fluidos, la falta de cuidado en su transportación, la exposición al calor y a los cambios de temperatura, la apertura incorrecta de los envoltorios y finalmente la presencia sistemática de agujeros en muchas de las marcas comerciales que se venden y cuya existencia ha sido probados por estudios. Todo esto remató la sentencia de que sólo la abstinencia y la fidelidad recíproca entre el marido y su mujer podían ser las claves de una exitosa política pública para detener la epidemia.<sup>85</sup>

En esta batalla en torno al uso del condón y el sexo seguro, la postura de la iglesia no vario un ápice hasta recientemente que el papa Ratzinger consideró procedente su empleo en casos específicos. No obstante, durante todo este tiempo de oposición al sexo seguro, la preocupación central de la perspectiva católica estaba centrada en las parejas y personas heterosexuales, la homosexualidad y los homosexuales continuaron o bien omitidos o convenidos a abstenerse ahora bajo una razón adicional. Si bien, la homosexual en sí misma no se vio más como objeto de condena, será la práctica del *homosexualismo* el objeto los dilemas y las diatribas morales de la iglesia, el advenimiento del VIH parecía sellar una prédica en el cual el pecado y la penitencia hallaban su origen en vivenciar una condición no pedida pero sí capaz de ser controlada.

Si bien, como se mencionó anteriormente, la postura de la iglesia católica era una correa de transmisión cuyas directrices provenían del mismo Vaticano, eso hizo de esta institución una con capacidad de generar impactos globales así como al interno de cada una de las sociedades, en las cuales se convirtió en un actor con el cual los grupos gays y de acción contra el VIH-SIDA sostendrán conflictos permanentes. Así frente al rechazo del condón y por consiguiente, ante la presión que las iglesias locales hicieron a los estados argentino y mexicano para contener las campañas educativas respecto al látex, el activismo gay se encargó de pugnar por su uso y rebatir uno a uno los argumentos que se emplearon para subrayar su ineficacia e incluso su peligro.

---

<sup>85</sup> Existe un documental “La guerra del condón” en donde se sigue puntalmente los argumentos científicos utilizados por la iglesia católica para oponerse al uso de los condones. Se busca las fuentes y se entrevista a las y los científicos que son citados en los documentos e informes elaborados para emprender la pastoral opuesta a las políticas que han hecho del condón la respuesta ante el VIH-SIDA. Por otra parte, existe una agrupación, el Comité Independiente Anti Sida que difunde el pensamiento católico en materia de sexualidad y SIDA, en su página [www.sinsida.com](http://www.sinsida.com) se puede encontrar los principales argumentos así como las citas que respaldan cada una de sus aseveraciones.

No sólo hicieron énfasis en erotizar el uso del condón como una de las estrategias para posicionarlo como insumo que además de necesario no tendría que reducir el placer. Además, se dedicaron a contrargumentar las tesis a través de las cuales la iglesia sustentó la falibilidad de estos insumos. En la línea de la erotización del condón, los grupos que promovieron la utilización responsable reconocieron en las mismas técnicas para su uso seguro algunas de las mismas que evitarían la disminución del goce sexual, entre otros, la combinación de condones con lubricantes solubles en agua. Aunado a ello, a través de folletos, carteles y otros formatos, informaron sobre el uso correcto que, de acuerdo con diversas investigaciones, disminuye al mínimo los riesgos de roturas implicados en su uso.

A través de prácticas sencillas, la apuesta de estos colectivos será hacer del sexo seguro una parte integral en la vida sexual de los hombres gays. Posteriormente, algunos ampliaron su espectro de acción para incluir a hombres que tienen relaciones con otros hombres y también a los heterosexuales, las personas trans, así como a las mujeres. Para todos estos grupos la intención fue hacer del condón una exigencia y al mismo tiempo parte de los juegos amorosos. Dentro de estas recomendaciones simples, se hizo énfasis en verificar la fecha de expiración de los condones, evitar llevarlos en los bolsillos de los pantalones, las carteras y otros lugares en los cuales se pudiesen maltratar, no dejarlos expuestos a altas o bajas temperaturas, no abrir el envoltorio con los dientes, usar lubricantes solubles en agua, quitar la exceso de aire de los condones y retirar una vez obtenida la eyaculación. Con estas acciones, se podía perfectamente aumentar la efectividad del condón que, de acuerdo con diversos estudios alcanza el 98%, el restante 2% son fallas debidas al mal uso que con estas intervenciones puede resolverse.

Para posicionar al condón en medio del rechazo de la iglesia católica, la resistencia de amplios sectores de la sociedad y la inacción de los gobiernos, las organizaciones de personas seropositivos y gays recurrieron a verdaderos *performances* que por su espectacularidad, su trastocamiento del devenir cotidiano y su irreverencia capturaron la atención de la población e introdujeron de manera plena la presencia del condón en la conciencia de las sociedades latinoamericanas. En Argentina, la Red Buenos Aires Sida, uno de los grupos que articuló a personas que vivían con VIH o SIDA, fundamentalmente jóvenes,

producirá un video que será exhibido en bares y discotecas en donde se promoverá al condón de forma lúdica, en la línea semejante a la de los videoclips musicales. A través de este formato, en donde aparecían figuras del medio artístico, en un tono relajado y festivo, se invitaba a ponerse el *forro*. La elección de los espacios fue parte de un cálculo por el cual se reconoció que en esos espacios acontecían buena parte de los encuentros casuales y otros quizá más prolongados, cuyos protagonistas serán personas jóvenes, con el deseo hasta el tope, quienes además de socializar buscaban satisfacer esas necesidades. Por tanto, se trataba de una población con probabilidades de infectar o ser infectado con el virus de la inmunodeficiencia, hombres que aparecían en estos lugares encarnando el placer pero sobre todo ejecutando prácticas que devinieron en una de las rutas de propagación más importante de la epidemia en la Argentina. Nichos que representaban por otra parte, un punto ciego en las políticas de salud, porque eran espacios marginales y subterráneos sobre los que actuaba otra lógica gubernamental: la del orden policiaco, aquella que vigilaba y controlaba los desmanes públicos, las faltas a la civilidad o bien, como en el caso de Buenos Aires, aquellas encargadas de supervisar y castigar las contravenciones a la moral y las buenas costumbres. Pensar en los espacios de diversión y de encuentro como lugares a donde hacer llegar la información así como el reparto de condones fue una tarea que emprendieron con atino.

Años después en un contexto político diferente, la Red Buenos Aires SIDA junto con las autoridades de la capital argentina colocaron un gigantesco condón rosa en el Obelisco, uno de los monumentos insignia de la ciudad. Este hecho sucedido durante 2006 en el marco del día mundial de acción contra el SIDA,<sup>86</sup> generó simpatías, las mayores y críticas por parte de arquitectos y expertos en patrimonio, no obstante este hecho marcó la presencia del condón, del VIH, del SIDA así como otras infecciones de transmisión sexual en el imaginario argentino, al menos el porteño.

---

<sup>86</sup> Desde 1988 todos los 1 de diciembre se conmemora el Día Mundial de Lucha Contra el SIDA, bajo un slogan que a lo largo del tiempo, los organismos multinacionales, los gobiernos nacionales y las organizaciones y redes que trabajan el tema lanza una día para reflexionar y hacer conciencia de la existencia de dicha epidemia así como de realizar un balance de lo hecho así como de los desafíos que se presentan. En 2011, la denominación del día cambió, de lucha contra el SIDA a Día Internacional de Acción contra el SIDA para eliminar el resabio belicista presente en el anterior enunciado.

Este acto, reiterado en diversas ocasiones a lo largo de los años en Argentina, ha marcado una relativa victoria cultural del movimiento de acción contra el VIH-SIDA. De ese movimiento sostenido por destacamentos gays, de mujeres en prostitución, travestis y otros que reivindicaron el uso del condón como una de las herramientas más eficaces en materia de prevención. Vista en retrospectiva, aquel insumo de uso marginal como anticonceptivo, se transformó, pese a las polémicas y la oposición de la iglesia católica y los sectores conservadores, en uno de los productos más reconocidos y de mayor consumo entre las poblaciones de este lado del mundo. Si bien, persisten argumentos en contra de su utilización, las amenazas que enfrenta su utilización ya no provienen de ese vector del escenario político, sino en la falta de formación en materia de educación sexual sobre todo dirigida a hombres y mujeres jóvenes, quienes por distintas razones siguen sin incorporar cotidianamente y en cada una de sus relaciones el condón así como otras técnicas del sexo seguro. No obstante, habrá que reconocer el papel desempeñado por los colectivos gays quienes fueron los primeros en lanzarse a trabajar en el terreno de la prevención, mismo que los llevó a probar, reinventar, adaptar y crear modelos de intervención que, en un profundo sentido educativo, buscaron transformar además de los comportamientos, los valores, las creencias y las normas que sostienen las relaciones sexuales. Una apuesta por hacer del sexo encuentros placenteros, equitativos, libres y seguros.

Posteriormente otros colectivos retomaron estos aprendizajes, aplicándolos a las particularidades de los sectores a los cuales respondieron. Sin embargo, a lo largo de los años, aun cuando el papel desempeñado por las organizaciones civiles se ha reconocido como fundamental, particularmente en el rubro de la información y la educación, al finalizar la última década del siglo otro cambio en la tuerca de la historia volvió a recolocar al Estado como un actor imprescindible en estas tareas. Los límites operativos de los organismos ciudadanos comenzaron a ser más evidente cuando los flujos financieros de las agencias de cooperación comenzaron a escasear como efecto de aquel otro momento en que América Latina dejó de ser prioridad para dichas instituciones. En materia de generación de información y de modelos de intervención en educación sexual, el radio de acción de los también conocidos como organismos no gubernamentales estuvo caracterizado por su irradiación acotada y su por

tanto sus límites de llevar a amplios grupos su mensaje y propuestas. Pese al discurso que minusvaloró todo aquello relacionado con la esfera estatal y supuso su sustitución por el mercado o la sociedad civil, en América Latina y en especial en Argentina, la crisis económica reconfiguró, a principios del nuevo milenio, un nuevo escenario en donde la prédica librecambista quedó profundamente desacreditada. De tal suerte, el Estado volvió a comprenderse como actor fundamental del desarrollo, fundamentalmente en los ámbitos de la salud y la educación, en los que se develó muy prontamente su imposible sustitución. Uno de los matices que las reivindicaciones de los colectivos de acción contra el SIDA propios de América Latina tiene que ver con la no asunción plena del papel sustitutorio de la sociedad civil. A lo largo de las diversas etapas, los colectivos que provenían del movimiento gay o que contaron con una membresía importante de este grupo, asumieron que la presencia del estado, sobre todo en el terreno de la prevención, era de suma importancia. Por tanto, lejos de algunas de las demandas que, otras latitudes del mundo sospecharon y reaccionaron frente a la intervención estatal, en Argentina y México los colectivos reclamaron una mayor presencia del estado. En materia de compañías informativas una de las exigencias será involucrar a los agentes educativos formales para trabajar el tema de la educación sexual. La escuela como un espacio fundamental para proveer de la información y los conocimientos a niñas y niños así como a las y los jóvenes se pensó, desde el inicio de la epidemia, como una institución fundamental que potenciaría lo hecho por las organizaciones civiles.

En esta dimensión donde se expresa la faz más pública del movimiento contra el SIDA. En la disputa por el uso del condón y la exigencia de proveer de educación sexual a las y los jóvenes. En estos ejes se estableció la controversia fundamental con los sectores conservadores pero también los acuerdos, los vínculos y las disputas que desde las últimas tres décadas estos grupos han sostenidos con los diferentes gobiernos encargados de tomar decisiones tanto en Argentina como en México.

El carácter de estas relaciones se ha ido transformando a lo largo del tiempo, y a pesar de resultar obvio, los cambios en dichos vínculos obedecen en a deslizamientos operados tanto del lado de las organización como de los diversos niveles de los gobiernos. De nueva cuenta será en Argentina en donde se observe de forma nítida ese viraje en aquellas relaciones que comenzaron



con una falta de reconocimiento de parte del estado argentino a toda organización que insinuara algún vínculo con lo homosexual, la diferencia sexual y posteriormente el VIH-SIDA. Este bloqueo en los vínculos comunicativos con el estado hizo de las organizaciones unas profundamente suspicaces de la calidad democrática del estado argentino. Durante los gobiernos tanto de Raúl Alfonsín como de Carlos Saúl Menem, la falta de derechos y libertades que esgrimieron estos grupos así como la displicencia con la que se abordó el tema del VIH-SIDA fueron algunas de las señales que se esgrimieron como referentes del déficit democrático que, con el retorno a la vida civil, el resurgimiento de los partidos y la competencia electoral no se pudieron ni quisieron solventar.

De tal suerte, el movimiento de acción contra el SIDA que nace alimentado por los colectivos gays se mantendrá políticamente dentro de esa corriente que en Argentina cuestionará las leyes de obediencia y punto final decretadas por Raúl Alfonsín, así como la amnistía a los militares procesados por crímenes contra la humanidad auspiciada por Menem. De igual forma, participarán de la resistencia social a las políticas emprendidas por este último presidente que, en el marco del consenso de Washington, desmantelaron y privatizaron la propiedad de estatal, flexibilizaron las leyes laborales y rompieron los remanentes del bienestar social que estructuraron al estado argentino. Es importante recordar que muchos de los activistas tienen en las diversas evocaciones de la izquierda argentina, una fuente formativa común y que parte del posicionamiento dentro de los debates centrales ocurridos durante las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado obedece a esta tradición. En prácticamente todas las entrevistas realizadas en Argentina, los activistas reconocieron en las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo no sólo una fuente de inspiración sino una tradición con la cual se identifican orgullosamente, a pesar que en los inicios de la democracia algunas de sus figuras hayan expresado resistencias de carácter homóforo contra el activismo (Bazán Osvaldo, 2010).

Sin embargo, al igual que muchos destacamentos de derechos humanos, como las mismas Madres y Abuelas, algunas organizaciones sindicales, movimientos urbanos, partidos de izquierda, feministas y otras, forjarán un polo desencantado por la falta de avances democráticos en materia de derechos así como de oposición férrea a aquello percibido como retroceso en términos de conquistas sociales durante el auge neoliberal de los años noventa. Esta

posición, además, tenía sus reclamos particulares entre los sujetos de nuestra investigación, partían de una agenda que demandó el reconocimiento y la aceptación de su condición de interlocutores legítimos de un movimiento por la salud y los derechos humanos de las personas con VIH-SIDA.

De tal suerte, al mismo tiempo que las relaciones entre las organizaciones y el estado argentino podrían caracterizarse como distantes e incluso adversas, a otro nivel se fueron tejiendo vínculos que, con flujos variables, obedecieron a la necesidad de actuar conjuntamente. La necesidad como mecanismo generador de nuevos aires dio como resultado alianzas puntuales para llevar a cabo campañas de información, de dotación de condones, programas para aplicar pruebas de detección, así como asesorías en materia de modelos de contención, consejerías y otras formas de intervención tanto para las personas infectadas o enfermas como para la gente que debía tomar acciones de prevención. Así, poco a poco, a veces imperceptiblemente, se forjaron relaciones que abrieron verdaderos vasos comunicantes que, a través de los años, terminaron por institucionalizar un vínculo impensable a principios de la epidemia. Este panorama emergente, empujado por razones pragmáticas así como por reformulaciones dentro de los organismos multilaterales, cuajó en la dotación de recursos estatales hacia las organizaciones civiles y, a través de esas acciones continuas, se fue produciendo inevitablemente una interlocución con ciertos colectivos y con algunas de las figuras más visibles del activismo. En este reconocimiento tácito por parte del estado perfiló a determinados liderazgos y en contrapartida, agregó al mundo del activismo mayores razones y recursos que intensificaron viejas disputas así como la creación de otras nuevas.

A diferencia de la postura antiestatista de grupos como *Queer Nation* o *Act Up* en los Estados Unidos y Europa, en Argentina los colectivos reconocieron como una necesidad tener cabida dentro de la nueva institucionalidad democrática. Incluso antes de la explosión de la enfermedad, los primeros grupos gays que emergieron durante los años de la transición, tuvieron muy claro la necesidad de contar con una figura legal que les permitiese actuar dentro del nuevo marco democrático, es decir, formar parte del nuevo pacto cívico después de los cruentos años de dictadura. Así, muy tempranamente se estableció en la agenda del movimiento gay, y posteriormente en el resto de los destacamentos que fueron conformando la diversidad sexo-genérica así como en los grupos de

acción contra el VIH-SIDA contar con ese reconocimiento legal que, entre otras cosas, abría la posibilidad de profesionalizar los servicios y acceder a financiamientos tanto del exterior como de las propias instancias del gobierno.

Como se ha mencionado, la decisión de otorgar personalidad jurídica a este tipo de organizaciones obedeció a la necesidad del estado argentino de sintonizar con una nueva normativa internacional, en donde la perspectiva de los derechos humanos se fue alimentando del reconocimiento de las diferencias, entre las cuales se incluía a las producidas por el eje sexo-género. Al mismo tiempo, llegar a los grupos de la población en donde se producía la infección también marcó esas transformaciones en la relación, en donde la intermediación de los colectivos se observó imprescindible.

En el caso específico del SIDA, la urgencia y la propia tragedia se convirtieron paradójicamente en las fuerzas que posibilitaron a los colectivos gays, con trabajo en este ámbito, adquirir cierta legitimidad. En el caso argentino, como en otros, la emergencia ante la debastación permitió trascender, tiempo después, aquellas lógicas políticas en el que las demandas se dirigían a desmontar normativas e instituciones discriminadora para forjar otras pensadas para garantizar derechos y libertades dirigidas a quienes hasta hace poco no gozaban de ninguno o en el mejor de los casos, de muy pocos.

Desde la lógica gubernamental no había muchas opciones, con el tiempo se hizo necesario trabajar de manera articulada con esos grupos conformados por quienes seguramente despertaban rechazo, temor e inclusive asco. Con aquellos a los cuales muy probablemente se consideraba indignos, enfermos de una enfermedad que antecedió la SIDA se tuvo irremediablemente que llegar a cierta formas de colaboración para impulsar proyectos de distinta índole, debatir la pertinencia de tal o cual medida, ensayar acciones, en el marco de una situación en la cual las infecciones por VIH se multiplicaban y la epidemia comenzaba a desbordar a los grupos tradicionalmente afectados. La emergencia forjó lazos entre activistas de las organizaciones civiles y funcionarios de las distintas instituciones gubernamentales. Desde esa lógica de necesidad mutua, se fortaleció un proceso que inevitablemente se fue produciendo dentro de los colectivos: el fortalecimiento de liderazgos, mismos que además tuvieron en los medios masivos de comunicación una plataforma que les permitió trascender el reconocimiento interno de los grupos, las redes y

en términos generales, la comunidad de personas con VIH-SIDA para llegar a través de la radio y la televisión a un público masivo.

La exposición pública, camino alguna vez recorrido por un audaz Carlos Jáuregui y replicado posteriormente por su hermano Roberto para anunciar su condición de enfermo de SIDA, fue utilizado de manera reiterada por el activismo como herramienta para posicionar el tema y al mismo tiempo aceptar los mecanismos para generar nuevas figuras que, comenzaron ser ubicadas como referentes de todo un movimiento.

De esta forma, con los recursos emanados por las agencias de cooperación internacional, el reconocimiento logrado con funcionarios estatales, aun durante la época de Carlos Saúl Menem, y finalmente mediante la presencia en televisión y radio de ciertos personajes que encarnaron las acciones contra el SIDA se fraguó, a la par que se asentaron nuevos protagonismos, un caldo propicio para la aparición de conflictos internos, algunas de estas verdaderas guerras intestinas. No se trataba ya de exclusivamente de diferencias ideológicas o programáticas sino en el horizonte aparecían los financiamientos y la interlocución política como los signos de un nuevo poder que seducía, movilizaba y desencontraba a las diversas organizaciones y militantes.

Paralelamente a esta profesionalización y conquista de espacios por parte del activismo uno de los fenómenos que se fue presentando fue su propia diversificación, coincidente con la ampliación del espectro de poblaciones afectadas. A la par del activismo que emanó de los grupos gays, las redes de personas enfermas o bien seropositivas adquirieron cada vez más un mayor protagonismo, y a través de ellas se expresó con mayor contundencia una presión política que, dirigida al estado, demandaron la dotación gratuita de medicamentos, una atención digna en los centros hospitalarios y una permanente vigilancia en torno a la procuración de los derechos humanos de estas personas. Fueron estos grupos quienes paulatinamente se convirtieron en referentes que poco a poco comenzaron a desplazar de la interlocución a las históricas organizaciones gays. En Buenos Aires, un joven proveniente de estos colectivos, quien además de hacer pública su homosexualidad y develar su situación de salud, fue Alex Freyre. Éste continuó la trayectoria iniciada por los Jáuregui y otros respecto a la utilización de los medios masivos de comunicación, y comenzó a aparecer en programas de gran audiencia, justamente algunos que

no se había caracterizado por su vocación democrática ni su simpatía por las causas de los grupos subordinados. Es el caso del famoso programa de Mirtha Legrand, que en alguna de sus ediciones, invitó a Alex a conversar y en medio de una gran expectativa tomó agua del mismo vaso del mismo invitado quien, sin cortapisas, anunciaba poseer el virus de la inmunodeficiencia. Ésta fue una de muchas de las apariciones públicas que Freyre realizará en televisión así como en radio, ubicándose como una de las figuras más reconocidas tanto de las acciones contra el SIDA como de los derechos de las personas con orientaciones sexuales y genéricas diversas. Esta reconfiguración en las visibilidades se produjo no sólo por la aparición de nuevas voces sino también por la muerte de quienes habían sido figuras clave en la construcción de la diversidad sexual argentina. Como evocará Gustavo Pecoraro, “esta enfermedad se llevó a algunos de los mejores”. Así como sucedió en diversas partes del mundo, en Argentina, el activismo constituyó un espacio devastado por la epidemia. Aquella generación de militantes nacientes con el retorno a la democracia quedó diezmada y entre las desapariciones, algunas de sus mentes más creativas se apagaron. Paralelamente otras organizaciones surgieron y con ellas nuevas personalidades se posicionaron en un espacio en el que paulatinamente se instaló una puja cada vez más jugosa por los recursos y la interlocución.

Si bien dentro del movimiento gay existían fuertes discrepancias que preceden la llegada del SIDA, la presencia de nuevos agentes copando el espacio y demandando su derecho a ejercer poder aportó, además de nuevas formas de acción, una tensión que recorrió al movimiento. Así el repertorio de emociones recolocó en un primer plano algunas que no habían adquirido ese protagonismo, de acuerdo con relatos recreados para describir ese momento. Estas emociones, sobretodo, marcaron las dinámicas que al interno encontraron a las organizaciones así como a las personas que laboraban y militaban en ellas. El celo, la envidia, la sospecha, la desconfianza, entre otros sentimientos y emociones, comenzaron a pautar buena parte de los vínculos y las dinámicas internas. Dentro de las organizaciones y las personas que se identificaron como parte de un movimiento a favor de los derechos de las personas seropositivas se deslizó aquel dispositivo amigo-enemigo, mismo que se había desplegado en

episodios en los cuales había que enfrentar a la iglesia, a ciertos comunicadores, a funcionarios o al mismo estado argentino.

La cara más oscura del proceso de institucionalización de los colectivos se observó justamente en las confrontaciones internas, algunas de las cuales llegaron a puntos de no retorno. La mezcla fue decantando situaciones polarizantes. Adicionalmente a la disputa por los acotados espacios de poder y los financiamientos, en la historia del activismo se entreveraron las rupturas amorosas, los quiebres de amistades entrañables, traiciones o aquello que se vive como tal por una parte y, por la otra, la elección de un camino distinto. La historia de los desencuentros y de enemistades, tiene un correlato en una dimensión sobre la cual poco se repara, misma que se forja en esas pequeñas divergencias propiciadas por la cotidianidad y que se entreteje de emociones. Ella es parte de la historia del activismo y al menos alguna mención cabría otorgarse.

De tal suerte, la exacerbación de las diferencias se subraya, por parte de quienes brindaron su testimonio, como una de las debilidades del activismo en Argentina, situación que algunos ligan al momento en que se instaló la *compulsión por los proyectos*. Esta etapa cuando las energías del movimiento se invirtieron casi hasta el derroche en presentar diseños de programas para dotar de condones a travestis, prostitutas o bien repartirlos masivamente en el bar o discoteca más concurrida por los colectivos gays; protocolos para financiar por enésima ocasión carteles, folletos, manuales de tirajes acotados, o bien, proyectos para proveer de insumos clínicos a cierta organizaciones y practicar pruebas de detención del virus, paralelamente a los realizados por las instituciones del estado. Esta lógica, se denuncia en varios testimonios, provocó la simulación de más de una organización que fuera de sus principios o de la actividad que venía realizando, orientaba sus lineamientos en función de las directrices establecidas por las agencias de cooperación. No obstante, el efecto más preocupante para algunos activistas fue la capacidad de accionar político que, en sentido inverso a la creciente inversión en la elaboración de proyectos, fue menguando y perdiendo su poder incisivo.

Algunos intentos por reavivar energías para continuar con la histórica vocación de impugnar al estado y a otros agentes (la iglesia, la corporación médica o la industria farmacéutica) tuvieron expresiones organizativas, algunas

de corta duración como la referencia argentina de *Act Up*, que en ese contexto volvió a poner el acento en la manifestación pública, el debate y sobretodo en esas formas de acción directa que caracterizaron el repertorio de movilizaciones de este grupo en el mundo. No obstante, en ese momento en donde las energías por institucionalizar a los colectivos comen la mayor parte de las actividades del activismo, un hecho de la mayor trascendencia se produjo desde las entrañas del estado argentino, la promulgación de la Ley Nacional de SIDA en septiembre de 1990, momento de apogeo del menemismo.

Dicha ley, reconocida por su denominación numérica como la Ley 23798, además de ser pionera y una de las pocas existentes en América Latina, representó la aceptación por parte del estado argentino de que la lucha contra el SIDA era finalmente reconocida como de interés nacional. Ello significó que, para las instituciones estatales el diagnóstico, la investigación, el tratamiento, la prevención y la asistencia serían parte de sus compromisos. De igual forma, a partir de esa ley, el estado argentino asumió las tareas de prevención y para ello concibió a la educación como su principal instrumento. Con ello se abría un espacio fundamental en la lucha contra la propagación de la infección, al mismo tiempo, un territorio de potencial controversia sobre los contenidos que la educación podría asumir, así como en torno a los formatos y otras especificaciones a partir de cual ésta se instrumentaría. Utilizar los recursos estatales en materia de prevención permitía acceder a una plataforma a través de la cual la información y la educación llegarían a sectores de la población inimaginables con los recursos acotados de las organizaciones civiles. Esto representó una nueva línea de acción, el trabajo de incidencia que precisó de otras formas de hacer política menos estridente y contenciosa.

En la Ley 23798 también se estipuló como contrario al derecho todo acto u omisión que dañase la dignidad de las personas infectadas. Por tanto se estableció un primer mecanismo para reconocer la discriminación y así enfrentarla. La ley prescribió la confidencialidad y la no obligatoriedad de las pruebas, con ello, se puso un candado constitucional a las prácticas recurrentes tanto de publicitar los resultados, como de presionar para a su realización por parte de empresas y dependencias gubernamentales.

En términos generales, la aprobación de esta ley representó una victoria relativa del movimiento de acción contra el SIDA en el país sudamericano. En sí

misma acogió algunos principios demandados por los grupos desde el mismo origen de la epidemia. Aunado a ello, representó un desafío en donde adquirió historicidad aquella crítica lanzada por el marxismo al formalismo jurídico que, recogida por Gilberto Giménez, previene de la autosuficiencia del sistema legal. Es decir, de la visión soberana de la ley y su capacidad de modificar el entramado social en donde se asienta por la sola existencia del enunciado jurídico. El mismo autor reconocerá, por otra parte, los límites de lo que denomina reduccionismo sociológico, es decir, la perspectiva que niega la especificidad y la consistencia propia a la ley y, por tanto, la asume como un epifenómeno de las fuerzas sociales. Giménez pondera en la creación de un ordenamiento jurídico constitucional no la victoria definitiva de una lucha determinada sino más bien el punto de llegada. Insiste en no subestimar su fuerza, la promulgación de esta letra es la concreción de un poderío que en ese momento se alza con un triunfo parcial, fruto de un cúmulo de fuerzas que provienen del pasado y que con ésta logran asidero para dar sentido a la historicidad futura. Convertir la letra, en letra viva, requiere de una correlación de fuerzas que le otorgue esa vitalidad y su capacidad prescriptiva (Gilberto Giménez, 1981).

En Argentina, las reflexiones de Giménez adquirieron una experiencia en la cual quedaron plasmadas las complejas relaciones entre el accionar de las fuerzas sociales y las disposiciones constitucionales. En efecto, en 1990 se promulga la Ley 23798, no obstante, a un año de su aprobación, la ley permanecía sin ejecución, como una pieza destinada al archivo muerto. La presencia de los grupos organizados de seropositivos, articulados en redes de personas positivas, comenzaron a insistir en la puesta en marcha de las bondades ofrecidas por la ley. Alex Freyre aprovechando un espacio semanal con el cual contaba en la televisión nacional, convocó a juntar un millón de firmas provenientes de todo el país para exigir la materialización de la ley. Cuenta Alex Freyre que después de un tiempo de acumular miles de firmas, quedó claro que era poco factible la reunión de la cantidad anunciada. De tal suerte a manera de *performance*, convocó a la prensa a una movida en donde las miles de solicitudes fueron pegadas en el ministerio de salud. Este evento atrajo los reflectores y permitió que no resultara evidente lo que podía ser leído como la falta de convocatoria, nadie iba a contar las firmas una vez pegadas con engrudo en el ministerio. A simple vista la cantidad de solicitudes se observó nutrida, lo



suficientemente para reconocerse que ésta era una demanda ampliamente respaldada por la sociedad argentina.

Después de esta movilización, la ley se volvió realidad en todo territorio argentino y tal como lo plantea Giménez, constituyó un piso fundamental para ordenamientos futuros, mismos que ampliaron el espectro de derechos de las personas seropositivas y de quienes contaban con algún síntoma de la enfermedad. En ese momento la conquista más importante será la disposición por la cual se garantizó a nivel constitucional el suministro de los medicamentos de forma gratuita. Esta norma incluyó tanto a las obras sociales, es decir a las instituciones de seguridad pública, como a los planes de prepago, como se denominan en Argentina a los seguros médicos privados.

La aprobación y puesta en marcha de la ley confirmó una pauta que ya venían gestándose tiempo atrás dentro de los colectivos de acción contra el SIDA, tanto aquellos nacidos de las entrañas del movimiento homosexual como de esas expresiones emanadas del centro de la epidemia. Una lógica de acción en la cual permanecían latiendo algunas expresiones contenciosas pero produciéndose, sobre todo, una serie de pactos que se suscribían fluidamente con quienes se encargaban de la toma de decisiones. Un cambio en las mentalidades permitió una relectura del estado como terreno legítimo para incidir pero también, de forma concurrente, un movimiento paulatino en el carácter mismo del estado argentino posibilitó articulaciones entre dos actores que hasta ese momento los animaba la animadversión. Formas innovadoras en estas relaciones llegaron a su punto más luminoso con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia de la república (2003-2007). A partir de ese momento, algunos referentes de la lucha contra el SIDA así como del movimiento por la diversidad sexo genérica, de los derechos humanos, feminista y otros más emanados de ámbitos con una fuerte tradición contestataria, viraron hacia el nuevo régimen a tal punto que, en ciertos casos, algunos de quienes habían sido sus referentes más destacados se transformaron en gobierno.

Previo a ello, otro evento marcará profundamente la vida de los activistas y de forma global al activismo en Argentina y en todo el mundo. Durante 1996 dentro de la XI Conferencia Internacional sobre SIDA, celebrada en Vancouver Canadá, se anunció que la terapéutica basada en la combinación de antirretrovirales y otros fármacos tenía resultados alentadores. Por vez primera

en la historia del SIDA, se anunciaban buenas noticias. En el mismo Congreso se informó también sobre la disposición de pruebas que median la carga viral, es decir, la cantidad o concentración del virus en la sangre, esas mismas utilizadas para demostrar, en primera instancia, la eficacia de la terapéutica, se volverían parte de los exámenes clínicos que las personas con VIH se realizarían con regularidad con el fin de conocer la evolución del virus en su cuerpo y la eficacia del tratamiento. En ese momento, el anuncio representó un cisma, un hito en la historia personal de cada una de las personas que sorteaban los avatares de un virus incompresible e indomable. A nivel colectivo, ésta constituyó una experiencia que otorgó nuevos horizontes a las acciones y por supuesto reconfiguró las dinámicas internas, la continuidad y el sentido de existir de algunos colectivos. Fue un momento que representó un parteaguas en la historia de la infección, de la enfermedad y por supuesto, también del activismo. Un momento en el que fue posible revisar los efectos sociales legados de la epidemia y de las contribuciones del movimiento a la cultura del siglo XX, en este caso a la cultura porteña.

Para los años noventa, las siglas que anunciaban una calamidad de dimensiones bíblicas se volvieron un sustantivo, reconocido y utilizado ampliamente por la población, sobretodo aquella situada en las grandes urbes como Buenos Aires. En términos sintéticos más allá de la enfermedad, de las disputas y luchas generadas en torno a ella, el SIDA se volvió un hecho cultural, en el sentido más profundo del término. El listón rojo, símbolo de la solidaridad con aquellos aquejados por la infección, comenzó a aparecer no sólo en las campañas lanzadas tanto por las organizaciones civiles como por las instituciones estatales, el listón apareció como grafiti y como esas baldosas o placas que se instalaron en una ciudad, a través de las cuales, el ejercicio de la memoria hace de las calles, los muros, los edificios, territorios de inscripción. Así, el lazo rojo se fijó como parte de estos signos colocados intencionalmente, recordatorios de las innumerables protestas sociales que han dejado huellas en diversos lugares de la urbe, incluyendo aquellos territorios, símbolos del poder, como la Plaza Dos Congresos, en donde hoy dos placas, deterioradas por el paso del tiempo y el transcurrir ciudadano, permanecen rememorando la presencia del SIDA y del compromiso social para contenerlo.

Así como estas representaciones gráficas popularizaron una realidad, más allá de las personas y los grupos directamente involucrados, otros formatos comenzaron a recrear y sublimar distintas dimensiones que la experiencia del SIDA provocó en la Argentina. La literatura, fue una de las disciplinas que muy prontamente recogió al SIDA como eje de sus narrativas, la mayor de ellas autobiográficas, algunas noveladas otras más testimoniales. Entre ellas se encuentra *Convivir con Virus* de Marta Dillon, “una tímida pintura de lo que significa vivir con hiv en la Argentina a fines de los noventa”, definida así por su autora. El texto, compendio de diversas colaboraciones semanales que Dillon entregó al diario *Página 12*, entre 1995 y 1997, describe en primera persona, los dolores, las alegrías, las parálisis, la angustia así como la ganas de seguir viviendo en ese momento en el cual se vislumbró un pequeño brillo de esperanza con la llegada de los cócteles. Su relato encarnado, permite vislumbrar cómo el SIDA se puede volver un instrumento que, a manera de *Aleph* borgiano, permita releer una totalidad que, en este caso trasciende la epidemia y sus secuelas sociales. Entre las reflexiones más conmovedoras de su narrativa, Marta Dillon recurre a las entrañas más dolorosas de su experiencia y en ellas halla la inverosimilitud y el desconcierto causado por la muerte de personas jóvenes. Juventud y muerte, reparan, resultan un binomio extraño, chocante, una asociación forzada porque en la realidad nunca o casi nunca vienen aparejados. El SIDA desmitificó la creencia arraigada de que la gente joven no muere. En efecto, el SIDA se llevó masivamente a personas en la flor de su edad, cuerpos bellos, lozanos, en pleno despunte de todas sus capacidades y habilidades, quienes de un de repente sucumbieron ante los efectos mortíferos del virus. Eso lleva a Dillon a percatarse y establecer una dolorosa analogía de la historia argentina cuando la juventud fue también el objetivo central de un exterminio no provocado por un virus o una bacteria sino por las políticas del terrorismo de estado. Ella rememora esa situación vivida en primera persona cuando en los años setenta los jóvenes desaparecían para nunca volver, situación acontecida en la vida de Dillon, cuando ella es apenas una niña, su madre, una joven militante como muchas otras, es secuestrada y desaparecida por la dictadura, sus restos fueron encontrados hasta el 2011. Por su parte Dillon es notificada de ser un huésped más del VIH a una edad similar a la de su madre *chupada* por las fuerzas represivas del estado, con la dramática

coincidencia de que ella a su vez es madre de una niña que en ese momento cuenta con la misma edad que tenía cuando se quedó sin madre. Esa imagen devastadora de la suerte corrida por ella y por sus hermanos, el dolor revivido por la tragedia de esa especie de orfandad que la marca desde muy pequeña, la rebela, la enoja y como si fuese decreto se resiste ante lo que se anuncia inminente, se planta en resistencia ante la muerte y en un momento en su escrito se recrea ese momento cuando ella se anuncia que no repetirá la historia. *No me voy a morir*, esta frase repetida innumerables veces por distintos activistas tiene su valor no como una sentencia que se puede tomar a pie juntillas. Evitar la muerte no es una decisión que nace de la voluntad individual, la frase expresada por Marta Dillon y reiterada en varios otros testimonios puede leerse como una confrontación con el destino, con un acto de rebeldía frente a lo incontrovertible, ante un hecho tan contundente como la muerte misma. La frase encierra un movimiento revulsivo que emerge de las entrañas y cataliza entre otros ese sentimiento de profundo enojo por esa suerte y esa condición de víctima que en que la gente se coloca frente al virus y su decreto. Ese momento en que las personas quedan sujetadas por el virus, por falta de respuestas médicas, por la indiferencia del estado y de buena parte de la sociedad. La frase es emblemática del momento de la política y por tanto del activismo, se significa justo por representar una contestación a la agonía y a la muerte.

En el caso de Dillon el desafío parecerá exitoso, ella sobrevivirá a la era más oscura de la epidemia y se convertirá en la coordinadora del suplemento *Soy* del diario *Página 12*, suplemento que desde 2008 sale todos los viernes, convirtiéndose en el primer esfuerzo periodístico de un diario de alcance nacional, a nivel latinoamericano, para dar cabida a las expresiones políticas, culturales e intelectuales de los colectivos que constituyen la diversidad sexo-genérica.

Otro texto igualmente de carácter testimonial pero con una fuerte manufactura novelista es *Un año sin amor. Diario del SIDA* de Pablo Pérez. El relato descarnado transcurre en ese año clave, 1996, cuando la muerte deja paulatinamente de ser horizonte que deparaba el devenir de aquellos que infortunadamente habían adquirido el temido virus. A lo largo de sus páginas, Pérez nos sumerge en la aridez del SIDA, en la pesadilla de amanecer empapado sin pagar el ojo toda la noche, de un cuerpo consumido por el ardor

de la fiebre y aquellos otros incendios provocados por las llagas en las mucosas de la boca, el ano y el glande. Un año en el cual la desesperanza y la falta de energías para mover el cadavérico cuerpo eran la constante que marcaba el transcurrir de las horas, los días y las semanas en espera de la única certeza. Salvo escribir y una irrefrenable apetencia sexual el personaje cuenta con escasos sucesos que procuren otras tonalidades a una vida fundamentalmente gris y áspera. Uno de los aspectos más polémicos del libro recrea esa compulsión sexual que marca el único signo vital del protagonista. Uno tras otro innumerables encuentros se suceden en una vorágine irrefrenable, la proxemia erótica acontece en situaciones al borde de los límites, es un sexo furtivo que trasgrede los espacios y las horas que comúnmente se han constituido para ellos. Así el sexo es siempre furtivo, cargado de adrenalina, auspiciado por el riesgo que acompaña la mayor parte de esos episodios, riesgos que no están exclusivamente relacionados por su condición de enfermo de SIDA sino igualmente por las circunstancias en las que el personaje y sus acompañantes se colocan. Es un texto incorrecto desde una perspectiva política y sobre todo de una política sexual en el que el autocuidado y el cuidado constituyeron ejes del sexo seguro, promovido por el activismo. Si bien, en los hombres vivenciar escindidos el sexo y el amor existe como una prerrogativa genérica, en el texto el amor ronda como una presencia fantasmal que, al mismo tiempo está implicado de connotaciones dramáticas, una añoranza por el vacío del aquel ser con quien compartir la vida pero igualmente una falta con cual se puede vivir, el amor como algo prescindible. La narración concluye con los preparativos de la fiesta de fin de año en 1997, el mismo mes que acontece la Conferencia de Toronto y el anuncio que cambiará el destino de Pablo Pérez y muchos más que lograron sobrevivir los años cruentos del SIDA.

Más cercano a nuestros días Harika, sobrenombre elegido por una mujer quien vive con VIH y se describe como una “coleccionista de frases”, recupera reflexiones propias así como de otras personas recogidas a través de innumerables fuentes, incluyendo entrevistas realizadas por ella. Con estas confecciona un texto en el cual, a manera de polifonía, se desentraña desde el epicentro de la epidemia, los infinitos pasajes de la experiencia de vivir con el VIH. *Gracias a la VIHda* recupera desde los mitos del origen de la epidemia y de ahí hilvana para desenmascarar la construcción del estigma sobre los llamados

*grupos de riesgo* y su peligrosa falsedad al dejar fuera del imaginario, entre otras, a las mujeres monógamas y heterosexuales, situación que como a ella le cobró factura. En estos relatos, siempre enunciados en primera persona, se recrea entre otras vivencias, aquel momento cuando la noticia es develada bajo un calificativo, el de positivo, que en este contexto pierde su valor ético primario, para contenerse de una amenaza que se alberga en el cuerpo. Las interrogantes que en una gran parte despierta saber cómo y por qué se infectaron. De igual forma se da cuenta de las vicisitudes de comunicar esta mala nueva a la gente más cercana, los desafíos que se presentan al volver a sostener algún encuentro sexual, de volverse a enamorar, la disciplina implicada en el tratamiento médico, la posibilidad de embarazarse, la discriminación en el trabajo, el VIH entre adolescentes. Una suma de tópicos que desbordan lo que desde afuera de este epicentro se puede concebir y que representan los periplos pequeños y grandes que las personas positivas atraviesan durante este proceso, incluso a la luz de los avances de la ciencia y la medicina. La reflexión final, producto de la visión de quienes han sobrevivido, es el autorreconocimiento de la capacidad de atravesar por situaciones límites y sobreponerse a ellas, de hacer de la crisis, de la adversidad un punto de inflexión que no quiebra a las personas sino que la fortalece. Esa condición que personas como Harika suscribe está cifrada en términos psicológicos y se le conoce como *resiliencia*. Harika, como algunas otras voces más, se identificará plenamente en esta denominación más que en otras dadas a quienes tienen en su vivencia una proximidad con el virus y la enfermedad. Más allá de la pertinencia de este término, pensado para dotar de estatuto analítico a una determinada capacidad psíquica y emocional, ofrece una clave que, desde otro lugar, se aproxima a los procesos de subjetivación por los cuales se produce un quiebre en la sujeción que ancla a determinados colectivos a la subordinación. Es justo una emoción que se transforma en experiencia por la cual el destino marcado se desborda por los frentes menos pensados. Una acción que pasa por el cuerpo propio pero como también Harika recupera es una lucha personal y colectiva al mismo tiempo.

El SIDA recorrió las letras argentinas de otras formas, Néstor Perlongher aquel pionero de la lucha homosexual, quien falleciera en el exilio durante 1992 a consecuencia del virus de la inmunodeficiencia, escribirá un ensayo titulado *El fantasma del SIDA* (1988). En ese momento, Perlongher se percata, en una línea

próxima a Foucault, de que lo que encierran estas nuevas siglas es una práctica discursiva cuya intención será edificar un entramado sobre la sexualidad en donde esos *otros* cobrarán una insospechada y flamante amenaza. Los cuerpos sidosos son cuerpos portadores del terror mismo que ya no sólo apunta al orden moral sino desliza una amenaza a la existencia humana. El SIDA se alzaría como forma sobre la cual se actualice los dispositivos moralizadores encargados de controlar, a través de la mirada medicalizante, a estos seres emergentes, colocados en la anormalidad sexual.

Más allá de la literatura, el SIDA se coló al imaginario social a través de la cultura mediática y de masas. En estas lides, será la Fundación Huésped, una de las organizaciones de SIDA mejor consolidada en Argentina, quien promueva con éxito una convocatoria a grupos claves de la sociedad para involucrarse en las acciones contra el SIDA. Estas personas clave refieren fundamentalmente a quienes desde la música, la actuación, la pintura, el diseño y otras expresiones artísticas e intelectuales tenían una proyección a través del cual el mensaje del SIDA podía llegar a lugares recónditos de la sociedad. De tal suerte, como una forma de allegarse de recursos, de instalar a esta institución como referente de las acciones contra el SIDA, la Fundación organiza los primeros eventos en donde se congrega a múltiples artistas. En un ejercicio local de lo que ha sido una expresión recurrente en los países occidentales, una porción significativa de la comunidad artística argentina se solidarizó con los esfuerzos para eliminar el SIDA y proteger los derechos de las personas infectadas o enfermas. Conciertos de música en los que participan entre otras figuras, Mercedes Sosa, Fito Páez, Gustavo Cerati, son algunas de las primeras acciones que brindan importantes réditos, no sólo términos económicos sino de diversa índole, tanto a la organización como al posicionamiento de un mensaje claro. Un mensaje que coloca al SIDA ya no como ente quíptico fantasmal sino como realidad existente y susceptible de ser adquirida por muchas más personas. En esa línea, durante los años 1993 y 1994, con una experiencia previa en la organización de eventos, la Fundación se dio a la tarea de preparar un acto de mayor envergadura en la cual además de informar se tenía la intención de propiciar procesos de reflexión, discusión y debate, una suerte de espacio que, a través de distintos formatos, se alentara la participación de la comunidad. Talleres, exposiciones, mesas redondas, lecturas dramatizadas, exhibición de obras plásticas, videos, posters

y folletería apelaron a la formación de una conciencia sobre el autocuidado y la prevención de la población. Así durante varios días en esos dos años se convocó al público a participar en esas actividades celebradas en uno de los centros culturales de mayor arraigo en Buenos Aires, el Centro Cultural San Martín. Durante esos dos años la presencia de jóvenes, mujeres y hombres, fue destacada, incluyendo la asistencia de escuelas que llevaron a sus estudiantes en un esfuerzo por ampliar los horizontes de aprendizaje, a la luz de los desafíos del SIDA y otras infecciones de transmisión sexual.

A principios de la siguiente década la Fundación Huésped junto con el prestigioso estudio fotográfico de Gaby Herbstein realizaron un calendario en donde se convocó de nueva cuenta a personas del medio artístico quienes posaban en sugerentes composiciones alusivas al virus de la inmunodeficiencia humana. El calendario provocó gran interés que se volvió moda entre las personas, principalmente jóvenes. Durante los años en que se editó (2003-2005), la producción del calendario y la presentación pública del mismo se convirtieron en fenómenos mediáticos que despertaron expectación y atrajeron multitud de miradas que, en bajo esa *glamourización* accedieron a un mensaje que de otra forma habría sido poco factible de asumir como propio. A través de este trabajo, Huésped ha jugado un papel importante en esta socialización del SIDA y su convocatoria como eje de una reflexividad que trasciende disciplinas e incluso en donde la presencia artística es tan importante para hacer de los mensajes, de la información y de la comunicación insumos por los cuales se movilice a la razón pero también tengan efectos sobre las emociones.

En la transformación del VIH y del SIDA como fenómeno cultural han desempeñado un papel significativo aquellas personas que en su condición de figuras públicas han asumido su seropositividad y hecho de ella materia de trabajo, recurso de inspiración y de elaboración de manifestaciones que van desde obras de teatro, performance hasta música. En esa línea habrá que destacar la presencia personajes del medio artístico, sobre todo aquellos con capacidad de atraer los reflectores como referentes de primer orden para atrapar la atención y convertir en una preocupación social del mundo global la llegada de una nueva epidemia. Rock Hudson, Fredy Mercury, Liberace, por cita algunos bastante representativos, se volvieron, más de las veces involuntariamente, en los rostros que humanizaron la tragedia. En Argentina, a diferencia de México,



existieron algunas personalidades que portaron su condición si bien, difícilmente podría decirse con dignidad, no ocultaron su padecimiento y cuando fallecieron los ecos de esta causa impactaron hondamente en la sociedad.

Dos de estas muertes altamente significativas fueron las de Miguel Ángel Peralta, *Miguel Abuelo* (1988), líder de la agrupación los *Abuelos de la Nada* y Federico José Moura (1988), pieza fundamental del grupo paradójicamente denominado, *Virus*. La muerte de ambos compositores y vocalistas marcaron un quiebre en la historia del rock argentino. La década que había catapultado a una generación de nuevas bandas e individualidades que lograron afianzar una personalidad propia el rock hecho en español y sobre todo de aquel emanado en suelo argentino terminó de forma abrupta al final de los años ochenta con la muerte de estas dos figuras. Son íconos del regreso a la democracia y de una cultura en la que el rock se alzó como el manto en el que se podía edificar la libertad, la experimentación, las nuevas formas de vestir, de pensar, de escribir y por supuesto de desear. Estos músicos le dieron letra, ritmo y sonido a estas expectativas que el regreso a la democracia despertó, mismas que, de manera análoga a muchos otros anhelos de profundización de los procesos democráticos, se estrellaron con realidades que terminaron, a finales de la década, por congelar las vertientes más optimistas del proceso y la década. Uno de estos infortunios fue la llegada del virus que terminó con la vida de estos dos hombres y con ellos, el fin de una época en la música y en el espíritu de un momento.

Otro famoso igualmente fallecido por la misma causa fue el presentador de radio, actor y cómico Fernando Peña, quien entre sus proyectos inconclusos dejó un documental en el cual narraba sus vicisitudes con el padecimiento. No obstante, para las y los radio escuchas, Peña era un hombre que a través de sus personajes hizo de la radio un espacio en el que era factible abordar temas intocables, incorrectos, con un humor ácido colocó en el espectro radial a la homosexualidad como un tema que se debía y se podía hablar. Junto con otras figuras del medio artístico abrió al conocimiento público su orientación sexual y con ello contribuyó a generar un clima de aceptación en sectores cada vez más amplios de la sociedad argentina, al menos de la ciudad de Buenos Aires. Su muerte junto con las de los otros, contribuyó poderosamente a hacer del SIDA un problema de interés general. Un signo que marca la vida contemporánea, las

relaciones sociales y aquellas que se entreveran fundamentalmente en la sexualidad.

Finalmente, en el cine y la televisión argentina el SIDA llegó como *leitmotiv* de diversas tramas, mismos que entre la ficción y el testimonio dieron cuenta de las luces y las sombras de vivir con el virus en aquel país latinoamericano. La primera de las producciones *Fotos sin alma* (1995) cuenta la reacción del protagonista principal, un joven empleado en una agencia de publicidad, quien después de un examen y la prolongada espera de resultados, conoce que ha sido infectado con el VIH. En ese instante y justo para el momento, la noticia es devastadora. Para el personaje, la vida se le parece desquebrajar en ese preciso instante, lo que ha forjado, las relaciones que ha hecho se le empiezan a cerrar, no obstante cuando el panorama parece tornarse adverso, las expresiones de solidaridad y conmiseración aparecen en algunas personas cercanas que lo rescatan de su caída al infierno, sobretodo el amor de su pareja, una mujer, lo redimirá y le dará razones para enfrentar al virus y todo aquello que trae aparejado. Posteriormente a este film, el cine argentino tendrá otras producciones entre otras una versión del libro de Pablo Pérez, *Un año sin amor* (2004), y una obra del prestigiado realizador Eliseo Subiela, *El resultado del amor* (2006) en el que el SIDA cobra expresión a través de una chica de los barrios periféricos de Buenos Aires, quien es payasita en las esquinas y también prostituta y es a través de esta actividad que contrae el virus.

Mención aparte habrá que destacar el documental *Tocando en el Silencio* (2007), un retrato de Alex Pompei, joven perteneciente a esa primera generación de chicas y chicos que nacieron con el Virus de la Inmunodeficiencia Humana. Este documental catapultó a Alex al activismo juvenil para enfrentar al SIDA, generando con su sensibilidad, sus vivencias y conocimientos un discurso capaz de interpelar y conmover a las nuevas generaciones respecto a las infecciones de transmisión sexual, y en general, sobre la importancia de la educación para la vida y el disfrute en este ámbito tan sensible y candente: la sexualidad. El documental representó para Alex una exposición pública y compartir con miles, quizá millones, algo que mantenía en el conocimiento de sus personas más allegadas. De tal suerte, accedió a darle rostro a una situación que había pasado desapercibida, de la cual las sociedades conocían como referencia estadística, como un dato con relevancia en términos epidemiológicos pero sobre la cual

permanecía como un problema que atañía a unos cuantos casos infortunados. Alex Pompei en el cine y Lucas Betbeze con su autobiografía *Yo...Lucas. Historia de un joven que nació con VIH*, representan dos esfuerzos por darle nombre, cuerpo e historia a las experiencias de los ahora jóvenes, mujeres y hombres, quienes encarnan aquella *otra vía*, la perinatal, como otras de las formas de infección. En ambos, la historia del SIDA adquiere otra dimensión, los avances de la medicina en cada una de sus fases se encuentran inscrita en su cuerpo: los efectos secundarios del AZT, las miles de pastillas que debía tomarse con disciplina prusiana, los tratamientos experimentales, los dolores producido por los fármacos inyectables, las resistencias físicas y también emocionales a la medicación, el rechazo expreso a este sometimiento aparecido en ciertos momentos a lo largo de su crecimiento, la sobrevivencia y, en algunos casos, los daños permanentes con los cuales se tiene que vivir. Las historias tanto de Alex como de Lucas tienen en común despertar el asombro de lo que significa vivir en situaciones al borde de los límites, en donde la desgracia y la tragedia parecerían ser las constantes en la vida de ambos. No obstante, en ambos, las ganas de vivir, el deseo de aportar con algo para hacer del mundo un lugar mejor, de transmitir su testimonio para sensibilizar a la gente sobre el SIDA y el VIH son fuerzas que los mueven a escribir, o a ser parte de una producción cinematográfica, que los catapultará a los reflectores públicos, a pesar de su propia creencia sobre la acotada recepción que un filme de esta factura pudiese recibir. En la línea apuntada por Harika, Alex y Lucas son más que sobrevivientes, son dos sujetos *resilientes*, dos sujetos que con optimismo, vitalidad, dulzura y arte se han desmarcado del victimismo para gestionar su propia historia, su presente y también su futuro.

Finalmente, en la televisión argentina tanto pública como privada ha tenido también resonancia la presencia del SIDA, desde la aparición de aquellos personajes como Roberto Jáuregui o Alex Freyre en programas de gran audiencia como los almuerzos con Mirtha Legrand hasta esfuerzos creativos para producir programas de entretenimiento, algunos en tono dramático otros más en formato de comedia, otros con propósito de educar al mismo tiempo que se promovía el esparcimiento televisivo. Entre los esfuerzos que destacan están los programas de ficción que año con año desde 2006 hasta la fecha realiza la Fundación Huésped a través del Canal 13 de grupo Clarín, transmitidos en el

marco del Día Mundial de Acción Contra el SIDA. Aunado a ello, los spots tanto televisivos como radiales que también en convenios con el mismo corporativo de la información y el entretenimiento, la Fundación ha generado materiales comunicacionales. Caber resalta, una reciente producción realizada por *Telefe*, otro de los corporativos privados de comunicación argentino, sobre la vida de Carlos Jáuregui.

Todos estos esfuerzos y otros más dan cuenta de la emergencia del SIDA y el VIH como fenómeno que marca también la cultura contemporánea en la en el mundo y en específico en Argentina.

## CAPÍTULO 7 EL ACTIVISMO MEXICANO Y SU PASO TRANSFORMACIÓN POLÍTICO-AFECTIVA. LA CONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL MÉXICO

Al igual que en Argentina y otras regiones del mundo, en México llegó un momento en el cual la indignación, el enojo y el coraje dieron paso a otro tipo de tonalidades emotivas por las cuales transcurrió el activismo generando andamiajes para la conformación de instituciones dentro de la sociedad civil y del estado. En el caso mexicano, desde muy temprano en la historia de la epidemia, personajes que fueron fundamentales en los brotes del movimiento de liberación homosexual como Luis González de Alba<sup>87</sup>, tuvieron un papel destacado en la creación de los primeros consejos consultivos conformados por especialistas y convocados por el gobierno mexicano para la puesta en marcha de las instituciones encargadas del trabajo con VIH-SIDA.

Si bien, en los orígenes de las respuestas institucionales del estado mexicano existen antecedentes de la participación de militantes o gente con alguna proximidad al movimiento de liberación homosexual, será durante los años noventa cuando aquellas organizaciones sobrevivientes de la década de los años setenta-ochenta, transiten hacia la profesionalización e institucionalización. Igualmente, durante finales de la llamada década perdida y, posteriormente, aparecerán en el mapa social grupos cuyo eje de acción será el VIH-SIDA, los cuales nacen en la *edad de oro* de los financiamientos a las organizaciones de la sociedad civil, otorgados por agencias de cooperación del llamado primer mundo.

De manera generalizada el activismo tuvo que surcar un momento en el cual el SIDA dejó de ser primero sorpresa así como pivote del enojo que movilizó a individuos y colectivos para convertirse en una presencia casi familiar. Ese algo con el cual la fuerza de la costumbre despojó su condición extraordinaria para formar parte de una realidad que, en el caso del activismo, se volvió materia de

---

<sup>87</sup>En diferentes entrevistas, Luis González de Alba reconocido dirigente del movimiento estudiantil de 1968, ha negado su militancia en el movimiento de liberación homosexual, si bien participó en las reuniones iniciales que bajo los auspicios y el liderazgo de Nancy Cárdenas dieron lugar a las primeras manifestaciones públicas, no tuvo mayor participación en las lides organizativas. Será con la aparición del SIDA que junto con otras personas ponga en marcha la Fundación Mexicana de Lucha contra el SIDA, a partir de esta instancia y de su trayectoria como un importante divulgador del conocimiento científico, González de Alba participa en la formulación del CONASIDA (Pérez Franco Lilia, 1988)

trabajo. A finales de los años ochenta, la epidemia mostró un comportamiento que, con ciertas variaciones, continua como una tendencia en la actualidad. Así desde ese tiempo la infección se concentró en hombres que tenían relación con otros hombres, una categoría que, como hemos visto, representó un desafío a la política de la identidad preconizada por el movimiento de liberación homosexual pero que, en términos analíticos y epidemiológicos, apuntó al reconocimiento de formas de sexualidad en las cuales la identidad y la práctica no tenían una correspondencia directa. Una relación cuya concurrencia no podía ser explicada exclusivamente como efecto de una homosexualidad enclosetada y negada por el miedo, la vergüenza, el fantasma del pecado o la amenaza de la anormalidad.

Aunado a esta concentración en los hombres, desde mediados de la década comenzaron a aparecer las primeras mujeres infectadas, con lo cual, en términos epidémicos, se desmintió esa construcción imaginaria que ligó el SIDA con la homosexualidad, la drogadicción o la hemofilia. Pero además, muy prontamente la epidemia comenzó a aparecer, de la mano de la migración, en territorios que no se habían contemplado: el espacio rural. Lo que fundamentalmente se produjo como un acontecimiento urbano, y de aquellas ciudades interconectadas por las vías que la globalización intensificó, en México, desde 1986, se detectaron los primeros casos en las áreas rurales y un año después se registraron a los primeros infantes infectados (García Murcia Miguel, et al, 2011). En suma, el fenómeno había traspasado las previsiones epidémicas y en cierta medida se alzó como una amenaza potencialmente universal, reconociéndose, pese a la tardanza del gobierno mexicano, como uno de los mayores desafíos en materia de salud, a partir de la siguiente década.

De tal suerte, la presencia del virus de la inmunodeficiencia humana como un hecho cotidiano, frente al cual tenía que trazarse un plan que, además de la denuncia, la presión y la movilización, existieran campañas de información y de atención cada vez más profesionalizada, dio paso a esa nueva configuración organizativa y en ese mismo sentido a un cambio en la afectividad y las mentalidades de quienes protagonizaron dichos movimientos. En el Distrito Federal, la organización que encarna el tránsito de ser una agrupación emanada del movimiento de liberación homosexual a tener un trabajo destacado en torno al VIH-SIDA fue el Colectivo Sol, quien entre otros de sus miembros destaca la presencia de Juan Jacobo Hernández, uno de los decanos del movimiento.

Juan Jacobo se convirtió en una de las presencias más reconocidas en el activismo lésbico homosexual que nace durante la segunda mitad de los años setenta, entre otras razones por haber firmado como responsable de una de las primeras cartas de denuncia en la Revista *Siempre* a propósito de una nota publicada en ese medio que desde su perspectiva era “fascistoide y ofensiva contra una minoría actualmente indefensa, muda y vilipendiada: los homosexuales”. Como la carta debía tener un responsable, se decidió que el nombre de Juan Jacobo apareciera, con ello signó su presencia dentro de la historia del movimiento justo como una de las presencias que atrevió a reconocerse como parte de esa colectividad *vilipendiada*.

La trayectoria de Juan Jacobo Hernández ilustra con mucha elocuencia esos pasajes de una forma de activismo nacida como expresión eminentemente contestataria, en un contexto de cerrazón política pero también de fuerte conservadurismo cultural en México. El Frente Homosexual de Acción Revolucionario (FHAR), espacio de militancia de Juan Jacobo se caracterizó por representar dentro de la formación de colectivos del movimiento, la tendencia más radicalizada, incluso algunos de sus episodios han sido descritos como estridentes, provocadores, gozosamente irreverentes y sin ningún pudor para lanzar improperios, majaderías y otras expresiones que rompían con los usos de la política tradicional e incluso aquella contenciosa.

El reflujo del movimiento y la emergencia del SIDA marcaron dos hitos no sólo contextuales sino de la configuración de un nuevo escenario en donde a la desaparición del FHAR emanará con personalidad propia uno de sus colectivos fundantes: el Colectivo Sol. Este con Juan Jacobo a la cabeza se había perfilado como una apuesta de carácter artístico y cultural, territorios en los cuales el activismo sexo político había sembrado algunas parcelas que, con el tiempo, se decantarían como recursos que posicionarán el tema de la diferencia sexo-genérica en otros enclaves distintos a los de la abyección. No obstante, a la vuelta de la esquina la nueva enfermedad trastocó la dirección trazada y los esfuerzos por hacerle frente monopolizaron las energías movilizadoras de la agrupación. Este paso que operó a nivel organizativo, al mismo tiempo surcó una dimensión más personal. En una primera aproximación podría afirmarse que se sucede una transformación en las mentalidades de quienes hasta ese momento mantenían una postura intensa, poco susceptible al diálogo y menos a la

negociación con otros agentes, fundamentalmente aquellos emanados del Estado.

Algunas lecturas podrían sugerir la renuncia y peor aun la claudicación de una forma de estar dentro de la actividad política en donde el enojo se constituía en un motor que se alimentaba de los agravios y las injusticias. Las explicaciones pueden ser múltiples y así de complejas son las razones que permiten reconstruir estos pasajes, lo interesante para fines de la exposición será develar el correlato afectivo no porque sea la causa última detrás de este movimiento sino porque es una de las dimensiones a través de las cuales acontece y, desde esta perspectiva, se ha propuesto iluminar. En esa dirección, la emergencia, pero sobretudo la convicción de sostener un trabajo constante de mediano y largo plazo está acompañada de profundas transformaciones en esos resortes emocionales que permiten atemperar las respuestas más vehementes. No porque el enojo haya desaparecido sino porque serán otras emociones las que comiencen a tener mayor preponderancia en ese cocinado que hizo del Colectivo Sol una de las organizaciones sobrevivientes a la crisis del SIDA.

De tal suerte, ante la necesidad de generar servicios que, desde su perspectiva, el estado mexicano no proporcionaba o bien lo hacía de forma irregular, el Colectivo Sol comenzó a trabajar enfocándose en áreas como la información y la lucha contra el estigma, la discriminación y la violación de los derechos humanos no solo de las personas infectadas sino también de quienes pertenecían a lo que durante las siguientes décadas se conocería como la diversidad sexo-genérica. Llevar estos objetivos a cabo enfrentó al Colectivo con el requerimiento de tener que interactuar con el estado mexicano así como con otros poderes que hasta ese momento habían aparecido como territorios no sólo ajenos sino indeseables. Aunado a la inauguración de vínculos con estos poderes, en el horizonte se abrió la posibilidad de vivir de aquello que se había convertido su materia de trabajo. Para una organización que venía del trabajo voluntario, autónomo, crítico al estado, los partidos y el capital, la llegada de los financiamientos también trastocó algunas de esas coordenadas que cambiaron la organicidad y las propias percepciones, mentalidades y emociones de quienes hasta entonces sostenía el esfuerzo por el compromiso, la vocación y otras razones que económicamente no remuneraban.



Otros esfuerzos emanados del reflujo de la primera etapa del movimiento de liberación lésbico-homosexual fue el grupo *Cálamo espacios y alternativas comunitarias A.C.* Esta iniciativa nacida a raíz del desmembramiento de Lambda en 1984, se constituirá en la primera organización que observa la necesidad de asumir una personalidad jurídica, en este caso el de asociación civil. La figura visible de esta iniciativa será Arturo Díaz Betancurt pero igualmente otras personas con una trayectoria en la militancia gay participan en este esfuerzo que, de forma paralela al ocurrido con el Colectivo Sol, representan un cambio en esos motores políticos que igualmente son emocionales. De acuerdo con Arturo Vázquez Barrón, otro de los militantes precursores de este proyecto, Cálamo nace de una lectura crítica de la sobrepolitización y la sobreideologización que permeaba a las organizaciones que articularon el movimiento lésbico-gay a finales de los setenta. Este posicionamiento extremo hizo que cualquier diferencia se convirtiera en materia de conflictos interminable, uno más agudo que otro, en donde la línea entre lo personal y lo político se encontraba tan diluida que las disputas circularon en ambos sentidos. Las diferencias se convirtieron en verdaderas guerras intestinas que terminaron fagocitando a las agrupaciones y con ellas esa primera edad dorada de la visibilidad del movimiento. Aunado a ello, la crítica reconoció como el movimiento y los colectivos lésbicos y gays, que se venían gestando poco a poco en las grandes ciudades de México, caminaron por sendas paralelas, desvinculadas cada vez más, pese a la presunción de muchas mentes en el movimiento de representar los intereses de las segundas. Por último, Vázquez Barrón reconoce cómo la cultura política herencia de una izquierda venida del clandestinaje y la represión se retomó en el movimiento homosexual y configuró esa vocación por la marginalidad y la resistencia fóbica por todo aquello lo pudiese aproximar recursos que le dotaran de relativa centralidad y poder (Entrevista realizada a Arturo Vázquez Barrón contenida en el Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México 1978-1982).

Así, Cálamo intentó romper con esa tradición y edificar un referente que pudiese convertirse, sobre todo, en un espacio de encuentro. En ese sentido, frente a una lectura en donde sus integrantes reconocieron la diversidad constitutiva de encarnar la gueisidad en México, la apuesta de Cálamo fue reconocer esta condición y subrayar el elemento que podía articular a toda

persona que se acercara a la organización, fuera ésta hombre o mujer. El elemento cohesionador no podía ser otra que la *preferencia sexual*. Así, en función de apelar a este interés común Cálamo se aprestó a convertirse en una asociación civil que pudiese ofrecer distintos servicios, tanto profesionales como otros más, y mantenerse abierto a toda iniciativa que pudiese aparecer. Así, Cálamo se estructuró a través de comités que muy pronto quedaron subsumidos a la lógica impuesta por el SIDA. En efecto, los primeros comité de servicios a la comunidad; médico, psicológico y legal quedaron atrapados por la urgencia que desató la epidemia, de tal suerte Cálamo se convirtió en un espacio, pionero en ofrecer asesorías médicas, psicológicas para personas que vivían con VIH-SIDA. Paralelamente tal como aconteció en el Colectivo Sol, se determinó como prioritaria la tarea generar información de calidad, fundamentada científicamente y libre de prejuicios. De tal suerte, la información se convirtió en una de esas tareas que comenzó a concentrar importantes esfuerzos de la organización. Con respecto a la misma, en Cálamo se verifica una tensión que ocurrirá en distintos colectivos con trabajo a favor de los derechos de lesbianas, homosexuales y personas trans. En un primer momento, como una reacción frente a la liga entre SIDA y homosexualidad, la labor de Cálamo fue justamente remar en el sentido contrario, es decir, trabajaron arduamente en deshomosexualizar la enfermedad y sobre todo la epidemia. Existían dos razones para obrar de ese modo. En primer lugar, como un recurso fundamental para desestigmatizar al colectivo gay, mismo que se vio sometido a una nueva andanada de agresiones cuyas amenazas apuntaban hacia su propia existencia. En segundo, porque era necesario universalizar el mensaje de la prevención, en ese sentido, se insistió en cambiar el enfoque de los grupos de riesgo para hacer énfasis en las prácticas, fundamentalmente aquellas acontecidas en el ámbito de la sexualidad. Desde esta perspectiva son a través de las prácticas de riesgo aquellas que procuraban la transmisión de esta y otras infecciones; por lo tanto, adquirir el VIH era algo susceptible de acontecerle a cualquier persona sin importar su orientación o preferencia. Esta reformulación del mensaje tenía además un sustento epidemiológico y serán las mujeres quienes de manera dramática lo encarnen. Las mujeres monógamas, heterosexuales, lejanas al mundo de las agujas hipodérmicas y la venta de sangre, el sujeto impensable de asociar con el SIDA, comenzarán a figurar en las estadísticas. Con ello se pone en discusión

el tipo de práctica y, en general, el carácter de las relaciones en el que estas mujeres están engarzadas como las fuentes que promueven la infección en estos casos.

Si el primer esfuerzo fue desmontar el vínculo nocivo entre homosexualidad y SIDA, sucedió que se tiró en exceso hasta dejar prácticamente fuera a los homosexuales de la información. Así, antes de que las campañas de prevención colocaran de lleno el tema de la homosexualidad o sugirieran como posibles interlocutores aquellos otros hombres que por razones diversas mantienen sexo con otros, éstos se perdieron en un formato que desdibujó toda referencia a esas condiciones específicas. Con ello, se corrió el riesgo de que estos colectivos quedaran difuminados a la hora del diseño de políticas públicas. En estas andanzas contra la discriminación, los mensajes se volvieron neutros, en Cálamo se prendieron las señales de alerta al observarse las consecuencias de una estrategia que se pensó correcta en un primer momento. Así, se dio marcha atrás y comenzó a posicionar a los homosexuales dentro de los formatos comunicacionales. Si bien, todo el mundo constituía un universo al que era necesario procurarle información precisa y certera, también se hizo necesario pensar en las especificidades de cada grupo, en particular la de estos hombres que desde la homosexualidad y fuera de la adscripción identitaria mantenían relaciones sexuales sin protección con otros hombres. Cálamo y el Colectivo Sol, entre otros se dieron a la tarea de reelaborar las campañas informativas dirigidas hacia los colectivos homosexuales en un mar de ausencias así como de presencias más bien fantasmales.

En este tenor vale mencionar también el trabajo de Círculo Cultural Gay, otra respuesta que coincide en el tiempo con la emergencia del SIDA y con el reflujo de la primera etapa del movimiento de liberación lésbico homosexual. La apuesta que se elabora desde este espacio, impulsado fundamentalmente por José María Covarrubias, se inscribe en una lectura que subrayó la contribución que, desde diversas expresiones artísticas, se hizo a la conformación de una cultura gay. En ese sentido, el movimiento de liberación homosexual no se constituía exclusivamente de organizaciones, militantes, manifestaciones públicas, demandas y reivindicaciones; las producciones artísticas también fueron clave para la apertura de las mentes y los corazones que permitieron a los homosexuales, las lesbianas, las personas bisexuales y trans encontrar

referentes positivos para vivir de manera más plena su orientación sexogenérica. El arte y la cultura han sido herramientas fundamentales para colocar en otras coordenadas a estas expresiones de la sexualidad y a sus sujetos. Es decir, han permitido abrir franjas en la sociedad mexicana de reconocimiento y aceptación de la existencia y legitimidad de esta diversidad. Desde este espacio, el Circulo Cultural Gay organizó lo que será conocida como la Semana de la Cultura Gay, en el Museo Universitario del Chopo perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México. Su primera edición tendrá lugar en 1985 y de manera ininterrumpida continuará celebrándose hasta 2003 cuando fallece Covarrubias. A partir de ese momento, la regularidad y centralidad de la Semana decae, aunque se ha retomado por otras organizaciones y tiene como escenario diversos espacios de la Ciudad de México. La Semana de la Cultura Gay será junto con la marcha, realizada el último sábado de junio, los principales eventos que congreguen de forma masiva a los grupos lésbico gay de la Ciudad de México. Desde un principio, el SIDA se transformó en tema que convocó la expresión de diversas tradiciones artísticas pero, de igual forma, marcó algunos de los pronunciamientos así como las controversias que se sucedieron en este espacio. Entre otros, cabe mencionar el escándalo provocado, a principios de los años noventa, cuando se invitó a una de las voces más prominentes de la posición disidente o negacionista del SIDA en América Latina, Roberto Giraldo, médico colombiano, quien planteó ahí las tesis de quienes se oponen al reconocer el origen viral del SIDA, en un momento en cual la epidemia en el país se dispara. La respuesta de la mayor parte de colectivos y los militantes fue virulenta, no sólo se cuestionó la información vertida por Giraldo sino las acusaciones de irresponsabilidad y complicidad con una posición *seudocientífica* alcanzaron al propio Colectivo y a José María Covarrubias.

La anécdota ilustra, por un lado, la respuesta de intensa animadversión que genera la corriente negacionista dentro de la posición mayoritaria u oficial, en la cual se incluye a una buena parte del activismo. Pese a que dentro de quienes objetan la postura oficial existen personas con credenciales científicas y el argumento que se esgrime está facturado dentro de diversos campos de calado científico, la carencia de una explicación alternativa única y sólida que confronte a la tesis del VIH, aunado a la evocación persistente del complot farmacéutico, aliado al poder científico, los gobiernos nacionales y las Naciones

Unidas hacen de ésta perspectiva una que guarda semejanzas con grupos sectarios. Es decir, grupos en donde la perspectiva se convierte en el referente identitario de un colectivo que se vive perseguido, intimidado, marginado por esos mismos poderes sobre los que se asienta la verdad oficial del SIDA.

En términos generales el activismo gay precursor de las acciones contra el SIDA se decantó por la opción que asumió en el virus de la inmunodeficiencia humana al agente precursor de la enfermedad, por ende, muchas de sus acciones tanto de prevención como de atención a las personas infectadas se basaron en esa premisa. En ese sentido, la lógica que permeó la disputa con aquellos colocados en la postura negacionista o disidente no sólo se circunscribía a dos lecturas de la realidad en disputa sino encerró dos posicionamientos políticos y éticos que se confrontan en una dinámica en donde la verdad de uno significa la negación del fundamento del otro.

Pero allende del conflicto entre estas dos posturas, lo interesante de la anécdota acontecida en la Semana de la Cultura Gay, se relaciona con los vínculos que se verifican al interno de los colectivos de activistas provenientes de la misma matriz cultural y política. Particularmente aquellos que se suceden cuando es momento de enfrentar y resolver los diferendos internos. Ello remite a situaciones en donde el conflicto se torna explosivo, el encono suele ser más elevado e intenso que con quienes supuestamente se mantiene de entrada relaciones de enemistad. Probablemente ello obedezca a la herencia de una cultura política emanada de la izquierda, espacio en el cual las lógicas de confrontación interna rápidamente se reconfiguran como dispositivos amigo-enemigo y de esa manera son gestionadas. Es decir, como rupturas, escisiones, acusaciones de traición e incapacidad de pactar acuerdos tanto de programas como de acciones mínimas. En especial, dentro de espacios históricamente marginados, en los cuales aquellos recursos que otorgan poder son reducidos y la percepción de vivir un ambiente hostil configura un tipo de identidad política que dota al grupo de un carácter peculiar, una especie de *grupo juramentado*<sup>88</sup> en donde la sospecha y la vigilancia se alzan como articuladores grupales. Ello

---

<sup>88</sup> Este concepto proveniente de las reflexiones del filósofo de Jean Paul Sartre es recuperado por la filósofa feminista Celia Amorós para comprender la violencia ejercida por los hombres contra las mujeres. Me parece igualmente útil para dar cuenta de las dinámicas dentro los grupos que articulan a diversos movimientos sociales, especialmente para pensar las formas en que estos enfrenta y se resuelven las diferencias internas (Amorós Celia, 1990).

se hace explícito en el momento en que aparecen las diferencias, mismas que se viven como verdaderas amenazas a la integridad y la cohesión del colectivo. Por tanto, la respuesta será la expulsión, la marginación y la ubicación de cualquier disidencia en el lugar de la enemistad. Enemistades cuya intensidad se agrava porque son relaciones cruzadas por historias de amores y desamores, amistades entrañables, complicidades e intimidades que se ven fracturadas, provocando el despertar de enojos que perduran a lo largo del tiempo y que se viven como imperdonables.

De tal suerte, la anécdota sirve para ilustrar una dimensión existente en el acontecer del activismo y la militancia, una arista en la historia política que igualmente se contiene de emociones, una de las tramas a través de las cuales se producen los acontecimientos que también forman parte de devenir de los grupos y de los individuos que participan en estas lides.

## b) Los grupos de acción contra el SIDA

En efecto, al igual que en otros lugares del mundo, en México será el activismo gay quien ante el surgimiento del SIDA se apreste antes que cualquier otro actor a movilizarse. Así las organizaciones que habían luchado a favor de los derechos de lesbianas y homosexuales se verán obligadas, ante el vacío, los silencios y reacción beligerante de los sectores conservadores, a tomar la iniciativa, misma que comenzará a vertebrar su quehacer y a teñir la identidad grupal. Así las organizaciones sobrevivientes, tanto al declive de esa primera etapa de efervescencia política como a la crisis del SIDA, tuvieron en éste, el tema que las vertebró y dio continuidad a sus acciones. No obstante, poco a poco comenzaron a surgir otros colectivos en las cuales la identidad gay, aunque presente, no constituyó el eje de la articulación, estas resultaron organizaciones dedicadas exclusivamente al tema del VIH-SIDA en sus distintas vertientes. Entre ellas, una de las más destacadas, fue la Fundación Mexicana de Lucha Contra el SIDA, colectivo nucleado en torno a Luis González de Alba así como a otras figuras del mundo artístico e intelectual, la mayor parte heterosexuales. La Fundación nace como muchos proyectos, emanados de la necesidad y tiene existencia marcada por las contingencias y la resolución de problemas que se fueron presentando en determinadas coyunturas. Cuenta González de Alba, en una entrevista realizada por Francisco Galván Díaz (Galván Díaz Francisco, 1988), cómo ante la aparición de casos desesperados en donde ni la familia ni las instituciones hospitalarias públicas o privadas recibían a gente en situación de crisis inmunológica, éstas recurrían a la buena voluntad de amigas y amigos quienes los albergaban en sus domicilios, en numerosos casos sólo para esperar la muerte. Esta situación vivida de forma directa o bien conocida a través de otros relatos más alejados, puso en perspectiva la extrema vulnerabilidad, ese desahucio social que marcó la existencia de esas personas. Frente a ello, González de Alba convocó a personas que, conmovidas y solidarias con esas historias y de nueva cuenta frente a la urgencia de hacer algo ante lo que se percibió como una falta de acción irresponsable y negligente por parte de las familias, la sociedad y el estado.

Durante el año de su creación, 1987, las personas que participaron en el origen de esta Fundación observaron necesario registrar notarialmente este nuevo esfuerzo organizativo, la idea de hacerse de recursos vía contribuciones

deducibles de impuestos estuvo presente desde entonces y aunque no existía muy clara la idea de los alcances que la Fundación podía tener, se observó que los recursos financieros eran imprescindibles. En las primeras reuniones de la Fundación caracterizadas por la irregularidad de sus asistentes, se trazaron ciertos objetivos que a la distancia pueden valorarse ciertamente tímidos, entre otros repartir folletos de la Secretaría de Salud, así como condones, igualmente se acarició la idea de montar una casa de acogida para personas enfermas que precisaran de cuidados y de atención profesionalizada. La propuesta de crear un albergue provocó controversias y críticas dentro del activismo que hoy en día resultan diatribas bizantinas. Sin embargo, la propuesta en sí misma puso el dedo en la llaga de la de la flaqueza de muchas de las instituciones sociales así como de las miserias de esas otras, las familias, supuestas como espacios de amor y de los vínculos más profundos y entrañables a la hora de contener a quienes habían contraído el virus y desarrollado la enfermedad. De tal suerte, la propuesta constituyó una respuesta a esas historias en las cuales los hospitales públicos negaban la atención argumentando falta de recursos, saturación del espacio y otras razones arropadas en la crisis de los ochenta, pero que acontecían igualmente en las clínicas y hospitales privados en donde los pacientes eran obligados a dejar sus camas bajo el argumento de que la demás clientela podía enterarse de que en ese lugar permanecían hospitalizadas personas con SIDA, situación que alarmaría y en términos de costo-beneficio se traduciría en importantes pérdidas financieras.

Ese es el contexto que incentivará esa propuesta realizada por la Fundación Mexicana de Lucha Contra el SIDA, misma que no prosperó pero cuya expresión recoge esa situación **ignominiosa** producida durante la primera década de la epidemia. Aunado a estas elaboraciones, es en ese momento cuando germinó lo que posteriormente sería la plataforma de una serie de políticas públicas así como de ordenamientos constitucionales, por ejemplo el principio de no discriminación que hoy en día se contiene en el artículo primero de la Carta Magna.<sup>89</sup> Probablemente por el perfil de quienes integraron a la Fundación, prontamente comenzaron a vislumbrar la necesidad de promover

---

<sup>89</sup> La redacción que incluye la no discriminación por razones de origen étnico o nacional, género, edad, discapacidades, condiciones sociales, condiciones de salud, religión, opiniones y preferencia sexual, entre las otras, se incorporó a la Carta Magna de los Estados Unidos Mexicanos en julio del 2011.



cambios legislativos encaminados justamente a garantizar la atención médica de las personas, sobre la base de que el negar los mismos o el maltrato deberían ser considerados delitos. En ese momento, la interlocución realizada fundamentalmente por Luis González de Alba se dirigió a aquella parte de la clase política con quien se tenía mayor proximidad: la izquierda, una fuerza política que durante a finales de los años ochenta aun contaba con una presencia marginal y capacidad mínima para influir en la toma de decisiones políticas. No obstante, la ubicación ideológica y también política del activismo en cuestión, lo llamativo será este despertar de una forma distinta de concebir el quehacer político, en donde el espacio estatal se transformó en un lugar legítimo y necesario de intervención. Así se gesta un ejercicio que con el paso del tiempo perdió su carácter espurio aun cuando las intervenciones, las negociaciones y los acuerdos se hayan signaron con aquellas fuerzas políticas emanadas de la derecha confesional mexicana, tal como sucedió durante los doce años de gobiernos emanados del Partido Acción Nacional. Así lo comenzó a mostrar la Fundación, durante los años noventa cuando en plena era salinista recurren al entonces regente del Distrito Federal, Manuel Camacho Solís, para solicitar la donación de un inmueble en donde establecer una oficina que brindase servicios. La donación se realiza y desde entonces la Fundación conserva una casa en la colonia San Pedro de los Pinos del Distrito Federal.

La Fundación incursionó igualmente en otras áreas sobre las cuales anteriormente otras organizaciones lo habían hecho. Pero será a través de la convocatoria de este colectivo que la solidaridad desplegada en torno al SIDA en México alcanzará los momentos más visibles, próximos a aquellas escenas producidas en otros lugares del mundo, en las cuales la participación comprometida de personajes del mundo científico, intelectual y artístico escribió importantes capítulos que terminaron por marcar una significativa diferencia en la historicidad del SIDA.

Estos esfuerzos ayudaron a convertir al SIDA en un tema de debate público pero, sobre todo, articular una posición contrapuesta a ese flujo de reacciones provenientes de los nichos más homófobos y conservadores de la sociedad, en este caso de la mexicana. Así, ante esta situación adversa, se precisó de un tejido secular en el cual, además de la presencia feminista, de los colectivos lésbico, gays y así como de esas otredades que desde lo *tras* iniciaban

su peregrinar rumbo a la subjetivación, se pudiese incorporar a personalidades claves con la suficiente influencia en la cultura para descolocar de aquellos asideros a través de los cuales se reconocía y vivenciaba el SIDA en un sentido meramente abyecto.

En efecto, un punto crucial en esos quiebres gestados a nivel cultural, han estado dados por la acción de múltiples fuerzas entre las cuales destaca el papel desempeñado por aquellas figuras, quienes debido a la proyección pública de su trabajo, detentan prestigio, autoridad y capacidad para impactar en la reconfiguración de las mentalidades y los comportamientos sociales. De tal suerte, la inserción de figuras del medio artístico e intelectual se volvió capital a la hora de la disputa en torno a los valores, las creencias, los saberes, pero igualmente al abanico de afectos que la epidemia desentrañó. Influjos que permiten explicar esas *pequeñas grandes* transformaciones que movieron de sus enclaves originarios la razones y las emociones; es decir, del miedo, el asco, la discriminación y el estigma a otras en donde la compasión, la empatía, el cariño, la solidaridad y la justicia comenzaron a teñir los imaginarios sociales, al menos en ciertos sectores.

Las expresiones de solidaridad, gestadas a través del obsequio de cierta obra plástica para su venta, la presencia gratuita en algún concierto para recabar fondos, destinar las entradas de algún espectáculo teatral, constituyeron algunas de las muestras de apoyo de ciertos grupos e individualidades artísticas hacia quienes encabezaron los esfuerzos por procurar mínimas condiciones de dignidad a las personas que estaba enfermas o bien se dieron a la tarea de promover el cuidado y la prevención. Estos actos tuvieron un doble efecto, por un lado, de forma inmediata procuraron a las organizaciones allegarse de recursos para dar continuidad a proyectos. En ese sentido, como se señaló anteriormente, la Fundación Mexicana de Lucha contra el SIDA llevó a un nivel de mayor espectacularidad estos apoyos. Con anterioridad, el Colectivo Sol, Cálamo y el Círculo Cultural Gay escribieron algunos capítulos en donde quedaron plasmadas ese tipo de redes solidarias; no obstante, la convocatoria alcanzada estaba ceñida a ciertos nichos que tradicionalmente se había caracterizado por su capacidad de vincularse con la lucha de diversos movimientos sociales. En algunos otros, la sexualidad, es decir la condición lésbica o gay de las y los creadores permitió tejer este tipo de enredamientos

pero, a diferencia de lo sucedido en otras regiones del mundo, esos vínculos permanecieron localizados a un nivel marginal dentro de las corrientes que configuraron cultura popular de finales del siglo XX en México. Márgenes de los cuales, salvo en ocasiones puntuales, pudo trascender estos espacios acotados para llegar a aquellos otros que en inglés adquiere la denominación *mainstream*. Subrayar esta situación no intenta sentar una divisoria sobre la base de una jerarquía que ponderar la calidad de un espacio sobre el otro, sino de cara a una sociedad mediática en la cual la televisión y muchos otros epifenómenos culturales gestados a partir de dicha industria se mantuvieron incólumes ante una tragedia que incluso tuvo explosiones contenidas en su propia casa. Así, a diferencia de lo sucedido en Hollywood o bien entre amplios sectores del mundo del espectáculo argentino, las estrellas del canal de las estrellas, es decir, de la televisora mexicana, Televisa, monopólica del entretenimiento masivo, se caracterizaron por su falta de compromisos con las acciones frente al SIDA.

Algunas de las excepciones a este silencio sistemático, cuya procedencia probablemente emanó de lineamientos bajados de las altas cúpulas de la empresa, tuvieron entre otros episodios un inverosímil clip en donde Lucía Méndez, una de las actrices consentidas de las telenovelas mexicanas, protagonizaba el intento frustrado de una primera campaña oficial para protegerse del VIH. La reacción conservadora, comandada por la iglesia católica y el empresariado, vetó la iniciativa y con ello selló de forma sepulcral las pantallas de la televisora para cualquier intento de utilizar la fuerza televisiva como una plataforma para la educación sexual. En consecuencia, como se ha sostenido, escasas expresiones solidarias se produjeron desde este universo, sin embargo, la Fundación pudo entablar vínculos que reeditaron en convocatorias que rebasaron lo logrado por otros ensayos.

En diciembre de 1987 ya habían organizado un gran concierto en el Auditorio Nacional, con un cartel en el que se incluía a artistas como Eugenia León, Betsy Pecanis, Tania Libertad, Margie Bermejo y Jesusa Rodríguez. Una década después se gestiona la producción de un disco *Un mundo, una esperanza* con la participación de figuras ligadas a Televisa como Alejandra Guzmán, Stephanie Salas, así como cantantes y grupos con un compromiso más claro con esta y otras causas. La producción del álbum que adicionalmente incluyó el proyecto de realizar cuatro videos musicales, todo ello auspiciados por

una muy importante compañía discográfica, concluyó con otro episodio de censura. Así como había ocurrido a finales de los años ochenta, el contenido explícito de las letras en las que se habló del condón y de homosexualidad servirán de argumento para que dicho consorcio renuncie al proyecto apelando a que el carácter de ese material constituía un atentado contra las buenas costumbres. A esta decisión le siguió una cadena de boicots en los que participaron la empresa radiofónica RASA, quien se negó a tocar la música del álbum y la tienda departamental Sanborns que rechazó venderlo por lo obsceno de la portada: un condón. Finalmente, el proyecto salió a través de una discográfica independiente con la impresión de 3,000 copias, pese a las buenas críticas recibidas, el impacto resultó bastante menor al deseado. Este otro episodio podría confirmar aquello susceptible de interpretarse como una tendencia casi victoriana a la hora de nombrar la sexualidad de forma explícita, pese a esa exposición sexista, llevada al paroxismo que de forma simultánea también se producía en las pantallas del monopolio televisivo. Nombrar al SIDA implicó dar cuenta de la sexualidad y de formas de sexualidad que desbordaban aquellas que dictadas por la normopatía heterosexual, fue poner en palabras la noción de condón en momentos en que la iglesia y sus acólitos consagraban la sacralidad del semen, fue develar los lastimosos abismos de poder que condenaban a las mujeres a una monogamia irrestricta que se volvió condición de su vulnerabilidad. Así Televisa calló y ese espacio de producción y reproducción de la cultura se volvió refractario de las acciones a favor de los derechos y la dignidad de las personas con SIDA y VIH. Incluso por omisión, aliado de esas fuerzas gestoras del ostracismo, la discriminación, la violencia y la multiplicación de la epidemia en México.

No obstante, lo estrecho de los vínculos con el mundo de la farándula, el activismo pudo establecer algunos puentes con ciertas figuras del mundo artístico, fundamentalmente con aquellas que se movían fuera de los circuitos de monopolio del entretenimiento. Estos lazos, como se ha insistido, tuvieron un efecto a corto plazo que procuraron la llegada de financiamientos puntuales, aunque la base material de las organizaciones nunca se asentó sobre la filantropía y la solidaridad sino provino de otras fuentes. Quizá a mediano y largo plazo estos apoyos reeditaron fundamentalmente a nivel simbólico. En ese sentido han sido fundamentales para la cultivar los nichos en donde la homosexualidad, la bisexualidad, lo trans así como los derechos sexuales y

reproductivos se enraízan como posibilidades legítimas, configurando mentalidades en las cuales la discriminación no tiene cabida.

Quizá, la victoria cultural que, sólo a la luz de los tiempos puede apreciarse, se encuentra vinculada con la aceptación del condón tanto como signo como producto que perdió toda connotación espuria. De ser una rama de la industria anticonceptiva en vías de extinción pasó a convertirse en centro de disputas a través del cual se recolocaron las coordenadas sobre las cuales se tensaron las concepciones sobre la libertad, los derechos, la salud, la responsabilidad personal, el placer, entre otros. Finalmente, como sucedió con misma guisidad, las fuerzas del mercado terminaron por situar al condón como una mercancía generadora de riquezas. Por consiguiente, la mercadotecnia y la publicidad le invistieron de un halo glamoroso, sensual, atractivo. Frente a esta nueva fuerza no había amenaza de excomunión que valiera ni poder de veto esgrimido, ya sea por la comisión episcopal, el arzobispado o el propio Vaticano, ante la lógica de la ganancia, el condón se alzó victorioso. Así, el otrora artículo de tufo repugnante y compra vergonzosa tomó sin aspavientos las pantallas grandes y también las chicas, profundamente familiares; se coló a los grandes y pequeños almacenes en donde se adquiere con la facilidad con la que se compra goma de mascar o refrescos enlatados.

En términos políticos así como también de cultura, otra idea que inicia su recorrido durante las primeras décadas del SIDA para volverse realidad jurídica en diversos estados de la república mexicana así como en el Distrito Federal es la figura del matrimonio o unión civil entre parejas del mismo sexo. Así como en Argentina, la experiencia del despojo y la indefensión de las parejas se vivió en carne propia ante la muerte del otro o la otra. En México, estas ideas se sembrarán en el marco de la tragedia y de nueva cuenta organizaciones como la Fundación Mexicana del Lucha contra el SIDA, muy particularmente, a partir de las opiniones de su principal promotor, Luis González de Alba se instalarán debate.

En una entrevista realizada por Francisco Galván Díaz (1988), González de Alba desliza tímidamente la idea de contar con alguna figura jurídica que reconociera la legalidad de los vínculos amorosos sostenidos entre hombres y también entre mujeres. Inicia su argumento ponderando la condición avanzada de la tradición en México jurídica respecto al matrimonio, por principio reconoce

cómo la legalidad del mismo está dada por las instituciones del estado y es a través de rituales que éste mismo ha promovido los mismos que otorgan de validez al vínculo. Aunado a ello, desde los orígenes del moderno estado mexicano, además del matrimonio, en los códigos civiles se ha garantizado la *unión libre* como una forma de pacto individual que otorga a quienes así lo suscriben los mismos derechos y las mismas obligaciones que los vínculos cobijados bajo la figura del matrimonio. El siguiente paso, de acuerdo con el intelectual y activista, sería eliminar aquellos sustantivos y adjetivos masculinos y femeninos que elaboran un discurso en donde se da por sentado que esas uniones son contraídas exclusivamente entre mujeres y hombres. Será el sentimiento de desprotección y vulnerabilidad de donde se alimente una nueva necesidad que aún no se formula con la fuerza que posteriormente le imprimirá la perspectiva de los derechos humanos pero que en ese momento discurre ante la llegada del SIDA que la devela descarnada, violenta y dolorosamente.

En esa misma opinión González de Alba insistió en garantizar la participación de la pareja en el cuidado hospitalario, en la toma de opiniones con respecto al tratamiento del amado o amada enfermo, del cuidado también en casa y por tanto de las condiciones de licencia laboral para comprometerse en la atención. En síntesis, una forma de argumentación en la cual se hizo énfasis en las responsabilidades y los derechos que las parejas del mismo sexo debería tener. Lo interesante, además, es que desde el movimiento se gesta como una respuesta que, en ese momento se piensa, resolverá parcialmente el abandono que las personas enfermas están sufriendo.

Si bien pudiese existir controversias respecto de si este esfuerzo es la semilla de lo que se convertirá durante el nuevo milenio en la demanda y la conquista del matrimonio entre personas del mismo sexo y/o las uniones de convivencia, lo que sí sienta será un precedente que posteriormente se incubará con mayor fuerza. En efecto, esta demanda que se balbuceó décadas atrás, pensada incluso como una consigna que debía tirarse a la basura para algunas expresiones radicalizadas de la militancia gay, cobró sentido de urgencia ante la crisis del SIDA. No obstante, a través de vericuetos insospechados, coyunturas particulares y de la alianzas irrepitibles, las uniones de convivencia y posteriormente el matrimonio se convirtieron en derechos para las lesbiana y los homosexuales de la ciudad de México.

c) Activismo y los crímenes por homofobia.

México, vergonzosamente, se destaca, sólo detrás de Brasil, por ser el lugar del continente americano donde se produce el mayor número de crímenes por homofobia. De acuerdo con datos recogidos por Fernando Del Collado (2007) en una década (1995-2005)<sup>90</sup> se registraron 387 asesinatos de varones homosexuales, cuya edad promediaba los 28 años, es decir, eran fundamentalmente jóvenes. Otro dato que devela la crudeza de estos crímenes refiere al porcentaje de aquellos esclarecidos, cifra que sólo alcanza el 2%. El dato es elocuente de lo que puede describirse como una cultura homofóbica anclada en las instituciones del estado mexicano y que se expresa en indiferencia, negligencia o muchas veces complicidad de las autoridades de distintos niveles de gobierno con los perpetradores de los crímenes. Para rematar un panorama en donde la victimización persigue más allá de la muerte a quienes, con dolo y violencia inusitada fueron asesinados, se fragua desde el propio seno familiar: sólo 17 familias persisten en el reclamo por esclarecer los crímenes, el resto ha querido dar vuelta a la página por diversas razones, entre las cuales, la vergüenza homofóbica se apunta.

En ese contexto, el activismo que hizo del VIH-SIDA su causa, lejos de quedar exento de estas vicisitudes, las mismas han constituido marcas que particularizan el entramado histórico donde se produce la subjetivación de dicho colectivo en el contexto mexicano. Si bien, desde sus orígenes, la muerte será un signo asociado al quehacer de los activistas. Las muertes violentas y criminales, provocadas por la intrincada y exacerbada combinación de miedo, odio y desprecio fueron algo inesperado para la gente que venía trabajado en las diversas organizaciones, un golpe de realidad que enfrentó con un panorama de

---

<sup>90</sup> Información más reciente como la proporcionada en 2011 en un informe presentado ante la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, se contabilizaron en el periodo comprendido entre 1995 y 2009, 709 crímenes por odio, de los cuales 605 fueron cometidos contra hombres, 22 contra mujeres y 78 contra personas transgénero y transexuales. De estos datos obtenidos sólo en los 11 estados del país con mayor número de asesinatos, se proyecta que en todo el territorio habrán ocurrido 2,050 muertes violentas. Por entidad federativa, será el Distrito Federal aquella en donde han acontecido el mayor número de crímenes: 196, seguida del Estado de México con 91 y Michoacán con 77. (Notise, 2011). En una nota más actualizada, en estado de Puebla, el Observatorio Ciudadano de Derechos Sexuales y Reproductivos, denunció que durante el la primera parte del sexenio del gobernador Rafael Moreno Valle, se han duplicado los crímenes de odio contra la comunidad Lésbico, Gay, Bisexual y Transexual.

que ya se sabía pero difícilmente se pudo dimensionar: un contexto adverso, cargado en muchos de sus resquicios de una homofobia militante y agresiva.

En junio de 1992, Francisco Estrada Valle es asesinado junto con dos amigos, Javier de la Torre Gonzáles y Javier Rivero Meléndez, con quienes se había reunido en su departamento al sur de la de la ciudad de México. Los tres cuerpos mostraban huellas de tortura, la disposición de los mismos, maniatados y colocados en posición fetal, así como otros datos de la escena fueron interpretados como claros mensajes del profundo desprecio que sus perpetradores albergaban por quienes habían sido en vida sus víctimas o bien por lo que representaban. En el transcurso de las siguientes 24 horas, el cuerpo de otros dos hombres, también homosexuales, fueron encontrados sin vida en un *modus operandi* que apuntó a la participación de los mismos actores así como a motivaciones similares (Del Collado Fernando, 2007).

Francisco Estrada Valle, médico de profesión, había fundado años atrás la organización Acciones Voluntarias sobre Educación en México, conocida como Ave de México. Esta organización había recuperado la metodología llevada a cabo por *Gay Men Health Crisis* en Nueva York, para realizar talleres de sensibilización sobre la epidemia así como de ejercicios grupales en donde se propició, entre hombres homosexuales así como entre aquellos que se podía asumir mantenía sexo con otros hombres, de la apropiación de los recursos informativos disponibles entonces para evitar la infección y su propagación. Estrada Valle además había participado en varios programas de televisión y radio, convirtiéndose en una presencia que comenzaba adquirir notoriedad pública. De tal suerte, su asesinato se cifró contra un hombre que habló en primera persona de la orientación sexual diversa y quien no tenía reparo en posicionarse políticamente desde esa ubicación para organizar y poner en marcha iniciativas centradas en la educación sexual, la libertad y los derechos de las personas que vivían con VHI-SIDA.

A pesar de la indignación que la muerte de Francisco Estrada Valle despertó y del entramado colectivo que se montó para exigir su esclarecimiento, pese a la inquebrantable voluntad de su madre, Alicia Valle, quien desde entonces sostendrá la demanda de justicia, este crimen correrá por andamios que lo hermanan con muchos otros que acontecieron en el más siniestro de los olvidos y la indiferencia social: el de la injusticia.



Desde el inicio de las investigaciones, las pistas elegidas por el personal encargado se centraron en las amistades cercanas y en la familia, la premisa detrás de estas líneas de averiguación se imbuyen de prejuicios patriarcales y heterosexistas que, ante el asesinato de mujeres, de homosexuales, lesbianas o personas trans, recurren a la consabida fórmula de los crímenes pasionales. Este recurso esboza una respuesta desde en lugar en el cual las víctimas juegan un papel activo en su fatal desenlace. La principal de las responsabilidades radicará en la generación de ese tipo de vínculos pasionales, enfermos e irracionales, en donde la lujuria, los celos, las infidelidades y demás juegos perversos forjaron las salidas violentas que las propias víctimas contribuyeron a edificar. En el caso de los homosexuales, esta narrativa se llevó a esos mismos causes que han forjado la imagen del homosexual como ser enfermo y fundamentalmente depravado. Así, las investigaciones policiacas en éste y en el grueso de los crímenes por homofobia se han dirigido al entorno próximo de las víctimas para corroborar una hipótesis que aunado a su efecto revictimizador ha servido para atenuar, en términos judiciales y simbólicos, la culpa de aquellos que los perpetran.

Los efectos del asesinato del Francisco Estrada Valle se dejaron sentir como una onda expansiva dentro del activismo, afectado de manera directa a su círculo más próximo y por supuesto al resto de aquellas personas que hacían trabajo en las distintas organizaciones existentes. Dentro de a Ave de México las secuelas son casi devastadoras, Carlos García de León quien había ingresado tiempo atrás como voluntario recuerda el momento de la siguiente manera:

El día que supimos que lo habían matado, aquí en mi casa dormimos trece personas uno encima de otro. Hubo miedo, mi familia tenía miedo, fue un momento muy complicado, además Ave se empezó a deshacer, éramos setenta y cinco voluntarios en esa época y quedamos quince eh, o sea de un jalón desaparece gente que jamás volvimos a ver. Entiendo que la situación era muy fuerte Xavier Lizarraga se sale, renuncia al grupo a las semanas o meses del asesinato, Alma Aldana una sexóloga que era muy amiga de él entra a ayudarnos y Jesús Calzada se queda por supuesto y pues me nombran presidente, entonces fue un cambio en semanas bueno en seis meses terrible, porque la muerte de Paco fue para todos algo muy fuerte (Entrevista Carlos García de León).

Pero éste no fue el único acontecimiento que tiño de violencia la historia del activismo. En 2005, en la ciudad de Querétaro, Octavio Acuña Rubio fue asesinado dentro de su local, una condonería que había abierto junto con su

pareja en pleno centro histórico de la ciudad. Inmediatamente el móvil del robo fue descartado debido a que no hubo sustracción alguna de pertenencias personales, dinero o bienes del negocio. Acuña Rubio pertenecía la Asociación Queretana para la Educación para la Sexualidad (AQUESEX) y se había convertido en un importante referente de la lucha por los derechos sexuales y las reivindicaciones de los colectivos de la diversidad sexo genérica en aquel estado. Su asesinato estuvo precedido de eventos que hacen suponer que el crimen fue propiciado por el odio: la condonería había sido grafitiada y el letrero de la entrada, hecho de neón, roto; aunado a ello, un robo que parecía más una amenaza que el hurto de un valioso botín habían sido antecedentes que presuponían alguna intención (Del Collado Fernando, 2007).

Sin embargo, una referencia aun más reveladora se remonta a un episodio en el cual Octavio y su pareja fueron objeto del hostigamiento por parte de agentes policiacos mientras se hallaban en uno de los parques del centro queretano paseando, probablemente mostrándose un afecto que los hombres no debían expresarlo, al menos en público. Los elementos policiacos los intersectaron y acusaron de prostituirse. Ante este acto de abuso, Octavio, un militante cuyo objeto de interés cotidiano era los derechos humanos no se amedrentó, interpelló a los policías y este suceso fue motivo para que interpusiera una denuncia ante la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Querétaro (CEDHQ). Semanas antes de su asesinato, en un foro sobre derechos sexuales, organizado por la misma CEDHQ denunció la falta de compromiso de la Comisión con las minorías sexuales y en particular señaló el trato negligente que se puso de manifiesto con la negativa de emitir una recomendación por discriminación en contra de Guardia Municipal. En el mismo evento manifestó sentir miedo (NotiSe, 2005).

La violencia no cesó con el asesinato de Octavio Acuña Rubio, así como sucedió una década atrás con Francisco Estrada Valle, la homofobia imprimió el sello de las averiguaciones. En efecto, el primer sospecho fue la pareja quien al llegar al lugar del crimen fue detenido por la policía y bombardeado con preguntas obscenas, irrelevantes para el caso judicial pero en donde se entreveró esa intención de manchar la memoria de la víctima, sacar sus *trapitos sucios* al sol y asentar que sus mañas y vicios eran las verdaderas causantes de su infortunio.

No importó que las organizaciones feministas, de derechos humanos, de acción contra el SIDA y por supuesto los colectivos de la diversidad sexo genérica reaccionarán firmemente exigiendo justicia para Octavio, que la Comisión Ciudadana Contra Crímenes de Odio por Homofobia<sup>91</sup> haya recogido el nuevo asesinato para volver a colocar en el debate público no sólo los asesinatos contra homosexuales sino la lacerante impunidad que se convertía en incentivo para la reproducción y profundización del odio y los crímenes. Tampoco significó mayor presión las recomendaciones realizadas a México en 2000 por relatoría especial de la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas y que se volvieron a esgrimir, en este nuevo contexto, en donde el exhorto central al estado fue justamente garantizar el derecho a la vida de las personas pertenecientes a las minorías sexuales y la instrumentación de políticas para superar el odio y la discriminación (Proceso, 2005). Nada de ello funcionó, la verdad y la justicia sobre éstos y centenares de casos más no ha sido alcanzada.

Durante el mes de febrero de 2014, dentro de un contexto en el cual los crímenes de odio por homofobia se diluyen ante la vorágine de asesinatos de mujeres y hombres cargados de una violencia inusitada, cuando a contrapelo se han edificado andamios sobre los cuales se han forjado derechos para las personas gays, lesbianas, bisexuales y trans, desaparece Edgar Eloy Sosa Meyemberg después de impartir un taller en la Universidad de Chapingo. La última vez que se le vio con vida estaba esperando el autobús de regreso en una parada ubicada en San Vicente Chicoloapan en el Estado de México. Sus familiares, amigas y compañeros realizaron búsquedas a pie, distribuyeron carteles y avisos por distintos medios, aprovecharon sus vínculos y se pusieron en contacto con autoridades del Estado de México así como del Distrito Federal Incluso proporcionaron algunas pruebas para que los cuerpos policiacos

---

<sup>91</sup> La Comisión fue creada el 6 de mayo de 1998, agrupando a varias figuras del medio artístico, intelectual, académico y político, así como a miembros de los grupos organizados lésbico-gay. Su conformación original incluyó a Alicia Valle, Carlos Monsivais, Marta Lamas, Juliana González, Luis Villoro, Ruy Pérez Tamayo, Arnaldo Krauz, Teresa del Conde, Daniel Cazés, Antonio Salazar, Jorge Alberto Manrique, Patricia Kelly, Max Mejía, Homero Aridjis, Jesusa Rodríguez, Margarita García, Teresa Jardí, Ester Corona, Alma Aldana, Carlos García de León, Miguel Concha, Sergio Carranza, Cristina Pacheco, Verónica Ortiz, Juan Carlos Bautista, Amalia García, Marta de la Lama, Alejandro Brito, Carlos Bonfil, Enoé Uranga, Rodolfo Millán Dena, Alejandro Reza, Arturo Díaz Betancourt, Antonio Medina Trejo, Gabriel Bárcenas, Edgar Sándalo Gálvez Flores (Del Collado Fernando, 2007).

podrían dar con el paradero de Edgar. Todo fue inútil, a finales de marzo de ese mismo año, un cuerpo sin vida fue encontrado en las inmediaciones de la delegación Iztapalapa, mostraban señales de tortura y una fractura craneo, finalmente, después de realizadas las pruebas de ADN, se confirmó que el cuerpo pertenecía a Edgar Sosa Meyemberg.

Desde muy joven, Edgar se involucró activamente en diversas organizaciones con trabajo en educación sexual, derechos humanos y VIH-SIDA, entre otras, Ave de México, donde se llegó a ser en director de desarrollo. Encargado durante los últimos años de la profesionalización de quienes participaban de forma voluntaria o a través de algún pago, así como también de conseguir y administrar los financiamientos que permitía dar rienda a las actividades de la agrupación, Edgar construyó una carrera en el activismo y quien lo conoció afirma que fue un ser humano excepcional. Su asesinato volvió a cimbrar al activismo, no sólo a Ave de México que, por segunda ocasión vivió la pérdida de uno de los suyos sino al resto de las organizaciones que, pese a sus diferencias, incluso a los conflictos que han trazado su historia, cierran filas para exigir justicia y castigo no solo para los autores materiales del crimen sino también para autoridades que no actuaron con responsabilidad y diligencia en el momento oportuno.

#### d) Las políticas del SIDA

Desde el anuncio de la aparición del SIDA, éste no sólo constituyó la punta de lo que sería el regreso de los virus y las bacterias como amenaza que se habían supuesto superadas y que de nueva cuenta, por mutaciones y la aparición de nuevas, se cernieron amenazantes sobre la salud de la humanidad. Más allá de aristas en tanto enfermedad, como se ha insistido a lo largo de la tesis, estas siglas se convirtieron en espacio de disputa entre las fuerzas de sujeción y aquellos impulsos que las contestaron. Si bien, el activismo, incluso aquel cuyas acciones discurrieron como filantropía y caridad no evitaron quedar impregnadas de la conflictividad, No obstante, en la medida que las organizaciones se institucionalizaron y profesionalizaron sus servicios, las energías vitales de gran parte de ellas se concentraron en actividades de corte asistencial. Esa es la lectura que Alejandro Brito hace de aquel momento en los cual se le presenta la

oportunidad de rescatar el suplemento *Sida y Sociedad* que se publicaba en el desaparecido diario *El Nacional*.

*Sida y Sociedad* surgió de la iniciativa de Francisco Galván Díaz, sociólogo quien había estudiado la maestría en la Alemania socialista y posteriormente el doctorado en Austria. Sus inquietudes sociológicas, particularmente su acercamiento a la teoría nacida en suelo alemán, de Max Weber, entre otros, le dotaron de insumos para elaborar una respuesta política e intelectual poderosa en torno una situación vivida en carne propia. Así a través de estas herramientas se procuró una vía para analizar y denunciar, con rigor, la injusticia, el oprobio así como a discriminación. Será a través de este suplemento en donde esta batalla tendrá cause. Galván Díaz adicionalmente será promotor del primer libro que se realice en México cuyo fin será estudiar los efectos sociales del SIDA. Un libro cuya virtud principal radicará en la convocatoria a distintas plumas quienes, provenientes de diversos quehaceres disciplinarios y experiencias vividas, reconstruyen la multidimensionalidad de los problemas que la epidemia detona, así como las alternativas que se construyen para enfrentar y edificar respuestas solidarias. Todos estos cimentaron nuevas formas de ciudadanía en torno a los cuerpos, la salud, el deseo y el erotismo.

Francisco Galván, encarna una de esas personalidades férreas, estridentes, provocadoras, cuya fortaleza emanaba precisamente de la abyección, del asco y la repugnancia en donde la homosexualidad y el SIDA colocó a sus portadores. Una serie de emociones reelaboradas y transformadas en ira, combustible poderoso alimentará la postura política de Galván Díaz. Quienes lo recuerdan, tal como Alejandro Brito, sacan del baúl imágenes de episodios en donde su intensa personalidad se desplegaba ante el abuso, la negligencia y la homofobia, capaz de armar escándalos y pegar de gritos cuando no era atendido, pararse sobre el escritorio del director del Hospital de La Raza para demandar soluciones, sacarse la sonda y comenzar a chorrear de sangre ante la mirada atónita y espantada del personal médico son escenas que pintan de cuerpo la personalidad de Galván Díaz. Más allá de su características particulares, esta forma de entrega impregnó una forma de activismo, tal como cómo se observa en el documental *How to survive to a plague*, que hizo del enojo y la provocación herramientas para confrontar y provocar miedo de los poderes establecidos.

Francisco Galván Díaz murió y con él la pasión y el impulso que le impregnó al suplemento, de tal suerte, este espacio comenzó a decaer y a perderse entre las hojas del periódico que le dio cobijo. En ese contexto, el entonces director del *Nacional* ofrece a Alejandro Brito la conducción del proyecto, mismo que iniciará con un movimiento a partir del cual se le imprimiera un nuevo aire y una nueva identidad: el cambio de nombre a *Letra S* con el cual hoy en día se conoce.

Brito reunió a un equipo de activistas, médicos y comunicadores, en su mayoría gays, para llenar lo que se consideró un vacío mediático que en muchos sentidos refirió también a un vacío político. Alejandro Brito, rememora ese momento como uno en donde el activismo se encontraba absorto en la prestación de servicios de los más variados: desde la aplicación de pruebas de detección, consejería hasta aspectos concernientes a las campañas de prevención o proyectos de más largo aliento referidos a la educación sexual dentro de la perspectiva de los derechos humanos. No obstante, el movimiento carecía de espacios de denuncia, canales para hacer de ciertos temas asuntos de reconocimiento general y en consecuencia, la posibilidad de transformar cuestiones que habían quedado referidos a la privacidad de unos cuantos a ser problemas del orden público. Ante esta situación, el colectivo cuya tarea periodística era la de informar y formar públicos críticos, se adentró en una vorágine de casos en donde la permanente violación a los derechos humanos era flagrante, sin cortapisas ni contrapesos. De tal suerte, cada vez más se involucraron en una serie de tareas en donde la estricta labor periodística, de difusión de notas, de debates intelectuales, de información sobre los nuevos hallazgos científicos, se encontraba impregnada de un compromiso político que volvió a hacer de este suplemento una tribuna política.

Aquí tuvo lugar el espacio de defensa del condón ante lo que quizá fue uno de los últimos embates que desde distintos frentes la derecha se atrevió a lanzar en su contra. En 1997, el entonces presidente de la Cruz Roja Mexicana, José Barroso Chávez, empresario con añejas ligas en las causas conservadoras, declara ineficaz el uso del condón y cuestiona la política de salud pública encabezada por Juan Ramón de la Fuente<sup>92</sup> para quien el sexo seguro pasó por

---

<sup>92</sup> El Doctor Juan Ramón de la Fuente, fungió como secretario de Salud en el sexenio del entonces presidente Ernesto Zedillo Ponce de León de 1994 a 2000.

la incorporación de los condones. Simultáneamente, en el marco del proceso electoral para elegir por primera vez a quien se encargará de la jefatura del gobierno del Distrito Federal, el candidato del derechista Partido Acción Nacional, Carlos Castillo Peraza, en una arenga del corte ecologista advierte sobre los riesgos contaminantes del látex y por tanto deslegitima su uso. Al coro se sumarán las voces infaltables del arzobispo primado de México, Norberto Rivera Carrera, y el presidente de la asociación civil Provida, Jorge Serrano Limón, quienes en un continuo retórico condenarán el uso del condón por razones suscritas en un tipo de visión moral, particular, que pretendían a toda costa unirse como universal.

En esa coyuntura, *Letra S* se constituyó en canal en donde las posiciones para las cuales el condón se volvió símbolo de una sexualidad segura y responsable, un derecho y una libertad gestada en el marco de sociedades modernas y secularizadas, tuvieron posibilidad de expresarse. Así, en este espacio las plumas de intelectuales provenientes del feminismo, la defensa de los derechos humanos, de quienes hicieron suya la defensa de la laicidad de estado mexicano, así como también la salvaguarda de las libertades sexuales, tuvieron un punto de convocatoria y de expresión para contrarrestar el poder de esas otras fuerzas. Al mismo tiempo, *Letra S* devino en una agrupación que en sí misma constituyó un grupo de presión, uno que a través de la información como herramienta, conseguirá no sólo convertirse en referente de la dimensión más pública y política del activismo sino generador al mismo tiempo de respuestas que han permitido frenar la ofensiva de la derecha mexicana.

Entre otras cosas, su vínculos con importantes referentes del quehacer intelectual como lo fue Carlos Monsiváis se volvió de capital importancia para construir esa presencia y la capacidad que han tenido, a lo largo de los años, de incidir en el rumbo de la política pública. De igual forma, a través de las redes que fueron tejiendo a nivel internacional, sirvieron para reforzar esta capacidad de presionar al estado mexicano en momentos clave. Así, a través de su cualidad argumentativa y de las relaciones a distintos niveles *Letra S* en tanto colectivo se consolidó como interlocutor con potencia para lanzar con relativo éxito campañas críticas de denuncia, por ejemplo, del papel del entonces presidente de la Cruz Roja José Barroso Chávez y llevar esta impugnación a los foros internacional, incluso a la sede misma de la Cruz Roja Internacional.

*Letra S* jugará un papel relevante en la denuncia primero y posteriormente en el proceso judicial que sancionará al ejército mexicano por la expulsión de militares portadores del VIH. La historia transcurre a través de la propia Comisión Nacional de Derechos Humanos, instancia a la que acuden primeramente aquellos afectados, la Comisión refiere a *Letra S* el caso, situación que ya tenía precedentes en otros momentos en donde la CNDH canalizaba ciertos problemas relacionados con los temas de homofobia así como episodios en los cuales se presentaban actos de discriminación. Para ese momento *Letra S* además de un proyecto de comunicación se había convertido en una asociación civil que hacía presión política. De tal suerte, para el caso de los militares, consiguieron simultáneamente allegarse de la asesoría legal para procesar este caso que fue llevado ante el máximo órgano del poder judicial, la Suprema Corte de Justicia pero de igual forma procuraron construir un evento mediático, un tema que generara expectativa y debate público.

Así, cuando la Comisión les turnó el caso, en el colectivo diseñan un escenario que a dos bandas intenta sentar un precedente en materia de derechos humanos. Saben que para ello la estrategia comunicacional es de vital importancia y en lugar de monopolizar la información deciden que esta misma se haga pública de forma coordinada a través de los periódicos *La Jornada* y *Reforma*, así como la revista *Proceso*. En 2007, la Corte declara anticonstitucional la baja de elementos del ejército por estar infectados del virus de la inmunodeficiencia humana. Se calcula que a partir de los años ochenta, al menos 300 hombres fueron retirados de esta institución sin derecho a pensión ni a tratamiento médico. Con la decisión, la Corte resarcó la específica violación a los derechos de los 11 militares que demandaron a las Fuerzas Armadas. Más allá, puso en sintonía a dicha institución con una serie de normas nacionales e internacionales y con la evidencia científica, por la cuales se ha demostrado que el VIH no incapacita, que las personas pueden desempeñar cualquier profesión u oficio y que el trato cotidiano y casual no constituye ninguna amenaza. En última instancia, quedó asentada la premisa de la seguridad social como un derecho inalienable, cuyo usufructo no podía restringirse por los motivos que el Ejército esgrimió; hacerlo contravenía los derechos humanos y constituía un acto de discriminación, sancionado por el propio estado mexicano.



De la misma forma, en el 2004, *Letra S* publicitó y denunció las expulsiones en escuelas públicas que, de forma simultánea, ocurrieron en distintos estados de la república contra niñas infectadas por el VIH. En este caso, la estrategia fue armar una rueda de prensa en el Distrito Federal, presentando los casos de forma conjunta con el fin de evitar que se leyeran como casos aislados y, en consecuencia, tanto el impacto como su procesamiento recayeran en el ámbito local, en donde seguramente tendrían poca resonancia y menor trascendencia política.

El papel de *Letra S* ha sido igualmente relevante en la insistente visibilización de los crímenes de odio por homofobia, incluso en el cambio semántico que opera de forma paulatina entre ciertos sectores de la sociedad mexicana, en donde se han dejado de enunciarse y pensarse como crímenes pasionales. En medio del maremágnum de sangre que baña al país, mantener vivo el tema tiene su mérito, más aun, lograr que se considere como un asunto no exclusivo de la incumbencia de las personas afectadas y por tanto se asuma que no son casos aislados, cuya concurrencia sea fortuita, y en el caso extremo, responsabilidad de las víctimas. Este cambio posibilita que estos crímenes sean reconocidos en un continuo cultural homofóbico, en tanto expresión última e hiperbólica de ese odio, deprecio, miedo y asco que, con matices, anida en visiones y prácticas de amplios sectores de la sociedad mexicana. Si bien, frente al persistente asesinato de homosexuales y ante la sistemática injusticia que reina sobre sus casos judiciales, asumir como logro el colocar en la agenda pública el tema de los crímenes de odio parecería una victoria pírrica. No obstante, este insistente recordatorio al estado y a la sociedad mexicana de su deuda con un colectivo específico, con sus muertos y su memoria, representa en sí mismo un acto político de trascendencia, resisitir al olvido, a esa condena que signa la experiencia de los grupos en condiciones de subordinación. Pero más allá de resistir, esa conciencia pertinaz se encuentra detrás de los cambios, a veces imperceptibles, otras tantas subvalorados que igualmente se enraízan en las mentalidades y pero que se expresan en políticas de estado. La más reciente, la declaratoria del 17 de mayo como día contra la homofobia en el 2014, después de que el antecesor presidente, el derechista Felipe Calderón Hinojosa se resistió sumarse a esta iniciativa internacional para hacer de esta fecha una en donde se rememore de forma crítica este tipo específico de discriminación.

Por último, igualmente de la mano de *Letra S*, una de las acciones de orden político, con consecuencias en el diseño de las políticas de salud implementadas por el gobierno mexicano se relaciona con las consideraciones recientes que hoy en día describen el perfil de la epidemia como una en proceso de ruralización, feminización y heterosexualización.

En, México así como en otros países latinoamericanos, especialmente aquellos ubicados en América Central, el comportamiento epidémico del VIH se ha caracterizado, desde sus orígenes, por estar concentrado en hombres que tienen relación con otros hombres, en mujeres transgénero, en hombres en situación de prostitución y en personas usuarias de drogas intravenosas. De tal suerte, vista en términos globales constituye una infección de baja prevalencia que incluso contrasta con aquellas más importantes acontecidas en sus países vecinos. Así, mientras en México dicha prevalencia es de 0.38%, entre personas adultas, en Estados Unidos alcanza el 0.6%, en Guatemala el 0.8% y en Belice el 2.3%. Pero al observar su concurrencia en grupos específicos tenemos un panorama que cambia. De acuerdo con datos proporcionados por la Clínica Especializada Condesa entre mujeres transgénero la prevalencia llega al 20%, en hombres que tienen sexo con otros hombres 17% y entre hombres dedicados a la prostitución al 18.2%. Si bien estos datos son recientes, ilustran la crítica que *Letra S* ha lanzado contra esta tendencia a deshomosexualizar la infección en ciertos discursos oficiales. Además de una lectura inexacta de dónde y cómo se ha desarrollado la epidemia, esta premisa guarda un riesgo mayor porque justo de esas lecturas emana el diseño de políticas en materia de salud. Subrayar la feminización y la ruralización del VIH-SIDA ha abierto la puerta para esos intentos de aplicar acciones que tengan como destino a la “población en general”. Alejandro Brito señala que con las mismas cifras provistas por el estado mexicano, *Letra S* rebatió esas orientaciones que supusieron que, dentro de los homosexuales, el VIH había dejado de ser un problema o que por su propia historia, en tanto un grupo fuertemente golpeado, se disponía de la información suficiente y los recursos para hacerle frente. *Letra S* argumentó cómo en México la infección ha afectado preponderantemente a los hombres gays y cómo a lo largo de la historia de la pandemia este grupo jamás se constituyó como una población objetivo de programas específicos, entre otros, aquellos relativos a la

información. La lógica fue contundente, si aquí reside el epicentro de la epidemia, es fundamental hacer de este colectivo uno prioritario en materia de políticas.

Si el fuego está aquí, hay que apuntar los extinguidores a ese preciso lugar, no donde el fuego va a pasar, no al edificio en su conjunto que todavía no ha sido tocado por el fuego. La mejor manera de apagar este incendio para que no toque al resto de la construcción es centrar los recursos en donde se está produciendo (Entrevista Alejandro Brito).

En ese momento en que en México organizaciones como *Letra S* se oponían a esas políticas que implicaban repartir los escasos recursos en acciones difusas a nombre de la población, se encontró que la misma tendencia se sucedía en numerosos países latinoamericanos. Gobiernos que implementaban este mismo tipo de acciones en completa asintonía al desarrollo epidémico en sus respectivos países, así como la configuración de colectivos opuestos a esta tendencia, argumentando con poderosas razones, tal como se hacía en México. El mismo guion se repitió en Guatemala, en Colombia, en Argentina, en Perú y en Brasil, de tal suerte, se articuló una alianza regional entre diversas organizaciones para enfrentar de manera coordinada esta nueva orientación y trabajar para lograr una incidencia que cambiase el rumbo de las prioridades en las políticas.

De manera paralela, otros esfuerzos que en sentido semejante, aunque no con una intención expresamente política, tuvieron lugar en el mismo tiempo. Se trató de experiencias regionales que dieron como resultado la articulación de esfuerzos que permitieron visibilizar y potenciar el trabajo de análisis realizado en América Latina en materia de SIDA. Algunos de los mismos actores que participaron de la otra alianza se involucraron en esta nueva convocatoria, entre otros, la gente de *Letra A*. De esta forma, durante 1999 en Lima, Perú tuvo lugar la primera reunión de investigadores y activistas que trabajan el tema de VIH/sida en América Latina. Entre los resultados más significativos fue la presentación de un catálogo de investigaciones así como un directorio de personas que investigan temas relacionados con la epidemia, tanto desde la perspectiva de las ciencias sociales como de la salud pública. En una primera valoración se reconoció que durante los años noventa del siglo pasado se había conseguido producir en la región un número significativo de trabajos que precisaban difundirlos, de articular los distintos hallazgos, metodologías y propuestas, así como aprovechar los resultados para generar diálogos provechosos con

activistas y también con quienes toman decisiones en los gobiernos (Chequer Pedro, 2002).

A partir de esta reunión se crea *la Red de Investigación en Sexualidades y VIH/sida en América Latina*. Quizá la preocupación central del grupo será documentar y analizar las características propias y comunes que, en la región, ha tenido el desarrollo de la epidemia. Entre estas, la más relevante referirá a la concentración de la epidemia entre hombres que tienen sexo desprotegido con otros hombres. Justo este será el problema que convoque a la elaboración de un primer libro colectivo *SIDA y sexo entre hombres en América Latina* (2002). En este trabajo se abordarán las distintas aristas y los diversos ángulos del fenómeno, no sólo desde las perspectivas de las disciplinas científicas, sino también, a partir de la experiencia y los saberes gestados por quienes provenían del activismo. En efecto, desde el lado de la producción de los saberes y los conocimientos se resaltó la urgencia de visibilizar el desarrollo y el continuo crecimiento de la epidemia entre varones quienes, motivados por distintas razones, seguían manteniendo prácticas sexuales riesgosas y por tanto constituía un grupo con el cual se debía trabajar de manera concertada para reducir los efectos devastadores del VIH-SIDA en el continente.

A principios del nuevo milenio, dentro del contexto del primer gobierno no priista en México, este reconocimiento procuró dentro de las políticas de salud de la mano del entonces secretario de la cartera, Julio Frenk. Finalmente se asumió el carácter de la infección, concentrada en grupos que requerían de acciones específicas. La terca insistencia de los colectivos para que así se asumiera llega en un momento en el que expansión de la epidemia se ha estancado y la llegada de los nuevos medicamentos, así como la combinación de los mismos, anuncia una nueva fase en la cual, las siglas VIH no son causa inmediata ni necesaria de muerte. Este nuevo escenario ha producido efectos inesperados que instalan el riesgo como un prerrequisito del erotismo en las prácticas sexuales entre varones homosexuales o aquellos que no se reconocerán en la identidad pero se involucran en estos encuentros. Me refiero a la aparición y popularización de prácticas como el *bareback* (sexo a pelo en la traducción al castellano), *crusing* (sexo en lugares públicos), *bugchasing* (cazar al bicho, hombres negativos en busca de ser infectados), *russian roulette parties* (fiestas sexuales en donde habrá algún hombre positivo y los encuentros se

realizan sin protección), entre otras. Prácticas que lanzan nuevos desafíos al activismo así como a quienes desde la academia, el ámbito de la salud y la toma de decisiones intentamos comprender en una suerte de equilibrio entre la crítica y la necesidad de mirar desprejuiciadamente dichos comportamientos. Comprender con la finalidad de destrabar este vínculo entre el ejercicio de la sexualidad y la propagación de infecciones de transmisión sexual, un tema espinoso entre los hombres, particularmente entre los gays así como aquellos que mantienen relaciones sexuales desprotegidas con otros hombres.

## CONCLUSIONES

1996 representó un parteaguas en la historia de la epidemia. Durante la Conferencia Mundial celebrada en Vancouver Canadá a finales de ese año se dio a conocer una terapéutica que por vez primera en la existencia de la enfermedad auguraba ser efectiva. Una combinación medicamentos, coloquialmente referida como el *cóctel* y pruebas de laboratorio para medir la carga del virus en el cuerpo (con lo cual se podía observar nítidamente el desarrollo de enfermedad así como la eficacia de los tratamientos) prontamente dieron resultados alentadores. Al poco tiempo de experimentados los nuevos insumos, las tasas de mortandad cayeron significativamente, en el horizonte emergió la factibilidad de disociar el SIDA de la muerte.

Estos eventos globales se decantaron a nivel vivencial y trastocaron la existencia misma de las personas infectadas, por supuesto las dinámicas del activismo también se vieron conmovidas frente a una promesa que hacía viable el anhelo de vida por el cual apostaron durante más de una década de manifestaciones públicas, proyectos de ayuda y prestación de la más variada gama de servicios. En términos de la vida concreta de estas personas, como un obturador que se expandía, el futuro volvía a ser posibilidad abierta para quienes que solían cargar con la espada de Damocles. Los condenados a una vida sin proyecto se les devolvió en un vuelco repentino el derecho a hacer planes y a invertir el tiempo en propósitos de corta, mediana y larga duración. Algunos regresaron a la escuela, otros más emprendieron viajes, y hubo quienes comenzaron a nutrir su quehacer cotidiano de asuntos variados que hicieron trascender la enfermedad y la descolocaron del centro de su existencia. En términos de identidad, aquella sobredeterminación propiciada por la urgencia de la devastación comenzó deslizarse y a ocupar un espacio menos preponderante en la medida que la cronicidad permitía bajar la guardia y dejar que otros atributos se hicieran factibles. Así, la autodefinición dejó de fijarse con exclusividad en la condición de la salud y un mayor juego a otras dimensiones se volvieron más relevantes. Poco a poco le otorgaron ponderación a su responsabilidad laboral, a su profesión, a su militancia partidista o en organizaciones civiles, a su vocación artística o a sus preocupaciones en tanto

residentes de los barrios centrales de la ciudad de México o de Buenos Aires. El SIDA pareció convertirse en sida.

El correlato de esta dinámica dentro del activismo se tradujo de diversas maneras. Una de ellas fue la desaparición de varias organizaciones. La falta de financiamientos, las rupturas o el fallecimiento de miembros claves ocasionaron el fin de algunos grupos. En otros más, el paso de algunos de sus activistas a puestos en las instituciones que los estados abrieron para hacerle frente a la epidemia hizo que las organizaciones perdieran sus figuras más representativas. En otros casos, los organismos continuaron presentando servicios y sus activistas transformados en profesionales se volvieron en especialistas, viajeros incesantes, conferencistas expertos, políticos de la globalidad. Sin embargo, en donde se dejó sentir con nitidez el impacto de la nueva terapéutica que busco resaltar se expresó en aquellos casos en donde el SIDA dejó de constituirse en eje de las acciones y la identidad grupal. Durante los años ochenta y buena parte de los noventa, el movimiento gay se había fusionado casi de manera completa con las acciones en contra del SIDA, después de 1996 las prioridades tomaron un vuelco. Nuevas demandas aparecieron en la agenda o algunas más viejas se sacaron de aquellos tímidos baúles en donde la imposibilidad los albergó. El nuevo milenio comenzó abrigando nuevos bríos transformados en derechos para gays, lesbianas, transgéneros y otros colectivos; las uniones de convivencia y los matrimonios entre personas del mismo sexo, la prerrogativa de la adopción y el reconocimiento pleno a la composición diversa de las familias comenzó a extenderse por el mundo.

En América Latina, la Argentina de la era Kirchner y la ciudad de México gobernada por el izquierdista Partido de la Revolución Democrática se convertirán en los espacios en donde las demandas ejercidas por el movimiento tendrán repercusión y comenzarán hacerse realidad. Al mismo tiempo, el derecho a la identidad de género se transformó en otro de los temas que comenzará a cobrar relevancia, desplazando al VIH del centro de la agenda LGTB. No obstante, ello no significó que éste haya desaparecido, con matices y en un sentido de menos emergente, subsiste como parte de las preocupaciones de estos destacamentos. Lo que aparece en los relatos, tanto aquellos recogidos directamente a través de la voz de los activistas así como en otro tipo de

testimonios es el parteaguas que este momento significó para la historia de la epidemia y por supuesto para la composición misma del activismo, su plataforma, su articulación, sus alianzas, sus vínculos y por supuesto la propia subjetividad de quienes conforman grupos y redes de acción contra el SIDA.

Este parteaguas a partir del cual el sida es descolocado del eje de la vida, individual y colectiva, brinda la posibilidad de hacer un cierre respecto a los hallazgos que acuerpan la presente tesis así como dejar planteada inquietudes con el fin de que próximas investigaciones puedan ayudar a resolver. A continuación sintetizo.

El SIDA representó una experiencia extrema. En tanto experiencia constituye una bisagra que, al decir de Teresa de Lauretis (1992), articula lo individual con aquello estructural. Esto es, el proceso por el cual las relaciones, condiciones y situaciones sociales son percibidas y asumidas como algo subjetivo e individual. Es importante tener presente que con el VIH-SIDA la síntesis entre lo particular y lo general, lo individual y lo colectivo no refiere exclusivamente a lo obvio; al hecho de ser una infección y una enfermedad que al mismo tiempo refirió a un suceso de la vida íntima de personas, hombres y mujeres, representó una amenaza a la salud pública de mundo entero. El sentido de la experiencia que aquí busca resaltarse tiene que ver con el proceso a través del cual se éste convirtió en campo político en sus dos movimientos: el orden y la contravención del mismo.

En tanto política, el SIDA en mayúsculas constituyó una experiencia por la cual se construyó a un sujeto sujetado, uno que sintetizó la abyección con el cual los poderes estatales, eclesiales, médicos, aquellos salvaguardas de la moral, la higiene y la salud invistieron a quienes padecieron sus estragos, transformando al virus en una marca de identificación de colectivos a las cuales fue lícito repudiar, temer y sentir asco. Estos atributos metaforizados con los que el SIDA fue investido fueron, a mismo tiempo, claves de reconocimiento que permitieron operar una serie de distinciones mismas que terminaron por instituir la desigualdad. Sirvieron como formas para establecer la división entre lo sano y lo enfermo, lo moral y lo inmoral, la normal y la anormalidad. Estos códigos emanados del poder se hicieron cuerpo y constituyeron huellas profundas de las subjetividades de personas de carne y hueso pero esas mismas tramas



recorrieron otros cuerpos e identificaron a grupos que compartieron los mismos atributos. Pero, quizá lo más importante, la experiencia en tanto categoría analítica se observa en el momento en que las marcas de la interiorización y del dominio se vuelcan para convertirse en el combustible de la acción contenciosa.

La constitución de sujeto político en esa otra dimensión, en la de agente, parecería poner de manera plástica los flujos que van de lo macro a lo micro, de lo individual a lo grupal. Justo porque invertir el orden, transitar de la ignominia a la dignificación resulta de un proceso necesariamente colectivo, en donde la cualidad gregaria puede estar dada por vínculos tejidos cuerpo a cuerpo pero también por otros en donde la proxemia al no ser física se encuentra mediada por otros recursos. Forjar a un sujeto condenado a la hoguera y a la muerte desde enclaves que propician la insurrección, la denuncia y la protesta requiere de espacios comunes, aquellos en los que el coraje y la indignación puedan socializarse y adquirir logos explicativos. Claves que posibiliten formular la injusticia de la situación vivida, alienten la sospecha sobre la condena y el destino y desplacen la abyección como su signo de identidad.

Las manifestaciones públicas, los grupos de autoapoyo, las lecturas compartidas, las prácticas de cuidado de otras personas, en fin el repertorio de acciones colectivas que encuentran y ponen a interactuar de forma directa son al mismo tiempo resultado y resultante de la producción de la política y del sujeto de la política contestataria. Como en otros casos, la gestación de este proceso tiene fuentes indirectas que igualmente apunta hacia la intervención de una colectividad más amplia y más difuminada. La experiencia política se edifica a través de vínculos que llegan de lugares distantes, incluso de otras épocas, convertidas en saberes y conocimientos puntuales que funcionarán como pisos para la actuación, formulaciones que harán sentido y reorganizarán las vivencias individuales.

Al mismo tiempo desde el arte y la cultura, apelando a otras formas de comprensión y de sensibilización, se forjó, a través de la literatura, la pintura, la danza, el teatro, el cine y la televisión, ideas, valores, gustos y modos de ser y estar en el mundo que alentaron posicionamientos movilizantes. Aquellos que alimentaron desde otros vectores la conversión de la epidemia y la enfermedad en un centro de disputa y en un horizonte de posibilidades abiertas.

De tal suerte la experiencia política, solo es factible si ancla en el cuerpo, en la subjetividad pero esta no acontece en solitario, no es un suceso individual sino es producto de voluntades que al unísono o de forma sincrónica la edifican. Así, el tránsito de la subordinación a la contestación implica procesos que colectivamente se hacen vivencias individuales y viceversa, son procesos en los que en el recuento de la vida propia se van armando las ligas que permiten el reconocimiento colectivo de los problemas, los desafío y por tanto de las respuestas que deberán darse.

Asumir este movimiento simultáneo que la experiencia ilumina, posibilita reconocer cómo la organización generada alrededor de la epidemia constituye en muchos sentidos una novedad tal como aconteció con la enfermedad misma. Sin embargo, como en muchos órdenes de la vida, pocas cosas nuevas hay bajo el sol. Las tramas que hicieron posibles las acciones, las ideas, los valores pero también las estrategias políticas aquí estudiadas son producto de movilizaciones anteriores que llegan como herencia directa e indirecta. Lejos de visiones sobre la espontaneidad de la acción social, al menos por los testimonios recogidos en esta tesis, se pueden reconocer las líneas que vinculan al movimiento de acción contra el SIDA y al movimiento de liberación homosexual no solo por la presencia de activistas que transitaron de uno a otro sino por las formas y los fondos de la actuación.

La salida del closet, entre otros de los recursos altamente significativos de la lucha por el reconocimiento de lesbianas, gay y trans, se convirtió posteriormente y con matices en una de las claves políticas que forjó la subjetividad del movimiento del VIH-SIDA. Quizá como ninguna otra de las estrategias, ésta encarnó la torsión que sacó del oprobio y la vergüenza para posicionar a un nuevo sujeto en el terreno de lo visible y de quienes exigían ser vistos y tratados con dignidad. Las personas que se atrevieron a salir públicamente y dar la cara lo hicieron de forma individual, en una inversión emotiva, intelectual con altos costos para algunos y para otros con oportunidades insospechadas. El proceso fue individual aunque nunca solitario, en general fue acompañado de otras personas que contuvieron y compartieron las secuelas de aquellas intromisiones públicas: las familias, las parejas, las amistades, los compañeros de las agrupaciones. Muchos lo hicieron porque no había alternativa, particularmente aquellas figuras mediáticas obligadas a exponerse

ante lo inevitable. Quienes por convicción militante actuaron, lo hicieron porque sabían cómo hacerlo, no solo porque podía estar acompañados físicamente de otras y otros, sino también debido a la existencia de referencias históricas de las cuales aprender, emular y sostenerse.

Este último punto, revela un tema que sobrevuela a lo largo de la tesis, mismo que a la hora de hilar los acontecimientos en Argentina queda expuesto de forma más clara. Se trata de los usos políticos de la memoria. En efecto, una de las características de los colectivos desempoderados, excluidos, explotados o subordinados ha sido la enorme dificultad de forjar tradiciones, aquellas capaces de trascender espacios y tiempos, y transformarse en herramienta útil al momento de sortear disputas presentes y futuras. La lucha de las mujeres es quizá el mejor ejemplo como en torno a su legado se han estructurado olvidos. El poder patriarcal ha reconocido como un principio fundacional de su hegemonía, la necesidad de desmantelar la memoria de las mujeres, particularmente en su condición de sujetas de la historia. En consecuencia, el dilema *presentista* de los movimientos de mujeres y feministas ha sido una condición de su accionar político, una suerte de comenzar reiteradamente desde el principio, como si todo tuviese que inventarse en ese preciso momento, como si no hubiese en la historia de asideros sobre los cuales sostenerse, enseñanzas de las cuales aprender, caminos recorridos con éxito o dificultad por otras y otros. Esta situación no es exclusiva de las mujeres, otros colectivos en condición de subordinación ha sido signados por la misma suerte.

En ese sentido, parte de los procesos de subjetivación contestataria pasan por ejercicios de rescate o bien de edificación de una tradición. En el caso de las acciones alrededor del VIH-SIDA y de quienes se encargaron de llevarlas a cabo se inscriben en el legado proporcionado fundamentalmente por aquellos colectivos que preconizaron la libertad sexual de quienes son considerados fuera de la norma heterosexual. De igual forma recogen y hacen suyos recursos teóricos, éticos y políticos de otros colectivos que al igual que ellos instalarán en la sexualidad del punto neurálgico de su disputa, en primer lugar el feminismo.

En otro orden de ideas, una de las apuestas de esta tesis fue otorgarle a las emociones un estatuto analítico que permitiera iluminar, con otras luces, los hitos que han marcado la historia de este movimiento. Sobre todo observar y comprender, más allá de las narrativas racionalistas, la dimensión del fenómeno

político y la configuración del sujeto de la política. El anclaje que proveen a la hora de instalarse el poder y mantenerse el orden, y así como su función dinamizadora de eso otro momento cuando el orden se pone en vilo, cuando la realidad tal como se presenta se impugna y es factible desmarcarse de las asignaciones y las identidades.

Dicho lo anterior en forma descriptiva, la intención ha sido insertar en la reflexión los usos del miedo, el asco y la vergüenza en tanto mecanismos que subyacen, se esgrimen y se recrean dentro de relaciones acuñadas por el poder. En el caso del SIDA, las narrativas recogidas por la investigación así como también algunas otras que, en diversos formatos plasman las vivencias de la cercanía con la epidemia, asientan de forma reiterada este tipo de contenidos. Podría parecer una obviedad afirmar que en la remembranza de experiencias extremas, las emociones y los sentimientos constituyan parte fundamental del discurso. Ante la muerte, el deterioro acelerado de la salud, la pérdida de seres amados no fue extraño encontrar diversas tonalidades afectivas y emocionales, de alguna manera se asumió que así sucediera. No obstante, lo que muy prontamente se tornó significativo fue reconocer que esta modalidad discursiva no correspondía a la sensibilidad particular de quienes participaron en las entrevistas o bien a los recursos narrativos de quienes de forma individual crearon novelas, autobiografías, canciones o filmes.

De forma simultánea representaban vivencias individuales engarzadas a entramados sociales. Pero más aún, estas emociones encarnadas en personas concretas mantenían un correlato con los discursos gestados desde el poder. De tal suerte, aquellas posturas que a largo de la historia de la epidemia han expresado con vehemencia que la *enfermedad* representa la prueba fehaciente de que la existencia de comportamientos antinaturales los cuales conllevan consecuencias catastróficas, se nutren y nutren emociones tales como la vergüenza y el miedo. Estas mismas se acuñan como marcas que construyen a los sujetos que son asumidos desde fuera y sobre todo se autoidentifican como portadores de la ignominia, el pecado, la patología. El asco y la vergüenza, entre otros, se volvieron parte fundamental de los insumos que desde ciertas fuerzas empujaron a la reificación de un orden sexual en el cual las mujeres y los hombres se invisten del otro complementario, del único destino erótico y amoroso posible el uno del otro. El miedo y sobre todo el terror fungieron como dispositivos

que ciertamente fueron explotados para desalentar las transgresiones y cuando el orden se fisuraba intencionalmente se esgrimió como el castigo que se merecían quienes perpetraban estos actos aborrecibles.

El miedo y la vergüenza se significan además por otras consecuencias políticas. Son emociones que se atizan desde el poder porque se sabe de sus efectos adversos a la posibilidad de forjar lazos, de su capacidad para desincentivar la edificación de colectivos capaces de releer en claves de injusticia la situación vivida. El miedo es una fuerza paralizante que desalienta la posibilidad de imaginar una vida distinta, un mundo en donde las relaciones, los lugares y las identidades tengan otros derroteros. El miedo cosecha desconfianza, nubla la posibilidad de verse en otros y otros, de reconocerse en la mirada ajena y desentrañar aquello que es común. Eso mismo que gracias a los efectos de estas emociones y otros dispositivos se padece en solitario y se asume como el destino inevitable.

El miedo y la vergüenza signaron algunos de los episodios recurrentes que aparecen en la rememoración de los días aciagos sucedidos durante los primeros años del SIDA en el mundo. Las escenas en aquellos hospitales, vueltos depósitos de cadáveres, en donde el contacto humano era escaso y amargo, serán algunas de esas en las cuales el miedo se constituyó en protagonista, en esa presencia que tiñó con su influjo las relaciones, incluidas aquellas que tímidamente procuraban generar empatía. El miedo y la vergüenza se ubican detrás de la dificultad que ha costado darle rostro a la epidemia, de igual forma se alzan como fuerzas invisibles que han dotado de eficacia a los azotes contra las sexualidades *antinatura* lanzados desde los púlpitos o de los vectores más conservadores de la corporación médica.

Pero aun sumergidos en el terror y frente a la experiencia extrema de la muerte, las reconfiguraciones emocionales se encuentran en el entramado que posibilitó esa *torsión* butleriana, descolocando de la sujeción a individuos que de forma colectiva emergieron desidentificados de los nombres y los lugares asignados por los poderes heteronormativos. Colectivamente, a través de procesos emocionales que de forma sincrónica convergieron con otros de índole intelectual y reflexivo, las personas y los colectivos elaboraron una contestación al destino trágico prescrito. En esta inversión de las coordenadas políticas el

correlato emocional comienza a variar, así el enojo, el orgullo y la indignación comienzan a desplazar aquellos otros que procuraron la abyección.

Desde una mirada a vuelo de águila, la retórica y las formas expresivas de los movimientos sociales, en su fase de visibilidad y de acciones contenciosas, devela que las tonalidades emocionales se aproximan a aquellas que el activismo contra el SIDA muestra y de la cual en esta tesis han hecho eco. El coraje, el enojo, la digna rabia entre otras emociones equivalentes se encuentran en los discursos, las consignas, las performatividades de los sujetos que asumen emerger, como condición existencial, de los abismos de la subordinación. Salir de ella requiere, desde esta lógica política, forjar un *ya basta* que solo es factible de enunciarlo a través de la fuerza que provee el coraje y la indignación.

Las retórica que en torno al SIDA acentúan la dimensión del activismo, referirán un y otra vez a la indignación como fuerza lumínica que permitió releer, pensar y sentir como un injusto el maltrato, la discriminación, la estigmatización y la violencia que las personas viviendo con VIH recibían de parte de individuos, grupos, e instituciones. La rabia expresada de formas diversas constituyó un acicate sobre el cual se entretejieron distintas voluntades dispuestas a forjar grupos y organizaciones, una suerte de movilizador de reflexiones críticas que permitieron crear y socializar formas alternativas de pensar la condición seropositiva, el SIDA, la salud y la sexualidad, entre otros ejes de la vida. Asimismo, la indignación representó un impulso convocante, movilizante de las conciencias y las voluntades en la medida que sacudía, conmovía y concitaba una energía cuya traducción política ha transformado al SIDA en problema complejo que interpela a toda la sociedad, a todos los estados, al mundo entero.

El miedo, la indignación y el enojo son emociones que se construyen colectivamente al mismo tiempo que se anclan en la psique de cada una de las personas que participan de estas experiencias. Estos estados se van fraguando al calor de los acontecimientos, al ritmo de las movilizaciones que convocan encuentros, algunas veces multitudinarios, otras tantas acotadas a la militancia. En todas éstas, además de los objetivos precisos por los cuales se convoca, se producen procesos que no están explicitados, seguramente porque no son los efectos que se busca generar y sin embargo resultan fundamentales para la enunciación demandas, el planteo de reivindicaciones, para que la evocación de

la justicia adquiriera sentido y fuerza en esos arranques que buscan transformar el estado de cosas. Así, el enojo, la indignación y en buena medida el orgullo son emociones que se hacen factibles en el encuentro. En el caso del activismo en torno al SIDA estos estados se han forjado en una multiplicidad de espacios: en los grupos de autoapoyo, en los talleres y otras dinámicas grupales en donde se promovió el sexo seguro, en las reuniones sostenidas con quienes desde las instituciones estatales tomaban decisiones, en los momentos en que se celebraron, cara a cara, debates con los representantes de las iglesias y otros personajes del universo conservador, y por supuesto en las movilizaciones en donde las consignas a la vez que materializaron las emociones emergentes, las difundieron e hicieron de estas denominador común de quienes se identificaron bajo una demanda y una perspectiva.

De tal suerte, en esta tesis la historia del SIDA no puede ser nunca la historia de la enfermedad ni tampoco del paso de una epidemia por el mundo, en donde de forma central se incluya los efectos sociales generados. Por otra parte, tampoco es una investigación sobre los procesos de subjetivación política en abstracto, no teoriza ni describe las formas en que se construye un activismo sin cuerpo, sin sustrato. Una de las conclusiones de este trabajo reside en reconocer que los imaginarios relacionados con el VIH y el SIDA pero de igual forma la materialidad estos fenómenos son producto de la acción concertada de fuerzas que le invistieron de una factura política. Es decir, que hicieron de una enfermedad y de un virus, antes desconocido, territorios de disputa que inmediatamente trascendieron los marcos de la salud y la enfermedad. Esta propia politización ha sido responsable incluso de que las fronteras de la política no sean suficientes para contener las implicaciones y las consecuencias de este fenómeno, de su conversión en un hecho cultural, en el más amplio sentido del término. Así, a través de su conversión en materia de litigios se fue sedimentando como un signo de los tiempos, como un complejo en el cual se sintetizaron procesos históricos, desarrollos tecnológicos, formas de erotismo y sexualidad que pulsaban por salir de los márgenes y una economía de mercado que al mismo tiempo de responder a las presiones por la vida y salud transformaron en mercancía medicamentos, símbolos así como el arte que se produjo a borbotones.

En la medida que el activismo edificó en el VIH-SIDA un complejo civilizatorio, este se ha convertido en un mirador para observar a las sociedades, ese *aleph* que permite desentrañar proceso, relaciones, estructuras, emociones, mismas que en este trabajo se arrojan sólo algunas vistas y algunas pistas.



## BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN Segovia Donato, “Primeras descripciones e investigaciones sobre el SIDA en México” en Alarcón Segovia Donato y Samuel Ponce de León Rosales, *El SIDA en México. Veinte años de la epidemia*. México, El Colegio Nacional, 2003.

AMORÓS Celia, “Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales”, en Maqueira, Virginia y Cristina Sánchez (Comps.) *Violencia y sociedad patriarcal*, Madrid, Pablo Iglesias, 1990

AMORÓS Celia, “Introducción” en De la Barre Francois Poullain, *La educación de las mujeres para el espíritu en las ciencias y las costumbres*, Madrid, Ed Cátedra-Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, 1995.

ARECHIGA Córdova Ernesto, “Educación, propaganda o dictadura sanitaria. Estrategias discursivas de higiene y salubridad públicas en el México posrevolucionario, 1917-1945”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm.33, enero-junio.

BARRIENTOS Lascano Gustavo Daniel, *Más que una fiesta de cumpleaños: análisis y representación de la homosexualidad en Boys in the band de Mart Crowley*. Tesis para obtener el grado de licenciado en Teatro, Universidad de las Américas, Puebla, 2012.

BASAGLIA Franca, y Dora Kanoussi, *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, UAP, 1983.

BAZÁN Osvaldo, *Historia de la homosexualidad en Argentina*, Buenos Aires, Marea editorial, 2010.

BENHABIB Seyla, “Models of public space: Hanna Arendt, the liberal tradition and Jürgen Habermas” en Calhoun Craig, *Habermas and the public sphere*, Massachusetts, The MIT Press, 1992.

BELLUCCI Mabel, *Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política*, Buenos Aires, Planeta, 2010.

BIAGINI Graciela, *Sociedad civil y VIH-SIDA*, Paidós, 2009.

BIAGINI Graciela y Marita Sánchez, *Actores sociales y SIDA*, Buenos Aires, Espacio Editorial, 1996.

BIOTO Maria Eugenia y Marcelo D’Amico, “Estudio preliminar”, en Adrian Scribano y Carlos Figari, *Cuerpo (s), subjetividad (es) y conflicto (s)*. Hacia

*una sociología de los cuerpos y las emociones*, Buenos Aires, CLACSO-CICCUS,

BLÁZQUEZ Graf Norma, et al (Coords.), *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, México, CEIICH-CRIM-Facultad de Psicología, 2010.

BORGHI Flavio, “Cuerpos y subjetividades en la sociedades de la incertidumbre”, en Adrian Scribano y Carlos Figari, *Cuerpo (s), subjetividad (es) y conflicto (s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones*, Buenos Aires, CLACSO-CICCUS,

BORÓN Atilio, *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2003.

BUTLER Judith, *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid Cátedra-Universitat de València, 1997.

BUTLER Judith, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

BRITO Alejandro, “Respuesta de la comunidad a las recomendaciones para la prevención del SIDA” en Alarcón Segovia Donato y Samuel Ponce de León Rosales, *El SIDA en México. Veinte años de la epidemia*. México, El Colegio Nacional, 2003.

CÁCERES Carlos F, Mario Pecheny y Veriano Terto Junio (Eds.) *SIDA y sexo entre hombres en América Latina: vulnerabilidades, fortalezas, y propuestas para la acción*, Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Red de Investigación en Sexualidades y vih, ONUSIDA, 2002.

CONADEP, *Nunca Más*, Buenos Aires Eudeba-UBA, 2006.

CONRAD Peter, *The medicalization of society*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2007.

COVARRUBIAS Jose María, “Contrainformación y lucha contra el SIDA” en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

DE LA BARRE Francois Poullain, *La educación de las mujeres para el espíritu en las ciencias y las costumbres*, México, CEIICH-UNAM, 2007

DE LAURETIS Teresa, *Alicia ya no: feminismo, semiótica y cine*, Madrid, Cátedra, 1992.

DILLON Marta, *Convivir con virus*, Buenos Aires, Página 12, S/F.

- ELIAS Norbert, *La soledad de los moribundos*, México, FCE, 2009.
- FIORE Debora y Cahn Leandro, *La propia aventura de movilizar recursos: la experiencia de la Fundación Huésped*, Buenos Aires, Fundación Huésped, 2006.
- FOUCAULT Michel, *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 2000.
- FOUCAULT Michel, “El sujeto y el poder” en Dreyfus Hubert y Paul Rabinow, *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, IIS-UNAM, 1988.
- FRASER Miriam y Monica Greco, *The Body. A reader*, London, Routledge, 2005.
- FREASER Nancy, “Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente”, en *Debate Feminista*, México, Año4, Vol. 7 1993.
- FREDA Rafael, *Hombres que hacen sexo con hombres. Homosexualidad y prevención de VIH-SIDA*, Buenos Aires, Mesa editorial, 2001.
- GALVAN Díaz Francisco, “Opiniones a debate. En torno al SIDA en México” en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.
- GALVAN Díaz Francisco, “Fundación Mexicana para la Lucha Contra el SIDA, A.C., entrevista con Luis González de Alba” en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.
- GANDARILLA José G. *América Latina en la conformación de la economía-mundo capitalista*, México, CIIECH-UNAM, 2005.
- GARGALLO Francesca, *Ideas feministas latinoamericanas*, México, UACM, 2006.
- GIMENEZ Gilberto, “El estatuto sociológico del derecho constitucional”, en García Laguarda Jorge Mario (Comp), *II Congreso Iberoamericano de Derecho Constitucional*,
- GOROSTIAGA Xabier, *El sistema mundial: situación y alternativas*, México, CEIICH-UNAM, 1995.

GONZÁLEZ Gerardo, *El castillo del unicornio: los afectos, la sexualidad y las relaciones interpersonales de una persona enferma de SIDA*", en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

GONZALEZ Ruiz Edgar, *Como propagar el SIDA: conservadurismo y sexualidad*, México, Rayuela, 1994.

GONZÁLEZ-VILLARREAL Roberto, *SIDA e identidad homosexual*, en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

GRMEK Mirko, *Historia del SIDA, Siglo XXI*, México, 2004.

HALPERIN David, *San Foucault. Para una hagiografía gay*, Córdoba, ediciones literales, 2007.

HARDING Sandra, *Ciencia y feminismo*, Madrid, Morata, 1996.

HARIKA, *Gracias a la VIHDA*, Buenos Aires, Editorial Mundos, 2011.

HERNÁNDEZ Juan Jacobo, Mario Rivas y Rafael Manrique, "SIDA: lo personal es político" en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

JELIN Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

JELIN Elizabeth y Victoria Lengland (Comps.) *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid, Siglo XXI, 2003.

KAPLAN Marcos, *El sistema mundial en la era de la incertidumbre*, México, CIIH-UNAM, 1994.

KORNBLIT Ana Lía (Comp.), *SIDA y sociedad*, Buenos Aires, Espacio editorial, 1997.

LAGARDE Marcela, *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Madrid, 1997.

LAGUARDA Rodrigo, *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*, CIESAS-Instituto Mora, México, 2009.

LE BRETON David, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

LEÓN Magdalena (Comps.) *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Bogotá, Tercer Mundo editores/Universidad Nacional de Colombia, 1997.

LIZÁRRAGA Xabier “El SIDA, ¿Cuartelazo a la revolución sexual?” en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

LIAMAS Ricardo, *Construyendo Sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*, Madrid, Siglo XXI, 1995.

MAFFIA Diana (Comp.) *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*, Buenos Aires, Librería de las mujeres, 2008.

MARGULIS Alejandro, *Alex. La vida de un militante gay*, Buenos Aires, Ediciones B, 2011.

MARTYNIUK, Carlos “Epistemología y sensibilidad” en Grosso José Luis y María Eugenia Boito, *Cuerpos y emociones desde América Latina*, CEA-Conicet, Universidad de Catamarca, Córdoba, 2010.

MECCIA Ernesto, *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Buenos Aires, Gran Aldea editores, 2011.

MEJÍA María Consuelo “La Jerarquía católica o cómo resistirse al cambio” en *Debate Feminista*, Vol.16, Octubre 1997.

MEJÍA Max, “Historias extraordinarias del Siglo XX, en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

MELUCCI Alberto, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, Colmex, México, 1999.

MILLET Kate, *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 1995.

MONSIVÁIS Carlos, “Las plagas y el amarillismo. Notas sobre el SIDA en México” en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

- MONSIVÁIS Carlos, “El Sida y el sentido de urgencia” en Plattss Mark (Comp.), *Sida: aproximaciones éticas*. México, FCE-UNAM, 1996
- MONSIVÁIS Carlos, “Nancy Cárdenas, la siempre inoportuna”, en *Nexos*, México, Septiembre 2004.
- MONSIVÁIS Carlos, *Que se abra esa puerta. Crónica y ensayos sobre la diversidad sexual*, México, Paidós. 2010.
- NUSSBAUM Martha, *Las mujeres y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades*, Barcelona, Herder, 2002.
- NUSSBAUM Martha, *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires, Katz, 2006.
- NUÑEZ Noriega Guillermo, *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. México, PUEG-UNAM/Miguel Angel Porrúa/Colegio de Sonora, 2007.
- OFFE Claus, “Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional”, en Offe, Claus, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Sistema, 1992.
- ORTEGA Gerardo, “Liberación sexual y SIDA”, en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.
- PECHENY Mario, et al (Comps.) *Todo sexo es político. Estudio sobre sexualidades en Argentina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2008.
- PEDRAZA Zandra, “Derivas estéticas del cuerpo” en *Desacatos Revista de Antropología Social*, Núm. 30 mayo-agosto 2009, México.
- PEDRAZA Zandra (Comp.), *Políticas y estéticas del cuerpo en América Latina*, Bogotá, Universidad de los Andrés, 2007
- PÉREZ Pedro, *Un año sin amor. Diario del SIDA*, Buenos Aires, Hoy por hoy, 1998.
- PÉREZ Franco Lilia, “El Centro de Información del CONASIDA. Entrevista con Gloria Ornelas” en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

PONCE DE LEÓN Samuel y Antonio Lazcano “La evolución del Sida: una suma de epidemias” en Córdova Villalobos José Ángel, Samuel Ponce de León Rosales y José Luis Valdespino, *25 Años de SIDA en México. Logros, retos y desaciertos*, México, Secretaria de Salud- Brimex-Instituto Nacional de Salud Pública, CENSIDA, 2009.

RABOTNIKOF Nora 2005, *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*, México, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, 2005.

RANCIÈRE Jacques, *El desencuentro. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996.

RANCIÈRE Jacques, “Política, identificación y subjetivación” en Arditi Benjamín, *El reverso de la diferencia*, Caracas, Nueva Sociedad, 2000.

RIECHMANN Jorge, Fernández Buey Francisco, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidós, 1994.

RIPISARDI Flavio y Alejandro Modearelli, *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

ROSE Hilary “Hand, Brain and Heart: A Feminist Epistemology for the Natural Sciences”, en Harding Sandra y O’BARR (eds.), *Sex and Scientific Inquiry*. Chicago University Press, 1987

SALINAS Hernández Héctor Miguel, *Incidencia de los organismos no gubernamentales en el proceso de incorporación del SIDA a la agenda de gobierno*. Tesis para obtener el grado de Maestro en Administración Pública, FCPyS-UNAM, 1998.

SALINAS Hernández Héctor Miguel, *Políticas de la disidencia sexual en América Latina. Sujetos sociales, gobierno y mercado en México, Bogotá y Buenos Aires*, México, Ediciones Eón, 2010.

SÁNCHEZ Alejandro, et al (Comps.) *Actualidad del sujeto. Conceptualizaciones genealogías y prácticas*, Bogotá, Universidad Central-Universidad de los Andes,- Universidad del Rosario, 2010.

SERRET Estela y Esperanza Palma, “Dos tendencias morales en torno al SIDA. Tradición y modernidad”, en Galván Díaz Francisco (Comp.), *El SIDA en México. Los efectos sociales*. México, Ediciones de Cultura Popular/UAM-Azcapotzalco, 1988.

SCHMITT Carl, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1991.

SOBERÓN Acevedo Guillermo y José Antonio Izazola Licea “El SIDA a 13 años de su aparición”, *Gaceta Médica Mexicana*, 1996, 132.

SONTANG Susan, La enfermedad y sus metáforas. *El SIDA y sus metáforas*, Barcelona, Debolsillo, 2008.

WALLERSTEIN Immanuel, *Análisis de sistemas-mundo : una introducción*, México, Siglo XXI, 2005.

#### Documentos y recursos electrónicos.

Archivo personal digitalizado propiedad de Marcelo Ferreyra del movimiento lésbico gay argentino.

Archivo histórico del movimiento homosexual en México (1978-1982).

Página de CENSIDA [www.censida.salud.gob.mx](http://www.censida.salud.gob.mx)

Página de la Dirección General de SIDA y Enfermedades de Transmisión Sexual [www.msal.gov.ar/sida/](http://www.msal.gov.ar/sida/)

Página del Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/sida (ONUSIDA). [www.unaids.org/es](http://www.unaids.org/es)

Página de la Clínica Especializada Condesa. [condesadf.mx](http://condesadf.mx)